

LA SAGA DE LA MANDRÁGORA

Elas siguen entre nosotros...

NURIA MUÑOZ AIGE

LA SAGA
DE LA MANDRÁGORA

NURIA MUÑOZ AIGE

Para Ferran y Paula,
las estrellas más relucientes de mi universo

Copyright © 2013 Nuria Muñoz Aige

Todos los derechos reservados

All rights reserved

ISBN: 978-1494492748

INDICE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

CONTACTO

AGRADECIMIENTOS

I

Casi lo habían conseguido. Sobre sus cabezas cubiertas por cascos rojos, los tres mil cuatrocientos cuatro metros del pico de Aneto les acechaban para recordarles que casi haber llegado no implicaba en ningún caso haberlo logrado. Las vecinas cimas amenazadoras se mantenían también expectantes ante algún paso en falso por parte de aquellos alpinistas que ascendían por el glaciar con material immaculado pero sin apenas experiencia una resplandeciente mañana de marzo.

Ni una sola nube turbaba la perfección de ese cielo azul que permitía vislumbrar con claridad todo aquello que la vista alcanzaba a ver en el horizonte lejano. Nítidamente y con exuberancia de detalles, se podía distinguir a la perfección cada contorno recortado en los macizos, cada perfil abrupto de la roca, cada pico afilado dibujado sobre el fondo soberbio.

Parecía haber transcurrido una eternidad desde que habían partido del anómalamente desierto refugio de la Renclusa, más de mil metros más abajo. A pesar de la climatología benévola y el escenario insuperable, la ruta se estaba transformando en casi una pesadilla imprevista mientras Mario, Leo y Gabi progresaban no sin dificultad por aquel océano de hielo sin fin. Si bien la nieve caída recientemente posibilitaba el buen agarre de los crampones a pesar del hielo duro como la piedra, la blanca superficie crujía bajo sus pies a cada paso que daban y que les acercaba más a su objetivo.

Más allá, donde ya no había hielo, las rocas parecían tremendamente inestables; pisar una de ellas entrañaba con toda certeza que todas las de su alrededor se movieran, con el peligro en potencia de que ese precario equilibrio se rompiera debido a un desprendimiento. Y eso, sin duda alguna, les resultaría letal.

Por ello, en comparación, avanzar por la parte central de ese glaciar imponente parecía ligeramente más seguro.

A lo lejos, un desfile militar de rebecos que parecían danzar entre las enormes rocas de granito les recordó que ese no era el entorno apropiado para el ser humano. Podían pretender domarlo y hasta incluso autoproclamarse los reyes del paraje que tenía la cima como botín pero, más allá del espejismo, ese lugar era ciertamente más adecuado para pezuñas que para pies delicados.

Como buenos discípulos de los copiosos consejos que habían leído en Internet, los múltiples manuales sobre escalada de glaciares y todas las fructíferas conversaciones con expertos, los tres amigos avanzaban lentamente y sin premura. Estaban diligentemente encordados con cuerdas dinámicas de 9 milímetros de diámetro que mantenían tensas en su justo punto; iban unidos con nudos ocho doble a sus arneses de cintura y estaban situados a una distancia exacta de quince metros entre ellos. Con todo, era un hecho que, si resbalaba uno, resbalarían los tres, y ninguno de ellos deseaba descender fuera de control por esa superficie helada hasta detenerse por el impacto fatal contra una roca enorme.

No es que su experiencia fuera nula del todo, pero sí claramente insuficiente para la ocasión, sobre todo en el caso de Gabi y Leo. Aun así, a pesar de sus continuos problemas de diversa índole, no se estaban defendiendo mal del todo.

Tal y como Mario les indicaba, siempre tenían el piolet a mano e iban clavando clavos de hielo cuando la pendiente lo requería; sabían a ciencia cierta que esos trozos de metal podían marcar la diferencia entre una foto sonriente que colgar en Facebook o una esquila en blanco y negro en el modesto periódico local.

Tal vez esa excursión no había sido tan buena idea después de todo, pero Mario y Gabi habían pensado unos días antes que a Leo le vendría bien vivir una gran aventura. Después de su ruptura sentimental con Virginia, su novia perenne con quien había compartido una década de años espléndidos, se encontraba terriblemente deprimido; se empeñaba en seguir llamándola cada día pese a saber que estaba con otro, se pasaba cada segundo hablando de ella y cerraba los ojos cada noche con la esperanza onírica de una reconciliación inalcanzable. Ya no sonreía ni gastaba bromas; no quería ir de copas con ellos y no le apetecía ver los partidos de fútbol de su equipo favorito. La tesitura era crítica y requería un cambio de aires; el episodio glaciario era tan solo el comienzo de las muchas emociones fuertes que estaban fraguando para él y que aspiraban a transformar su insulso deambular diario en una existencia excitante y donde no habría lugar para la pesadumbre.

—Oye, Mario... ¿no decías que esto iba a ser un paseo? —gritó Gabi con la voz entrecortada por el esfuerzo, que le estaba dejando más y más exhausto con cada crujido bajo sus pies patosos.

—¡Ánimo, que ya llegamos! ¡Mañana estaremos sentados frente a la chimenea mientras miramos las fotos y nos reímos! —respondió Mario desde el frente de la cordada con una amplia sonrisa que denotaba que él estaba en indudable mejor condición física y mental.

—Eso sí al final llegamos... porque yo estoy acojonado... ¿seguro que no hay grietas escondidas, aquí bajo nuestros pies? —preguntó de nuevo Gabi desde el extremo de la cordada mientras clavaba el piolet a su lado y analizaba su entorno más cercano a la busca y captura de posibles agujeros.

Al pararse, la cuerda se había tensado hasta hacer detener abruptamente a sus amigos. Allí, inmóviles en medio de esa inmensidad blanca, parecían tres motas de polvo traídas por el viento desde otras latitudes más temperadas. Sus ojos de un negro profundo enmarcados por pestañas infinitas observaron mejor, más allá de su perímetro inmediato, hasta los bordes lejanos del glaciario; toda su extensión, cubierta por una capa de nieve, era de un blanco casi inverosímil. Su blancura perfecta contrastaba con las diferentes tonalidades que adquiría el hielo al pie de las paredes casi verticales, donde no estaba cubierto por el manto recién caído, y que oscilaban desde un sutil rojo al verde, pasando por el azul pálido allí donde los seracs con sus bloques medio desprendidos rompían la uniformidad.

—Venga, hombre... no seas gallina. Puede haber alguna pequeña fisura, pero eso de las grandes grietas ya es cosa del pasado. ¿No ves que el glaciario se está derritiendo y ya no es lo que era? —le respondió Mario, que también había detenido su marcha al igual que sus amigos.

—¿Ah sí? —inquirió Leo, que se había sentado a descansar.

—Pues claro. ¿Sabías que después de la última glaciación esto medía treinta y seis kilómetros? Ahora apenas mide unos seiscientos metros... —añadió Mario, que siempre parecía saberlo todo, trataran el tema que trataran.

—Sí, pero yo diría que aquí debajo aún tenemos hielo para rato... —dijo Leo.

—Unos cuarenta metros —puntualizó Mario.

—¿¿Cuarenta?? ¿Y qué narices hay por debajo de esos cuarenta metros? —preguntó Gabi.

—Quién sabe... —dijo Mario mientras encogía sus hombros fornidos para dejar claro que no tenía respuesta para esa pregunta.

—¡Venga, Gabi, echa una meadilla, derrítelo todo y nos lo cuentas! —gritó Leo justo antes de empezarse a reír con unas carcajadas tan sonoras que todas las montañas parecieron retumbar. Qué gusto les dio verle reírse así; últimamente, ese Leo parecía haber desaparecido.

De repente un fuerte crujido sonó seco y perturbador, despertando a los tres amigos de su pequeña tregua glacial. Parecía como si las entrañas de esa masa de hielo hubiesen lanzado un grito agónico al fracturarse de cuajo su intimidad, que había permanecido en silenciosa paz durante milenios.

—Mario, ¿¿Qué coño ha sido eso?? —preguntó Gabi mientras se giraba nerviosamente en todas direcciones.

Menudo y con aspecto más bien delicado, Gabi nunca se había caracterizado por su aplomo, si bien era un incondicional seguidor de sus amigos, a quienes estaba dispuesto a acompañar hasta los confines del planeta, costara lo sobresaltos que costara. A pesar de ser de talla pequeña, era de bastante buen ver y sus facciones estaban hermosamente equilibradas en general; sus ojos eran su principal atractivo y parecían brillar en medio de esa cara menuda pero angulosa, de pómulos marcados y labios carnosos y bien dibujados. No obstante, su forma física no le acompañaba y lo suyo definitivamente no era la aventura, y mucho menos si esta implicaba un esfuerzo medianamente intenso. Sus piernas cortas y su escasa musculatura no estaban hechas para realizar largas caminatas. Tendría que pensárselo mejor la siguiente vez y no dejarse convencer tan a la ligera por sus dos amigos.

Aguantando la respiración, miró a Mario en busca de una explicación lógica que le tranquilizara.

—¡¡Mario, joder, dime qué es eso!! —le preguntó de nuevo.

—No lo sé —le respondió Mario con semblante preocupado—. Pero creo que será mejor que sigamos avanzando... esto no me gusta...

En una décima de segundo ya habían retomado la marcha, esta vez con un poco más de velocidad y con todos los músculos de sus cuerpos en tensión.

Al instante un nuevo crujido, sobradamente mucho más potente que el anterior, retronó como un nuevo lamento, rebotó entre las montañas cercanas y les hizo estremecer por dentro. Aquel preaviso amenazante derivó en una serie de pequeños ruidos concatenados, agudos y breves, que recordaban a la madera seca cuando se parte y se astilla en mil pedazos. Bajo sus crampones, el glaciar les indicaba con certeza que se había enojado con ellos, y lo hacía cada vez

con más intensidad, pues los crujidos no solo no cesaron, sino que fueron en aumento hasta convertirse en un concierto macabro que les envolvió con sus gélidos arpegios.

—¡Aseguraos! ¡Clavad el piolet! ¡¡Rápido!! —chilló Mario desde el frente de la cordada al mismo tiempo que se giraba para cerciorarse de que sus amigos estaban siguiendo sus instrucciones.

Vio a Leo aterrorizado intentando clavar el piolet pero, tras atravesar la delgada capa de nieve, le estaba resultando muy difícil hincar la punta en el hielo, posiblemente debido a que los nervios y la carencia de experiencia le estaban sumiendo en un estado casi histérico. Su corazón había extraviado el ritmo hacía rato y se había acelerado hasta límites que no creía factibles. A pesar de las bajas temperaturas, notó cómo una romería de gotas de sudor resbalaba por sus sienes y cómo, bajo sus ropas térmicas especiales, su cuerpo se iba empapando poco a poco.

Lo intentó de nuevo una y otra vez, cada tentativa más enérgica que la anterior, si bien con los nervios los impactos sobre esa superficie imposible parecían más bien porrazos desesperados, sin el ángulo adecuado y del todo improductivos.

Y entonces, quince metros más allá pendiente abajo, Mario vio con terror cómo súbitamente Gabi era engullido por una enorme grieta hasta entonces del todo insospechada, sin tan siquiera darle tiempo a reaccionar o a pedir ayuda. En silencio, sin preaviso, el hielo simplemente le engulló y todo su cuerpo cayó sin más hacia su interior.

Leo, que acababa por fin de clavar su piolet y se aferraba a él como podía, se desequilibró y cayó al suelo al tensarse la cuerda que arrastraba a su amigo al abismo. El fuerte tirón le arrastró levemente, pero sus brazos resistieron y allí quedó, sintiendo el peso de Gabi colgando de su figura. No le hizo falta verle caer, pues al instante entendió la situación.

Intentó moverse, pero el peso era excesivo para él; nunca hubiese creído que su amigo pesara tanto y tan solo logró recuperar levemente su posición y agarrarse al piolet con más firmeza mientras la cuerda enganchada a su arnés intentaba arrastrarle también a él.

—¡¡Mierda!! ¡¡No te muevas, Leo!! —le gritó Mario desde su posición más elevada— ¡Siéntate mirando hacia la grieta y clava bien los crampones! ¡¡Y no sueltes el piolet por lo que más quieras!!

—¡¡No puedo!! —gritó Leo desesperado mientras intentaba hacer contrapeso con toda sus fuerzas. Nunca antes en la vida había experimentado tal terror y tal sensación de descontrol absoluto. No quería resbalar... no quería caer él también... Ese no era su momento; su final no podía ser allí y de esa manera. No, su mente aturdida se negaba rotundamente a ello. Había tantas cosas que todavía le quedaban por hacer... No, no quería morir.

—¡Sí, sí que puedes! ¡¡Claro que puedes!! ¡No te sueltes o tú y yo nos resbalamos y nos vamos también directos para dentro! —le respondió Mario esforzándose en mantener un tono imperativo y tranquilizador a la vez.

Aunque no era un experto, una cosa tenía clara: lo primero era asegurarse y lo segundo intentar rescatar a su amigo. Habían superado lo peor, que era detener la caída de Gabi sin ser arrastrados, aunque el hecho de que esa parte del glaciar estuviese en pendiente no facilitaba precisamente las cosas.

Pasaron unos instantes sumamente tensos en que la situación pareció estabilizarse y todo se paralizó por un momento: la cuerda, la caída, sus cuerpos...

A Leo no dejaba de sorprenderle cómo Mario siempre lograba mantener la calma ante situaciones límite o, al menos, aparentarlo ante los demás para reconducir el problema.

Inmóviles, ambos lanzaron un suspiro que casi resultó sonoro en medio de ese silencio total. Seguían en sus posiciones y el peso de Gabi no les había arrastrado; parecía que, de momento, la muerte iba a perdonarles. Sin embargo, tras unos escuetos instantes de alivio, volvieron a percatarse de que aquello no había terminado y sus vidas seguían dependiendo de un leve movimiento o de un nuevo crujido.

Leo empezó a gritar a todo pulmón el nombre de Gabi sin obtener respuesta alguna. No esperaba oír su voz fresca como si nada hubiese pasado, pero sí un grito de auxilio, un quejido, un golpe... lo que fuera. La total falta de alguna señal le desesperó aún más, pero siguió insistiendo una y otra vez; era la única cosa que sabía hacer en esas circunstancias que a él se le escapaban de las manos.

Al mismo tiempo, Mario se apresuró en incrustar un clavo de hielo en esa superficie extremadamente dura. Tenía que conseguirlo... él sabía hacer eso... pero el hielo parecía más resistente que el diamante, esta vez. Un nuevo intento... sus amigos dependían de él, no podía fallarles. Finalmente, un gran alivio le invadió al ver ese clavo firmemente incrustado.

Una vez hubo comprobado que él y Leo estaban correctamente asegurados, observó el trozo de cuerda que separaba a éste del agujero: unos diez metros, lo cual suponía que, teniendo en cuenta la longitud de la cordada, Gabi estaba aproximadamente a una profundidad de cinco metros dentro de la grieta.

—¡¡Gabi!! ¡Gabi! ¿Me oyes? ¡¡Gabi!! ¿Puedes oirme? —gritó Mario también una y otra vez.

—¡¡Gabi, por favor!! ¡Dinos que estás bien! ¡Por favor! Por favor... —añadió Leo sin mucho más éxito y con voz casi llorosa.

Ante la ausencia de respuesta, a ambos les pasaron centenares de interrogantes por la cabeza: ¿Estaría inconsciente? ¿Podía oírles desde allí dentro? ¿Se habría lastimado? ¿Podría salir por sus propios medios? De no ser así, ¿serían ellos capaces de rescatarle...? Y, la más trascendental: ¿Seguiría con vida?

Siguieron gritándole durante largos minutos esperando una palabra, un ruido, una leve oscilación de la cuerda que indicara que se estaba moviendo... Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que estaban rodeados por la quietud más rotunda que habían experimentado en todas sus vidas y empezaron a barajar, sin expresarlo aún con palabras, la posibilidad de un fatal desenlace que se negaban a aceptar.

La cegadora luz del sol reflejada sobre las paredes internas de la grieta hizo entornar los ojos a Gabi cuando volvió en sí. Sobre su cuerpo colgante, unos cinco metros de pared glacial parecían separarle de la vida; por debajo, diez metros más distaban hasta el fondo de la hendidura, peligrosamente irregular y atestado de grandes bloques de hielo. Pasados ligeramente

el pánico y la confusión iniciales, intentó concentrarse. Diez metros más... eso significaba que esa fisura enorme del glaciar tendría unos quince metros en total, aunque tampoco es que eso le importara mucho en esos momentos.

Pasó sin demora a centrarse en él mismo. Las características del lugar y sus detalles le importaban bien poco dadas las circunstancias. Movi6 las piernas doblando las rodillas varias veces y también los pies y los brazos. Hizo rotar su cuello en el sentido de las agujas del reloj y después en sentido inverso, para flexionarlo a continuación hacia delante y hacia atrás. Repitió la operación de nuevo para asegurarse. Actuó de igual manera con cada uno de los dedos de sus manos, que permanecían calientes bajo sus gruesos guantes, y con los hombros, que subió y bajó con atención. Incluso separó y juntó un par de veces la mandíbula, comprobando que estaba también en perfecto estado. Inspeccionó con máxima atención cada parte de su cuerpo en busca de algo lastimado... un crujido de hueso roto, tal vez, o algún tipo de dolor insospechado. Sabía que, en un primer momento y en caliente, con el subidón de adrenalina, en algunas ocasiones era difícil detectar una lesión, por lo que se quedó quieto y esperó unos instantes a que su cerebro recibiera algún indicio sospechoso. Pero no fue así; aparte de alguna que otra magulladura, todo parecía estar intacto y en su lugar.

Bien, estaba vivo y no parecía estar herido. ¡Vivo! Eso era lo más importante y, por un momento, le hizo sentir el ser más afortunado sobre la faz de la tierra. Le pareció prácticamente un milagro: no solo había sobrevivido a la caída, sino que había resultado sorprendentemente ileso. Nunca antes había tenido tanta suerte. Era increíble, pero estaba vivo. ¡Vivo! ¡Vivo! ¡¡Vivo!!! Esa revelación le proporcionó la fuerza de ánimo suficiente para calmarse y analizar con detenimiento su situación.

Se tomó unos minutos para observar mejor el interior de esa grieta que había surgido de la nada. Tenía grandes dimensiones y se extendía muchos metros a lo largo del glaciar; en el fondo, entre los bloques, había agua procedente del deshielo que fluía hacia alguna parte. Por un momento intentó imaginarse la baja temperatura que tendría, cercana a los cero grados, y lo que hubiese supuesto caer dentro del agua en lugar de quedarse oscilando en el vacío sobre ella. Parecía que su suerte iba incluso más allá de lo que había creído unos segundos antes.

Todo el hielo milenario de ese espacio silencioso estaba invadido por tonalidades azules; si no hubiese sido porque casi le cuesta la vida, ese interior donde la calma no podía ser más absoluta y el silencio más místico le habría parecido un lugar extrañamente hermoso y sobrecogedor.

Tras dejarse llevar por la belleza de ese sitio, Gabi regresó a la dura realidad. La grieta en la que se hallaba no era lo suficientemente estrecha como para servirse de ello en su ascenso; tampoco había apenas salientes a su lado donde agarrarse, ni rocas, ni bloques de hielo cercanos donde apoyar los pies. Si sus amigos no podían ayudarle, cosa que él desconocía, liberarse de esa cárcel prometía ser hartamente complicado.

Sí, ese era el estado de las cosas: estaba vivo pero atrapado.

Empezó a sentir una angustia que parecía aplastarle desde dentro impidiendo a sus dos pulmones trabajar correctamente y a su corazón bombear la sangre necesaria. Por momentos notó cómo le faltaba el aire y cómo la respiración se le aceleraba, perdiendo todo el autodominio que había tenido minutos antes.

Tenía que salir de allí. Necesitaba salir de allí. Era una necesidad imperiosa. Y tenía que hacerlo ya.

—¡¡Por Dios, sacadme de aquí!! —gritó a todo pulmón al mismo tiempo que empezaba a balancearse frenéticamente perdiendo el control—. ¡¡No quiero morir aquí abajo!!

Y allí, en esa enorme cubitera azulada, lloró por primera vez en su vida como hombre adulto.

Al oír los gritos de Gabi, amortiguados por el espacio cerrado de su confinamiento, sus dos amigos se miraron y soltaron a la vez enormes suspiros de alivio. Nunca en la vida se habían alegrado tanto de escuchar la voz de ese enclenque médica.

—¡¡Gabi!! ¿Me oyes? —le gritó Mario.

—¡Poco, pero sí! ¡¡Sí te oigo!! ¡¡Sacadme de aquí de una vez!! —respondió él.

—¡Deberás intentar llegar hasta el borde! ¿Puedes trepar o agarrarte a algún sitio?

—¡¡No!!

—¡Mira hacia los lados! ¿No hay salientes?

—¿Cómo?

—¡Mira si hay salientes a tus lados!

—¡No! ¡¡No, no, no!! Bueno... espera... sí, hacia mi derecha... ¡pero es demasiado pequeño! —respondió Gabi.

—¡Balancéate e intenta agarrarte! ¡Clava el piolet! —le dijo Mario.

Este último sabía de sobras que, si intentaban tirar de él sin más, un fragmento del borde de la grieta podría desprenderse por la fricción de la cuerda, caerle encima y sepultarle en vida. Tirar de él hacia arriba era la peor de las opciones; debería, por tanto, intentar salir por sus propios medios.

Mario y Leo esperaron en silencio con la esperanza de que lo consiguiera. Se miraron, pero ninguno de los dos osó decir nada.

Tras unos eternos instantes en vilo, algo empezó a suceder. Por la casi imperceptible oscilación en la cordada, sus dos amigos supieron que lo estaba intentando.

Con el primer movimiento y el consiguiente roce de la cuerda con el borde exterior de la grieta, a Gabi se le desplomó encima gran cantidad de nieve. Se asustó por un momento pero, tras sacudirla de su cara, siguió con el vaivén más y más hasta que consiguió clavar el piolet en el saliente y situarse allí. Miró hacia arriba asustado, esperando que no se desprendieran más trozos; no quería ni imaginar qué pasaría si de repente un fragmento de esa pared se le venía encima.

Respiró casi satisfecho; había conseguido llegar a un punto en el que apoyar los pies y agarrar las manos, lo que le pareció realmente un comienzo inmejorable. Aferrado al hielo como un imán, se tomó un respiro antes de proseguir; había dado el primer paso, pero le quedaban muchos por delante.

Entonces se dio cuenta.

Al principio no entendía lo que estaba viendo... ¿acaso eran miles de ramas atrapadas dentro del hielo? No, esa hipótesis era poco factible, por lo cual decidió mirar mejor aquello que estaba incrustado en la pared de la fisura más allá de ese saliente.

No eran ramas y, para su estupefacción, lo vio con toda claridad. Eran huesos. Huesos de todos los tipos y de infinitud de tamaños, amalgamados con el hielo, fundidos con él en una extraña mezcla macabra. Y, entre ellos, numerosos objetos variopintos. No entendía nada... ¿Cómo había llegado todo eso allí, al interior de una grieta en medio de un glaciar perdido en la inmensidad del Pirineo? Era tan absurdo que costaba creerlo.

Miró con detenimiento cada trozo de hueso frente a él: su forma, su color, su aspecto, su longitud... No era un experto en el tema, pero se dio cuenta de inmediato de que se trataba indudablemente de huesos humanos de todas las diferentes partes del cuerpo posibles, desde el coxis hasta las falanges, pasando por la clavícula o las costillas. Podía haber alguno que hubiese pertenecido a algún animal, pero era más que evidente que eran restos de personas lo que le rodeaba. Un temblor le recorrió todo el cuerpo.

Fijándose mejor, constató sin dificultad que ese osario llegaba prácticamente hasta la superficie y ocupaba metros y metros de pared horizontal. Parecía que se hubiesen acumulado allí durante siglos en un desorden caótico y sin sentido. Algunos de ellos parecían más recientes, y otros aún conservaban fragmentos de carne correosa y reseca adherida; las bajas temperaturas la habían convertido en una extraña materia desecada y marrón que le recordó al cuero pero de color más claro.

Le entró una arcada de asco que por suerte pudo controlar. Para distraerse, bajó la mirada y la situó en el fondo de la grieta, una zona que, a priori, parecía normal.

No se había percatado anteriormente, pero allí, depositados en el fondo y esparcidos entre los bloques de hielo, centenares de pequeños paquetes de color blancuzco de no más de dos palmos y medio de largo pasaban prácticamente desapercibidos. Permaneció un rato mirándolos y haciendo conjeturas, hasta que, por un momento, su imaginación le hizo adivinar en uno de ellos el contorno de un bebé, posiblemente recién nacido a juzgar por su tamaño diminuto. No obstante, la idea era demasiado terrorífica para ni tan siquiera considerarla. No, no podía ser; seguramente se trataría de otra cosa. ¿Cómo iba a ser un bebé? Apartó la vista de allí y se centró en lo que tenía en su entorno inmediato. Pensó que posiblemente el golpe, la situación y las bajas temperaturas le estaban jugando una mala pasada. Su mente no pensaba con claridad; sí, era eso, estaba sufriendo alucinaciones. ¿Un bebé? No, no podía ser.

Aun así, la presencia del resto de huesos era innegable. Pegado a la pared blanca, movió los pies con cuidado para observar su descubrimiento más de cerca. Estaba tan absorto en su hallazgo que por un momento olvidó lo delicada que era su situación.

De repente, algo especialmente extraño le llamó la atención; sus ojos se acercaron a unos huesos redondeados y los entrecerró para enfocar bien dados sus problemas de visión. Allí, a un palmo de su nariz, las dos oquedades oculares de un cráneo humano parecían mofarse de él.

Tal fue el sobresalto al ver esa ausencia de ojos mirándole que se desequilibró. Sus pies se movieron de manera involuntaria y perdió su posición a pesar de sus intentos por recuperarla, quedando de nuevo suspendido en el vacío de esa cuerda que le unía al arnés.

Era de locos... colgando en medio de cadáveres fragmentados de los cuales apenas quedaba ya sustancia... huesos de cuerpos reseco y congelados diseminados por doquier... esos huecos que parecían burlarse de su posición ridícula...

“Dios mío... Dios mío... ¿qué es este sitio? ¿¿Un cementerio??”, pensó aterrado. “No, imposible, no puede ser. Venga, respira profundo y sal de una vez de esta maldita tumba...”

Prácticamente temblando y con los ojos errando frenéticamente de un hueso a otro, empezó a oscilar de nuevo con el piolet en la mano. No era capaz de centrarse, tan solo de mirar y mirar a derecha y a izquierda, por encima de su cabeza y por debajo de él. Todos los intentos por recuperar ese maldito saliente estaban resultando estériles.

De nuevo hizo oscilar su cuerpo... por poco esta vez... Y de nuevo, y de nuevo. Por muy poco... Tal vez debía oscilar con más fuerza; su vaivén no era suficiente, por lo cual se dio más impulso. Casi. Rozó el saliente con la mano, lo que le animó a no cesar en su empeño. Varias tentativas más, y consiguió otra vez llegar hasta él y afianzarse allí.

Por fin. Esta vez sí lo había conseguido, lo cual le supuso un gran alivio, pues ese era el primer paso hacia su salvación.

Todo era tan increíble e inverosímil...

“Esos dos no se lo van a creer por mucho que se lo cuente...”, se dijo a sí mismo al mismo tiempo que, ya estable en su posición, empezaba a golpear con el piolet alrededor de la calavera. “Pues tendré que llevarles pruebas...”. Y siguió golpeando. Muy a su pesar, le hizo varios pequeños agujeros y rasguños con la punta afilada del metal de manera involuntaria; no es que le importara mucho dañarla o no, pero sí deseaba extraerla de una sola pieza.

Por fin, tras golpes y más golpes interminables, consiguió arrancarla de su encierro. La agarró con la mano libre y se la quedó mirando; siempre había pensado que el hecho de tener algo similar en las manos le produciría una profunda aversión, pero no fue así. La agarró sin vacilaciones ni dudas. Simplemente, la agarró, y lo hizo firmemente para que no se le resbalara de entre esas manos patosas cubiertas con guantes.

Sin pensárselo dos veces y con una decisión que hubiese sido del todo impropia de él en circunstancias normales, cogió un mosquetón, lo pasó entre una de las dos órbitas oculares y lo enganchó a su arnés en calidad de prueba irrefutable. A continuación, con ese *souvenir* estrafalario colgando de su cintura, empezó a ascender por ese tramo de pared accesible pero tapizado de restos humanos.

Un nuevo saliente donde colocar el pie... otro... un minúsculo lugar donde agarrarse... El ascenso iba a ser lento, pero lo conseguiría.

Entre tibias y peronés intentó descifrar los objetos que iban desfilando ante sus ojos: una mochila de piel marrón resquebrajada, unos monóculos con el cristal partido por la mitad, un collar de perlas negras, unas anticuadas botas infantiles de cordones con las suelas gastadas y las puntas abiertas, un fragmento de extraña arma de madera que se asemejaba a una ballesta... Pensó que, de no ser por los huesos humanos, esas cosas anacrónicas conformarían una especie de fantástico museo de tiempos pasados. La duda sobre cómo habían ido a parar precisamente a ese lugar imposible era tan abrumadora que decidió dejar las investigaciones para otro momento más

propicio y concentrarse en su salvación.

“No te lo mires... tú a lo tuyo. ¡¡Tienes que salir de este sitio como sea!!”, pensó mientras se esforzaba en trepar más y más, luchando contra la gravedad, contra la dificultad, contra su propio peso, contra su total falta de técnica.

Clavó de nuevo el piolet que, para entonces, ya se había convertido en su mejor amigo, mientras con la otra mano se asía con fuerza al saliente y se impulsaba hacia arriba. Y de nuevo las puntas de sus crampones, seguidas de un nuevo intento que estaba resultando casi sobrehumano para él, hacia la luz, hacia la vida. Y otro golpe de piolet sobre el hielo que resonaba y se resistía a acogerlo en su seno, y otra vez las puntas. Y a cada golpe, gemidos de esfuerzo y desesperación.

Y entonces, súbitamente, en uno más de sus minúsculos avances en su progresión vertical, el crampon no se clavó lo suficiente y perdió pie mientras la punta metálica lanzaba un agudo chirrido al resbalar por la superficie helada. El sobresalto le hizo lanzar un grito, mientras el corazón parecía que iba a salirse de un momento a otro por su garganta. Por suerte, sus reflejos hicieron que su mano se aferrara al instante, aún más fuerte, al piolet incrustado en la pared. La caída repentina de su peso, pendiente de la resistencia de su mano y de los músculos de su brazo, le dolió enormemente. Quedó suspendido del piolet mientras la otra mano resbalaba desesperada del saliente que casi había llegado a asir, por lo que se apresuró en aferrarse a ese objeto con ambas. Sabía que su vida podía depender de ello.

De nuevo colgando... de nuevo en el límite... Al menos no se había golpeado contra la dura pared; podría haber sido peor.

“¡Venga, Gabi! Que esto no puede terminar así... ¡¡Puedes hacerlo!!”, se dijo mientras a duras penas retomaba su posición, situaba sus pies de nuevo, primero el uno y después el otro... otro saliente... otro pequeño avance en su ascensión...

Y así siguió su particular peregrinaje con la calavera colgada golpeando el hielo cada dos por tres, dando golpes arrítmicos que sonaban descompasados y se mezclaban con los golpes del piolet y los crampones al clavarse, con su respiración acelerada y con sus gritos ahogados de esfuerzo supremo.

Y, mientras tanto, su mente se fue acelerando y divagando, conjeturando... saltando, dando numerosos saltos mortales de un pensamiento a otro con una velocidad vertiginosa.

—¡¡Gabi!! ¿¿Me oyes?? ¿Tienes problemas para salir?

La voz de Mario le sacó de sus suposiciones y le trajo de vuelta a la realidad en el preciso momento en que su piolet alcanzaba finalmente la superficie anhelada. Mientras tanto, él y Leo se siguieron esforzando en tirar de él, sin perder sus posiciones y sin tensar demasiado la cuerda para no segarla con el filo de hielo ni provocar un desprendimiento.

El cielo de un azul profundo le pareció tan hermoso que por un momento olvidó lo que acaba de vislumbrar allí abajo.

Se agarró firmemente a la cuerda y, con la ayuda de un tirón por parte de sus amigos, se arrastró sobre el borde, una parte del cual se resquebrajó y cayó hacia la grieta a causa de su

peso. Reptó un poco más hasta que su cuerpo entero hubo salido y aún un poco más, hasta que consideró que se había alejado lo suficiente de aquella trampa mortal.

Entonces, y solo entonces, del todo exhausto pero eufórico como nunca antes lo había estado, se arrastró sobre la nieve hacia ellos.

Una vez tuvieron claro que estaba a salvo, los tres amigos se reunieron y se fundieron en un abrazo que les recordó que, a pesar de sus gustos dispares y sus manías recalcitrantes, estarían dispuestos a dar sus vidas los unos por los otros.

Se apretujaron, hicieron broma y se golpearon la espalda repetidas veces, llorando y riendo al mismo tiempo, hasta que acabaron cayendo al suelo entre grandes carcajadas.

—¡¡Chicos! ¿Acabo de salir de esa grieta y ya me queréis matar de otro susto? ¡Jajajajaja!
—gritó Gabi tumbado en la nieve.

Y así se quedaron todos durante unos minutos, tumbados boca arriba mirando al cielo, reponiendo energías y dando gracias por seguir vivos.

—Bueno, bueno... —dijo Leo aún emocionado—, la aventura ha resultado más movida de lo que habíais previsto, ¿eh?

—Sí... ¡esto no estaba en el guión! —añadió Mario mientras se volvían a levantar—. Además...

De repente éste se quedó mudo con los ojos clavados en ese cráneo sin mandíbula y lleno de arañazos que estaba suspendido del arnés de su amigo.

—¿¿... y eso?? —le preguntó sin dejar de mirar esos dos boquetes que algún día habían sido ojos.

—Sé que no os lo vais a creer... —les dijo Gabi convencido de que, efectivamente, sus explicaciones no sonarían muy verosímiles.

—Lo que no os vais a creer es lo que tenemos encima... —interrumpió Leo, que estaba observando fijamente el cielo sobre sus cabezas.

—Pero... ¿habéis visto eso? ¿De dónde han salido esos nubarrones si hace un segundo estaba soleado? —exclamó Mario olvidándose al instante de todas las explicaciones pendientes.

El cielo azul intenso y carente de nubes de hacía unos minutos ya no existía. En un lapso de tiempo demasiado breve para resultar lógico, un manto negro y amenazante formado por descomunales nubes proyectaba su sombra sobre las cumbres y los valles hasta donde la vista alcanzaba a distinguir.

Las formaciones nubosas avanzaban con una rapidez sobrenatural, deformándose de mil maneras, alargándose, fundiéndose con otras hasta modelar gárgolas celestes.

A la derecha del pico de Aneto, que apenas resultaba ya visible a causa de esa masa negruzca que parecía estar descendiendo, cayó el primer rayo. Acto seguido, un trueno como nunca habían oído antes estalló en el aire al mismo tiempo que los primeros copos de nieve, enormes y desperdigados, empezaban a descender.

—La nieve nunca cae tras las tormentas de rayos... cuando nieva, el cielo se emblanquece y empieza a caer con tranquilidad... sin truenos... —dijo Leo pensativo.

—Sí, esto no es normal... da grima... —añadió Gabi.

—Sí... esto no me gusta nada de nada... ¡Venga, al refugio! ¡Todo lo rápido que podamos! —dijo Mario a sus amigos con un tono imperioso que, como siempre, dejaba patente que tenía dotes innatas de liderazgo.

Y así, bajo aquella extraña nevada que se intensificaba por segundos, empezaron a deshacer su camino por ese glaciar que casi les cuesta la vida, bordeando cuidadosamente la grieta y avanzando bastante más rápido de lo que habían ascendido. Aunque Mario estaba callado, se podía percibir por su manera de moverse y sobre todo por su semblante que aquella situación le inquietaba enormemente. Mientras les guiaba hacia el refugio, su cabeza no paraba de visualizar mentalmente, una y otra vez, esa predicción meteorológica que había augurado sol resplandeciente durante toda la semana y nulas posibilidades de precipitaciones. Por otra parte, tenía la sensación de que esas nubes no eran habituales en cuanto a ninguna de sus características; ni su súbita creación a partir de la nada, ni sus insólitos movimientos, ni tampoco su color exageradamente gris oscuro. Y, por supuesto, esa anómala nevada que era del todo incomprensible.

Una vez abandonado el glaciar, se quitaron los crampones y aligeraron la marcha en busca del amparo de esos muros unos centenares de metros más abajo. Soltaron suspiros de alivio al volver a andar sobre suelo firme y rocas, aunque no les fue difícil apreciar que el tiempo estaba empeorando por segundos y no sería nada fácil llegar hasta allí.

A los pocos minutos de su descenso por la ladera, rodeados por una nevada que iba *in crescendo*, la visibilidad se había tornado en prácticamente nula, con lo cual Mario se halló a él mismo guiando a dos excursionistas novatos por unas montañas agrestes y en una casi total oscuridad. Al cabo de unos minutos más, la nevada se intensificó sobremanera hasta convertirse en copiosa.

Siguieron avanzando y avanzando, maldiciendo esa aventura a cada dificultoso paso. Sus fuerzas ya hacía horas que les habían abandonado a todos, incluso a Mario, que era el que estaba más en forma y habituado a largas caminatas por la montaña. Por suerte, el refugio no podía estar ya muy lejos.

Pasó otra hora más en que la extraña nevada no aflojó en lo más mínimo. Los tres amigos, extenuados, ya casi no podían avanzar, y cada nuevo paso era un calvario para ellos. A Gabi le faltaba el aliento hacía rato y se prometió no pisar una montaña nunca más; a partir de entonces, todo su tiempo de ocio discurriría en playas de arena fina y calor canicular. Leo, por su parte, combinaba sus pensamientos sobre Virginia con el dolor que le estaban provocando esas incómodas y recién estrenadas botas de montaña; llevaba los pies llenos de llagas, resultando cada paso en una auténtica tortura. Cómo deseaba sacárselas y sumergirse por completo en una bañera de agua caliente y rebosante de espuma...

De repente, Mario se paró en seco. Bajo sus pestañas cubiertas de nieve, sus ojos oscuros miraron fijamente a Leo y a Gabi y se mordió el labio, como si estuviese calibrando muy bien sus palabras antes de articularlas.

—¿Qué? ¿¿Qué pasa?? ¿Todavía no llegamos al refugio de los demonios? —inquirió Leo

exasperado.

—No lo entiendo... —dijo Mario muy poco a poco mientras clavaba la vista en aquel suelo cubierto totalmente de nieve—. Creo que el refugio no está por aquí, aunque la ruta es sencilla... No lo entiendo... Miles de personas pasan cada año por aquí... es fácil encontrarlo... pero no está.

—¿Cómo dices? ¿Cómo que no está por aquí? ¿¿Cómo coño va a desaparecer un refugio?? —chilló Gabi.

—Tendríamos que haber llegado hace hora y media. Y el GPS no funciona... la brújula parece ser que tampoco —respondió Mario sin dejar de mirar al suelo.

—¿Y eso qué significa? —le preguntó Leo, que estaba empezando a perder los nervios.

Mario, con la respiración entrecortada por el sobreesfuerzo, se tomó unos pocos segundos antes de atreverse a responder, pues sabía que sus palabras no serían del agrado de sus amigos.

—Significa que nos hemos perdido —respondió de nuevo con rotundidad.

II

En su descenso a ciegas y sin rumbo, Mario repasó mentalmente todo aquello que parecía haber fallado: la nula visibilidad provocada por esa insólita tormenta, el GPS que no había funcionado, el factor humano... Sí, eso era lo que más le dolía: el factor humano. Por su culpa, sus dos amigos llevaban deambulando extraviados entre montañas casi medio día, arrastrando penosamente sus pies unos metros detrás de él. Y, en medio de esa inmensidad, cada árbol parecía igual que el anterior, cada roca tenía la misma forma que alguna otra que acababan de pasar... nada le parecía familiar y, por otra parte, todo era idéntico.

Absolutamente derrotado y aceptando que, por sorprendente que pareciera, era incapaz de guiarles hasta una carretera o lugar habitado, empezó a calcular cuánto tiempo tendría que transcurrir hasta que se activaran los mecanismos de rescate. Nadie sabía exactamente dónde estaban, pues no habían explicado sus planes en el hotel ni habían conversado con nadie al respecto; sus familias, por otra parte, no les empezaría a echar de menos hasta el día siguiente, en que se suponía que iban a regresar de su excursión de amigos del fin de semana. Eso significaba que nadie comenzaría a buscarles antes de, al menos, cuarenta y ocho horas. Demasiadas para sobrevivir en medio de la nieve y con el brusco descenso de las temperaturas, que serían aún más negativas tras la caída del sol.

Se giró para observar a Gabi y a Leo, que le devolvieron la mirada pero no dijeron ni una palabra. Su silencio era lo que más le inquietaba: ¿Qué estarían pensando? ¿Cómo estaría su estado de ánimo? ¿Se lo perdonarían alguna vez? En cualquier caso, no era un buen momento para conversaciones.

El apuesto profesor de educación física que siempre tenía respuestas para todo parecía estar fallando a todo el mundo últimamente. El trabajo en el instituto... sí, eso le llenaba totalmente, pero en cuanto a su ámbito personal, su vida privada tenía mucho que desear. Maite, su preciosa mujer de melena negra y ojos color miel, parecía morar en un plano paralelo que nunca convergía con el que él habitaba. Ella no entendía por qué dedicaba tanto tiempo a sus amigos... tampoco entendía muchas otras cosas. Pero, a pesar de estar viviendo una relación con más subidas y bajadas que una montaña rusa, tenía claro que la amaba intensamente y que era la mujer de su vida, a la cual no quería perder.

En el fondo, su perenne dominio de la situación y la dicha que irradiaba siempre su persona eran pura fachada tras la cual se camuflaban sus dudas, su inseguridad, su falta de certeza respecto a un futuro feliz.

—¡Mario! ¿Qué es eso? —preguntó Leo a gritos desde unos metros más atrás.

—¡¡Mario!! ¡Venga, hombre, despierta ya de tus pensamientos! ¿Es que no lo has oído? —añadió Gabi.

Mario se paró en seco y se giró hacia sus dos amigos a escuchar. Estaba tan abstraído en sus divagaciones que hubiese podido pasar un camión junto a él y no se hubiese percatado.

Inmóvil, afinó el oído todo lo que pudo mientras ellos le observaban de forma inquisitiva.

Esta vez sí lo oyó. De forma absolutamente nítida, las inconfundibles y contundentes campanas de una iglesia no muy lejana retumbaban sin cesar en medio de esa nada absoluta.

—No, no... no puede ser. No hay ningún pueblo por aquí... —dijo Mario frunciendo el ceño.

—Pues ya lo oyes... ¡¡alto y claro!! —respondió Leo con un tono levemente irritado—. O sea, que cerca vive gente... o al menos habrá una iglesia donde refugiarnos. ¡Suenan por allí! ¡¡Vamos!!

No hizo falta consensuarlo y adoptar decisiones, ya que actuaron con unanimidad implícita y al instante emprendieron de nuevo su camino, ahora más rápido y con energías renovadas, hacia ese sonido salvador. Sus pies que antes se arrastraban ahora parecían volar.

Inmersos en esa oscuridad casi completa, entre abetos titánicos y precipicios inquietantes, a cada paso el sonido de las campanas se intensificaba, y a cada paso sus sonrisas se volvían más patentes.

Tras quince minutos persiguiendo el repicar que extrañamente no cesaba, su estruendo cadencioso les envolvió como si se hubiesen introducido dentro, claveteando sus cerebros y haciendo retumbar todos sus órganos internos.

—¡A ver...! —gritó nerviosamente Mario, que había retomado las riendas de la situación— ¡... la iglesia debe estar por aquí mismo! ¡¡Pero no veo nada...!!

Y entonces súbitamente las campanas cesaron, llenando su hueco silencioso el agudo silbido de la ventisca al deslizarse entre los riscos de un desfiladero cercano.

De repente la mirada de Mario se fijó en una silueta de algo menos de metro y medio de alto y completamente sepultada en nieve que no parecía ser ni un arbusto ni un muro. Más allá, ni tan solo podía intuirse qué había; oscuridad, más nieve... esa iglesia en algún lugar... Con la mano recubierta por su guante azul oscuro apartó el manto blanco de su parte superior y del frente.

Ante ellos, el rancio cartel de madera sin pintar indicaba, con grandes letras negras desgastadas, que por fin se hallaban a la entrada de un pueblo de nombre sumamente singular, pero de hecho no más que la mayoría de localidades del Pirineo.

Habían llegado a Treume.

Sin mediar palabra siguieron avanzando hacia ese lugar cuya existencia los tres desconocían hasta ese momento, intentando discernir en qué punto exacto del mapa estaban ubicados.

—No me lo puedo creer... —dijo Gabi entonces mientras caía al suelo de rodillas por la sorpresa y el agotamiento, mirando al cielo con ojos absolutamente incrédulos.

—¡Dios mío! —exclamó Leo.

Mario no dijo nada, pero la sensación de que algo no encajaba en el orden normal de las cosas le recorrió la espina dorsal mientras observaba cómo, en menos de medio minuto, aquellas nubes negras desaparecían entre vaivenes psicodélicos y danzas macabras hasta dejar tras de sí un cielo perfectamente azul donde el sol, ya en el horizonte, proyectaba sus últimos rayos.

Nada quedó de esa ventisca que había vomitado sobre ellos toneladas de nieve. Nada quedó del cielo negro y desafiante que les había engullido horas antes. Nada.

A unos pocos metros tras el cartel, donde antes la escasa visibilidad no dejaba ver más allá, los primeros indicios de Treume aparecieron ante sus ojos incrédulos.

Por un instante, al unísono, a los tres les abordó la sensación de estar abandonando un mundo conocido para iniciar la transición hacia un vacío místico y oculto que de repente se había llenado.

A primera vista, ese pueblucho enclaustrado entre las altas montañas de un valle cerrado y minúsculo no era gran cosa. Antiguo, vetusto, casi derruido por el tiempo implacable, parecía aferrarse a su existencia y seguir luchando, tras cada cambio de estación, por superar el paso de los años. Extraviado entre los abetos colosales que se encontraban a esa altitud, la enmarañada vegetación que lo rodeaba parecía absorberlo como a los castillos de cuentos de hadas, si bien Treume era mucho más inquietante y notablemente menos idílico.

Justo detrás del cartel de madera, a la derecha, una serie de muros de piedra medio derruidos daban a entender que esa parte del pueblo estaba destinada a la huerta cuando la climatología lo permitía. Las enormes piedras redondas, planas y negras que conformaban los muros se apelotonaban y competían entre ellas por su justo equilibrio vertical. De igual manera, el musgo de un verde intenso luchaba por adueñarse de cualquier resquicio entre ellas para obtener su espacio vital.

En aquella huerta desangelada aún quedaban restos de algún vegetal superviviente que asomaba tímido entre el manto de nieve, aunque no lograron identificarlo; tal vez alguna verdura de invierno resistente a las heladas, tal vez plantas aromáticas no demasiado frecuentes...

Justo en el mismo lugar que la huerta pero a la izquierda de la calle, una larga fuente de piedra parecía recibirles con un goteo decadente y agonizante, pues de aquel caño metálico y viejo con forma de pájaro rechoncho tan solo colgaba una lánguida cascada de hielo que, muy de vez en cuando, permitía liberarse a alguna gota solitaria que se abalanzaba, muda, sobre una superficie igualmente helada. El caño estaba situado en el centro de una pared de piedra tallada en una única pieza y que se alzaba aún más de medio metro por encima de éste. Sobre él, una burda inscripción parecía haber sido esculpida por una mano ancestral y no muy habilidosa, dejando su singular mensaje para la posteridad: "Siempre con nosotras".

En la parte inferior de la fuente, donde en verano debía haber agua fresca y transparente, una cavidad alargada y labrada directamente en la piedra se extendía junto a la pared a lo largo de casi tres metros a modo de abrevadero.

Y, tras la fuente gélida y los huertos infecundos por el invierno, el resto de Treume asomaba ante ellos.

Justo en frente, la que obviamente era la calle principal se extendía en una pronunciada pendiente ascendente hasta converger, al fondo, con una plaza redonda presidida por una iglesia de aire inmemorial. Singularmente empinada, parecía tener como única finalidad servir de alfombra pétrea de bienvenida a esa construcción que, desafiando a la gravedad sobre una gran roca negra y brillante, se alzaba dominando con su campanario a todo el pueblo subyugado a sus pies. Más allá de la iglesia, bajo el manto de nieve, se adivinaba con facilidad la silueta de un amasijo de lápidas abigarradas en completo desorden, donde los antepasados de los pobladores de Treume reposaban para siempre arrojados por las altas cumbres.

A ambos lados de esa calle rectilínea y ascendente, algunas casas se alineaban con más o menos gracia, si bien todas tenían en común su apariencia añeja, casi anacrónica en pleno siglo veintiuno. Algunas, incluso, parecían llevar lustros deshabitadas a juzgar por sus tejados derruidos casi en su totalidad y sus puertas y ventanas ya desvanecidas en la memoria olvidadiza del tiempo. Otras aún atesoraban restos de algunas vigas de madera, puertas carcomidas y ya medio podridas e incluso sus descomunales bisagras oxidadas, si bien de la mayoría únicamente permanecían las fachadas, tras las cuales se auguraba una decrepitud total al encontrarse casi derrumbadas del todo o amenazando con hacerlo en cualquier momento con el más sutil soplo de la brisa.

Pero esa no era la única calle de Treume. Hacia la mitad de la calle principal, dos más partían en dirección a ambos lados, una hacia la izquierda y otra hacia la derecha, por lo que una vista aérea del pueblo dejaba patente que su forma era prácticamente igual a la de una cruz latina. Si bien éstas eran más estrechas, también testimoniaban que en algún tiempo todos sus edificios habían estado habitados para algunos caer, siglos atrás, en el olvido más absoluto.

—¿Vivirá alguien aquí? —preguntó Leo mirando a Mario con expresión curiosa.

—Pues no tengo ni idea... la verdad es que este pueblo no debería estar aquí según Internet y los mapas. No tengo ni idea de si está habitado o no, pero pronto lo sabremos. No creo que esas campanas estén mecanizadas, seguro que alguien las habrá hecho repicar —respondió él mientras empezaba a avanzar sigilosamente y con cierto recelo por la calle principal.

Sobrepasaron la primera casa y también la segunda, donde sus ojos se fijaron en la chimenea que remataba el tejado, de forma cónica y adornada con la figura de un gato a forma de tapadera.

—Mirad eso... Vaya sentido de la decoración más raro tienen en Treume... —exclamó Gabi mientras la señalaba con el dedo.

—Tendrá algo que ver con historias de brujas, supongo —respondió Mario.

—Vaya... ¡¡qué lugar más acogedor!! —añadió Leo con una carcajada que apenas podía esconder cierto temor.

Siguieron avanzando lentamente por esa calle buscando atisbos de vida en ese lugar que parecía estar agonizando. El suelo de piedras redondas gastadas por el tiempo parecía realmente resbaladizo, sobre todo en aquellas condiciones de humedad y debido al hecho que, además, su desnivel agravaba la situación. Curiosamente, la capa de nieve que lo cubría cuando los tres amigos habían llegado al pueblo unos minutos antes se había deshecho casi del todo y con una

rapidez pasmosa, como si bajo su superficie la tierra emanase algún tipo de calor, cosa que era naturalmente imposible.

Teniendo en cuenta las deplorables condiciones en que se encontraba el lugar, resultaba difícil discernir cuáles de esas casas medio en ruinas podían estar habitadas. En cualquier caso, sus presuntos moradores parecían no haberse percatado aún de su presencia.

Entre casa y casa, pequeños patios caóticos parecían contener una disparidad de elementos. Así, entre la primera y la segunda el patio estaba rodeado por un alambre de espinos retorcido y parecía haber albergado algún tipo de animal en otros tiempos.

El patio de al lado, un poco más cuidado, ocultaba tres carros de madera apilados y medio sepultados entre la vegetación.

Unos metros más adelante, pendiente arriba, llegaron a la intersección con las dos calles laterales. Se detuvieron para echar una ojeada desde allí mismo, demasiado agotados para dar un paso más por placer.

La calle de la derecha, jalonada de casas antiguas pero íntegras, parecía desembocar en un estrecho sendero que se perdía, unos centenares de metros más allá, en claro ascenso entre las altas paredes verticales de una especie de desfiladero que no parecía conducir a ninguna parte.

La ruinoso calle de la izquierda, por el contrario, parecía desembocar en una pequeña explanada cercana al pueblo y cuyo centro estaba ocupado por una diminuta construcción cuadrangular de piedra cuya utilidad no supieron adivinar. Más allá, la vía se extinguía en la lejanía al borde de un precipicio de fondo incierto.

—Mirad eso... yo diría que ahí vive alguien —dijo Mario mientras esbozaba una amplia sonrisa victoriosa y señalaba uno de los patios con el dedo.

En el patio de una de las casas de la derecha, entre mucho estiércol y restos de comida para animal de días anteriores, tres cabras tímidas les observaban inmóviles.

Tras los animales vieron claramente un cobertizo donde éstas se resguardaban, y al lado utensilios variopintos: un cubo de agua tirado por el suelo, una pala sucia, un par de botas de goma negras con sendos agujeros en la punta...

El fuerte olor a bestia que desprendía el patio les hizo retirar un poco hacia atrás, si bien para entonces ya les había quedado claro que el lugar estaba habitado por alguien más que el campanero.

Alzaron a la vez los ojos hacia la casa de tres pisos colindante con el patio, y los tres concluyeron sin expresarlo con palabras que tenía un curioso aspecto a pesar de parecer tener moradores. La principal característica que les llamó la atención en un primer momento fue su total ausencia de ventanas. Poseía una estructura sólida y un techo que parecía firme, al igual que tenía tres bonitos peldaños de piedra ante la puerta que daba a la calle. Pero las aperturas rectangulares en la fachada de cada uno de los pisos carecían de ventanas, marcos o contraventanas. En su lugar, vastas telas sucias y rasgadas de diferentes colores estaban colgadas frente a ellas sin orden ni concierto, dando a la casa la apariencia de barco a la deriva tras capear un huracán.

Leo se acercó a la puerta principal y miró indeciso a sus dos amigos.

—... ¿y si llamamos a la puerta? —preguntó.

—Esta casa me da un poco de mala espina. Mejor vamos hasta esa plaza del fondo a ver quién más vive aquí —respondió Mario tajante.

—¡Sí, vámonos ya! —exclamó Gabi mientras emprendía el camino en dirección a la plaza principal, de la cual solo les separaban unos metros.

Al llegar a ésta, la primera cosa que les sorprendió fue que era perfectamente redonda, como trazada con compás. Aunque no era la plaza mayor, ni la plaza principal; era, simplemente, la única plaza del pueblo.

Rodeándola, cuatro grandes edificios, en notable mejor estado de conservación que el resto de Treume, se distribuían de forma uniforme; dos a cada lado con sus patios respectivos, con la iglesia ocupando el centro.

La primera casa de la izquierda, cuyos números en una placa de piedra del dintel pregonaban que databa del año 1687, tenía la puerta entreabierta.

No pudieron evitarlo y echaron una rápida ojeada desde fuera, viendo al instante que la planta baja del edificio estaba ocupada por el horno de pan del pueblo. Era un horno de piedra inmenso y en perfectas condiciones que aún desprendía olor a deliciosa masa de pan recién cocida y a ceniza esparcida por el viento. Junto al horno, sobre un suelo inapropiadamente inmundo, un gran montón de leña se apilaba en franco desorden.

Las otras tres casas no tenían nada de especial. Viejas, decrepitas y austeras, pero resistiendo bien los años. De todas las moradas del pueblo, éstas eran, sin duda, las que tenían más posibilidades de estar habitadas por personas normales.

Mario alzó la vista hasta la iglesia, que se erguía sobre la plaza, y una muda expresión de asombro se escapó de su garganta.

Sobre la roca de un profundo negro azulado cuyo color y morfología no parecían encajar con esas montañas, una iglesia con un alto campanario luchaba, al igual que el resto del pueblo, por sobrevivir. Sus piedras evidenciaban que habían lidiado con muchos embates y soportado muchas tormentas; algunas piedras habían incluso desaparecido dejando lugar a oquedades inquietantes, si bien la mayoría de ellas permanecían en su lugar pero en un estado lamentable de desgaste debido a la erosión de los elementos.

El exterior del pequeño edificio principal tenía nula ornamentación, con una arquitectura escueta pero adecuada a la idiosincrasia del lugar. Si la había tenido, ya nada quedaba de ella. De hecho, apenas cuatro estrechas aperturas verticales en los gruesos muros rompían la monotonía y permitían el tenue paso de la luz hacia ese interior de planta cuadrangular. La puerta de acceso distaba mucho de ser la típica puerta de iglesia con sus columnas y capiteles a ambos lados y madera ricamente labrada; en su lugar, una simple lámina de madera bajo un marco igual de sencillo ocupaba una de las paredes laterales. Se intuía que había sido mucho más hermosa en otros tiempos, pero ya nada quedaba. Para acceder a ella, una hilera de desiguales escaleras labradas en la roca ascendían desde el lado izquierdo de la plaza hasta la parte superior de esa peculiar roca negra.

Prolongándose sobre el edificio a modo de apéndice, el engreído campanario se alzaba unos cuantos metros hacia el cielo hasta culminar en un tejado de cuatro vertientes cubierto por

fragmentos de pizarra, rotos en su mayoría. Su cima estaba coronada por una cruz grande, casi desproporcionada, y a la cual le faltaba la mitad del brazo derecho.

Bajo el pequeño tejado, un espacio igual de pequeño daba albergue a un par de campanas, esas campanas salvadoras que les habían guiado desde la desesperación de saberse extraviados hasta Treume.

Surcando los muros de la iglesia desde la cruz en lo alto hasta su misma base, una enorme grieta cruzaba diagonalmente la construcción a modo de cicatriz fatal, pues era fácil adivinar que, con tan grave herida en su cuerpo, la iglesia tenía los días contados. De hecho, daba la impresión de que permanecía en pie por algún extraño regalo del destino que, en sus designios inescrutables, había decretado concederle tiempo adicional.

De repente, sucedió algo que hizo que Mario, Leo y Gabi dejaran de contemplar esa iglesia imposible y se giraran en seco.

—Sean bienvenidos a Treume.

Allí, frente a ellos, una hermosa joven de cabellos rubios hasta la cintura y piel blanca como el hielo del glaciar les estaba sonriendo dulcemente mientras les daba la bienvenida con voz dubitativa.

III

El maestro Aubelet se empezaba a impacientar. El 1 de marzo de 1185 era el día escogido por su señor Obispo para colocar la primera piedra de la que sería la iglesia de San Vicente Mártir de Treume, la cual iba a sustituir a la vieja capilla que se izaba sobre la enorme roca negra y que, al igual que su predecesora, contemplaría el pequeño pueblo desde su situación especialmente privilegiada. Nadie recordaba ya cuándo había sido erigida la rudimentaria capilla; los más ancianos afirmaban que siempre había estado allí, e incluso que ya coronaba la gran roca antes de que la primera casa del pueblo fuese construida. Fuese como fuese, las piedras amontonadas que conformaban sus muros ya no parecían aguantar ni una puesta de sol más, y en alguna ocasión parte de éstos se habían derrumbado sobre algún vecino.

El emplazamiento era idóneo, no solamente porque ocupaba el mismo lugar que la capilla y no hacía falta buscarle una nueva ubicación, sino porque desde allí arriba Dios Todopoderoso parecería reinar sobre el pueblo con más esplendor.

Por otra parte, a Aubelet le había fascinado el lugar desde el primer momento, pues técnicamente no ofrecía grandes complicaciones. La vieja capilla había desaparecido con apenas dos golpes de maza, y la estatua del santo había sido puesta a buen recaudo dentro de una de las casas del pueblo, donde permanecería durante el tiempo que durara la obra, y donde se oficiaría la misa de modo provisional.

A continuación, dos operarios y una semana de trabajo habían bastado para allanar el terreno, ya bastante plano por sí solo. El maestro Aubelet estaba encantado... estaba saliendo todo tan bien...

Llegado el momento, sin embargo, la esperada ceremonia se estaba demorando, y él no había venido a propósito desde Francia para esperar inútilmente y sobre la nieve, cuyo frío le escalaba pies arriba, a que aquel peón inútil e insignificante llegara con el cordel. Empezó a andar de un lado a otro con la barbilla exageradamente alta y su pose aristocrática, sin mirar a nadie; a él nunca nadie le hacía esperar. Eso, más que otra cosa en el mundo, le resultaba totalmente inconcebible.

Al cabo de unos minutos de tensión evidente que había calado ya entre todos los presentes, obispo rubicundo incluido, la cabeza despeinada del bueno de Martín empezó a abrirse paso a codazos desde el otro extremo de la plaza, apartando nerviosamente a la multitud que se arremolinaba allí para presenciar el acontecimiento. Habían acudido todos los habitantes de Treume, incluso Fadrique el manco, al que nunca se veía en público desde que le cayó el rayo que le quemó medio cuerpo, y también los vecinos de todas las aldeas del valle de Sositania, desde Castejón de Sos hasta Chía. Al fin y al cabo, no era cada día que se empezaba a construir una iglesia, aunque durante los últimos años las pequeñas construcciones religiosas de gruesas paredes, altos campanarios y hermosos arcos estaban proliferando a lo largo y ancho del Pirineo, y todo pueblo que se preciase debía esforzarse en tener la suya. Expulsados los moros de la zona muchos años atrás, había llegado la hora de ensalzar el esplendor de la cristiandad y llenar cada pequeña aldea de cruces en lo más alto que harían sentir a los humildes habitantes, a cada hora del

día, el temor a ese Dios castigador que todo lo veía y todo lo juzgaba.

Cuando Martín logró finalmente subir los escalones y llegar hasta la explanada que se extendía sobre la roca, Aubelet le lanzó una mirada fulminante que le dejó claro que su tarea allí como peón de obra no duraría hasta el día posterior y debería buscarse otro medio de sustento. Una lástima, ya que la construcción de una iglesia le suponía trabajar durante largos años y asegurarse un jornal con el que mantener a sus cinco hijos y a su mujer, que estaba preñada de nuevo. Tendría que buscar una manera suave de darle las malas noticias.

Martín, que aguardaba su momento cabizbajo y sin osar mirar al maestro a los ojos, levantó la cabeza en busca de una señal que le indicara que podía comenzar. Con un gesto amanerado de la mano derecha, Aubelet dejó claro que el momento había llegado.

Ayudado por otro peón y bajo una pléyade de miradas sumamente atentas a su alrededor, fueron colocando el cordel donde él les indicaba según el trazado de los planos, los cuales sostenía fuertemente en sus brazos como si temiera que alguien se los pudiese arrebatar de un momento a otro. Poco a poco, sobre la nieve de blanco immaculado, la planta central y única de la futura iglesia fue quedando delimitada para placer de locales y foráneos.

Al apreciar las dimensiones de la iglesia y su singular ubicación, la cara del obispo dibujó una sonrisa celestial de satisfacción.

Al cabo de un rato llegó su propio turno y el Maestro Aubelet se acercó a él con un pequeño cojín de color morado sobre el cual yacía una piedra cuadrangular no más grande que un puño. Los ojos del obispo, redondos y hundidos como los de un sapo, se iluminaron al igual que lo harían los de un niño chico al ver aquella primera piedra que él colocaría y, sin perder su sonrisa, la agarró con cuidado ante la mirada petulante del maestro, que retiró el cojín y le indicó fríamente con la mano el lugar preciso donde debía depositarla.

El obispo hizo un ademán a los peones para que allanaran completamente la nieve del suelo que tenía frente a él y, acto seguido, se agachó hasta conseguir arrodillarse, lo que le costó sobremanera debido a su constitución sebosa; tantos años de buenas viandas y buen vino no podían dejar de pasarle factura, y todos sus huesos y articulaciones se resentían a cada movimiento bajo su sobrepeso.

Colocó la piedra con cuidado junto al cordel e izó la cabeza hacia Aubelet en señal de aprobación; éste asintió una vez sin mediar palabra para dejarle claro que lo había hecho bien, aunque por su mirada despectiva se evidenciaba que no le satisfacía que aquel religioso simplón y boterudo fuese el centro de todas las miradas en esa honorable ceremonia.

Acto seguido, el obispo levantó solemnemente la mano derecha y lanzó una bendición al aire que fue recibida por todos con mutismo absoluto.

Al ver que apenas podía levantar la pierna derecha para ponerse en pie de nuevo, los peones se apresuraron a agarrarle uno de cada brazo y estirar de él hacia arriba, lo cual no les resultó fácil, pues tambaleó y por un momento pareció que iba a perder el equilibrio y caer al suelo. Mientras tanto, en la plaza, la multitud enfervorizada empezaba ya a aplaudir con alegría. La iglesia de San Vicente tenía ya su primera piedra.

Decenas de peones, canteros y escultores fornidos y musculosos cargados con picas, mazas, paletas, niveles y plomadas llegaron al pueblo durante las siguientes semanas para trabajar

en la construcción de la iglesia; la mayoría de ellos provenían de otros puntos de los Pirineos donde otras iglesias ya se habían finalizado con éxito. Su amplia experiencia era altamente valorada por sus jefes de cuadrilla, y por ello se les procuró buen alojamiento en diversas casas del pueblo, cuyos moradores acogieron gustosos a esos hombres que iban a regalar a Treume lo que hacía años que todos soñaban: una iglesia como las de los pueblos vecinos donde un cura podría oficiar misa al resguardo de los elementos en cualquier momento del año, con amplios bancos donde acomodarse y un cálido suelo de madera donde arrodillarse para adorar al Señor; con preciosas pinturas en las paredes y delicadas esculturas religiosas por doquier entre capiteles labrados y hermosas columnas.

Algunos se trajeron a las mujeres y alquilaron casas o habitaciones en el pueblo; otros llegaron acompañados también de todos sus hijos, que llenarían el pueblo durante unos cuantos años de risas infantiles, canciones y carreras por las calles enfangadas. Treume creció rápido; algunos de ellos incluso se quedarían después de terminada la construcción. Nuevas caras, iglesia de camino... parecían buenos tiempos para el pueblo, que en poco tiempo aumentó de ciento treinta y cinco a doscientos seis habitantes, sin contar los que estaban de camino y que romperían en llantos por primera vez durante los meses siguientes.

El cantero especializado Flaín y su joven esposa Marieta no lo habían tenido demasiado claro y habían pospuesto la decisión hasta el último momento.

Treume era un pueblo perdido en medio de la nada y estaba muy lejos de donde residía la familia de ella, lo cual era un gran inconveniente teniendo en cuenta su situación. Con el embarazo tocando a su fin, temía que la hora llegara mientras estaba en ruta; sin una comadrona para asistirle, solamente su marido, más ducho en picar piedra que en cortar cordones umbilicales, podría ayudarle. Afortunadamente, la mujer de pelo rubio como la miel y cara llena de pecas doradas llegó al pueblo unas semanas antes del nacimiento del primogénito.

Con un aspecto inusual en esos parajes, teñidos de cabellos morenos y pieles curtidas por la nieve y tostadas por el sol, Marieta fue el centro de atención durante las primeras semanas de su estancia allí, tan rubia, tan blanca como se decía que eran las doncellas de la corte, tan diferente de las campesinas...

Por otra parte, a Marieta le convenía un cambio de aires; esas falsas acusaciones en el pueblo anterior, esos dedos traicioneros señalándola a su paso... qué grato resultaría echar raíces en un sitio nuevo, sin sospechas, sin miradas de ojo, donde nadie más osara acusarla injustamente de practicar artes que salían de lo establecido. De haberse quedado en Pozán de Vero, quién sabe si los rumores hubiesen llegado no muy casualmente a oídos de las autoridades... La envidia era tan peligrosa...

El rumor de la existencia de grupos de mujeres que adoraban al Diablo y practicaban artes maléficas se estaba extendiendo por doquier últimamente; incluso el mismo rey Alfonso II el Casto ya había advertido de que era necesario tomar medidas para combatir el incremento de practicantes de artes adivinatorias y similares en la Corona de Aragón. Nadie sabía con exactitud qué prácticas eran aquellas que se narraban de oído a oído, y el término brujería aún se estaba gestando, pero en el entorno rural, todo el mundo conocía a alguna de aquellas personas peculiares, ya fueran adivinas, nigromantes, herboleras o *metzineras*. Tal vez, en el fondo, tan solo eran seres especialmente sensibles o que habían encontrado la manera de sacar el máximo partido

al regalo que la naturaleza les ofrecía en forma de raíces, hierbas, bayas, sustancias naturales varias... Fuese como fuese, la propagación de la práctica secreta de esas artes se estaba extendiendo como las ramas de un arbusto silvestre que crecía a escondidas, en el interior de las cocinas frente a las llamas de la lumbre, con las contraventanas siempre cerradas.

El nuevo hogar del matrimonio, que habían comprado con el dinero de la venta de su casa en Pozán, era considerablemente más reducido que el anterior, y su peculiar distribución hizo que, durante un tiempo, tuviesen que convivir con los conejos de la primera planta y las gallinas ponedoras de la buhardilla.

Sin embargo, habían hecho sus cálculos y llegado a la conclusión que, con un salario semanal, tal vez al cabo de uno o dos años se podrían permitir arreglar la casa a su gusto y levantar un corral para dichos animales, destinando la planta baja a guardar las vacas y las mulas, de manera que su calor corporal ascendiera hacia el resto de la casa durante el largo y gélido invierno. El resto de la casa no estaba mal, pues las estancias eran suficientemente grandes y la cocina disponía de una lumbre amplia en la que cocinar con comodidad. Por otra parte, las gruesas paredes de piedra, tan diferentes de las que ellos estaban acostumbrados a ver, dejarían el frío en el exterior aun cuando la ventisca arreciara con fuerza.

Al cabo de unos días de instalarse en el pueblo, la pequeña Fabila vio por primera vez la luz del sol, aunque fue una luz matizada por la incesante niebla goteante que dominó la jornada desde el alba hasta el atardecer.

Pasaron los días tranquilamente entre gallinas, conejos y las jornadas extenuantes de padre, que trabajaba de sol a sol los siete días de la semana. Pronto los pies descalzos con dedos graciosos de esa niña empezaron a corretear por las calles y perseguir a los gatos, y también pronto llegaron a los oídos de los habitantes de Treume los conocimientos de su madre sobre hierbas, pócimas, hechizos.

Marieta, embarazada de nuevo, al poco tiempo se convirtió en el último recurso de todos sus vecinos que requerían de ayuda en un sinfín de situaciones; era ella quien calmaba la tos de sus niños y también la que suministraba pócimas a las doncellas casaderas para encontrar un buen marido. Tal y como le había enseñado su madre, les protegía del mal de ojo y les curaba la diarrea al mismo tiempo que propiciaba partos felices y predecía las malas cosechas antes de que el granizo las fulminara. Todos la necesitaban y todos la querían y le ofrendaban sus mejores bienes: su gallo más hermoso, sus mejores nueces, su vino más aromático. Con el tiempo, la mujer se convirtió en la persona más querida de Treume, y su hogar, casa Marieta, en el punto de peregrinaje incesante de sus vecinos.

Qué feliz se sentía Marieta habiendo encontrado su lugar, un punto del mapa donde sus dotes no despertaban recelo sino admiración y donde todo el mundo la saludaba por la calle con una sonrisa.

Mientras tanto, con el paso de las estaciones, a la creciente iglesia de San Vicente le brotaban contrafuertes de la nada, y también arquivoltas, arcos de medio punto, sillares, dovelas y curvaturas. Sus alrededores estaban continuamente llenos de gente apresurada, de andamios y plataformas, y el mortero preparado por los peones especializados era la salsa que aliñaba cada nuevo bloque de piedra que cocinaba su estructura, a fuego lento pero sin pausa alguna.

Las cuatro paredes fueron elevando la silueta recortada sobre las montañas hasta alcanzar las dimensiones adecuadas para la gloria de Nuestro Señor y, al cabo de unos pocos meses, los capiteles florecieron y las celosías aparecieron súbitamente mientras el techo, por su parte, se llenaba por completo de recias estructuras de madera que darían lugar al recubrimiento final.

Construir una iglesia no era tarea fácil, pero todo estaba marchando como la seda; la totalidad de las obras se desarrollaba exactamente según había sido planificado por el maestro Aubelet, sin contratiempos y sin apenas ninguna desgracia personal. Acarrear los inmensos bloques de piedra no era fácil; tampoco era fácil trabajar todo el día enfilado a un andamio pero, por suerte, apenas se habían registrado accidentes de gravedad.

Poco a poco, el final de la construcción ya se entreveía en el horizonte. Con cada nueva piedra que contribuiría a ensalzar al Creador, una nueva marca triangular o en zig zag era hecha discretamente en ella por los canteros; para esos destajistas era preciso dejar claro quién la había colocado pues, como ellos mismos solían repetir hasta la saciedad, “pieza labrada y marcada, pieza cobrada”.

Una vez las paredes ocuparon totalmente el espacio entre los contrafuertes hasta alcanzar su parte más alta, llegó el turno de los canteros más dotados, aquellos que decorarían San Vicente para convertirla en una joya arquitectónica siguiendo las tendencias del estilo románico vigente. Así, labraron delicadamente los capiteles con todo un zoológico surgido del bestiario al uso, donde basiliscos, grifos y leones andrófagos convivían en armonía entre un amplio repertorio vegetal. Qué hermoso quedó, y con qué perplejidad se lo miraron extasiados los pocos vecinos a los que se les permitió contemplar el interior de la iglesia mientras duró su construcción.

Una vez al año, el mismísimo Aubelet regresaba con todo su séquito para supervisar el desarrollo de la construcción y siempre, invariablemente, partía del pueblo con una altiva sonrisa de satisfacción. Al fin y al cabo, si todo aquello estaba saliendo de manera tan satisfactoria era debido a sus planos tan perfectamente concebidos, a sus medidas sublimes, a su *savoir faire* incomparable... nada que ver con la habilidosa pericia de los canteros o el arduo trabajo de los peones; eso eran meros detalles mundanos que podían obviarse.

Y así el tiempo fue pasando plácidamente para Treume, cuya silueta ya estaba presidida por una iglesia inacabada y cuyos habitantes eran pobres, pero felices. Con el fluir de cada estación, la iglesia iba madurando y madurando, augurándose ya el momento en que llegaría su momento de plenitud.

Pronto las paredes desplegarían todo un mundo de colores intensos, puros y chillones que servirían para aleccionar a los humildes e incultos habitantes de Treume sobre el Antiguo Testamento o la vida de Jesucristo.

En una ocasión, Flaín llevó a su mujer a enseñarle las pinturas a escondidas. Nunca antes en la vida había visto ella algo tan bello y a la vez tan conmovedor; los severos ojos de ese Jesucristo la hizo estremecer, y la dulce expresión de la Virgen María con el niño entre los brazos la hizo llorar. Del resto de escenas no entendió mucho, aunque imaginó que representarían fragmentos de la Biblia; ya tendría tiempo de sobras para mirarlas con más detenimiento, ese no era el momento.

Mientras el último muro interior de San Vicente que aún permanecía sin decorar era

recubierto de mortero para poder pintar ricos frescos encima, Marieta rompía aguas. Cuando la diminuta cabeza de su bebé asomó al cabo de siete horas, las últimas pinturas ya se estaban secando en la oscuridad y el silencio de San Vicente.

Y así, en su alcoba iluminada por tres velas y un candil, parió a su tercer hijo, entre gritos y sábanas ensangrentadas pero con una amplia sonrisa final de satisfacción.

Telmo pagó unas monedas a la comadrona, que asintió con la cabeza, recogió sus cosas y marchó de la casa sin despedirse.

—¿Qué es eso negro que tiene el niño ahí debajo, Marieta? —le preguntó Flaín a su esposa con disgusto al coger a su primer varón con sus fuertes brazos musculados y ver que, bajo su axila, una fea mancha oscura cubría parte de su piel.

—Sí, ya lo he visto. Una marca de nacimiento, supongo... —respondió ella con seriedad y sin poder disimular su preocupación.

—Pues no me gusta nada...

—Mejor que no se lo enseñemos a nadie, Flaín. Ya sabes cómo son estas gentes de supersticiosas; son capaces de pensar que es un mal augurio. Ya les conoces... les gustan mucho las habladurías —dijo ella elevando el volumen de su voz por encima de los lloros del niño.

—Tienes razón, podrían imaginar cualquier disparate —añadió él—. Sí, sí, es mucho mejor que lo ocultemos, por si acaso. Venga, vamos a ver si deja de llorar... Tal vez tenga hambre...

El lloro del pequeño Telmo tras llegar al mundo esa noche de otoño despertó a todos los vecinos por igual; hombres y mujeres, niños y niñas, ancianos y ancianas se despertaron de su sueño con los agudos y ensordecedores gemidos de esa criatura que parecía no querer aceptar su destino y no se resignaba a aceptar la vida. Lloró y lloró durante horas incalmables mientras, sin poder cerrar los ojos, el pueblo intentaba imaginar qué clase de ser era capaz de sollozar de tal manera.

Dos horas antes de que el primer rayo de sol se preguntara si era conveniente despertar con su luz a un Treume que había pasado la noche en vela, Telmo descubría por fin que el pecho de su madre podía saciar su sed. Y así, succionando ese extraño líquido tibio, se durmió como cualquier otro recién nacido, con los ojos entreabiertos y una inconfundible expresión de sosiego.

Y Marieta se durmió exhausta pero satisfecha de lo que la vida le estaba regalando y de la familia que estaban creando juntos en aquel lugar.

Al cabo de pocas horas, a la mañana siguiente, unos padres desesperados descubrieron que aquel niño que había nacido llorando había muerto en silencio. Ni un suspiro. Ni un temblor. Ni un lloro más. A Telmo no le había gustado la experiencia de la vida y, simplemente, murió sin apenas haber vivido.

En vano lo agitó Flaín y le dio calor con su cuerpo... en vano le echó en la cabeza agua bendita que fue corriendo a buscar... Los rezos interminables y las súplicas ante Dios misericordioso rogando su benevolencia tampoco sirvieron de mucho ante la muerte cruel e irreversible. Telmo nunca regresaría.

Acudieron todos los vecinos y ninguno logró comprender qué mal había terminado con el

bebé, si bien la mancha bajo la axila que por algún extraño motivo acabaron descubriendo provocó en sus semblantes más de una mueca de rechazo y algún que otro comentario suspicaz.

Sin nada más que hacer ya por él, envolvieron el minúsculo cadáver con una sábana doblada y, como no estaba bautizado, lo sacaron a la calle por la ventana tal y como era costumbre; los lamentos de su madre, que retumbaban por todo Treume, le acompañaron en el cortejo fúnebre hasta la parte no consagrada del camposanto, donde fue sepultado en la tierra, con el musgo como mullida cuna eterna y los topos como compañeros de juegos.

Pasaron las horas y, para casi todo el mundo, el recuerdo de Telmo empezó a desvanecerse en la nada como el humo que salía por las *chamineras*; tan breve había sido su huella en esta vida que la brisa del viento se la llevó con prisas, incapaz de retener en la memoria un recuerdo tan fugaz. Y fue así para todos excepto para Marieta, cuya vida ya nunca volvería a ser la misma.

IV

El día posterior al fallecimiento del pequeño Telmo, las cosas en Treume empezaron a cambiar de forma súbita. El vecino de Flaín y Marieta, herrero de profesión, se levantó antes del alba con premura, lo cual tampoco era nada especialmente remarcable. Tras engullir un par de huevos con pan seco y un trozo de chorizo hecho por su mujer en la última matanza del cerdo, se apresuró en bajar a la planta baja, donde estaba situada la única fragua del pueblo. Tenía varios encargos que cumplir, todos ellos relacionados con la iglesia: debía terminar la larga sucesión de eslabones para colgar un par de lámparas y también alguna que otra pieza más, y después debía reparar alguno de los útiles de los peones y los canteros. Desde que las obras de la iglesia se habían iniciado unos años antes, la reparación de martillos, tenazas y todo tipo de útiles había pasado a ser una parte más que considerable de sus quehaceres diarios. De todos modos, a San Vicente solo le quedaban unos retoques, y sabía que el trabajo aflojaría en breve. Pronto sus tareas diarias volverían a ser como antes, cuando pasaba sus días en la forja entre aperos de labranza gastados o rotos, herraduras, y poca cosa más.

Fuesen tiempos de bonanza o de vacas flacas, su trabajo le hacía sentir bien; contemplar cómo el hierro se fundía hasta alcanzar el rojo vivo para volverse maleable siempre le había cautivado, aunque cuando más disfrutaba era cuando sus manos, golpe tras golpe sobre el yunque colocado encima de un grueso tronco de árbol, lograban metamorfosear ese material amorfo en una pieza única. No era él hombre de hacer filigranas como otros de su gremio, pero fuese cual fuese la encomienda a cumplir, las disfrutaba todas por igual, y con todas obtenía exactamente el efecto pretendido. A los ojos de sus convecinos, era un buen hombre al que apreciaban y un buen herrero al que admiraban; no en vano llevaba casi tres décadas ejerciendo el oficio desde que había entrado en la forja de su tío como aprendiz cuando tenía catorce años.

Esa mañana, sin embargo, el herrero se sintió diferente. A pesar del frío matutino, su frente estaba poseída por un calor extraño y desagradable, y la cabeza le dolía como si sus sienas estuviesen a punto de estallar. Salió de la herrería y subió de nuevo los peldaños de casa, donde se dejó caer pesadamente en el banco de madera de la cocina y masticó un poco de pan duro que acabó en el suelo tras un vómito inesperado.

El herrero fue el primero. Después, con los mismos síntomas pero acrecentados con manchitas rojas en la lengua y en la boca, enfermaron también sus dos hijos y toda la familia de la casa de enfrente; desde el niño que apenas andaba hasta el abuelo achacoso, fueron cayendo de uno en uno como las gotas de una lluvia incesante. Las pequeñas manchas dieron paso a llagas que se extendieron también, de manera inexorable, por sus gargantas, al igual que se fue extendiendo esa extraña plaga de un extremo al otro el pueblo, sin pasar de largo a casi nadie.

Al poco tiempo, en prácticamente cada casa de Treume alguien presentaba manchas rojas, o llagas, o vómitos repentinos; en un principio nadie sabía de qué se trataba y nadie sabía cómo evitarlo pues, a pesar de los caldos calientes, las compresas frías y los mil y un remedios caseros, nada parecía ser útil contra esa epidemia de viruela voraz. A Marieta acudieron también en numerosas ocasiones en busca de un remedio, pero pronto les quedó claro que ni sus hierbas ni

sus ungüentos tenían nada que hacer contra ese mal tan poderoso. Nada podía hacer ella en esta ocasión a pesar de la insistencia de sus vecinos para que les ayudara; ante sus fracasos repetidos, todas las veces anteriores en que sí les había podido ayudar quedaron en el olvido. Las gratitudes de antaño se convirtieron en resquemor, y su buena reputación pasó a ser más que dudosa. No entendían que sus habilidades no eran infinitas y algunos caprichos de la naturaleza se escapaban de sus conocimientos. No lo entendían, y no querían entenderlo.

Así, pronto resultó más que evidente que aquella dolencia desconocida era incurable y que, una vez se apoderaba de alguien, solo Dios Todopoderoso tenía en su mano la salvación o la muerte.

En todos los casos, al cabo de unos tres días, la erupción daba paso invariablemente a una serie de dolorosos abultamientos por toda la piel del cuerpo, desde la cara hasta los pies, y que acababan cubriendo su extensión al completo. Los bultos entonces se transformaban en grandes pústulas asquerosas, firmes y redondas, llenas de un líquido espeso y opaco. Con un poco de suerte, si el contagiado seguía aún con vida, pasadas unas tres semanas desde la aparición de la erupción y, en medio de un gran sufrimiento, se terminaban formando costras que nunca bajo ningún concepto debían ser rascadas o arrancadas, cosa que resultaba especialmente difícil en el caso de los niños, cuyos pequeños dedos se movían instintivamente hacia esas costras feas en la piel que picaban y dolían sin cesar. Finalmente, si el desgraciado sobrevivía, la piel de su cuerpo solía quedar cubierta de numerosas marcas en forma de hoyos terribles que nunca más desaparecerían.

Una gran parte de los habitantes de Treume que contrajeron la viruela no lograron superarla con vida, sobre todo en el caso de los niños y los ancianos, notablemente más débiles.

El herrero se recuperó al cabo de unas cuantas semanas, a diferencia de su mujer y su risueño hijo de siete años, que le abandonaron para siempre al igual que todos los hijos del panadero al completo, y del anciano Froilán el del Puente, y Felipe Quintanilla y su esposa, y el bebé de Inés de la Borda, y tantos, tantos otros.

El hasta entonces apacible cementerio del pueblo se abarrotó súbitamente de nuevas lápidas improvisadas e incluso tuvo que ser ampliado ante tal avalancha de defunciones imprevistas; se allanó el montículo adyacente para dar cabida a todos los cadáveres y, para aumentar el espacio disponible, se pusieron en una fosa común aquellos restos que nadie recordaba a quien pertenecían. Dada la urgencia, se pasó de utilizar ataúdes de tablas de madera a enterrar a los fallecidos envueltos directamente en un sudario; la imagen era especialmente triste cuando el envoltorio era minúsculo y contenía el cuerpo de un niño. Los primeros días de aquella pesadilla, cada una de aquellas escenas reiterativas en que un padre o una madre despedía a su bebé iban acompañadas de un mar de lágrimas; con el tiempo, los corazones de los vecinos de Treume parecieron volverse de hielo, como el glacial que reinaba más allá, y los pequeños fardos pasaron a ser simplemente arrojados dentro de la tierra sin más, con una breve oración y con prisas, pues los enterramientos se agolpaban y no podía perderse tiempo.

Dadas las circunstancias, algunos de aquellos que hasta entonces habían estado trabajando con gran ahínco e ilusión en la construcción de la iglesia fueron reconvertidos en enterradores y pasaron a ocuparse de excavar fosas, sepultar cuerpos y cubrirlos de tierra, y así día a día, desde que el sol se desperezaba hasta que empezaba a bostezar. El hecho de cambiar los andamios por cruces de madera improvisadas les envolvió a todos ellos en una atmósfera lúgubre en su

quehacer diario en aquel cementerio, diametralmente opuesta a la animación y energía que siempre rodeaba las obras, con su ir y venir de gentes y su ajeteo incesante. Las canciones que solían entonar mientras levantaban los muros de San Vicente pasaron a ser puro mutismo, un silencio incómodo y duro en el que ni tan solo se miraban a las caras.

Por otra parte, algunos de los peones y canteros que aún conservaban su trabajo como tales, todos ellos sanos, corpulentos y curtidos, sucumbieron también a la enfermedad, con lo cual la construcción de San Vicente sufrió una demora considerable. Entre la mano de obra que el cementerio requería y las copiosas bajas, la iglesia pasó a un segundo plano. Apenas se podía laborar cuando todos los esfuerzos de las gentes del pueblo y casi la totalidad de sus picos, palas y carretas debían dedicarse de pleno a sepultar sin tregua a los difuntos.

Pronto las malas lenguas y la incultura supina empezaron a tejer una explicación para tal calamidad, y ésta llegó a través de una deducción lógica y abrumadora: casa Marieta era la única morada del pueblo por donde la viruela había pasado totalmente de largo, sin apenas acariciarla, sin apenas flirtear con sus habitantes. Marieta, Flaín y sus dos hijas seguían con sus vidas como si la enfermedad no fuera con ellos; Marieta, confinada en ese vestido de negro lúgubre del que ya nunca más se despojaría tras la muerte de Telmo, simplemente seguía cultivando su pequeño huerto y recogiendo los huevos de las gallinas de su buhardilla. Lo que más dolía a todo el mundo era que, tras su rostro, se adivinaba la falta de misericordia; por mucho que el resto de habitantes del pueblo sufriera los estragos de la plaga, poco parecía importarle a ella.

Esa Marieta, que tanto había ayudado a sus vecinos y tanto se había preocupado por ellos, se había extraviado entre agrios deseos de venganza y habladurías crueles. En el fondo, su corazón seguía acunando a ese bebé que yacía en una tumba, y su capacidad de compasión ante el dolor ajeno yacía para siempre con él.

A sus vecinos les resultó tan fácil, hallar un culpable... Era tan sencillo y obvio, tan inevitable, tan increíblemente verosímil... Marieta, llorando la muerte de una criatura a la que apenas había tenido tiempo de amamantar... Aquella muerte tremendamente arbitraria e injusta de un inocente, la cólera de una madre desconsolada, el ansia de represalia que ellos le suponían contra todos aquellos cuyas vidas eran dichosas...

Les resultó tan fácil como ir a la fuente a por agua.

“Mírala, a esa mujer; por su culpa el mal ha llegado a nuestro Treume...”, “Ojalá sus carnes fétidas se pudran para siempre en los infiernos...”, “Marieta, sangre mala y alma malvada...” “Dicen que es una bruja...”

En pocos días, aquella murmuración se había convertido en griterío y todo Treume había hecho suya aquella falsa realidad que habían creado al unísono hasta darle entidad de certeza: Marieta era sin ninguna duda una bruja desalmada y vengativa que, bajo la apariencia de buena vecina y siempre al amparo de su marido condescendiente que le toleraba las prácticas de las artes oscuras, había llevado el mal al pueblo. Estaba claro que algo debía hacerse, pues los habitantes de Treume, fervientes creyentes y personas piadosas, no podían contar con tal persona entre sus filas.

Un viernes por la tarde alguien llamó fuertemente con el puño cerrado a su puerta. Las

viejas bisagras de hierro oxidadas temblaron, y el gato que estaba en la esquina observando la escena con la cabeza baja huyó lanzando un maullido calle abajo como si le persiguiera el diablo en persona. Tras la ventana del primer piso, Flaín apartó ligeramente la cortina de tela de saco para ver que, tras ese puño, el pueblo entero se agolpaba tras la puerta. Todos aquellos a los cuales la plaga había perdonado estaban allí, con semblantes airados y palos en las manos, callados y esperando con gran impaciencia la apertura de esa puerta.

—Marieta... —dijo Flaín en voz baja a su mujer sin apenas atreverse a acabar la frase.

—Lo sé. Es menester que salga y les dé explicaciones. Tal vez se las merezcan —respondió ella con semblante grave y una serenidad que a él le sorprendió.

—Pero...

Marieta apenas le dejó terminar la frase. Bajo sus vestimentas negras y con la cabeza bien alta, bajó sin vacilar los peldaños, tomó aire y abrió la puerta de par en par. Nada malo había hecho, y la razón estaba de su parte.

Con todos los ojos clavados en ella, un murmullo invadió el silencio; una, dos, diez, catorce voces... todas a la vez murmurando, hablando en voz baja, acusando desde su posición anónima entre la masa sin nadie que se atreviese a tomar la iniciativa.

—¿¿Y bien?? —preguntó ella fríamente y casi a gritos. Todos callaron al instante para oír lo que aquella bruja tenía que decir.

—¿¿Y bien?? —preguntó de nuevo sin obtener respuesta. Algunos de los vecinos siguieron mirándola sin más con los ojos llenos de ira, pero otros bajaron las miradas hacia el suelo, incómodos. Tantas veces habían acudido a ella anteriormente... y ahora allí se hallaban, pagándole su ayuda con acusaciones.

Viendo que ninguno de ellos osaba abrir la boca, Marieta empezó a hablarles, recorriendo al mismo tiempo sus caras de uno en uno, mirándoles fijamente como si quisiera traspasar la piel de sus pechos y llegar a sus corazones.

—Cobardes. Todos, todos vosotros, que ahora no tenéis el valor de acusarme a la cara, sois cobardes por igual.

Se tomó un breve respiro para analizar sus expresiones; algunas caras reflejaban vergüenza, otras dejaban más que patente que se sentían claramente intimidados por ella, pero otras eran la viva imagen del odio más irracional.

—Sé que es difícil. Sé que muchos de vosotros habéis enterrado recientemente a vuestros maridos, a vuestras mujeres, a vuestros hijos... incluso a la familia entera. Sé que la plaga ha diezmado a nuestro pueblo, antes próspero y sin grandes preocupaciones. ¿¿Acaso creéis que soy ajena a lo que sucede aquí?? Pero nadie puede cuestionar la voluntad del Creador, y si son sus designios debemos aceptarlos porque...

—¡¡Bruja!! ¡¡Todo es culpa tuya!! —interrumpió una voz anónima de hombre desde el fondo para callarse después.

—¿Y, seas quien seas... me acusas sin dar la cara? Pues entonces no tienes ningún derecho

a interrumpirme. ¡¡Ninguno!! —dijo ella elevando aún más el volumen de su voz.

Un silencio sepulcral siguió a lo que acababa de decir.

—Sigo siendo Marieta. La misma Marieta que os ha ayudado tantas veces, la que os ha suministrado hierbas cuando vuestros hijos tenían catarros, la que ha aplicado emplastes sobre vuestras heridas, la que ha dado a vuestras hijas casaderas una ayuda en su busca de prometidos... ¿Acaso se os ha olvidado ya? ¿¿Tan desagradecidos sois los vecinos de Treume?? Me decepcionáis... Pues sabed todos que la plaga que ha asolado nuestro pueblo no tiene nada que ver conmigo... cierto es que ha pasado de largo de mi hogar... pero recordad también que la desgracia también ha llamado a mi puerta. Mi desgracia no tiene llagas que cubran la piel, pero tiene el rostro de un bebé que murió antes de ser bautizado y ahora yace para siempre en nuestro cementerio, junto a vuestros muertos. ¿Acaso queréis que caigan más desgracias sobre mi cabeza? ¿¿Acaso no os resulta suficiente??

Marieta calló un momento para observarles y de inmediato se dio cuenta de que no sabían muy bien qué responder. No tenían ningún argumento pero, sin embargo, los rumores y todas las falsas acusaciones permanecían allí. Al instante supo que ya nunca la mirarían como antes pues, como todo el mundo sabía, una vez un rumor se instalaba en la mente colectiva de un pueblo, era como una mala hierba que se iba extendiendo y cuyas raíces invisibles crecían bajo tierra minándolo todo. El agua de la lluvia hacía crecer la mala hierba más y más y, de no ser erradicada de cuajo al brotar tímidamente su primera hoja, ya nada podría con ella; sus mil ramas se adueñarían con avidez de los muros, las fachadas, las escaleras de piedra, y allí permanecerían hasta que el lento discurrir del tiempo acabara definitivamente con ella.

—Dejadnos en paz, a mí y a mi familia. Si volvéis a golpear esta puerta, que sea con pruebas de mi condición, no con rumores cuyo origen nadie conoce. No hay pruebas, solo palabras. Por lo tanto, no hay nada. ¡Nada!

Los vecinos se miraron desconcertados el uno al otro. ¿Acaso nadie iba a rebatir sus palabras? ¿Acaso nadie tenía una prueba de que aquella mujer con conocimientos extraños era una bruja?

Las miradas duraron unos minutos en que todos esperaron a que alguna voz se alzase con una prueba real, con algún indicio irrefutable... pero eso no pasó y, aunque seguían convencidos de que los rumores eran ciertos, nadie dijo nada. ¿Quién sino aquella mujer podía haberles causado todo aquel mal?

—Id con Dios. Que tengáis un buen día.

Y, tras pronunciar con desafecto estas últimas palabras, Marieta cerró la puerta tras de sí. El ataque había terminado de momento, pero sabía que aquello era tan solo el principio.

A partir de aquel día, cada encuentro fortuito con uno de sus vecinos supondría una nueva embestida, una nueva mirada cuestionando sus conocimientos y habilidades. La acusaban al encontrarse con ella en el horno del pan... las mujeres la rodeaban en silencio para amedrentarla cuando iba a misa... le formulaban las mismas preguntas sin sentido una y otra vez...

En vano intentó Marieta hacerles entender que ella nada tenía que ver con la plaga, y en vano habló con cada uno de ellos hasta la extenuación. Su garganta se quedó sin voz de tanto

reiterar que era por el destino y la voluntad de Dios que la enfermedad había atravesado todas las puertas excepto la suya. El Creador, con su infinita sabiduría, lo había dispuesto de esa manera y no de otra; ¿para qué, entonces, buscar otra explicación a los designios divinos, por mucho que éstos resultaran totalmente incomprensibles ante los ojos humanos?

A pesar del odio irracional que todos habían acabado profesándoles, Marieta y Flaín comprendían a sus vecinos y por ello intentaban que sus vidas siguieran su curso a pesar de los dedos que les señalaban, los niños que les arrojaban piedras por la calle, los persistentes murmullos a sus espaldas.

En una ocasión, mientras se dirigía al horno a cocer el pan, la vecina de la casa de al lado escupió a Marieta en la cara. Directamente, sin preaviso, sin tener en cuenta que llevaba a una de sus niñas de la mano.

—Madre, pero... ¿por qué le ha escupido esa mujer? —le preguntó la niña al momento mientras ella se apresuraba a limpiarse con la manga del vestido. Sus vivos ojos no daban crédito a lo que acababa de suceder, y no entendía qué motivo podía tener la vecina que tantas veces le había dado moras para hacer eso a su madre.

—Porque cree que somos diferentes, Aldonza, por nada más. Sigue caminando y no la mires, que tenemos prisa —respondió la madre incómoda.

—¿Y lo somos? —preguntó de nuevo la niña sin entender la respuesta.

—Todos somos diferentes, hija mía —le dijo con convencimiento.

Mientras Marieta libraba su batalla personal, Flaín siguió con su trabajo en la iglesia aún más atareado que antes, pues se vio obligado a asumir las tareas de un par de compañeros que habían fallecido recientemente. Trabajaba de sol a sol y apenas tenía fuerzas para levantar la cuchara y comer su potaje al volver al hogar, aunque los pucheros que ella le preparaba siempre eran reconfortantes y le hacían regalarle una sonrisa de agradecimiento.

Al cabo de unas pocas semanas, los rumores se dispararon. Otra familia entera que vivía junto a la plaza había fallecido; uno a uno, todos sus miembros habían visto como sus cuerpos se llenaban de pústulas y la fiebre les consumía hasta acabar con ellos. Casualmente, la mujer de la familia había discutido en una ocasión con Marieta a causa de un trueque que no consideraba justo por sus servicios; ambas mujeres habían dejado de dirigirse la palabra desde ese día. Cinco días después de la muerte del hijo menor, fallecía el padre, el último miembro de la familia que aún permanecía con vida. Con él, otra casa entera se quedaba vacía y el pueblo se sumía aún más en la amargura y el rencor.

Ese día, Flaín trepó al encofrado del tejado, como cada día, contento de su trabajo y orgulloso de ser quien era. Pero ese día algo era diferente, pues tras él se dibujó una sombra que, sin palabras ni razonamientos, le empujó al vacío. Y Flaín no tuvo tiempo ni para agarrarse ni para prepararse para el golpe que le destrozó; lo último que vieron sus ojos antes de cerrarse para no abrirse más fue el campanario de la iglesia, prácticamente concluido, perfilado sobre el cielo añil.

Al día siguiente, Marieta decía su último adiós a su amado marido, solo que esta vez con

una absoluta ausencia de lágrimas, pues sus ojos se habían secado como los torrentes en agosto de tanto llorar a su pequeño cuando éste también la había abandonado. Destrozada y con dos hijas que sacar adelante sin un hombre en el hogar, la situación se había tornado crítica para ella de la noche al día, pero ni una sola vecina se acercó al velatorio en su casa para darle el pésame y verter lágrimas de comprensión, y ningún vecino le dirigió la palabra para recordarle, como ella ya sabía, que su marido era un buen hombre.

El responso, al que solamente asistieron ella y sus dos hijas, fue oficiado por el recién llegado párroco del pueblo, mosén Álvaro, un enjuto joven estirado y estricto que había sido enviado por el obispado para hacerse cargo de la casi terminada iglesia de San Vicente.

Tras la demasiado larga ceremonia en latín, Marieta despertó a las niñas, que se habían dormido sollozando sobre el suelo de la iglesia provisional; le echó una corta mirada al párroco y encabezó el sucinto cortejo fúnebre entre nubes que amenazaban tormenta. A pesar de estar a unos pocos metros, el camino hasta el cementerio le pareció uno de los más largos que había andado en su vida, tal vez porque éste no conducía a ningún lugar del mapa, sino al vacío más absoluto.

Suspiró hondamente y miró el cielo sobre ella, casi lloroso y a la vez tan bello. Sobre el montón de tierra revuelta donde Flaín yacía sepultado, depositó sus herramientas con amor.

A partir de la desaparición de Flaín, casa Marieta cerró sus puertas herméticamente al resto del mundo y el odio empezó a germinar dentro de sus paredes. Y creció cebado por la actitud de todas aquellas caras recelosas y abonado por todos aquellos susurros a sus espaldas. Tantos dedos acusadores, tantos reproches, tanto odio... y, por otra parte, la manifiesta hipocresía de aquellos que pretendían seguir acudiendo a ella en busca de remedio para sus males cotidianos. Pero Marieta ya no quería ayudar a nadie. Todo aquello se había acabado.

Para entonces, Flaín ya había sido sustituido por otro cantero, las paredes de la Iglesia ya estaban recubiertas de frescos por completo, y numerosas piezas devocionales con la figura de diversos santos, con un San Vicente Mártir pródigo al frente, ocupaban ya sus lugares. Tan solo un par de detalles restaban ya para que llegara el día, para gloria divina, en que se celebrara la primera misa en la nueva iglesia. Un par de detalles y colocar las pesadas campanas en lo alto del campanario, por supuesto.

El día en que las dos campanas llegaron tras su largo peregrinaje por valles inacabables fue un día de júbilo por dos motivos; primero, porque todos ansiaban arduosamente oír su primer repicar anunciando por doquier que Treume tenía iglesia y, lo más importante, porque se cumplía un mes justo desde que la viruela se llevara a la última de sus víctimas a la tumba, lo que significaba que esa detestable epidemia estaba finalmente remitiendo.

Pero el júbilo pasó de largo de casa Marieta; ¿qué le importaba a ella si ese edificio para adorar a Dios que todos admiraban tenía campanas en la cima o no? ¿Qué le importaba, si ese Dios castigador e implacable contaba con ella o no entre su rebaño? ¿Acaso a Dios le incumbía en lo más mínimo su padecimiento y el de los suyos? Las respuestas a sus preguntas, largamente debatidas en su mente frente a la lumbre en sus noches de vigilia, siempre resultaban negativas.

Ella no tenía ninguna intención de pisar esa maldita iglesia decorada de hipocresía;

tampoco tenía ninguna voluntad de enseñar a sus dos hijas vanas oraciones para adorar a quien las había abandonado, ni de adoctrinarlas en una fe que ella había extraviado en algún meandro del zigzagueante camino; sus hijas no juntarían las manos para rezar antes de acostarse, ni aprenderían con sus pequeños dedos a pasar entre letanías interminables las cuentas del rosario. Tampoco madrugarían para ir a misa, ni acostumbrarían sus oídos infantiles a oír al cura oficiando en una lengua que no entendían.

No, no lo haría. No lo haría aunque sabía que ya nunca sería una vecina más. A partir de entonces, sería la bruja de Treume, aquella que ellos deseaban que fuera, la que con sus oscuros conocimientos había matado a medio pueblo esparciendo la viruela mediante artes maléficas, aquella que dominaba los elementos y era capaz de destilar vino a partir de las piedras. Aunque le había costado aceptarlo, sabía que no le permitirían ser otra cosa que eso.

Tras mucho meditarlo, optó por alejar de sus pensamientos la intención de marchar de nuevo; otra partida, otro inicio en una aldea distinta... No, ya había pasado una vez por esa diáspora; ahora sería fuerte, la más fuerte, y nadie la movería de casa Marieta, su casa de muros de odio que se iban haciendo más y más gruesos y ventanas de rencor que se iban cerrando una tras otra para no abrirse más.

La polvareda a lo lejos que ascendía entre los árboles no dejaba lugar a dudas; las dos campanas ya estaban a las afueras de Treume, y todos los niños salieron corriendo y gritando a recibir a la comitiva. Cuando los dos carros llegaron por fin, al séquito se unieron hombres y mujeres, e incluso los peones que aún quedaban allí terminando de pulir los detalles pendientes de la iglesia.

Arriando a las mulas para que estiraran con toda la fuerza de que eran capaces, éstas lograron que los carros subieran por la fuerte inclinación de la calle principal, en cuyo barro pastoso quedaron marcadas profundamente las grandes ruedas de madera. Al llegar a la plaza redonda frente a la cual se alzaba San Vicente, las dos campanas fueron descargadas por los hombres más robustos del pueblo. Con sus más de quinientos quilos de bronce pesado, las dos figuras con forma de dedal alargado según los cánones del momento no eran un bulto fácil de desplazar. El espesor en su parte más gruesa o pie era un treceavo de su diámetro, ni una pulgada más ni una pulgada menos, y todo para conseguir una afinación perfecta que llamara a los feligreses a la oración con su sonido celestial. Por separado, los dos badajos y el gran yugo de madera que las sostendría a ambas también fueron descargados.

Aunque el detalle no era perceptible, no se trataba de campanas nuevas, al igual que no lo era ninguna de las que solían colocarse en las numerosas iglesias que florecían por doquier. En esa época casi no había campanas nuevas, y aún menos en los pequeños pueblos del Pirineo aragonés como Treume.

El bronce de las campanas de San Vicente Mártir procedía de la enorme y vieja campana de la iglesia de Aínsa, que se había roto unos meses antes, y era allí también donde habían sido forjadas. Por norma general, al romperse una campana, ésta misma era refundida para dar vida a la nueva, pero Treume no había poseído una iglesia como tal hasta entonces, y por tanto la sustitución de una por otra no había sido posible, por lo que el obispo había decidido optar por dicha reutilización. Era por este motivo que, teniendo en cuenta la merma natural de un diez por ciento que había sufrido el bronce de la campana de Aínsa en la fundición, las dos campanas

idénticas resultantes que se colocarían en Treume eran mucho más pequeñas que ésta. Siempre quedaba parte de material fundido agarrado en los canales que iban desde el horno al molde; eso era parte inevitable del proceso. Recicladas pero únicas, pues el obispo en persona había decidido qué forma exacta debían tener, hecho que se había reflejado a posteriori en la plantilla o patrón. Eso no era muy sorprendente, pues cada campana colocada había tenido antes una plantilla que había sido construida *ex profeso*, y también su tabla propia con sus medidas particulares, aunque en la práctica muchos fundidores reutilizaban dichos patrones y hasta los heredaban al pasar el oficio de sus padres a ellos.

Y, tras la plantilla, el molde y la función, llegaba el momento de confeccionar el molde de las asas, que siempre se elaboraba aparte al igual que el badajo.

Solo siguiendo todos esos pasos de manera escrupulosa y aplicando el máximo mimo en cada momento se conseguía fabricar una campana con el sonido deseado. Y el sonido de las campanas de Treume era una melodía largamente soñada por casi todos.

Tras atar las campanas con un sinfín de las cuerdas más recias que encontraron, los hombres empezaron a tirar de ellas hacia arriba hasta lograr salvar, no sin gran dificultad y profusión de sudor, el desnivel de la gran roca negra sobre la cual estaba aposentada la iglesia.

Al cabo de cuatro horas más, entre andamios chirriantes, una rudimentaria grúa y una pierna rota a causa de un percance con las poleas, las gemelas llegaron finalmente a su ubicación definitiva en la cima de su campanario, y todos los vecinos recibieron el acontecimiento con numerosos gritos de alegría. Gracias a una donación piadosa y al esfuerzo de muchos, ya nada le faltaba a la iglesia del pueblo. Solo quedaba hacer sonar el bronce por primera vez y dejar que el eco de las montañas hiciera el resto.

Mosén Álvaro resopló varias veces mientras ascendía por los inacabables peldaños del campanario de su recién terminada iglesia. Era la primera vez que estaba en ese lugar, y la magnificencia de los parajes que rodeaban al pueblo le hicieron santiguarse y dar repetidamente las gracias al Creador por tal magnificencia.

Con los diminutos ojos de todos los vecinos expectantes muchas varas más abajo, agarró la cuerda fuertemente con ambas manos y sin prisa a pesar de su propia impaciencia. No se podía apresurar en ese primer repicar de las campanas.

A diferencia de sus vecinos, Marieta no acudió a la plaza. Tampoco lo hicieron sus hijas, que ni tan siquiera se habían percatado del gran acontecimiento que estaba a punto de tener lugar.

Se puso una capa sobre los hombros y se dirigió a un claro del bosque, donde no perdió ni un segundo y elevó los brazos al cielo. Al mismo tiempo cerró los ojos y empezó a susurrar, con una voz profunda que emanaba de su alma lastimada, palabras ininteligibles colmadas de afán de venganza. Y así permaneció durante largos minutos tras los cuales las hojas de los árboles a su alrededor empezaron a agitarse sutilmente. Algunas cayeron al suelo, y un par de bellotas demasiado pesadas le golpearon la cabeza. En unos instantes, la leve agitación dio paso a un súbito viento racheado que hizo enloquecer a las águilas, desconcertadas en mitad de su vuelo.

Mosén Álvaro tiró fuertemente de la cuerda y entrecerró los ojos para empezar a oír ese

tañido tan ansiado por todos y por él mismo, pero nada sonó. Nada. Nada excepto el viento, que sopló de repente entre los abetos, y el estrepitoso y seco crujido de la madera del yugo que se acababa de partir por la mitad. Levantó la vista hacia las dos gemelas que pendían sobre él buscando una explicación que de hecho ya conocía, pero apenas tuvo tiempo de ver cómo todo se colapsaba sobre su cabeza.

En un abrir y cerrar de ojos, la alegría por la buena nueva que estaba a punto de acontecer dio paso a la perplejidad ante aquella figura de negro bañada en rojo oscuro que yacía reventada bajo todo aquel amasijo de bronce y madera.

V

—¿Y tú cómo te llamas? —preguntó Leo a la muchacha al instante, con un tono dulce y la mejor sonrisa que pudo esbozar a pesar del agotamiento. Sus ojos se iluminaron de manera casi imperceptible, y los hoyuelos en sus mejillas se inclinaron hacia arriba sobre las comisuras de sus labios, cobrando vida y dotando su expresión de un dulzor peculiar que casi rozaba la picardía más sutil.

—Orosia. Soy Orosia de casa Marieta —dijo con apenas un leve hilo de voz y bajando la mirada vergonzosa hasta arrastrarla lánguidamente por el suelo de la plaza—. Vivo allí con mi madre Antona y con Dulza, mi hermana menor.

—¡Pues no sabes tú bien cómo nos alegramos de verte! —exclamó Mario impetuosamente, agitando ambas manos en un arrebato de espontaneidad que pareció intimidarla.

Leo se quedó mirando fijamente a aquel ser surgido de la nada y que irradiaba una inusual belleza. Apenas salida de la adolescencia, calculó que tendría, a lo sumo, diecisiete o dieciocho años, si bien la inocencia que desprendían sus ojos y el cándido rubor que había usurpado la palidez de sus mejillas evidenciaba que era diametralmente opuesta al resto de chicas de su edad. Orosia era como una flor silvestre, hermosa pero agreste, sin un cuerpo atrapado en ropa ceñida ni maquillaje que distorsionara sus rasgos, sin tacones vertiginosos sobre los cuales hacer equilibrios ni uñas de colores imposibles; era una mujer joven en estado absolutamente puro y que, en su jaula permanente entre titánicas cimas nevadas, parecía no haber sido malograda por las paradojas de la modernidad y el consumismo desenfrenado.

Algo en su interior le dijo a Leo que necesitaba conocerla mejor.

De repente, un murmullo detrás de ellos seguido de una voz femenina les sobresaltó.

—Bienvenidos, varones forasteros. Veo que han conocido a mi hija Orosia —dijo apaciblemente una mujer situada dos pasos por delante del resto de personas.

Los tres amigos ni les habían visto llegar ni oído acercarse, pero allí estaban frente a ellos, delante de la iglesia, los pocos habitantes del pueblo. Todos ellos eran hombres y mujeres de edad madura o avanzada, a excepción de una niña de unos ocho o nueve años cuyas manos de dedos larguiruchos y uñas sucias se arrapaban con fuerza al vestido de la mujer, medio escondiéndose tras ella mientras sus ojos negros como las alas de los cuervos no dejaban de mirar a los tres hombres con tremenda curiosidad.

Aparte de Antona, el resto conformaba un grupo homogéneo en todos los sentidos, desde su manera de vestir, austera, oscura y monocroma, pasando por sus semblantes, hasta sus poses de cansancio que delataban que, de poder elegir, no estarían en ese lugar en ese momento. A primer golpe de vista, no parecían precisamente amigables, con sus miradas inquisitivas y ariscas de las cuales podía deducirse con facilidad que la presencia de esos intrusos procedentes de un mundo

que a ellos les era ajeno les enojaba y les causaba cierta inquietud. La animadversión que sentían hacia ellos les transpiraba por todos los millones de poros de la piel y se extendía hasta sus manos de falanges crispadas, sus viejas boinas descompuestas y tristes, sus pies cansados, sus miradas duras sin apenas pestaños.

En total, unas diez u once personas a lo sumo se agolpaban en esa plaza.

Ante tal panorama, Mario optó hábilmente por romper el hielo.

—Bueno... pues vamos a las presentaciones —dijo con el tono intencionadamente afable que sabía adoptar cuando la ocasión lo requería—. Yo me llamo Mario, y ellos son Gabi y Leo. Nos hemos perdido debido a la tormenta...

—... lo sabemos —interrumpió Antona a mitad de frase—. Las tormentas por estos parajes suelen engendrarse, gestarse y parirse con la velocidad de un rayo. Pero por ventura y por la gracia de Dios aquí están ustedes, ¿verdad? Y pueden contar con nuestra más sincera hospitalidad.

El resto de habitantes, que permanecían en silencio detrás de Antona, asintieron con la cabeza reafirmando el ofrecimiento de la mujer, más por obligación que por voluntad, mientras examinaban concienzudamente a los recién llegados de la cabeza a los pies, desde su pelo a sus dedos, su cuello, sus vestimentas, sus mochilas, sin perderse ni el más ínfimo detalle.

La mujer, al igual que su hija mayor, desprendía cierto aire a yegua salvaje que nunca será domada por el hombre. Su melena rizada y encrespada, entre rubia y ya blanca, caía despeinada y anárquica sobre sus hombros. Sus ropas también eran peculiares y parecían sacadas de una tienda de antigüedades, con su lánguido e insulso vestido gris de tela basta como un saco de patatas, su rebeca negra de punto grueso e irregular llena de pelusas y su gran delantal blanco amarillento con puntillas desgastadas alrededor. Bajo su atuendo, aunque amplio, era fácil adivinar que estaba en un muy avanzado estado de embarazo.

—Permítanme que les presente a mis muy estimados vecinos. Ya quedamos pocas almas en Treume, ¿saben? Somos... como una gran familia.

Uno a uno, los nombres de todos los moradores del lugar desfilaron por los finos labios de Antona y, también uno a uno, ellos bajaron gravemente la cabeza a modo de saludo de pura cortesía. Como Casimiro, de casa Ibón, cuya mujer Izarbe había muerto de parto juntamente con su hijo primogénito; como el extraño matrimonio de casa Lallena, cuyos hijos preciosos como querubines habían fallecido décadas atrás a causa de unas fiebres malignas; como Nunila, de casa Pascuala de Pui, mujer yerma como la tierra de labranza con sal... o como los gemelos cincuentones Gonzalbo y Antón, de casa Run, que nunca habían conocido carnalmente hembra.

Tras un rápido repaso por todas las casas de Treume, Antona se tomó unos segundos antes de presentarles a mosén Medardo, el cura del pueblo.

El mosén, espigado y enjuto, estaba ataviado con una ajada sotana negra a la vieja usanza que le cubría el cuerpo hasta los pies, por donde unos viejos zapatos de piel negra con las puntas agujereadas asomaban tímidos. Era difícil adivinar su edad tras esa expresión adusta, si bien por debajo de la boina negra que cubría su cabeza sobresalían muchos más cabellos blancos que morenos. Tenía la tez quemada por el reflejo del sol sobre la nieve y mil arrugas labradas por otras tantas ventiscas sobre su piel. Sobre su nariz afilada y enmarcada por dos profundos surcos desde el interior de los ojos hasta los bordes de la boca, unas gafas de gruesos cristales redondos

y fino marco negro hacían malabarismos.

Mosén Medardo, parco en palabras, también bajó la cabeza levemente en señal de saludo, echó una rápida pero exhaustiva mirada de la cabeza a los pies a los recién llegados y, sin añadir ni un monosílabo, dio media vuelta hasta alejarse en dirección a su iglesia apoyado en un rústico bastón retorcido hecho de rama de abeto.

—Las sombras están cayendo, será mejor que vengan ustedes a nuestra humilde morada para pasar la noche —les dijo Antona a continuación mientras, extendiendo su seca y larga mano hacia adelante, les mostraba el camino a seguir.

“Las sombras están cayendo... Curiosa forma de decir que se hace de noche”, pensó Leo.

Sin mediar palabra y con cierto recelo, empezaron a seguir a Antona y a sus hijas hasta su casa con el silencioso séquito de habitantes del pueblo unos metros por detrás, como en una onírica procesión de acompañamiento. Bajaron por la calle principal y torcieron a la izquierda; para su sorpresa, la mujer se paró frente a la casa sin ventanas.

—Ésta es casa Ibón, donde vive Casimiro, nuestro amado vecino. Suele traernos leche aún tibia de sus cabras todas las mañanas y yo, a cambio, le amaso las hogazas de pan. La gente de Treume tenemos que ayudarnos entre nosotros. Aquí, aparte de la providencia divina... no podemos contar con nada más. Pero nos apañamos; mis hijas y yo matamos nuestras bestias, cultivamos nuestras verduras, cortamos la leña... como decía mi santa madre, que en paz descansa junto a Nuestro Señor, todo lo sepas hacer y a nadie tengas que menester.

Recelosos aún pero aliviados de saber que no tendrían que pasar esa noche en la siniestra casa sin ventanas, siguieron a Antona hasta la entrada de al lado.

Casa Marieta también tenía una planta baja y dos pisos, así como un patio ocupado por ingentes cantidades de leña cortada apilada con dejadez y sin un orden por aquí y por allí, formando montones de diferentes tamaños y alturas que se sobreponían, chocaban, unían y sustentaban mutuamente. Al igual que el resto de construcciones del pueblo, estaba construida por sólidos bloques de piedra gris con ciertos tonos marrones que la aislaban perfectamente del exterior durante el riguroso invierno a la vez que conservaban el frescor en verano. Deteriorada pero no en exceso, ésta sí contaba aún con todas las ventanas, con sus marcos de madera carcomida y gastada, sus cristales sucios que las hacían opacas y sus precarias contraventanas. En la primera planta, un amplio balcón con negras barandas de forja que imitaban figuras geométricas asomaba al exterior; en la segunda, dos pequeñas ventanas alargadas permanecían cerradas tras unas rejas. En la planta baja, dos ventanas más ocupaban parte de la pared a ambos lados de la entrada, ambas completamente cerradas y también con un firme enrejado. La puerta, como en el resto de las casas que allí permanecían en pie, era simple y estaba en un estado deplorable, con sus gruesas bisagras oxidadas amenazando con caer y dejar de sostenerla de un momento a otro.

Justo cuando Antona sacaba la enorme llave de hierro del bolsillo delantero de su delantal, un gato de pelaje marrón y despeinado salió por la gatera redonda maullando una única pero prolongada vez en el silencio y se perdió corriendo a toda velocidad calle abajo.

La mujer hizo girar la llave ruidosamente y al instante todos los vecinos se dieron media vuelta para perderse, cabizbajos y sin despedirse, por las calles del pueblo. La larga y gélida noche acechaba impetuosa, y permanecer en el exterior a esas horas no era buena idea.

La puerta chirrió agriamente al abrirse ante Mario, Gabi y Leo, dejando al descubierto la amplia entrada de casa Marieta, ocupada por un sinfín de objetos discordantes, el más grande de los cuales era un carro del que solo una de las ruedas permanecía entera. Junto a él se apilaban una moto azul antigua con la pintura descascarillada, el manillar pelado y ruedas deshinchadas y rajadas, diversos útiles de labranza desgastados por el uso y un gran reloj de pared de madera oscura que no funcionaba y al cual le faltaban las dos manecillas y medio cristal. Y todo, absolutamente todo, inmerso en una capa de polvo que llevaba años aumentando su grosor.

En la pared de la izquierda de la estancia, que estaba visiblemente abombada, unas feas estanterías de madera de pino sin barnizar acumulaban zapatos también polvorientos de todos los tipos, tamaños y colores. Sandalias de mujer, alpargatas con suelas de esparto, botas de goma para la lluvia, calzado deportivo de antepenúltima generación, zapatos y más zapatos ya pasados de moda y en diferentes estados de conservación... todos compartían en más o menos armonía un mismo espacio. Y, colgando de una viga sobre los zapatos, las ristras de ajos, panochas de maíz y tomates de invierno esperaban su turno para ser utilizados. Justo por encima de ellos, multitud de telarañas polvorientas y ya abandonadas por sus tejedoras campaban a sus anchas.

En un rincón, cuatro enormes clavos en fila incrustados en la pared estaban repletos de llaves de hierro, todas de gran tamaño.

—Vengan junto a la lumbre, que les hará falta temperarse un poco —les dijo ella mientras abría una puerta al fondo de la entrada.

La estancia en la que se adentraron, una cocina a la antigua usanza que hacía las veces de comedor, no tenía mucho mejor aspecto que la anterior, si bien el calor que desprendía la chimenea y el olor a madera consumiéndose y a comida casera les parecieron realmente reconfortantes dadas las circunstancias.

Ante la mirada fija y constante de Dulza, dejaron al instante sus pertenencias en el suelo, junto a la puerta, amontonadas y desordenadas: las abultadas mochilas de Leo y Gabi recién estrenadas y la vieja mochila de Mario, los crampones que colgaban de éstas, los caros guantes de marca, las chaquetas de colores chillones, los piolets que aún conservaban sus etiquetas con códigos de barras...

Justo cuando añadían un último elemento a ese montón improvisado, el equilibrio se rompió y la enorme y pesada mochila verde de Gabi cayó desde la parte de arriba hasta el suelo, donde rodó hasta pararse. Entreabierto, parte de su contenido quedó esparcido junto a ella.

Sin que los tres amigos se dieran cuenta, los atentos ojos de Dulza se salieron de sus órbitas y empezó a dar minúsculos pasos hacia atrás hasta topar, aterrorizada, con la espalda contra la pared, en cuanto vio aquella calavera ensartada en un mosquetón. Entreabrió la boca con intención de lanzar un grito, pero ningún sonido logró escapar de su garganta. En su lugar, proyectó una feroz mirada a su madre, que estaba ocupada, y después se quedó allí inmóvil, casi petrificada, con la mirada clavada en aquel objeto.

Gabi, sin advertirlo, recogió el contenido de su mochila, se aseguró de cerrarla y la reubicó en otro lugar. Ya tendría tiempo de explicar a sus amigos lo que había presenciado en el interior de la grieta. Ese no era ciertamente el mejor de los momentos.

Dulza se relajó un poco, pero no perdió de vista aquella mochila.

Siguiendo las indicaciones de la mujer de la casa, Mario, Gabi y Leo se sentaron frente a la lumbre en uno de los dos bancos de madera compuestos por dos largos tablones y seis patas de anchura irregular. La chimenea de piedra, que tenía grandes dimensiones y cuyas ahumadas paredes interiores estaban totalmente negras, servía asimismo como cocina al modo tradicional, como se llevaba utilizando desde que existen lumbres. A un lado de ésta, un gran caldero lleno y humeante pendía pesadamente de un gancho impregnando el ambiente de un aroma a cocido de pueblo, potente, sabroso y denso que a ellos no les pasó inadvertido.

El color y el olor a humo saturaban el aire de la sala en su totalidad, desde la pátina negruzca de las paredes hasta la superficie de madera de la mesa detrás de ellos, que no solo estaba sucia, sino también ahumada e inconfundiblemente grasienta.

En la pared del fondo, la opuesta a la lumbre, una serie de estanterías de madera pintadas de blanco y de desiguales anchuras y colores hacían las veces de alacena para guardar los utensilios de cocina, desde platos variopintos hasta tazas multicolores, melladas y con asas rotas; también paellas gastadas por el uso, ollas, coladores oxidados, un molinillo de café y un aparato manual para picar carne y hacer embutido. La estantería superior estaba atestada de botes de cristal que contenían hojas secas, bayas y diversos tipos de raíces conservadas en aceite y también en alcohol, así como plantas aromáticas como tomillo, romero o laurel y multitud de especias tales como nuez moscada, pimienta en grano o clavo de olor.

La pared de la derecha estaba únicamente ocupada por una ventana cuadrada con los vidrios resquebrajados y las contraventanas en precario estado; en el rincón, un par de escobas hechas con fibras naturales atadas a un palo por un extremo se sustentaban la una a la otra y parecían hacerse grata compañía.

Gabi le dio un codazo en las costillas a Mario para que se fijara en la pared de la izquierda, donde una larga fila colgante de recios jamones, chorizos y todo tipo de embutidos rechonchos típicos de la zona y que ellos no conocían les miraban tentadores.

Y, por todas partes, entre tazas, platos, en la repisa de la chimenea, sobre la mesa, la omnipresente presencia de velas enormes que claramente llevaban tiempo vertiendo su cera derretida por doquier.

La luz del sol ya era sumamente débil, por lo que Antona se apresuró a prender con una astilla de la lumbre unas cuantas de las velas, que al instante iluminaron la cocina con sus destellos tintineantes y espectrales.

—Y, dígame, Antona, ¿cuándo conoceremos a su marido? —preguntó Mario a los pocos minutos de sentarse con el único pretexto de romper ese silencio que a todos les estaba resultando incómodo.

—Bisorio, mi amado esposo, hace años que está descansado eternamente, hasta que el juicio final vuelva a reunir nuestras almas incorpóreas —respondió ella poco a poco y con un semblante plácido.

—Perdone. Su embarazo... yo pensaba...

—El Señor dispone los vaivenes en nuestros senderos. Nosotros solo nos limitamos a recorrerlos sumisamente —añadió ella.

Tras tan desafortunada conversación, ante la ávida mirada de los tres amigos, ella cogió tres platos hondos de loza y, con un cazo, los llenó con el contenido del puchero hasta el mismo borde. A continuación, también llenó un plato para cada una de sus hijas, Orosia y Dulza, y finalmente el suyo propio.

Todos sentados frente a la chimenea con el plato en la falda, observando cómo la madera chisporroteaba y las llamas danzaban hipnóticamente, empezaron a saborear la comida casera. De vez en cuando, una chispa descarriada saltaba en el aire y acababa cayendo más allá de los leños incandescentes, en dirección aleatoria, para extinguirse a los pocos segundos convertida ya en brizna de ceniza.

Entre cucharada y cucharada humeante, Leo no dejaba de lanzar ojeadas furtivas a la hija mayor, que en todo el rato que duró la cena no levantó ni una vez la cabeza del plato a pesar de ser muy consciente de las miradas de aquel extraño.

—Está realmente muy rico, Antona, pero no acabo de adivinar cuáles son los ingredientes... ¿qué es exactamente? —preguntó Mario con interés.

—Sí, está delicioso, ¿verdad? —Antona sonrió complacida mientras iniciaba las explicaciones—. Es un estofado de cola de *rabona* con borrajas y cardos. Ah, y vino tinto, por supuesto.

—¿Rabona? ¿Qué animal es ese? —inquirió Gabi al instante con cara de extrañado, juntando las dos cejas hasta crear un pliegue entre ellas al pie de su frente.

—Oh, verán ustedes, pues la *rabona* es una cordera a la cual se le amputa la cola en vivo para que el macho pueda cubrirla con más facilidad; se le clava la uña del dedo gordo y la cola se retuerce hasta quebrar el hueso. Y después... se corta con un cuchillo afilado, claro. Está muy rica estofada, aunque el toque final lo dan las especias que le ponemos. Las mismas que le añadía mi difunta madre, que en paz descance, y la madre de mi difunta madre... y todas las hembras de casa Marieta. Bien, pues sigamos comiendo. Ganas de comer haya, que hambre no faltará.

En silencio de nuevo, los tres siguieron comiendo, esta vez ya no por gusto sino por educación.

Tras la comida llegó el postre o el segundo plato, pues ninguno de ellos tuvo muy claro si aquella contundente empanada medio dulce y medio salada que ella llamó *empanadico* de calabaza era una cosa u otra, y después la ratafia de nueces verdes, melosa y áspera a la vez, que les hizo recobrar todo el calor perdido bajo la descomunal ventisca y que la lumbre aún no les había devuelto del todo.

Cuando hubieron terminado el último sorbo de aquel embriagador licor casero, el perfil de la luna creciente empezó a esbozarse por el este entre dos picos en aquella noche negra y gélida.

Las campanas de la iglesia tocaron las once.

—Bien, pues si a ustedes les viene a bien —dijo Antona—, permítanme que les acompañe a los aposentos que mi hija Orosia les ha preparado. Somos... gente modesta, pero esperamos que la alcoba sea de su agrado.

—Gracias, Antona —respondió Gabi.

—Sí, muchas gracias —añadió Mario mientras los tres se apresuraban en levantarse del banco, coger sus pertenencias y seguir a la mujer hacia el piso de arriba.

Tras aquel rato de descanso, todos los músculos y articulaciones les empezaban a doler debido a la larga caminata, y levantarse resultó un esfuerzo mayor que de costumbre.

Las angostas escaleras que conducían a la planta superior tenían las paredes húmedas y mohosas hasta casi media altura, con manchas negruzcas y desconchados por doquier. Por otra parte, eran más altas que lo acostumbrado, con una importante altura entre peldaño y peldaño que a Leo le pareció una exageración, sobre todo teniendo en cuenta los efectos que en él había causado la ratafia, a la cual no estaba acostumbrado. Así, con su sentido del equilibrio notablemente alterado, se vio obligado a apoyarse en las paredes en su ascenso para evitar tambalearse y rodar escaleras abajo.

Apenas había ascendido unos doce peldaños cuando lo vio.

Lo vio claramente y lo interpretó al instante, siendo aquello demasiado obvio para proporcionar ni el más ínfimo asomo de duda.

Allí, a palmo y medio del suelo del primer rellano, la pared estaba plagada de lo que parecían ser largos y profundos arañazos. Decenas y decenas, tal vez incluso centenares de arañazos que semejaban ser humanos, si bien solo los podía haber realizado alguien tumbado en las escaleras. Se hundían profundamente en la pared como si sus autores hubiesen deseado aferrarse a ella, algunos arañándola tan solo, otros creando en la superficie auténticos caminos de desesperación.

Y, en medio de aquella pared surcada por esas extrañas marcas, Leo vio claramente una uña roja incrustada en la pared. Rota, quebrada, todavía con su capa de barniz resquebrajada, la espeluznante uña que alguna vez había rematado un dedo femenino formaba ahora parte de la pared.

Al instante le dio un golpe nervioso en el hombro a Gabi, que iba delante de él, y le hizo un gesto silencioso para que mirara hacia allí. Éste se quedó unos instantes con la mirada fija en lo que estaba viendo, procesando mentalmente sus connotaciones, intentando hallar una explicación lógica que no halló; arañazos de gato, tal vez... No, la evidencia era demasiado clara. Se dio media vuelta y siguió subiendo mecánicamente peldaño a peldaño. Gabi respiró profundamente varias veces hasta serenarse un poco. Al fin y al cabo, era solo una noche; a la mañana siguiente emprenderían de nuevo el camino a casa y Treume se convertiría en una extraña pesadilla a olvidar.

Así, con la sensación de que algo iba muy mal pero sin atreverse a preguntar, siguieron subiendo mudos hacia su habitación por una noche. Durante todo su ascenso, los arañazos en las paredes, en mayor o menor número, fueron una lúgubre constante.

Antona, encendiendo más y más velas medio gastadas por doquier, pasó de largo la primera planta, en cuyo pasillo pudieron ver tres puertas cerradas y un gran armario antiguo de puertas ricamente labradas que se extendía hasta el techo, y prosiguió hasta la segunda. Una vez allí, de nuevo encendió un par de velas que alumbraron la estancia.

La planta en la que se encontraban estaba formada por el rellano de la escalera y una única puerta en frente, de gruesa madera y con una contundente cerradura de hierro y un grueso cerrojo a

medio metro sobre ella.

—Bueno, bueno, bueno... pues ya hemos llegado a sus aposentos. A ver dónde he metido esa llave... —dijo mientras introducía nerviosamente las manos por todos los bolsillos y aperturas de su ropaje en busca de ésta.

Por fin encontró la llave de hierro, descomunal y pesada, y la introdujo no sin dificultad en la cerradura, que se resistió a aceptarla en su interior. Tras algún que otro esfuerzo retorciéndola a izquierda y a derecha, el mecanismo gruñó y la puerta cedió ante ellos con un fuerte chirrido de bisagra no demasiado frecuentada.

Una vela más, y una estancia enorme donde solo había una gran cama de matrimonio con un desvencijado dosel y una cómoda apareció ante ellos. Todo aquel espacio prácticamente vacío les pareció extraño y desproporcionado para tan poco mueble. Sobre la cama, una colcha desgastada de color granate con flecos en los extremos no conseguía hacer el lugar mucho más apetecible, con su textura gruesa y aspecto de no haber sido lavada nunca desde el día, muchos lustros atrás, en que fue tejida. Encima de la cómoda, a la cual le faltaba el cajón inferior, algunos objetos inútiles pretendían, también sin éxito, embellecer la decoración y hacer el lugar más acogedor. Allí descansaba para siempre un bote de colonia de cristal tallado en forma de flor, de contenido amarillento y ya medio vacío, junto a la figura polvorienta de una ardilla disecada, con pelo áspero y téticos ojos saltones perdidos en el vacío. Allí reposaba también, congelada en el tiempo, una muñeca de cara y manos de porcelana con todos los dedos rotos, atrapada dentro de un vestido adornado con excesivas puntillas rosa igualmente polvorientas y decrépitas.

—Perdone, Antona... —preguntó Mario tras dar una rápida ojeada a la habitación— ¿podría decirnos dónde están los servicios de la casa? ¿En la planta de abajo, tal vez?

—Oh... eso... —le respondió ella con cierta perplejidad ante esa pregunta que no esperaba—. Bajo la cama están los orinales, por supuesto. Mi hija Orosia se ha ocupado personalmente de ello.

Los tres amigos se miraron sin decir nada y a continuación lanzaron una mirada de reojo a esa cama mientras lanzaban al aire un suspiro de resignación.

—Bien, entonces, que duerman ustedes bien y que los ángeles les guarden de las tinieblas. Nos vemos mañana al alba. Buenas noches —les dijo casi recreándose en articular cada palabra.

—Ah... sí, claro, buenas noches —respondió Mario.

—Buenas noches —respondieron también Gabi y Leo al unísono mientras dejaban caer sus cosas en un rincón y se empezaban a mentalizar de que, aunque algo seguía sin encajar, ese era sin duda alguna el mejor lugar para dormir en muchos quilómetros a la redonda.

Mientras Antona cerraba la puerta, se quedaron unos instantes sin decir nada, mirándose, con un sentimiento de alivio y de desasosiego a la vez, con la certeza de que aquella noche iba a ser una de las más peculiares y también largas de sus vidas.

De repente, en la calma absoluta que reinaba en Treume, sus pensamientos se vieron interrumpidos por un chirrido que ya habían oído antes y por ruido de pesado metal al deslizarse y de llave al girar dentro de su cerradura.

Sabían lo que esos sonidos significaban. Antona les había encerrado desde fuera bajo llave y había pasado el cerrojo. Por algún motivo que ella sabía pero ellos tres desconocían, estaban irremediabilmente atrapados en esa habitación.

El maullido del gato sonó inconfundible mientras se deslizaba hacia la casa a través de la gatera.

VI

En vano gritaron para que Antona volviera a abrir la puerta; gritaron los tres y sus voces rebotaron contra las paredes, atravesaron esa puerta y se extendieron por toda la casa. En vano vociferaron hasta quedarse sin voz con la esperanza de que alguna de sus dos hijas acudiera. Habían visto la casa y conocían sus dimensiones, por lo que tenían la seguridad de que estaban siendo oídos. Sin ninguna duda, sus tres voces estaban siendo escuchadas e ignoradas tras esa puerta. En vano la golpearon con manos y pies y en vano trataron de abrirla forzándola desde dentro haciendo palanca con sus piolets, pues el hecho de saberse encerrados en esa alcoba no era precisamente tranquilizador. Parecía tan fácil, romper esas bisagras destartaladas... y sin embargo eran anormalmente resistentes.

Todo fue en vano del todo, pues mientras ellos intentaban resistirse a su inesperado encierro forzado, Antona se doblaba rompiéndose de dolor escaleras abajo con las súbitas y brutales contracciones de un parto inminente.

El más fuerte de los gritos, un largo lamento desgarrador que caló en la maldita puerta, atravesó su cerradura y traspasó su cerrojo, acalló a Mario, Gabi y Leo en seco.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Leo mirando fijamente hacia la puerta.

—¡Claro que lo hemos oído! Ese grito... es imposible no haberlo oído. Es Antona. Yo diría que está de parto —añadió Gabi.

—Esto es de locos... de locos... y nosotros aquí dentro encerrados —dijo Mario.

A partir de ese momento permanecieron en silencio analizando atentamente los sonidos que les llegaban desde abajo, imaginando, conjeturando, sin tan siquiera intentar acostarse y mucho menos dormir. Y allí se quedaron, sentados encima de la cama sin deshacerla, sin otra ocupación que dar rienda suelta a sus pensamientos, por los cuales desfilaron mil y una imágenes; ese pueblo que nunca antes parecía haber existido, sus huraños habitantes, la extraña tormenta, el singular modo de vida de esas gentes desubicadas temporalmente y que parecían salidas de siglos pasados...

Con el lento paso de los minutos, simplemente se resignaron a esperar a que el sol volviera a desperezarse por el este para largarse de allí de una vez por todas y no volver nunca más.

Antona se dirigió hacia la cocina tambaleándose y a duras penas, con la columna vertebral encorvada en un arco imposible y aferrándose a las paredes paso a paso, contracción a contracción. El dolor deambulaba a sus anchas por ella, iniciando su recorrido bajo su voluminosa barriga preñada y extendiéndose con saña a lo largo de la totalidad de su columna vertebral, recreándose con una ira punzante en sus riñones, invadiendo los cuatro puntos cardinales de su espalda y descendiendo por su cintura hasta adherirse a sus caderas, donde era tan atroz que incluso le impedía avanzar un solo paso sin dificultad. En esos momentos, con

cada espasmo, todo su enorme útero gestante se endurecía como la piedra bajo la fuerza implacable de la naturaleza. Después, le concedía una tregua de unos breves instantes, efímera y traidora, al acecho de un dolor creciente en intensidad.

Al llegar frente a la puerta de la cocina, un gran charco de líquido amniótico, transparente, tibio y fluido, salió con urgencia de su entrepierna sin preaviso y se escurrió por las tupidas medias de lana que cubrían sus muslos, resbalando por sus piernas y pies hasta anegar finalmente el suelo cochambroso a su alrededor.

Se quedó allí unos instantes a esperar que el proceso concluyera, simplemente de pie y con las piernas entreabiertas, con las pupilas clavadas en el suelo y las manos agarrando con fuerza el marco de la puerta. Orosia la miró de reojo desde el otro extremo de la estancia.

Sabían que había llegado el momento.

Con un gesto rápido con la cabeza, Antona dio a Orosia una indicación para que fregara el suelo, que ella captó al instante y sin mostrar ningún indicio de asombro o inquietud, como si esa situación entrara dentro de su más absoluta normalidad cotidiana, como si los partos de su madre fuesen una rutina más a la cual estaba habituada. Cogió con total desgana unos cuantos paños de cocina gastados y se arrodilló a recoger y a escurrir, a recoger y a escurrir hasta que el suelo estuvo del todo immaculado.

Cuando hubo terminado, Orosia se agachó junto a la estantería de la parte inferior donde, tras una cortinilla floreada y fruncida, se ocultaban tres grandes cubos metálicos que contenían agua del pozo. Llenó dos grandes ollas y las colgó de los ganchos en la lumbre, donde las llamas empezaron a acariciarlas ferozmente con sus garras al rojo vivo. Sabía que, con toda seguridad, en breve necesitarían agua hervida.

Antona avanzó con pesadez hasta la mesa de la cocina, que despejó al instante de un manotazo arrojando al suelo todo lo que había encima. Allí quedaron, desperdigadas y abolladas, tres velas ya medio consumidas, dos tazones con el fondo sucio y dos platos con restos de comida que se rompieron en varios fragmentos al instante sin que a nadie le importara. A continuación, sosteniendo su pesada barriga por debajo con una mano, se sentó en el borde y después avanzó hasta situarse en el centro, donde se tumbó con las piernas flexionadas y abiertas. La recia mesa de madera crujió levemente un par de veces bajo su peso y después se calló.

En un rincón de la cocina, ajena a lo que estaba ocurriendo, Dulza estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas entonando una canción en voz baja mientras jugaba uno a uno con sus dedos:

“El pay,
la may,
el que fa sopas
y el que se las come todas,
y este golín-golán,
per estar chico, no l'en dan”.

Cuando terminaba, volvía a empezar, y así una y otra vez, como en un bucle interminable e

ilógico, con alguna finalidad de la cual solo ella era conocedora.

Al poco de estar en la lumbre, el agua de las ollas empezó a hervir fuertemente, desprendiendo gran cantidad de vapor que llenó la atmósfera de una densidad que casi podía palpase y que resultaba incluso asfixiante al enredarse con el humo que escapaba de los leños ardientes, con el dulzón olor a grasa de los embutidos colgados, con el agrio olor a sudor y a fluidos de parturienta.

Orosia, atenta, dobló dos trapos para retirar las pesadas ollas de la chimenea sin quemarse y las dispuso bajo la mesa no sin dificultad.

Desde la alcoba de la planta superior, las infinitas preguntas seguían sin hallar respuesta alguna envueltas en los numerosos y sonoros gritos de Antona que, a pesar de proceder de la parte inferior de la casa, les taladraban los oídos. También les llegó de manera inconfundible el seco crujir de la mesa de la cocina, el ruido metálico de las ollas al depositarlas en el suelo, el ir y venir de Orosia... incluso la delicada y apenas audible canción de Dulza repetida una y otra vez como en un murmullo muy lejano; todo, todo ello ascendía deambulando por aquella escalera hasta llegar, amortiguado y casi extinto pero perceptible, hasta Mario, Leo y Gabi.

Antona se bajó las medias, que estaban empapadas, y se arremangó la falda hasta la mitad de los muslos. No llevaba ropa interior, como era usual entre las mujeres de la saga. Acto seguido llegó otra contracción ya apenas separada de la anterior y otro grito generado en lo más profundo de su ser. Y otro, y otro, y otro.

Orosia sabía qué hacer. Con el agua hervida ya dispuesta en su lugar, se apresuró a fraguar la bebida que, exactamente mezclada en las justas proporciones, mitigaría los dolores de parto de su madre sin llegar a dejarla inconsciente.

Tomó una botella de cristal de color añil sin etiqueta y cubierta de una pátina marrón; llevaba tiempo siendo rellena una y otra vez con el mismo tipo de vino tinto, ahora ya rancio y espeso. Aún quedaba la mitad, lo cual significaba que les duraría unos cuantos meses dados los usos contados al cual lo destinaban. Ese vino era una de las cosas que le encargaba al mosén cuando, cada primavera y cada otoño, bajaba a Benasque a proveer a sus vecinos de algunos bienes que no podían elaborar ellos mismos.

Tirando con cuidado para no romperlo, sacó el corcho reseco que la cerraba y llenó medio vaso con su contenido; a continuación, cogió un cazo de una de las estanterías y se dispuso a preparar una decocción de hierbas. Sin prisa pero sin pausa, pues no le sobraba el tiempo. Seleccionando uno a uno los botes de cristal correctos, introdujo en el recipiente varias hojas de ruda, unas cuantas semillas enteras del intensamente aromático anís estrellado, unas pocas hojas de cáñamo y una única hoja del siempre potente beleño negro. La combinación desprendió al momento un fuerte olor seco y agridulce que recordaba al follaje caído en el bosque; un olor envolvente y sumamente agradable, hasta que el primer hervor sobre el fuego lo disipó hasta desvanecerse del todo.

Pasaron los minutos y, aún humeante, añadió parte del líquido al vino y lo endulzó con dos cucharadas de miel de romero, espesa y de color ámbar intenso. Lo removió enérgicamente y alargó el vaso a su madre, ahora reclinada, quien lo asió con una mano temblorosa y bebió su contenido entero en dos largos sorbos.

Cuando hubo terminado, paladeó en silencio el sabor que le había dejado en la boca mientras miraba a su hija. Se tomó unos segundos para deliberar sobre el resultado y verbalizar fríamente su veredicto.

—Bien hecho, Orosia, pero la próxima vez ponle menos miel y más anís estrellado, ¿me oyes? A ver si acabas aprendiendo de una vez cuál es la proporción correcta... que ya va siendo hora. Yo a tu edad ya dominaba a la perfección el arte de las cantidades. Sabes que es esencial... no nos podemos permitir error.

Madre era exigente hasta la obsesión. Nada era nunca correcto del todo, siempre fallaba algún matiz, algún detalle. Por mucho que se esforzaran, ninguna de las dos hermanas parecía estar nunca a la altura de sus deseos.

Antona se limpió la boca con dejadez con la manga del vestido y se tumbó de nuevo en la mesa mientras empezaba a notar cómo el calor del brebaje invadía poco a poco cada célula de su cuerpo, incrementando la intensidad para pasar de un leve hormigueo templado a un sofoco casi lujurioso que se adueñó de toda ella, desde la planta de sus pies hasta el cuero cabelludo, pasando por sus pechos turgentes de embarazada, su cuello fino de nervios tensos y marcados, sus antebrazos musculados por el trabajo diario, sus labios que parecían hervir y dilatarse, sus caderas de carnes prietas... Por su cerebro pasaron mil visiones de llamas y fuegos prohibidos mientras todo su cuerpo se rendía a la cálida sensación que le provocaba la bebida y que, por un instante, le hizo sentir que se fundía desde el interior hasta el exterior como un trozo de mantequilla sobre brasas aún incandescentes. Y sucumbió a sus pensamientos, dejándose llevar por el poder de ese brebaje cuyo secreto llevaba transmitiéndose de hembra a hembra en el seno de casa Marieta durante generaciones incontables, mientras la criatura de sus entrañas intentaba abrirse camino hacia la luz.

Orosia depositó el vaso en el fregadero, junto al cazo, y devolvió el tarro de miel a su lugar en la estantería, entre una botella de aceite de oliva medio llena y una caja metálica de galletas con las esquinas oxidadas. Después dispuso unas tijeras y un cuchillo afilado sobre la mesa, junto a madre, y les echó una ojeada; como el cuchillo no le pareció lo bastante cortante, cogió un afilador de la repisa de abajo y lo pasó repetidas veces por el borde. Acto seguido, subió a buscar unas cuantas toallas, amarillentas y ásperas, de las que madre guardaba en el vetusto baúl de los pies de su cama. Bajó las escaleras sin perder tiempo y las dispuso a un lado de la mesa, junto a las piernas de su madre, tras lo cual se sentó a esperar pacientemente a su lado, en el banco, con la mirada extraviada y el pelo despeinado cayéndole sobre la cara. Ya había preparado todo lo necesario; el resto quedaba ahora en manos de la providencia.

En Treume no había dispensario con medicinas de emergencia ni botiquines en los hogares. Tampoco había médico de guardia ni comadrona; de hecho, no los había habido desde hacía siglos. Las mujeres del pueblo parían solas, como las lobas o las liebres del bosque, como la naturaleza había dictaminado en tiempos inmemoriales.

—¡¡Orosia!! –gritó la mujer de repente.

—¿Qué desea, madre? –le respondió ella al instante.

—Si yo muero... ya sabes lo que debes hacer, ¿no? –dijo Antona señalando el cuchillo con

el dedo.

—Sí, madre. Sacar al bebé –añadió la hija con rotundidad.

Pasaron los minutos y Antona rompió el silencio empezando a entonar una letanía, primero en un murmullo, después en un tono perfectamente audible. Las letras, sílabas, palabras, versos, empezaron a salir de su boca como si estuviera en un agitado trance metafísico, de tal modo que todo ello parecía ser articulado no en su boca y sus cuerdas vocales, sino en su espíritu, donde viven los deseos irracionales.

Al cabo de unos pocos minutos, la letanía se había convertido en un rezo a gritos que retumbaba en las paredes y rebotaba en cada objeto de la casa.

Los tres amigos no percibieron nada en un principio pero, al ir creciendo en intensidad, su volumen perfectamente audible acabó llenando sus oídos sorprendidos. Se miraron, pero no dijeron nada.

“Próxima la hora,
irrumpe en la luz;
traza Satanás
invertida cruz.

Simiente que creces,
aborda el final;
rasga mis entrañas
para bien o mal.

San Ramón ampare
mi hora maldita;
sal, aquí y ahora,
usurpa la vida.

Próxima la hora... “

Y así esa letanía donde lo pagano se mezclaba con lo cristiano y paradójicamente Satanás convivía con la santidad volvió a empezar de nuevo, y de nuevo, y de nuevo, hasta que, al cabo de media hora, calló de manera abrupta con un último retumbar de las paredes, dejando la casa de nuevo en el más absoluto sosiego.

Su respiración pausada dejaba ahora claro que finalmente el brebaje había surgido completamente en ella el efecto anhelado. La temperatura de su cuerpo, antes solo sofocado, había aumentado notablemente y minúsculas gotas de sudor navegaban a la deriva por su frente y sus sienes; sus pupilas se habían dilatado y había entrado en un estado de serenidad extrema que flirteaba con la somnolencia. Casi le parecía estar flotando pues, en esos momentos, sentía su pesado cuerpo extremadamente liviano en una sensación del todo placentera y sin apenas dolor. El feto estaba bien colocado, con la cabeza hacia abajo como debía ser, y su pelo ya casi estaba

asomando; lo sabía, ella sabía sobradamente esas cosas. Estaba preparada para parir.

Orosia se levantó, de nuevo con desgana, y echó una ojeada a la entropiada de madre. La muchacha asintió firmemente con la cabeza, con lo cual madre interpretó al instante que el bebé ya estaba coronando y, tras una nueva contracción implacable, mucho más violenta y duradera que las anteriores, apretó sus músculos del bajo vientre hasta no poder más mientras de su interior, a través de su garganta ardiente y reseca, se escabullía un grito prolongado e intenso que invadió toda la estancia con sus tonos amargos. Permaneció así, apretando con todas sus fuerzas, hasta que la totalidad de su piel, aún hirviendo, se tornó morada y sus labios adquirieron el color de la berenjena. Entonces tomó aire de nuevo con una gran bocanada que llenó todos los rincones de sus pulmones. Y de nuevo apretó, y de nuevo su cuerpo se quedó sin aire y se vio obligada a inspirar otra vez. Con cada apretón, Antona temblaba sin control por el esfuerzo realizado, provocando un traqueteo arrítmico y desigual de la mesa que la sustentaba.

Tras unos cuantos empujones más bajo la mirada impávida de Orosia, el diminuto cuerpo sanguinolento y entumecido del bebé se abrió paso entre las entrañas de madre y emergió al exterior rodeado del cordón umbilical, de líquido y sangre, y quedó tendido sobre la mesa cochambrosa, desvalido, agitando convulsivamente esas minúsculas manos y llorando tan alto que los platos y vasos parecían vibrar.

Dos pisos por encima, Leo, Gabi y Mario se miraron bajo la luz de una vela que ya agonizaba y, a pesar de todo, no pudieron evitar esbozar una sonrisa ante ese estallido desbordado de nueva vida.

Sobre la mesa de la cocina, Antona se tomó unos segundos para recobrar las fuerzas y respirar de nuevo con normalidad. Mientras, Orosia se acercó al borde de la mesa y observó con apatía a ese ser que acabada de escabullirse de dentro de madre. Dejó escapar un profundo suspiro y se dio cuenta de algo que antes no había percibido; la atmósfera de la habitación olía a humedad, sangre salada, placenta recién expulsada y, dominando sobre todos los olores, sudor humano, fuerte y desagradable. Todo ello se amalgamaba con el olor a ceniza, humo, embutido y suciedad propio de la habitación, resultando en una mezcla nauseabunda pero que no le resultaba ajena. De repente, la muchacha recordó la última vez que tal olor había penetrado por sus fosas nasales. Hacía apenas un año.

—¿Y bien? —preguntó Antona.

Orosia se tomó un tiempo en responder a una pregunta a la que había respondido muchas veces anteriormente. Por un momento odió hasta la saciedad estar allí; cómo deseaba desaparecer y no regresar jamás a esa casa, a esa cocina mugrienta, a Treume. Volvió a la realidad, en la que sus ojos seguían clavados en ese ser sucio y lloroso, y por un momento le pareció que la cena le subía a la garganta y tenía ganas de devolver. Respiró profundamente, tragó toda la saliva acumulada en su boca y miró a su madre, que la observaba expectante.

—Es otro varón, madre —le respondió tan gélidamente como si su voz goteara desde la punta de un carámbano.

—Vaya. Ya lo sospechaba. Corta el cordón, date prisa —añadió ella mientras se secaba de nuevo el sudor de la cara, el cuello y el escote con el delantal.

Y a esa noche extraña le siguieron pasando las horas. Mucho más tarde, cuando los tres amigos ya habían aceptado que el sueño no vendría a visitarles, llegaría por parte de Gabi la hora de las necesarias explicaciones, largas y detalladas, que había estado reservando para el momento idóneo. Tenía tanto que explicar... Tanto, que las palabras fluían más despacio que sus pensamientos y sus frases resultaban a veces inconexas, confusas, demasiado repletas de contenido para resultar totalmente inteligibles. Con todo, el panorama que les iba describiendo era sin duda sobrecogedor.

—... lleno, estaba lleno... todas las paredes de ese condenado glaciario... por todas, todas partes... miles de huesos...

Sin dejar de vomitar de manera descontrolada explicaciones y más explicaciones, sacó el cráneo de su mochila agarrándolo con naturalidad por las cuencas oculares y lo depositó en el centro de la cama ante la mirada inquieta de sus dos amigos, cuyos ojos se abrieron como platos y dejaron de pestañear.

—... y ésto... tenía que sacarlo de allí... me estaba observando entre todos los huesos... con el piolet... costó, no podía...

Ante la expresión de sus amigos, que había pasado de la incredulidad al asco pasando por el terror, Gabi repasó de nuevo en voz alta cada metro de esa grieta terrorífica, con su escalofriante colección de huesos, ropajes y utensilios.

—... esos zapatos marrones que tenían la punta agujereada eran de niño... pequeños, muy pequeños... junto a una especie de periódico que se quebró cuando lo toqué... estaba congelado... cayó hacia abajo...

Describió al detalle cada objeto y su posición en medio de ese osario gigantesco, si bien tras la larga explicación una pregunta quedó sin responder: ¿por qué?

De vuelta a la civilización, pues Treume distaba ligeramente de considerarse como tal, ya habría tiempo para hacer averiguaciones, para intentar resolver ese misterio que les había llegado de manera tan inesperada. Ese no era el momento, pues allí y entonces ninguna pregunta hallaría respuesta.

Una vez Gabi hubo finalizado su extenso relato se quedaron callados envueltos en un halo de inquietud y descanso a la vez; inquietud por la situación, alivio porque una nueva vida se había abierto camino a pesar de las circunstancias. Era extraño, y nunca antes en sus vidas se habían sentido de tal manera.

En el rincón de la cocina, la misma canción infantil seguía sonando desde hacía horas, siempre idéntica, siempre con el mismo tono, siempre con la misma voz infantil suave y dulce, siempre acompañada invariablemente del mismo movimiento repetitivo de los diminutos dedos de Dulza:

“El pay,
la may,
el que fa sopas

y el que se las come todas,
y este golín-golán,
per estar chico,
no l'en dan”.

VII

Un añoso gallo histérico cuyo eco cantó repetidamente entre las crestas aún en penumbras despertó a Mario de una somnolencia que no había llegado a adquirir la categoría de sueño en toda la noche; había pasado por cuatro cabezadas y alguna que otra pesadilla embarullada, fugaz y ajetreada, interrumpida de golpe en varias ocasiones, pero ese sueño reparador que tanto precisaba no le había visitado en toda la noche.

De todos modos, Mario no solía ser persona de dormir a pierna suelta; últimamente le costaba más de lo normal conciliar el sueño y solía permanecer horas y horas dando vueltas en la cama, en silencio, liándose con la sábana y peleándose en balde con la almohada, viendo desfilar cada minuto por su despertador a ritmo marcial y sin conseguir adentrar su mente en el reino del inconsciente. Maite era una constante perenne en sus circunloquios nocturnos, ya fuera por su temor a que ella se alejara para no volver, ya fuera por su felicidad ficticia cuando, como en un espejismo, todo parecía perfectamente ideal, como había sido tiempo atrás. A menudo el alba le sorprendía aún en vela, con la frente pegajosa por el sudor y las sábanas alrededor empapadas. A su lado, ella siempre seguía durmiendo plácidamente, con la melena cayéndole despreocupada por la cara y su expresión serena, como si las circunstancias fueran ajenas a su persona y la lejanía entre ambos tan solo fuese un contratiempo menor. Sorprendentemente para él, a Maite nada le arrebatava el sueño, lo cual le molestaba puesto que él daba por supuesto que ambos debían sufrir por igual aquel distanciamiento. Pero no era así.

Apretados en esa cama incómoda, los tres amigos habían pasado las horas hablando mucho, callando a ratos en un mutismo incómodo compartido, revolviéndose y, sobre todo, maldiciendo esa tormenta y su mala fortuna. Acerca del relato de la grieta, habían considerado mentalmente mil hipótesis y realizado otras tantas conjeturas, a cuál más y más inverosímil. Finalmente, habían aplazado sus pensamientos al respecto hasta momentos un poco más propicios para la deducción lógica.

Con el canto del gallo, su vuelta a casa parecía más cercana. Algo caliente en el estómago, cuatro indicaciones por parte de los aldeanos... y en un abrir y cerrar de ojos estarían de nuevo en sus hogares relatando su aventura en un pueblo llamado Treume.

Encogido en el borde izquierdo del colchón de lana apretujada, Mario se estiró; le dolían todas las articulaciones del cuerpo sin excepción, el interior de la garganta le ardía al tragar saliva y su mente estaba confusa. Se levantó sin hacer ruido, pues no tenía la certeza de si sus amigos estaban totalmente despiertos o no.

Se puso con prisas el calzado de montaña, cuyo interior estaba aún desagradablemente húmedo, e hizo un lazo apretado con los cordones; para su sorpresa, su pulso no era tan firme como de costumbre y sus dedos casi trémolos tuvieron que reintentar la maniobra un par de veces hasta obtener el resultado deseado. A continuación, sin malgastar ni una milésima de segundo, se dirigió a la puerta de la habitación. Asió el pomo con firmeza para intentar abrirla y descubrió, con perplejidad, que cedía sin problema y dejaba paso, chirriando una vez más, al rellano. Inspiró

hondo para serenarse, pues se estaba poniendo nervioso e impacientando ante su tan deseada partida de ese lugar; estaba ansioso por volver a experimentar el peso de su mochila sobre los hombros, por acelerar sus pasos y adentrarse de nuevo en el bosque y, sobre todo, por abrazar de nuevo la civilización y, con ella, a Maite.

Con el agrio lamento metálico de las bisagras, Leo y Gabi se levantaron de un salto.

—¡¡Bien!! ¡¡Parece que ya somos libres!! –voceó Leo al mismo tiempo que se apresuraba en calzarse y salir corriendo por la puerta escaleras abajo.

Al cabo de treinta segundos, los tres estaban frente a la puerta de la cocina, donde ya no quedaba ningún resto de todo lo acontecido la noche anterior, como si aquel inesperado y sorprendente parto que habían seguido en la distancia nunca hubiese tenido lugar.

Antona, hierática, les recibió con una sonrisa amable pero fría junto al dintel. Sus ojos de mirada fija seguían siendo impenetrables y carentes de cualquier emoción que a ellos les pudiese resultar familiar. Era tan difícil desentrañar lo que podía estar pasando por esa mente... tan difícil como atravesar un grueso muro de piedra.

—¿Han dormido ustedes bien? –les preguntó.

—La verdad, Antona, el hecho de que nos encierren en una habitación no es nuestro ideal de noche bucólica –dijo Gabi intentando controlar su volumen y su tono de voz para sonar amable a pesar de la furia que sentía–. Tal vez sea costumbre en este pueblo, pero nosotros...

—Oh... verán ustedes... el encierro era por su bien, créanme –respondió ella.

La tensión iba *in crescendo* y casi era palpable en el ambiente, por lo que Mario decidió que era el momento de cambiar de tema y quitarle hierro al asunto. Necesitarían la colaboración de esa mujer para salir de allí y hallar la civilización; enzarzarse en una discusión con ella no era la mejor de las ideas.

—Por cierto, Antona, enhorabuena. ¿Cómo está el bebé? ¿Es niño o niña? Y a usted... la veo muy recuperada, ¿cómo lo ha conseguido? –inquirió él con su sonrisa impecable intentando ganarse su confianza.

—El bebé nació muerto, no llegó a ver las primeras luces del amanecer. Era... un varón. El Señor, con su inmensa sabiduría, decidió que un ser tan hermoso debía sin duda permanecer a su lado en el cielo... eternamente –respondió ella de una manera tan impertérrita y de nuevo carente de sentimientos que los tres se quedaron sin palabras.

Sin embargo, en el silencio de la noche, desde su alcoba, los tres le habían oído llorar y llorar largo y tendido. Claramente. Indudablemente. A todo pulmón y con el desconsuelo de un recién nacido cuyos pulmones son violentados por el aire por primera vez. El bebé estaba vivo al nacer.

—Por cierto, el desayuno ya está listo. Tomen ustedes asiento, por favor –añadió ella con un tono sutilmente imperativo.

Y de esa manera, el recuerdo del bebé que sí había visto la vida se extravió entre el humo a lumbre y el olor a embutido rancio, disipándose como si nunca hubiese sucedido,

desvaneciéndose como si nunca hubiese existido.

Esa misma mañana, Orosia se había levantado una hora y media antes de la salida del sol, por lo que, tras el ajeteo del parto de la noche anterior, a duras penas había dormido. De todos modos, si madre lo quería de esa manera, de esa manera debía ser y no había ninguna otra opción susceptible de ser dialogada.

Aún en la cama, se frotó los ojos abotargados y saturados de legañas secas y se retiró el pelo de la cara con ambas manos. Tenía en la boca un regusto amargo que desapareció un poco al tragar saliva.

Se levantó y prendió una vela de la mesilla junto a su cama. Al instante la habitación quedó tenuemente iluminada por la pequeña llama endeble; una cama con cabecero de forja pintado de negro, un tocador antiguo, una percha con apenas dos prendas colgadas, una vieja silla de madera oscura con la superficie de cuerda trenzada... era todo lo que su habitación contenía. Ningún ornamento, ninguna decoración, ningún objeto redundante.

Todavía llevaba puesta la ropa del día anterior, si bien eso no era nada sorprendente en casa Marieta. Se puso los zapatos gastados sobre los mismos calcetines marrones de lana que llevaba y estiró bien todo su cuerpo un par de veces antes de ponerse en pie.

Se dirigió a su palangana metálica, esmaltada en blanco y con los bordes totalmente mellados, y mojó la punta del dedo índice en el agua que llevaba días sin cambiar. A continuación lo pasó por sus párpados, frotó con vigor, y ahí terminó su lavado de cara matutino. Se secó con una toalla que olía a moho y se pasó el cepillo rápidamente a lo largo de toda la extensión del pelo, sin entretenerse en desenredar ninguno de los copiosos nudos que moraban en la larga melena tras una noche de sueños revueltos. Aunque la intensa sensación de somnolencia aún no la había abandonado del todo, se estaba haciendo tarde y tenía un largo y duro camino por recorrer.

En el suelo, justo a los pies de su cama, había un pequeño fardo de tela con cuadros grises y blancos que estaba firmemente atado con un cordel de color marrón que le daba unas cuantas vueltas. Lo agarró y, con ese paquete bajo el brazo, bajó las escaleras de puntillas y sin hacer ruido. Se enfundó un abrigo de lana atemporal y anodino. Encima se colocó una piel curtida de cordero a modo de capa que anudó bajo su barbilla tal y como solían hacer las mujeres de casa Marieta en invierno. Alrededor de sus dos piernas enrolló dos pieles más para protegerse del frío que sabía que iba a pasar y las ató con dos cordeles, dándoles varias vueltas y rematando el conjunto con un lazo patoso tras las pantorrillas.

Sin perder tiempo, agarró un bastón de pastor olvidado en un rincón y salió por la puerta al frío de esa mañana que aún no había despertado.

En silencio, Orosia llegó hasta el extremo de su calle más alejado del pueblo y penetró en la oscuridad del sendero que, poco a poco, se adentraba en el desfiladero flanqueado por prominentes paredes verticales que se empinaban hasta arañar las nubes. Sus ojos entrecerrados apenas veían con la precaria luz de la luna menguante, pero conocía el camino de memoria; cada roca en medio de su ruta, por dónde guiar sus pasos, dónde colocar sus pies para no resbalar, ese tronco de árbol podrido inoportunamente atravesado en medio... lo había recorrido en solitario unas cuantas veces antes.

Por un momento, el recuerdo de su padre fallecido irrumpió a la fuerza en su subconsciente y la obligó a revivir su primer ascenso con él por el sendero. Entonces era muy pequeña y la ascensión había sido dura para ella, aún más con el aire gélido helándole aquellos mocos de niña bajo la nariz y congelando las puntas de sus dedos hasta agarrotarlos con un dolor punzante y hacerlos inservibles. Había logrado llegar y había logrado volver, pero después permaneció una semana en cama delirando, temblando y con fiebres tan altas que todos temieron por su vida. Bonita excursión con papá que, muchos pasos por delante, en ningún momento se había parado a esperarla o a preguntarle cómo estaba.

Por suerte, el pensamiento fue efímero y su mente lo apartó de su camino de un manotazo al cabo de unos pocos metros.

Prosiguió su ascenso sin dilación, sin titubeos, con pasos firmes, apoyada a trozos en su bastón, el cual también utilizaba de vez en cuando para apartar de en medio alguna piedra inoportuna o las ramas de algún arbusto fastidioso. A sus lados, el desfiladero se estrechó primero para abrirse, repentinamente, tras una severa pendiente que la obligó a trepar con la mano libre, y para desembocar después en un amplio valle circundado por picos nevados.

Tras muchos y muchos pasos, con los primeros rayos de sol que despuntaban tímidos, el hielo del glaciar del Aneto resplandeció ante ella con todos los colores del arco iris y, por un momento, le pareció lo más hermoso que había visto en mucho tiempo.

Con pasos aún seguros pero ahora mucho más cuidadosos, empezó a avanzar sobre la superficie helada con ese pequeño fardo bajo su brazo y el bastón de madera como único apoyo. Ya quedaba menos y, aunque para unos ojos neófitos cada metro de hielo hubiese resultado idéntico al contiguo, ella tenía claro hacia dónde se dirigía con total exactitud. Podía variar el grosor de la nieve o podía incluso tardar en descubrir el lugar exacto bajo la fina capa de hielo, pero aquel lugar no tenía secretos para ella.

Estaba amaneciendo y debía apresurarse, por lo que aceleró sus pasos, haciendo crujir una y otra vez la mullida capa de nieve sobre la superficie glacial. Cualquiera hubiese dicho que ese andar acelerado sobre un lugar tan sumamente resbaladizo, con un calzado del todo inadecuado y con dos objetos ajenos al entorno, era una absoluta temeridad. Cualquiera menos ella, o su madre, o mosén Medardo, o cada uno de los habitantes de su pueblo; para todos ellos sin excepción, el glaciar formaba tanta parte del pueblo como su cementerio, su plaza, su horno de pan, sus cabras o su iglesia. Sin glaciar, Treume no era Treume.

Largos minutos más tarde, Orosia se paró en seco. Por fin. Tras un hondo suspiro, bajó los ojos y su mirada recorrió de punta a punta la enorme grieta que cruzaba el glaciar bajo sus pies. Se quedó allí callada durante unos breves instantes; su magnitud siempre la sobrecogía del mismo modo.

Estaba igual que la última vez... un poco más ancha, quizás, y sin apenas nieve que la cubriera. Eso dependía de los años y de la estación... en algunas ocasiones estaba totalmente oculta bajo el manto blanco, mientras que en otras se la veía claramente en la distancia. Algunas veces incluso se había abierto repentinamente bajo los pies de algún excursionista, al cual había engullido sin reparos.

Dejó el bastón en el suelo, a su lado, y agarró el fardo fuertemente con las dos manos.

Estaban heladas y entumecidas en extremo; por un momento creyó que le resbalaba y se le escurría sin control. Entonces, tomando primero impulso hacia atrás, arrojó el bulto hacia la parte central de la grieta y lo vio desaparecer en medio de un silencio absoluto e inanimado en su interior, que pareció devorarlo como una fiera famélica de dientes afilados.

—Dulces sueños, hermanito —dijo en un susurro prácticamente imperceptible mientras se asomaba al borde e intentaba distinguir sin éxito dónde había caído el fardo.

Se dio media vuelta, volvió a aferrar el bastón y se apresuró en regresar deshaciendo el mismo camino por el que había ascendido; ya era tarde y no quería arriesgarse en disgustar a madre. Odiaba sus reprimendas lacerantes e implacables. Odiaba sus ojos rojos enervados. Odiaba su voz colérica que debía escuchar demasiado frecuentemente. Madre podía ser muy cruel cuando se enojaba.

Mientras frente a la lumbre de casa Marieta Leo deglutía el último mordisco de hogaza de pan de pueblo, Orosia entró con premura desde el exterior. Con un sutil golpe de cabeza y un “buenos días tengan ustedes” pasó de largo junto a la puerta abierta de la cocina y se encaminó hacia su habitación, no sin antes mirar de reojo el estridente reloj que la observaba vigilante. Por suerte, el descenso desde el glaciar solía ser siempre más rápido que la ascensión; había llegado a la hora prevista, madre no se enojaría con ella esta vez.

Tras colmar los estómagos, llegó la hora de las directrices para abandonar el pueblo, que los tres amigos escucharon mucho más que atentamente. Una retahíla de extensas y pormenorizadas explicaciones se sucedieron; un río que atravesar saltando sobre enormes y resbaladizas piedras, un frondoso bosque de abetos que cruzar, dos pequeños meandros a la derecha que vadear... y llegarían a un estrecho sendero que conducía directamente, unos pocos kilómetros más allá, hasta una pista forestal que desembocaba en la carretera. Parecía fácil. Parecía simple. De hecho, parecía tan sencillo que incluso se avergonzaron de nuevo por haberse perdido la jornada anterior. Por mucho que le daban vueltas y más vueltas, aún seguían sin comprenderlo: ¿cómo habían podido desviarse de su rumbo de esa manera, como tres niños que escapan de la mano de sus padres y se extravían en mitad de un parque temático atestado de gente y puntos de referencia?

De nuevo subieron a la alcoba, donde sus pertenencias y sus pesadas mochilas les estaban esperando pacientemente para largarse de allí. Esta vez se aseguraron de que nadie cerrara con cerrojo tras ellos. Tras una rápida pero exhaustiva ojeada al lugar, Mario cerró la puerta y empezó a bajar las escaleras; pese a haber vivido una pesadilla allí, deseaba retener esa imagen en su mente para la posteridad, para tener la certeza de que Treume y esa noche habían existido.

Una vez en la planta baja, llegó el momento de las despedidas. Fugaces y meramente de cortesía, pues la situación tampoco incitaba a mucho más. Les hubiese encantado estar en situación de agradecer a Antona su hospitalidad, desearle lo mejor para ella y sus hijas, alabar su deliciosa comida y amabilidad... Pero no, tras el encierro, los arañazos en la escalera y el parto que parecía no haber acaecido nunca, un monosílabo bastó.

—Gracias —dijo Gabi a Antona bajo la mirada de sus amigos, que no se sintieron con humor para añadir ni una palabra más.

—Regresen cuando deseen, varones forasteros. Si la ventura les trae de vuelta a estas

tierras, no duden ustedes en visitar nuestra humilde morada... Tengan por seguro que nos será grato –respondió Antona con su mismo tono distante y apático de siempre–. De todos modos... ¿seguro que desean abandonarnos con tantas prisas? Podrían quedarse un par de días; conocerían mejor a nuestros vecinos... les cocinaría las viandas más suculentas, y además...

Su dialéctica poco convincente, convertida ya en monólogo, fue interrumpida súbitamente por otro monosílabo que emanó de los labios de Leo y sonó más a impropio que a negación.

—¡¡No!!

Tras el escueto y extraño intercambio verbal, empezaron su marcha por la calle con las mochilas a cuestas; viraron y recorrieron en silencio la calle principal, dejando tras ellos la silueta de la iglesia y la negra roca que la sustentaba, y se encontraron frente a la entrada del pueblo, donde el cartel les recordó lo peculiar que había sido su desconcertante llegada a Treume.

Tras sus espaldas y sin que ellos se dieran cuenta, todos sus moradores se habían asomado en silencio sepulcral a puertas y ventanas para ver alejarse a esos desconocidos que nunca habían sido realmente bienvenidos.

—¡¡Corre, corre, Orosia, o no nos va a dar tiempo!! –gritó Antona a su hija mayor en cuanto se hubo asegurado de que Mario, Leo y Gabi estaban lo suficientemente lejos para no verlas ni oírlos.

—¡Es que aún le estoy anudando los zapatos a Dulza, madre! –respondió ella nerviosa.

—¡¡Pues que venga así, descalza!! ¡¡O ya será demasiado tarde!! –chilló madre con una potencia de voz tal que retumbó en los tímpanos de sus dos hijas, a la vez que salía apresuradamente y arreglándose la ropa hacia la calle empedrada.

En el mismo momento, Orosia arrojó los zapatos de su hermana a un rincón del suelo, la aferró con fuerza por el antebrazo y la arrastró apresuradamente hacia la puerta de casa, descalza, despeinada, sucia y medio llorosa.

—¡A mí no me gustan estas cosas de brujas! ¡No quiero ir! –gimoteó la pequeña.

—¡Tú te callas y haces siempre lo que diga madre! –le respondió Orosia mientras apretujaba aún más ese brazo flaco, casi esquelético, dejando todos sus dedos marcados en él.

Para entonces, Antona ya se hallaba en un extenso claro del bosque próximo al pueblo, con la vista clavada en el cielo de un azul impecable y absolutamente carente de nubes.

Al cabo de unos minutos que exasperaron a madre, sus hijas llegaron corriendo hasta ella, a toda prisa, Dulza aún descalza y sollozando, pues se había clavado más de una piedra por el camino en la planta de sus pies blandos de niña. Pero más allá de las lágrimas de dolor puramente físico, en esos momentos sus ojos irradiaban una profunda mirada de odio que subyacía en lo más hondo de su cerebro infantil y casi se entreveía tras los enormes lagrimones salados que le resbalaban mejillas abajo. Odiaba a madre y odiaba todo aquello que madre les obligaba a hacer para seguir la tradición. Odiaba las costumbres, los relatos infinitos que les narraba junto a la lumbre en las largas noches invernales... odiaba su condición singular, su naturaleza diferente. No

es que le disgustara saber que algún día sería una bruja como ella, pues eso lo anhelaba fervorosamente, pero no lo sería a su manera. Odiaba su manera de hacer las cosas. Y, más allá de las paredes de casa Marieta, odiaba ese pueblo de donde nunca había salido y de donde, tal y como todos le aseguraban, nunca en su vida saldría si no era para cumplir algún deseo de madre; para su iniciación, tal vez... y eso en algún valle cercano, nunca más allá.

Odiaba ser quien era y odiaba su vida tanto como una niña de su edad podía odiar.

Antona lanzó una rauda ojeada a sus dos hijas y le dio una mano a cada una de ellas, que se dieron las suyas a la vez, formando allí de pie un círculo perfecto de manos unidas. Con los ojos cerrados, esperaron el aviso que debía dar madre, como las otras veces. Bajo el cielo azul, la espera duró largos minutos en que ella permaneció musitando y musitando palabras que ellas apenas alcanzaban a distinguir mientras aguardaba el momento propicio para empezar.

De repente, permaneciendo aún con los párpados apretados, su murmullo interior concluyó y oprimió las manos de sus hijas con tal firmeza que Dulza se estremeció de dolor. Era la señal.

Antona elevó la cabeza hacia arriba y liberó sus manos. Acto seguido, sin alejar la vista del cielo, izó sus palmas hacia la inmensidad azul y empezó a estirar hacia abajo muy lentamente con las puntas de los dedos, como si quisiera hilvanar hilos invisibles entre cielo y tierra. Orosia y Dulza comenzaron a hacer lo mismo, si bien con una ostensible desgana que trataban de ocultar ante madre.

Y así siguieron las tres durante largos minutos, invocando en silencio su tormenta, estirando y estirando, hilvanando nubes de hilos que solo ellas percibían para que formaran un ovillo real y visible.

Al cabo de un rato, una pequeña traza blanca que parecía pintada con tiza sobre el azul del firmamento se dibujó justo sobre la vertical de las tres mujeres al mismo tiempo que ellas seguían estirando, atrayendo a la ventisca, invocándola una vez más.

A la pequeña mancha blanquecina pronto le siguieron otras y otras que se fueron uniendo y oscureciendo, tornándose nubes gigantescas por momentos.

Y Antona, Orosia y Dulza siguieron estirando e hilvanando su tormenta perfecta, moviendo hacia ellas las puntas de los dedos, lentamente y con perseverancia casi obsesiva, recolectando los filamentos celestiales, conocedoras de que, como en la mayoría de ocasiones y, a pesar del empeño de mosén Medardo, tendrían éxito con sus propósitos.

VIII

“Boiretas de Vallibierna, de Benasque y de Sahún,
cuando lleguéis a Treume no apedreguéis aún.
Ventisca sobre Eresué, Eriste, Llanos del Hospital,
vuelve a los cielos ya, que aquí te querrán muy mal.
Mis cosechas no verás, tu rayo no escupirás;
del negro cielo has venido, al negro cielo te irás,
¡Zis-zas!”

A las afueras cercanas del pueblo, bajo el viejo esconjuradero y rodeado por todos sus vecinos, mosén Medardo agitó su hisopo mojado en agua bendita y lo alzó hacia el exterior, hacia el orbe celeste, intentando en balde alcanzar las nubes con su bendición. Las gotas ascendieron durante unas décimas de segundo, se mantuvieron en suspensión en el aire durante una fracción ínfima de tiempo y cayeron silenciosas al suelo, salpicando por el camino a un par de vecinos que parecieron no darse ni cuenta. Otro rezo, esta vez en un latín pastoso que nadie comprendió, otro “zis-zas” y otra aspersion bendita hacia las nubes al son de estas dos palabras, intentando esconjurar otra tormenta que ya estaba al acecho y que, una vez más, parecía haber emergido de la nada.

El mosén y todos los habitantes de Treume excepto tres de ellos se apiñaban en el interior de esa vieja construcción de piedra formada por cuatro pilares y un tejado a cuatro vertientes cubierto de pizarra. Era un esconjuradero más de los que aún resistían en pie a lo largo del Pirineo aragonés y que seguía ejerciendo su función pagana, paradójicamente con la figura religiosa del mosén al frente, esconjurando ventiscas, rayos y truenos como se llevaba haciendo desde que fuera erigido con esa única finalidad.

De planta cuadrangular y con cada uno de sus cuatro lados orientado hacia uno de los puntos cardinales, la mayor parte de los bloques que lo conformaban estaba totalmente gastada por el paso de los siglos; había sufrido muchas inclemencias desde que se colocó su primera piedra, algún día de la lejana Edad Media. La parte inferior de sus cuatro pilares estaba parcialmente cubierta de musgo de un verde intenso que se aferraba a cada poro de la superficie vertical, dando como resultado una pequeña pero hermosa miniatura arquitectónica.

La planta del esconjuradero debía medir cuatro metros cuadrados a lo sumo, por lo que apenas cabían todos los vecinos en el interior aunque, concentrados febrilmente en su labor a juzgar por sus expresiones, no parecía importarles en lo más mínimo. Lo primordial era ahuyentar a la tormenta que esas brujas malditas estaban invocando y atrayendo hacia el pueblo por algún motivo que ellos, si bien no conocían al detalle, intuían a la perfección. Siempre solía ser igual.

Las aspersiones y los “zis-zas” prosiguieron durante largos minutos de semblantes serios y

obcecados a la vez que el volumen de la letanía que el cura no paraba de repetir iba subiendo en intensidad; en breve sus frases adquirieron la categoría de gritos que eran audibles desde un extremo al otro de pueblo y erizaban el vello de la piel.

Se oían de un extremo al otro, pero no más allá. Mario, Gabi y Leo ya estaban demasiado lejos para percibirlos.

Haciendo una breve pausa, el cura izó la vista hacia los cielos para presenciar cómo más y más nubes, negras como el carbón, seguían surgiendo de la nada reproduciendo siempre un idéntico patrón que se reiteraba por toda la extensión que había sido azul unos minutos antes; primero se formaban pequeños remolinos, después oscuras manchas danzantes y, al final, densas formaciones al acecho de liberar su lastre de rayos y truenos. Elevó aún más su tono de voz e intensificó el grado de exaltación de sus plegarias, si bien tenía ya claro que esta vez serían también inútiles. No siempre funcionaba; las veces que lo conseguía eran más bien infrecuentes, aunque este hecho no le hacía desistir nunca en su cometido de interrumpir lo que esas mujeres execrables estaban llevando a cabo.

En el claro, Antona y sus hijas seguían hilvanando e hilvanando nubes casi azabache con el telón de fondo de los gritos del mosén que llegaban a ellas como un eco amortiguado no muy lejano. Dulza miró a su madre, infatigable en su labor, y resopló un par de veces, tras lo cual siguió, con sus pequeños brazos elevados, tirando hacia su figura minúscula una y otra vez.

Orosia se quedó contemplando a su hermana durante un momento que fue poco más que fugaz. En el fondo, ésta le inspiraba una profunda pena que distaba mucho del amor fraternal; le recordaba tanto a ella misma cuando tenía su edad, siempre contradiciendo a madre inútilmente, siempre intentando cuestionar sus mandatos... pero con el tiempo, ella había aprendido que ir contra su corriente implicaba ahogarse en un remolino; el día a día era más llevadero asintiendo a todo y eliminando la negación de su vocabulario. Muy en el fondo, sabía que algún día todo llegaría a su fin y el orden de las cosas tal y como siempre habían sido en casa Marieta se invertiría y por fin podría ser ella misma.

Al cabo de media hora infructuosa, mosén Medardo bajó el brazo, que cayó pesadamente junto a su sotana; el hisopo, aún en su mano, siguió goteando agua bendita sobre el suelo de losas de piedra del esconjuradero mientras él negaba insistentemente con la cabeza. Entonces, uno a uno, todos los vecinos empezaron a abandonar el lugar y a regresar cabizbajos a sus hogares; tenían que cerrar bien puertas y ventanas, pues la borrasca de esta vez se intuía especialmente virulenta.

Nunila de casa Pascuala de Pui hizo una vez la señal de la cruz sobre su cara, sus hombros y su pecho. No contenta y con evidente expresión de desasosiego, la repitió otra vez, y otra, y otra. Y así siguió hasta que su marido le agarró ambas manos con las suyas y se las llevó a la boca para besarlas dulcemente. Sus ojos terriblemente tristes se la quedaron mirando fijamente unos segundos; nadie sabía mejor que él por lo que Nunila había pasado años atrás y por lo que aún pasaba cada noche cuando apagaban todas las velas y se acostaban. Nadie más sabía que cada noche se dormía abrazando esa tripa estéril que, por culpa de esas mujeres, nunca se agitaría con una vida diminuta en su interior. De todos modos, ahora ya era demasiado tarde para ella. El paso de los años era implacable.

Gonzalbo y Antón, parejos como el reflejo en un espejo, se miraron fugazmente, bajaron sus cabezas a la vez y, con aire grave, salieron del esconjuradero con un paso igual, acompasando unos movimientos análogos y arrastrando sus pies lánguidamente con la cadencia de un mismo ritmo.

Mosén Medardo se les quedó mirando mientras se alejaban por la calle en absoluto mutismo. Su constante y completa comunión mental que les hacía entenderse sin apenas articular palabra seguía siendo un misterio insondable para él.

Cuando no quedó ni un vecino, él mismo salió y se dirigió, a toda prisa, hacia su iglesia. Ojeó el cielo negro de reojo y aceleró el paso apoyándose en su bastón. Por el camino le abordó el mismo sentimiento de derrota que siempre le invadía cuando su esfuerzo resultaba vano y ellas se salían con la suya. Si pudiera hacer algo para contrarrestar sus labores... Si pudiera acabar con las artes malditas de las mujeres de casa Marieta sin dañar a nadie... Sin embargo, en Treume siempre habían funcionado así las cosas y así debían funcionar, y su tarea no era interferir en los designios de las brujas, sino hacerlos compatibles con los designios divinos. Tarea ardua, pero él nunca había cesado en sus tentativas y nunca lo haría.

—Bien, niñas, es hora de volver a casa. La tormenta está a punto de estallar. Lo habéis hecho muy bien, las mujeres de nuestra saga estarían orgullosas de vosotras —dijo Antona a sus dos hijas a la vez que cesaba en su empresa y empezaba a regresar hacia el hogar.

Por un momento, a ellas les pareció que su madre había esbozado una sonrisa de alegría y las había mirado con cierto cariño.

Y así emprendieron su camino de regreso las tres mujeres de casa Marieta, más bien cansadas, para confinarse otra vez tras las gruesas paredes de piedra de su hogar. El trabajo ya estaba hecho, ahora solo cabía esperar.

Hacia la mitad de la calle principal, un mosén Medardo tremendamente alicaído se cruzó con ellas y miró a Antona con una expresión inconfundible de reproche; reproche por sus conjuros fatales, por sus artes antinaturales, por la condición aberrante de todas las hembras que, como ella y sus hijas, habían habitado en su casa desde tiempos pretéritos llevando la desdicha a Treume, tejiendo telarañas de maldad con el único propósito de perpetuarse en el tiempo. Sus ojos se fijaron en los de ella y así permanecieron unos instantes manteniendo sus miradas en un duelo visual del cual, al final, la mujer salió vencedora. Los ojos de Antona se clavaron en los de él como afiladas dagas punzantes que atravesaron su córnea, cercenaron sus músculos oculares y se hundieron en las profundidades de su cerebro. Finalmente, el mosén no aguantó más y bajó la mirada con manifiesta expresión de dolor.

Tras el encuentro, él se perdió en la plaza de la iglesia mientras ellas torcían hacia su calle.

Antes de empezar a ascender por las escaleras esculpidas en la gran roca negra, sus ojos se posaron inconscientemente en el tejado de una de las casas de la plaza, la que estaba ubicada justo a la derecha de su amada iglesia; se trataba de casa Lallena, donde hacía décadas que las risas infantiles habían dejado de sonar para dejar paso al silencio más sepulcral solo quebrantado por los pasos del matrimonio que apenas se comunicaba verbalmente. La mujer todavía conservaba

intacta la habitación donde sus difuntos niños habían dormido, con sus ropas perfectamente plegadas dentro del armario y sus pocos juguetes, hechos todos por su padre, ordenados en una cesta de mimbre a los pies de sus camas: el camión de madera, la pelota de cuero, la peonza de madera de boj tallada... Su ausencia rebosaba por cada rincón desde la entrada hasta el desván y ya nunca más desaparecería.

Sobre las tejas, la mitad de las cuales estaban rotas, la *chaminera* de piedra desprendía un humo denso y pesado que se escabullía al exterior envolviendo la vasija de cerámica boca abajo que la remataba. De qué poco había servido el *espantabrujas* cuando las risas infantiles empezaron a ser más infrecuentes hasta escasear del todo. De qué poco sirvió su agua bendita a raudales, ni la fervorosa procesión de todos los vecinos hasta la ermita de Santa Bárbara. Qué injustos y arbitrarios se mostraban a veces los caminos trazados por el Creador, y qué inútil le parecía a menudo su labor al mosén frente al poder de la saga.

Gabi alzó la vista y se detuvo en seco. No podía dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo pues, desde la lejanía de Treume y en dirección hacia ellos, una tormenta monstruosa galopaba por el cielo a pasos ciclópeos, recordándole de manera turbadora a la tremenda ventisca que, tan solo un día antes, les había conducido hasta allí.

En el no muy lejano Treume, frente a la lumbre, Antona sonrió complacida mientras se atusaba el pelo.

—¡No me lo puedo creer! ¡Es imposible! ¡¡No!! ¡¡Otra vez no!! —exclamó Mario, cuya voz fue acallada por el rugir de un primer trueno inesperado que hizo temblar todas las montañas que les rodeaban.

Justo en ese momento, el primer rayo cayó frente a ellos y partió en dos el enorme abeto que tenían a pocos pasos, dejándolo reducido a dos mitades casi del todo simétricas y completamente carbonizadas, humeantes, agónicas. El estallido contra el árbol fue tan descomunal que pareció una pequeña explosión; las chispas causadas se dispersaron alrededor y tardaron unos segundos en sofocarse, y el aire se embotó de un olor a madera y a resina quemadas, no del todo desagradable.

Al primer rayo le sucedió un segundo, que también cayó demasiado cerca, y un tercero, que desencadenó un desprendimiento de rocas en una pared inclinada y sin vegetación que distaba apenas unos veinte metros de ellos.

Entonces, sin apenas darse cuenta, los tres amigos vieron como a una piedra insignificante deslizándose casi graciosamente por la ladera le sucedió otra ligeramente más grande, y después otra y otra, hasta que las piedras empezaron a ser grandes rocas que bajaban de manera inexorable hacia ellos, haciendo que lo gracioso pasara a ser terrorífico. En un abrir y cerrar de ojos, y entre truenos y rayos cuya caída no cesaba, los cuatro cantos rodantes se habían transformado en una estruendosa avalancha de rocas potencialmente letales que, dado el lugar en que se encontraban, sería difícil de eludir.

Empezaron a correr hacia los lados buscando un lugar donde aquellas grandes piedras no pudieran alcanzarles. Por suerte, Mario y Leo, que habían huido hacia la izquierda, consiguieron guarecerse bajo un gran saliente repleto de zarzas y helechos en el que cabían perfectamente dos

personas; por muchas rocas que cayeran, allí no podrían alcanzarles. A lo sumo, podría bloquearse un poco la salida, pero eso era un mal menor comparado con lo que sabían que podía sucederles si una de esas moles líticas les caía encima.

Gabi, por su parte, había optado por buscar refugio hacia el otro lado, tropezando con sus propios pies y cayendo al suelo en un par de ocasiones. Pronto se dio cuenta de lo desacertado de su improvisada decisión; allí no existían salientes donde refugiarse y, para empeorar la situación, dos enormes troncos caídos le obstaculizaban el paso y le impedían la huida. Permaneció allí observando nerviosamente los troncos, la pendiente de rocas danzantes, los troncos de nuevo... en un ir y venir de miradas que no cesaban y no se detenían en ningún lugar concreto. Y se supo perdido. En esos momentos, mil y un pensamientos inconexos transitaban por su mente: que nunca volvería a ver a su madre, que su muerte sería lenta y lacerante, que ya nunca sería abuelo... y también el dulce y exquisito aroma a pastel recién salido del horno que tanto le gustaba, o esa vez en que saltó en paracaídas y creyó que el corazón se le iba a detener.

Se quedó clavado sin saber qué hacer y miró ladera arriba mientras las primeras rocas de tamaño considerable empezaban a llegar a sus pies sin que pudiese evitarlo; a lo sumo, los troncos de los insignificantes abetos que le rodeaban mitigarían levemente el impacto. Y eso, con una suerte tremenda que no confiaba en tener.

La sangre se le heló al ver que, unos metros más allá, pendiente arriba, una roca gris colosal empezaba a reptar sobre la tierra que había cedido bajo su peso. Empezó a rodar y rodar sin detenerse en dirección hacia él, que parecía un roedor histérico confinado en una ratonera minúscula.

Arrimándose todo lo que podía hacia un lateral de su trampa mortal, sus ojos siguieron cada milímetro del rápido descenso de la bestia pétrea que iba a finiquitar su vida y que ya se hallaba cerca, muy cerca, demasiado cerca.

Hasta que el árbol que tenía justo frente a él, en contra de todo pronóstico, detuvo en seco la caída con su tronco. Se quedó paralizado y esperó conteniendo la respiración, sin creerse aún que aquel tronco endeble le hubiese salvado la vida.

El hondo suspiro de alivio derivó en un “Gracias, Dios mío”, si bien Gabi no se había caracterizado nunca por ser una persona especialmente espiritual, sino más bien todo lo contrario.

No obstante, al “Gracias, Dios mío” le siguió un crujido.

Al momento supo lo que aquello significaba.

Apenas le dio tiempo a razonar. Por descontado, no le dio tiempo a gritar. Sin apenas darse cuenta, el enclenque de Gabi se encontró aprisionado bajo el tronco de aquel árbol que había sucumbido ante el peso de la gran roca. Tras apenas unos segundos de un dolor irresistible en las piernas, sus ojos se cerraron y entró en el reino del inconsciente, donde su madre le sonreía tras su delantal a cuadros a la vez que sacaba una succulenta tarta de manzana del horno. Mientras su mente se desvanecía rumbo a la nada, le pareció notar que tres gotas de agua golpeaban su frente. Tres. Ni una más.

Y así, mientras la tarta seguía aromatizando sus pensamientos, el cielo sobre él se despejaba de nuevo y, como en un *déjà vu*, daba paso al azul impecable de nuevo.

Cuando Gabi por fin abrió los ojos, el cielo ya no era hermoso. Sobre su cabeza se cernía un techo que conocía muy bien; al fin y al cabo, había pasado gran parte de una noche en vela observándolo hasta aprender de memoria cada uno de sus detalles: la grieta de la esquina, las húmedas manchas de moho en dos de los rincones, las salpicaduras marrones a un lado, ese enorme desconchado con forma de riñón en la parte central...

Pasó unos momentos de desorientación en que no recordaba con mucha precisión lo que había sucedido apenas unas horas antes; las imágenes emborronadas se hacinaban en su cerebro y no era capaz de acabar de enlazar entre sí los hechos, las causas, las consecuencias. Parecía como si su mente estuviese en un estado alterado que no le permitía acabar de percibir del todo la realidad a su alrededor.

En su boca, un repulsivo regusto a hierbas amargas desconocidas para él le resbaló por las paredes de la garganta al tragar saliva; era lo normal después de la poción que le habían administrado mientras estaba inconsciente para que no notara el dolor al despertar.

Antona y Orosia se habían esmerado mucho en elaborarla. Con el tiempo, la hija se estaba convirtiendo en una gran conocedora de los incontables tesoros que la naturaleza de los valles pirenaicos les brindaba; conocía ya a la perfección cada hierba, raíz, bulbo, flor, semilla... cómo secarla, cocerla, destilarla, macerarla, conservarla... y también cómo amalgamarla con otros ingredientes para inducir en quien lo tomara el efecto ansiado y en su justa proporción. Sabía cómo adormecer y cómo sanar el asma, cómo enamorar a un hombre en contra de su voluntad o hasta cómo provocar alucinaciones delirantes. También sabía cómo causar una muerte desgarradoramente dolorosa o una muerte amablemente dulce; todo dependía de qué hierba utilizar y qué medida aplicar.

A pesar de su edad, era una avezada experta en un campo desconocido para el resto de humanos y desdeñado por el resto de sus vecinos. Salir al bosque a recolectar le agradaba especialmente, sobre todo cuando madre le permitía ir sola y se podía recrear observando la prolija flora a su alrededor y todos sus minúsculos detalles y sutilezas. Pero lo que más le gustaba era ir a recoger la mandrágora, cosa que siempre hacía durante las noches de luna llena y sin viento, tal y como madre le había enseñado de pequeña. Ese rincón oscuro del bosque donde nunca llegaba la luz del sol, junto a la corriente del río, siempre se le había antojado un lugar único y especial, con una quietud perturbada tan solo por el corretear del agua mientras retozaba de piedra en piedra en su descenso riachuelo abajo. Allí, y solo allí, se hallaba la mandrágora, orgullo de las solanáceas y reina por excelencia de las plantas mágicas; la mandrágora que ellas tanto apreciaban y sus vecinos tanto rehuían.

Creían los habitantes de Treume que el espíritu que moraba en su raíz emitía un lamento tan lastimero cuando se la arrancaba del suelo que era capaz de fulminar en el acto a quien osara hacerlo, aunque ella sabía que eso eran solo supercherías de gente inculta y desconocedora del tema.

Esta vez, la mezcla sedante que habían preparado había sido más intensa para potenciar los efectos anestésicos de la mandrágora; las dos piernas evidentemente fracturadas de ese varón requerirían todos sus esfuerzos.

Así pues, a la decocción de dicha hierba, mezclada con grandes dosis de alcohol, le habían añadido unas cuantas hojas de beleño, muy eficaz ante el dolor, y también un poco de acónito. Estas últimas habían sido recolectadas por Antona por la tarde, momento del día en que contenían

mayor cantidad de principios activos, los cuales habían ido acumulando durante toda la jornada bajo el apocado pero tibio sol invernal.

Para aligerar un poco la mezcla y mitigar el sabor tremendamente desagradable habían bastado unas pocas hojas de lechuga de su huerto y unas cuantas de hiedra de la que crecía en su patio, junto al muro de piedra. Era una lástima que la primavera no hubiese llegado aún, pues el jugo de moras maduras hubiese hecho la amarga pócima definitivamente más amable al paladar.

De todos modos, teniendo en cuenta los incuestionables efectos alucinógenos que la poción iba a ocasionarle, las dos sabían que posiblemente su sabor sería un ínfimo detalle que apenas percibiría.

Gabi intentó incorporarse y entonces fue cuando notó que algo no entraba dentro de la normalidad, pues la habitación al completo empezó a dar vueltas a su alrededor, virando y oscilando de manera frenética, y por un momento tuvo la impresión de que la luz de la única vela que alumbraba la alcoba le estaba mirando con insolente descaro. En medio de aquel loco carrusel que no cesaba, se quedó mirando sus piernas, envueltas en capas y más capas de telas blancas burdamente cortadas bajo las cuales creyó entrever unas tablillas de madera.

Intentó mover sus extremidades inferiores sin éxito. La izquierda no se movió en lo más mínimo, y tampoco lo hizo la derecha a pesar de sus esfuerzos. A lo sumo, se habían movido sus caderas y la parte superior de sus muslos, pero sus dos piernas estaban absolutamente inmóviles.

Poco a poco se serenó y el carrusel en el que estaba imbuido empezó a ralentizar su giro hasta detenerse del todo. Entonces, pasada ya una hora desde que despertara de su inconsciencia, fue capaz de adivinar lo que había sucedido.

Recordaba haber estado atrapado bajo un peso enorme, incapaz de moverse y sintiendo el dolor más agudo que nunca antes había experimentado. Eso lo recordaba ahora con una claridad diáfana. El peso de la roca sobre el tronco sin duda le debía haber fracturado ambas piernas. Después de eso... después supuso que sus amigos habían acudido en su ayuda tras la avalancha de rocas y le había llevado hasta allí. Y alguien, sin duda, le había suministrado algún tipo de sustancia sedante para aliviar su dolor, cosa que agradecía enormemente a pesar de sus indudables efectos alucinógenos.

Sí, ahora lo veía con claridad. Estaba de nuevo en Treume.

De repente, ya totalmente lúcido, decenas de preguntas empezaron a agolparse en su mente, pisándose, colisionando unas con otras en una búsqueda desesperada de respuestas. ¿Dónde demonios estaban Leo y Mario? ¿Era posible su curación si permanecía en ese lugar olvidado por la civilización?... y así decenas y decenas. Y, finalmente, una pregunta no del todo vital pero que le llegó con una prisa acuciante por ser respondida: ¿Estaba la puerta cerrada con cerrojo esta vez?

IX

El año del Señor de 1620 no estaba siendo un buen año para el escaso centenar de habitantes de Treume, pero aún menos para las mujeres de casa Marieta.

Había sido un verano de pésimas cosechas debido al calor asfixiante que había acabado con todo y secado la savia de las plantas como el cordón umbilical cortado de una criatura recién salida del útero; le había seguido una plaga de insectos voraces que habían diezmado sobremana la cosecha de patatas y se habían atrevido incluso con el resto de verduras de los huertos locales; después, en otoño, llegó la súbita muerte de dos de los vecinos del pueblo por causas aparentemente naturales pero que algunos creyeron deberse a las artes maléficas de alguna bruja... al fin y al cabo, era creencia popular que la muerte siempre tiene una causa y nadie muere sin un motivo, fuese natural o sobrenatural. Finalmente, llegado el invierno, se vieron sorprendidos por una crudeza climática como hacía años que no sufrían. Desde San Miguel, a finales de septiembre, una tormenta de nieve había estado sucediendo a la siguiente sin tregua, causando multitud de bajas entre los vecinos. Cuatro niños menores de cinco años habían muerto de toses y fiebres altas en lo que llevaban de invierno, y éste no había hecho más que empezar.

En la recién acabada casa Marieta, sin embargo, las preocupaciones eran otras, pues su huerto seguía igual de generoso y el frío y la humedad no parecían haber mellado la salud de ninguno de sus moradores. Sus tomates eran los de un rojo más encendido de toda la comarca, y sus acelgas las que mejor sabían. Johana, su marido Sancho, sus tres hijas y su cuñada viuda Guaranda tenían las mejillas más sonrosadas en quilómetros a la redonda, y las niñas eran las que mejor crecían. La casa nueva que el mismo Sancho había levantado piedra a piedra con la ayuda esporádica de sus vecinos parecía sentarles muy bien.

No obstante, tras las gruesas paredes, las largas y taciturnas conversaciones de la familia versaban sobre temas diferentes de los que preocupaban al resto del pueblo. Corrían malos tiempos para la brujería.

Hacía apenas unos meses que el ayuntamiento de Bielsa había hecho venir a Andrés Mascarón, el renombrado conocedor de brujas zaragozano nacido en Salvatierra. Cien reales le habían pagado tras encomendarle la difícil tarea de sacar a la luz todas las brujas y brujos existentes en el valle.

Con treinta y ocho años que había llenado antes ejerciendo de cochero y de sastre, Mascarón había decidido finalmente dedicarse de pleno a lo que mejor sabía hacer: encontrar brujas entre la gente llana de las aldeas aragonesas, desde las planicies más al sur hasta los núcleos más recónditos del Pirineo. Así, su mente incansable tenía un único objetivo que se había convertido en obsesión: la detección de todas aquellas señales que en una persona pudiesen indicar su relación con la brujería; podía ser una mancha en la piel o un lunar escondido, insensibilidad en algún miembro o temblores epilépticos. Cualquier indicio podía suponer ser señalado por el huesudo dedo acusador de Mascarón cuando su mirada inquisitiva se fijaba en alguien. Últimamente, sin embargo, había desarrollado otra técnica especial y muy personal para detectar a brujos y brujas aparte de las utilizadas por el resto de conocedores.

En casa Marieta, la prueba del soplo era temida desde que habían sabido de su llegada al valle vecino.

—Os juro que es verdad... ¡como que yo me llamo Guaranda! —dijo la mujer.

—Sí, sí, claro, hermana. Te creemos... todo el mundo habla de lo mismo últimamente —respondió Sancho cabizbajo.

—Cuéntalo otra vez, por favor... —rogó una niña de unos cinco años regordeta y con el pelo lacio que le caía hasta la altura de las caderas.

—Pues veréis, —siguió Guaranda su relato en voz baja, como si temiese ser oída— parece ser que Mascarón colocó en fila a unos treinta o cuarenta hombres y mujeres de Bielsa y de los pueblos del valle... incluso había infantes entre ellos...

—¿Y quiénes eran? —interrumpió la niña de nuevo.

—Eran gente normal, de hecho creo que apenas ninguno de ellos era de nuestra condición, pero él los escogió personalmente... uno a uno... porque le parecieron sospechosos de practicar la brujería.

Guaranda tosió un par de veces, se aclaró la garganta y prosiguió su relato ante los ojos asustados de Johana y Sancho y las miradas curiosas de las pequeñas.

—... y entonces se puso plantado frente a ellos y, de uno en uno, empezó a soplarles a la cara con diferente intensidad. Todos ellos estaban aterrorizados, por supuesto... pero nadie osó moverse ni una pulgada. A algunos apenas les proyectaba su aliento putrefacto, mientras que con otros lanzaba un vendaval que parecía salirle de lo más profundo de su espíritu torturado. Los desafortunados que eran soplados con más fuerza eran separados del resto de inmediato por un par de soldados de la Inquisición que le asistían en sus menesteres.

—Pobres desgraciados... —dijo Sancho con un gesto que dejaba claro que la pena que sentía por ellos era sincera.

—Trece —continuó la mujer—. Trece de ellos fueron señalados por él de esta manera. Cuatro aún cuelgan en el árbol más alto de la plaza mayor de Bielsa, medio devorados por los cuervos. Y la mujer más joven... Águeda... fue desterrada.

—¿Desterrada? —preguntó la niña con ojos centelleantes y sedientos de vida.

—Sí, ya nunca más podrá volver a su hogar. Dicen que se fue a tierras francesas acompañada por un ermitaño... quién sabe.

—Eso si los lobos no terminaron con ellos por el camino —puntualizó Johana.

—Quién sabe... —repitió Guaranda.

Nadie se atrevió a decirlo, pero el principal temor que habitaba en las mentes de todos los habitantes de casa Marieta era cuál sería el siguiente destino del dedo inquisidor de Mascarón. Eso les había estado atemorizando durante semanas y semanas. Se podía dirigir hacia cualquier pueblo, cualquier valle, cualquier caserón que se le antojara apetecible. En los tiempos que corrían, Tella, Plan, el valle de Tena, Treume... cualquier lugar era bueno para levantar suspicacias y enemistar a vecinos que, ante el gran temor a ser inculpados, inventarían acusaciones contra cualquiera. Y más si, como en el caso de casa Marieta, todo el pueblo era

conocedor de las artes de las mujeres de la familia para sanar lo incurable, enamorar, invocar tormentas a su antojo o preparar pócimas afrodisíacas.

Guaranda, la única mujer jorobada de la localidad, era comadrona desde que tenía uso de razón. En sus manos vastamente experimentadas y sus conocimientos se hallaba a menudo la frontera entre un nacimiento o un feto que nunca llegaría a ser, entre parir o malparir, e incluso entre un parto feliz o una madre primeriza desangrada sobre las sábanas de una cama envuelta en lloros.

La hermosa Johana, por su parte, era *fetillera* y *ponzoñera*, como habían sido su madre y su abuela, siendo capaz con sus conjuros y pociones de hacer tanto el bien como el mal, de dar y a la vez de quitar el amor, la salud o la vida. Sus amuletos eran conocidos dentro y fuera de Treume por su potencia en un amplio abanico de situaciones delicadas y comprometidas, y principalmente para alejar el infortunio y atraer la buena ventura hacia quien los llevara. Podía asimismo quitar el dolor de garganta o podía curar la impotencia entre muchas otras cosas; era también capaz de enamorar perdidamente a una virgen y a la vez sabía cómo hacer perder la memoria a alguien; sus hierbas aliviaban la gota, mientras que otras podían causar un aborto, y sus variados conjuros sanaban, maldecían, aliviaban, condenaban o traían la dicha, según la ocasión. La frontera entre remedio o veneno, entre curar o matar podía ser tan sutil... Hacer o deshacer, lograr o perder, sanar o agonizar; el límite no siempre era nítido.

Johana era admirada por muchos pero, por encima de eso, también era tremendamente temida por todos sin excepción.

Su marido Sancho, en cambio, era un hombre sencillo, afable y sin ningún don especial, cuya vida cotidiana se resumía en cuidar lo mejor que sabía de su familia y convivir con las mujeres de casa Marieta sin cuestionarles nada; al fin y al cabo, eran solo las hembras de la familia quienes siempre habían tenido el don y perpetuado la saga. Los varones ocupaban su lugar en un mundo paralelo donde eran amados y valorados, pero absolutamente nunca llevaban las riendas; los patriarcas hacía años que no existían en la familia, y el dominio de las hembras sobre su destino, sus variadas ocupaciones y el uso de sus artes era absoluto e incuestionable. Ellos opinaban pero nunca decidían; escuchaban, pero hablaban poco.

Así pues, si Andrés Mascarón llegaba a Treume o a algún pueblo vecino, eso supondría sin duda el fin de la saga de casa Marieta.

A las cinco y media se levantaron. Tras un almuerzo contundente a la luz de las velas consistente en pan moreno, huevos de sus gallinas revueltos y embutido para contrarrestar los rigores del precoz frío invernal, las cinco mujeres de casa Marieta se dirigieron a la iglesia. Muchos de sus vecinos nunca habían logrado entenderlo, pero el hecho era que, para ellas, lo religioso y lo pagano se unía íntimamente creando su mundo espiritual propio, rico en fe y copioso en ritos de todo tipo. Podían rezar el rosario por devoción o encomendarse a San Ramón ante un parto inminente, pero también podían invocar las fuerzas del averno o reunirse con las brujas vecinas de manera esporádica en algún aquelarre.

De todos modos, Johana y Guaranda eran más bien seres individualistas que ejercían su labor en la intimidad, sin grandes exaltaciones ni boato, y las grandes reuniones de brujas no les resultaban imprescindibles salvo en contadas ocasiones, como era el caso de las ceremonias de

iniciación o las celebraciones de los solsticios de invierno o de verano. Alguna vez se habían dejado caer por los aquelarres de Gistaín, el Turbón o Tella; incluso en una ocasión, durante la Fiesta de la cosecha el 31 de julio, Guaranda, antes de enviudar, se había desplazado hasta el Bouc de Biterna, cerca del pueblo gascón de Lannemezan. Situado en los pirineos franceses, dicho aquelarre era especialmente renombrado en la zona y, a su parecer, todo brujo o bruja debía asistir allí al menos una vez en la vida. Pero el lugar que más frecuentaban, sin embargo, era Plan, donde habían asistido a varias ceremonias de iniciación, entre las cuales se encontraban las suyas propias y donde tendrían el orgullo de celebrar la iniciación de las niñas cuando llegase el momento.

El camino hasta la iglesia de Treume fue silencioso y envuelto en una espesa niebla que apenas dejaba ver más allá de cuatro o cinco pasos. Aunque, más allá de esos cuatro o cinco pasos, las intensas nevadas de los días anteriores lo habían dejado todo tan cubierto de una capa blanca que apenas nada podía distinguirse con claridad.

Johana, embarazada de ocho meses y medio, inconscientemente se arregló bien el abrigo de lana alrededor de su prominente barriga mientras seguía avanzando con sus piernas hinchadas.

La iglesia estaba abierta, como siempre, y las acogió con su denso olor a moho y a incienso que era casi tangible. Eran las primeras en llegar, cosa que solía suceder a menudo, por lo que, tras santiguarse con el agua bendita, avanzaron por el pasillo central y se tomaron su tiempo en sentarse en el sexto banco, su preferido; a continuación, se permitieron una breve conversación en voz baja, apenas audible.

—Esta niña va a acabar conmigo, por la gloria bendita... pesa como una condenada —dijo Johana mientras se dejaba caer con cuidado sobre el banco de madera.

—Ya queda poco, mujer, ya queda poco —la consoló Guaranda con no mucha convicción.

Su hija mayor, que no se perdía detalle, irrumpió en un susurro:

—Madre, ¿cómo sabe que es una niña?

Su madre la miró con cara colérica, pero se contuvo para no elevar su tono de voz debido al lugar donde se hallaban.

—¿Es que no sabes todavía que las mujeres de casa Marieta llevan lustros pariendo solo niñas? A ver... ¿Cuántas veces tendré que repetirte la historia de nuestra saga, niña ignorante? ¡Parece increíble que seas hija mía!

Tras la respuesta que dejó a la niña callada y con la mirada fija en el suelo, la iglesia quedó en un silencio absoluto.

De repente, un terrible estruendo que todo lo envolvía y parecía provenir de lo más alto de la montaña llegó hasta los oídos de todas ellas, que al instante se incorporaron; las pequeñas miraron a su madre con cara de terror en busca de una explicación urgente que no llegaba. Costaba creer que fuese lo que Guaranda y Johana se imaginaban...

Las dos mujeres se miraron mientras el suelo de la iglesia empezaba a temblar y el ruido impedía que sus gritos aterrorizados pudieran ser oídos.

La avalancha de nieve procedente de la ladera norte del pueblo fue fulminante y, en unos pocos segundos que no les dejaron tiempo para huir, chocó con la parte posterior de la iglesia, que en un primer momento resistió imbatible. Entonces, la discreta vidriera estalló en mil pedazos que cayeron al suelo con gran estrépito, y grandes masas blancas inundaron el altar y se pararon justo a los pies de las mujeres, que dieron un salto hacia atrás estupefactas.

En el exterior, la nieve siguió bajando y se acumuló alrededor del edificio y frente a la puerta que, para su desesperación, quedó totalmente bloqueada.

Tras irrumpir en la iglesia de tal manera, la avalancha siguió deslizándose por las laderas de la montaña en dirección al centro del pueblo, arrastrando también rocas y árboles en su descenso inexorable y, en apenas diez minutos, dejó a media población bajo una mortal capa que ya no era blanca, sino sucia y marrón. De la iglesia, tan solo el campanario y dos metros del muro superior lograron sobresalir y evitar ser sepultados. En su interior, las mujeres de casa Marieta se pusieron al unísono de rodillas y rezaron fervorosamente; el Creador, en su inmensa sabiduría, había decidido permitirles seguir viviendo aunque le hubiese resultado extremadamente fácil terminar con ellas.

—Guaranda... es menester que me ayudes... ahora —dijo Johana aferrando la mano a su cuñada, que al momento supo que una nueva hembra estaba a punto de engrosar las filas de la saga.

La avalancha de nieve y rocas cesó, pero a continuación los cielos enojados empezaron a vomitar una nueva nevada que duró dos días seguidos, dos días sin tregua ni perdón en que todo aquello que estaba sepultado permaneció aún más sepultado, y lo que restaba intacto se convirtió en invisible bajo el gélido manto. Después llegó un día de calma bajo un firmamento amenazador y, de nuevo, más nevadas.

Treume permaneció en este lamentable estado en que no fue posible socorrer a nadie ni mucho menos entrar en la iglesia durante casi tres semanas, en lo que resultó ser el peor alud acontecido en el pueblo desde que la memoria de los más ancianos alcanzaba a recordar. A partir de ese día, 1620 sería recordado como el año de la avalancha que sepultó a la iglesia.

Tendida en el suelo entre nieve medio derretida y rodeada de bancos de madera y hojas esparcidas de misal en latín, cuatro empujones le bastaron a Johana para que el feto saliera al exterior, envuelto en sangre y con un lloro más bien tímido.

Guaranda la jorobada se santiguó tres veces seguidas mientras las órbitas se le salían de los ojos, aterrorizada como nunca antes la habían visto.

—No me lo digas, Guaranda. No oses pronunciar esa palabra. No quiero oírlo... alejad eso de mí —dijo Johana severamente, manteniendo los ojos firmemente apretados para no ver a la criatura.

—¿Qué pasa, tía Guaranda? —preguntó la niña mayor, que no acababa de entender la situación, arqueando una ceja.

—¿Acaso es que no lo has visto, Catalina? ¡Mírale entre las piernas! ¡¡Es un varón!! —le

gritó la mujer, colérica, como si Catalina tuviese la culpa del capricho de la naturaleza.

La niña miró a esa criatura tan pequeña y delicada; le pareció tan suave esa piel rosada, que le dieron ganas de acunarlo entre sus brazos, tapanle amorosamente y besarle en la frente; por supuesto, no se atrevió a hacerlo. Observó sus minúsculos dedos de las manos y los pies, regordetes y perfectos, y sus muslos rechonchos. Pocas veces había visto a un bebé tan perfecto y angelical, con su graciosa nariz respingona entre esos dos mofletes absolutamente redondos, sus dos orejas minúsculas pegadas a esa cabeza de forma perfecta y cubierta de pelusilla de color negro.

Y, sin prisa, miró hacia la entropierna, ese lugar que parecía ser lo único que importaba del recién nacido. Eso que era inenarrable colgaba sin más, tal y como la naturaleza lo había dispuesto, y fue incapaz de ver la trascendencia de lo que estaba viendo.

El último varón que había nacido en el seno de casa Marieta había sido Fernán, hacía unos doscientos años. Llegó a ser un brujo tan excelso en sus días que incluso generaciones después se le seguía venerando entre sus descendientes, y su saber hacer y su dominio extremo de las artes ocultas seguía ocupando noches y noches de relatos frente a la lumbre en las largas noches de invierno. Pero desde Fernán hasta ese día, todos los varones que habían atravesado el dintel de la puerta para quedarse lo habían hecho a través de un matrimonio con una mujer de la saga, y nunca ninguno de ellos ni tan solo había osado flirtear con las artes que ellas dominaban.

—Es una señal. Una señal de infortunio. ¡Mira lo que nos ha pasado justamente mientras él decidía salir de mis entrañas! ¡¡Es una señal!! Nuestra saga no puede ni debe permitir la existencia de un varón parido por una de nosotras... no en casa Marieta. Nunca más un varón —sentenció Johana de manera tan tajante que no dejó opción a réplica.

—¿Y qué piensas hacer, mujer? —le preguntó Guaranda.

—Ya pensaré algo —respondió la mujer. Acto seguido, agarró al recién nacido con una total desgana, se abrió las ropas y lo acercó a su pecho cálido para que saciara su hambre y calmara su lloro.

Esperaron y esperaron pacientemente a que algún vecino quitara la nieve de la entrada para poder abrir la puerta, totalmente atrancada. Pero esperaron en vano, y las sombras cayeron y llegó la noche. En un primer momento, cuando la sed y el hambre se empezaron a hacer notar, se bebieron el agua bendita; una vez se hubo terminado, solo les quedó la nieve derretida. El frío reinante allí dentro no les supuso problema, pues rompieron un par de reclinatorios de madera, apilaron los fragmentos en un rincón y les prendieron fuego con las velas, que se esmeraron en mantener siempre encendidas.

Sin fuerzas apenas, escucharon durante horas atentamente tras la puerta de madera, a la espera de algún sonido que les indicara que allí detrás había alguien intentando abrir camino hasta ellas. Y así otro día y otra noche.

Llegó el cuarto día de hambruna para las mujeres de casa Marieta; las niñas, sin fuerzas, llevaban horas postradas en un rincón esperando la muerte con los ojos cerrados, mientras Guaranda y Johana se quedaban sin voz de tanto implorar auxilio. Rezaron y rezaron, pero la única persona que parecía tener posibilidades de sobrevivir era ese niño maldito que les había traído el infortunio y que le sorbía a su madre hasta la última gota de vida. Mientras ellas se consumían, el

bebé sonrosado engordaba y gozaba de una salud perfecta.

Y así llegó el quinto día, día en que algo pasó, algo que las cambiaría a todas para siempre y que marcaría a todas las generaciones venideras de casa Marieta. Ese día recuperaron la esperanza y las niñas retomaron sus ganas de vivir.

Y, tras el quinto, llegaron el sexto, el séptimo y el octavo. Y algunos más que transcurrieron junto a las piras improvisadas de bancos y confesionarios, con lo mínimo en los estómagos para sobrevivir y la sed saciada.

El día decimonoveno, unas voces tras los muros, entre las cuales figuraba la del cura, despertaron de su somnolencia agónica a las mujeres y a las niñas. Tras una espera que les pareció eterna, las puertas de la iglesia volvieron a abrirse ante ellas; primero fue un tímido rayo de luz y, tras unas cuantas paladas apartando la nieve que les parecieron eternas, la puerta de madera se abrió de par en par. Los rescatadores y ellas se quedaron mirando mutuamente, pero nadie dijo nada.

Guaranda y Johana salieron entumecidas, sucias y pestilentes, pero vivas. Sus ropas apestaban a suciedad pero, sobre todo, a todo el humo de hoguera que las había rodeado durante esos días.

Las niñas, demasiado débiles, apenas fueron capaces de salir por su propio pie, por lo que fueron sacadas en brazos. La más pequeña, inconsciente, ni tan solo se dio cuenta de su rescate.

—¿Ha venido Andrés Mascarón? —preguntó Johana al cura, que al instante entendió el motivo del semblante de preocupación de la mujer. Él nunca se metía en nada y se guardaba de expresar abiertamente sus opiniones, pero sabía que las artes de las dos mujeres en algunas ocasiones flirteaban con lo sobrenatural. No lo había visto, pero era fácil deducirlo, no lo había experimentado en sus propias carnes, pero era obvio interpretar los comentarios en voz baja de sus feligreses.

—¿Mascarón? No. No vendrá. Parece ser que le han revocado la licencia de conoedor y se ha vuelto a Zaragoza.

Johana miró a Guaranda quien, bajo el tupido pañuelo negro que le cubría la cabeza y media cara, esbozó una amplia sonrisa de alivio que dejaba ver sus dientes negros y carcomidos.

El cura les permitió en silencio su particular instante de felicidad y entretuvo su mirada observando cómo había quedado el interior de su amada iglesia: qué lástima de bancos quemados... su confesionario... y la vidriera, desintegrada por la avalancha en mil y un fragmentos imposibles de recomponer... Casi todo quemado, destrozado, arrasado. Aunque, por suerte, la hermosa cruz con su Jesucristo clavado seguía en su lugar reinando sobre esa desolación. Costaría dinero reparar todo aquello, y las donaciones de los feligreses de Treume solían ser de poca cuantía. Pero si había fe, prácticamente todo podía conseguirse; Dios proveería con toda certeza.

De repente el semblante del hombre cambió y pasó a la repugnancia en estado puro mientras sus ojos se fijaban en un charco de sangre encima de uno de los bancos de su iglesia, su idolatrada iglesia.

—¡Dios mío, Johana! ¡¡Dios mío!! ¿Dónde está tu bebé?

X

Plantados allí sin rumbo frente al cartel que anunciaba al viajero la llegada a Treume, la tesitura en que se hallaban Leo y Mario no era nada cómoda. No podían dejar a su amigo severamente herido en la casa de esas locas y partir montaña a través en busca de ayuda; tal vez uno de ellos debería permanecer con él mientras el otro salía al encuentro de la civilización. Por otra parte, visto como se habían desarrollado los hechos hasta ese momento, aventurarse a seguir caminos separados tampoco se les antojaba la mejor de las ideas y, mucho menos, de cara a la noche, que ya se acercaba gélida e inexorable. En cualquier caso, parecía inevitable que las próximas horas iban a verse forzados a pernoctar en ese pueblo maldito de nuevo.

Leo se acercó a la fuente y leyó una vez más su leyenda grabada en la piedra, “Siempre con nosotras”, tras lo cual sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies y al momento le hizo apartarse instintivamente de allí.

Decidieron ir a dar una vuelta por el pueblo para conocer ese extraño lugar con más detalle. Por otra parte, no había ninguna prisa, pues la perspectiva de regresar a casa Marieta no era muy halagüeña; cuanto más tiempo pasaran deambulando por la zona y alejados de Antona, mejor que mejor. Gabi estaba relativamente bien, cómodo y cuidado de manera aceptable teniendo en cuenta los medios de que en Treume se disponía, por lo que nada urgente podían hacer por él aparte de suministrarle ayuda del exterior cuanto antes.

Zanganeando sin dirección fija entre las casas medio derruidas del pueblo, llegaron al final de la calle de la izquierda donde, tras el esconjuradero vacío, unas estrechas y desiguales escaleras en la pared vertical descendían hasta el fondo del barranco. Se asomaron a mirar; allí abajo, para su sorpresa, un hermoso riachuelo discurría entre la vegetación y las grandes rocas escalonadas, formando terrazas naturales entre las cuales el agua se acumulaba en su lento descender, creando pequeñas pozas plácidas y absolutamente cristalinas que conservaban fragmentos de hielo en sus bordes.

Sin nada más que hacer, bajaron por las precarias escaleras y se quedaron admirando la belleza del lugar hasta que Leo decidió remontar el río. Mientras tanto, Mario se sentó a esperarle sentado sobre una enorme piedra plana justo al borde del agua y se entretuvo un buen rato observando cómo una preciosa trucha arcoíris remontaba jovialmente la corriente exhibiendo su lomo moteado en negro y rojo hasta perderse bajo una roca.

Apenas hubo ascendido unos metros, Leo la vio. Allí, rodeada por aquel entorno agreste e idílico a la vez, en medio de una poza medio helada rodeada de árboles selváticos y cuyas aguas le llegaban hasta las caderas, Orosia se estaba bañando desnuda y ajena a miradas intrusas. Con sumo cuidado recogía el agua haciendo cuenco con sus dos manos, para verterla después delicadamente por sus brazos, su nuca, sus hombros; se lavó también la cara varias veces, y a continuación frotó sus pechos y su barriga, y de nuevo empezó el ritual vertiendo agua gélida sobre toda ella sin prisa, sin pudor, sin preocupaciones.

Leo se la quedó mirando durante un largo rato, fascinado por su exquisita belleza salvaje,

su melena mojada, sus senos delicados, su estrecha y perfecta cintura, su piel sedosa y blanca, casi marmórea... el sosiego que emanaba aquel ser insólito creyéndose a salvo de miradas forasteras le cautivó. Por un momento, se embelesó pensando en cómo le gustaría adentrarse en el agua y deslizar sus manos tibias sobre su piel lentamente, muy lentamente, peregrinando por cada milímetro de esa perfección hecha mujer.

Interrumpiendo sus pensamientos que ya se dilataban demasiado en el tiempo, dio media vuelta sigilosamente y regresó hasta Mario, a quien no creyó conveniente narrar lo sucedido.

“Bien, el varón forastero ya me ha contemplado suficiente, ya puedo salir de esta odiosa agua helada”, se dijo Orosia para sí misma mientras, ya sin disimular que estaba tiritando, se apresuraba en ir hacia la orilla en busca de una toalla. Cada vez aborrecía más esos baños intencionados envueltos en hielo, pero a madre no se la podía contradecir.

Ya de regreso en el pueblo, decidieron callejear un rato por la empinada vía principal, donde en un par de ocasiones tuvieron la impresión de que alguna mirada furtiva cerraba las ventanas a su paso.

La población, pese a resultarles inquietante en extremo, no dejaba de ser un lugar pintoresco y poseedor de aquella magia singular de lo desconocido que incita a explorar los rincones más recónditos. Tenía el resabio de lo rancio, el lastre de la historia en mayúsculas y de cada historia de sus moradores en minúsculas; sin embargo, carecía de vida, de la algarabía de niños correteando por las calles, de mujeres barriendo la entrada al despuntar el sol y sembrando cotilleos por los portales, y de ancianos con boina sentados en el banco de piedra de la plaza relatando de manera reiterada sus intrascendentes cruzadas personales. Treume parecía un pueblo donde la vida se había marchitado como las hojas de otoño décadas, tal vez incluso siglos atrás, por alguna causa que ellos ignoraban.

Al pasar junto a casa Ibón, justo en la esquina derecha del único cruce de calles, y compartiendo rúa con casa Marieta, Casimiro les estaba esperando inquieto moviéndose incesantemente sobre sus pies y pasando de apoyar su peso del uno al otro como si su desasosiego interior fuese demasiado grande para permanecer inmóvil. Con su pantalón de pana marrón y su chaqueta negra con los bolsillos delanteros medio descosidos, su mirada se revelaba ávida por ver a aquellos extranjeros aproximarse hasta llegar hasta él.

Cuando los tuvo a dos metros escasos, sus labios ajados y con babas secas en la comisura se abrieron para dirigirse a ellos.

—Nunca lograrán huir de aquí, forasteros. Ellas no les dejarán, como siempre ocurre. Pasa lo mismo una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez...

—¿A qué se refiere? —le interrumpió Mario.

—Sus huesos acabarán cebando la gula del glaciar. ¡Debo irme! —añadió el hombre, tras lo cual abrió la puerta de su casa y se adentró velozmente en ella sin apenas darles tiempo a reaccionar.

A través de la angosta apertura y, antes de que cerrara con llave tras de sí, los dos amigos alcanzaron a ver que su interior se hallaba en un estado deplorable, con infinitas capas de polvo que llevaban acumulándose desde hacía años, con excrementos de gato por el suelo y objetos

hacinados sin sentido, en una anarquía tal que hacía la morada prácticamente inhabitable.

Casimiro no había aseado su casa desde que su mujer, la bella Izarbe, falleciera de parto. A ella y a su primogénito al que nunca pudo abrazar les visitaba cada día en el cementerio del pueblo. A ella le ofrendaba margaritas, romero, moras... y al niño le solía tararear unas nanas tan tristes que las lápidas circundantes acababan transpirando lágrimas. Desde esa distante noche de muerte, Casimiro reptaba por la vida aguardando con desazón el día en que Nuestro Señor le permitiese reunirse con ellos.

Leo y Mario se miraron confundidos. No les había gustado en absoluto el tono de las palabras del hombre, y aún menos su esencia.

Convencidos ya de que Treume y las paredes de casa Marieta tenían algo que ocultar, resolvieron ir a hablar con la única persona en ese lugar lúgubre que les inspiraba una mínima confianza: mosén Medardo.

Como era de esperar, le hallaron en su iglesia recogiendo los utensilios de la última misa que había oficiado, envuelto en un silencio tal que cada pequeño ruido que sus manos meticulosas hacían resonaba en las paredes del edificio. El mosén les lanzó una escueta mirada de reproche que les dejó claro que su presencia en el lugar santo no era del todo adecuada, así como tampoco lo era el tipo de conversación que intuía estaba a punto de tener lugar, por lo cual se dirigió hacia ellos y les acompañó a la salida.

—...y bien, ¿qué desean saber? —les preguntó de manera directa ya en el exterior.

Mario se tomó unos segundos para evaluar la conveniencia de abordar el tema sin tapujos y decidió finalmente que no era momento para subterfugios.

—¿Qué demonios está pasando en Treume? Hay demasiadas cosas que no encajan... estamos seguros de que usted puede darnos respuestas —le dijo Mario con la decisión que le caracterizaba.

El mosén se les quedó mirando fijamente; no acababa de decidir si contar toda la verdad a esos desconocidos era una buena idea. Por otra parte, teniendo en cuenta el destino que con toda seguridad les esperaba, tampoco importaba en exceso lo que les desvelara.

Carraspeó fuertemente y comenzó su relato.

—Las mujeres de casa Marieta acabarán con ustedes, ténganlo por cierto. Una vez Antona consiga lo que quiere... serán un montón de huesos más que se amontonarán en el fondo del glaciar. ¿Acaso creían que habían llegado aquí por casualidad? En Treume... las casualidades no existen.

Se quedaron mudos sin saber qué decir. Las palabras del mosén sonaban tan seguras...

Por otra parte, al oírle mencionar el glaciar, el relato de los huesos acumulados y de esa calavera rescatada de la grieta les invadió; muchas cosas cobraron sentido en ese momento, aunque sus mentes seguían repletas de interrogantes y de pinceladas esparcidas por un lienzo manchado que no acababa de formar una composición pictórica. Sin darles tiempo a interrumpirle, el cura prosiguió hablando.

—Ustedes nunca saldrán vivos de aquí. ¡Nunca! No hace falta que se esfuercen... todo es en vano; puede ser otra tormenta generada por ellas... eso se les da muy bien... o una avalancha, un accidente repentino... tal vez una muerte lenta y dolorosa tras comer algún guiso demasiado succulento... no importa la manera. La saga tiene más poder de lo que parece; no se esfuercen en luchar contra ellas y acepten su destino de la mejor manera posible.

Tras el relato premonitorio y con regusto amargo del mosén, miles de nuevas preguntas que se unieron a las ya existentes se arremolinaron en los labios de Leo y Mario, que no alcanzaban a entender lo que les había explicado y querían formular un sinfín de preguntas a la vez.

—¡¡En este pueblo están todos locos!! —exclamó Leo—. ¿¿De qué saga está hablando?? No lo entiendo... ¿y qué interés tendrían ellas en matarnos? ¡¡Vaya estupidez!!

Pero el semblante del mosén no era en absoluto de estupidez, sino de seriedad, de la sinceridad plena de alguien en quien se puede confiar. Costaba creer que su relato no tuviese un trasfondo real.

—Mosén Medardo... ¿por qué Antona nos quiere retener en el pueblo? ¿Por qué no nos ha matado ya? Eso no tiene ningún sentido... —le preguntó Mario, más calmado que su amigo.

—¡Larguémonos ya de este lugar y traigamos ayuda para Gabi! ¡¡No quiero permanecer aquí ni un segundo más!! ¿Pero, Mario, no ves que están todos chillados? —interrumpió Leo—. Hasta esa niña... y ese hombre, Casimiro...¡¡Todos, locos por igual!!

—¡Cálmate, Gabi! Ya que hoy tendremos que pasar otra noche aquí, quiero saber a qué debemos tener miedo... Siga, mosén Medardo —dijo Mario intentando calmar a su amigo con la mirada.

—Es la saga de las brujas, la saga de la mandrágora... casa Marieta y todas sus mujeres malditas. Antona solo quiere a su amigo para utilizarlo con un fin concreto; si él no le sirve... lo intentará con ustedes. Una vez conseguido su objetivo, ya no servirán para nada; su sentido en el orden normal del universo habrá terminado. No hay nada más que entender... y no hay nada que evitar. Dado el inmenso poder de las brujas de casa Marieta, no se puede evitar lo inevitable; intentarlo solo acaba conduciendo a esfuerzos agónicos.

—¿Pero de qué brujas nos está hablando? ¿¿Qué fin?? ¿¿Qué objetivo es ese?? —preguntó Mario al mosén con un tono amenazador que hizo retroceder al cura un paso hacia atrás. Al decidido profesor no siempre le era fácil mantener su compostura, y menos en una situación límite que estaba poniendo sus nervios casi perfectamente templados a prueba.

El mosén les miró fijamente. Su mirada parecía quererles convencer de que ninguna mentira salía a través de sus labios. ¿Por qué razón iba a tergiversar la realidad de tal manera el cura del pueblo?

—Eso de las brujas... lo siento, pero no me lo creo. Antona y sus hijas no son normales, pero de eso a afirmar que son brujas... ya no existen brujas hoy en día —dijo Mario con sus ojos fijos en los del hombre, como si quisiera descubrir en él algún atisbo de mentira.

—Abran los ojos... observen. Tan solo observen. Ojalá ustedes tuvieran razón, pero las brujas existen en Treume tal y como han existido durante más de cinco siglos. Llevo años

intentando compensar su mal, contrarrestar sus conjuros, proteger a los vecinos, esconjurar sus tormentas... más bien con poco éxito, lo reconozco. Debo luchar diariamente para que el poder de Dios no sucumba al del Diablo y deje a este pueblo sumido en las tinieblas. Y no es una lucha fácil –dijo el mosén abatido.

Era más que evidente que al mosén le pesaba el contenido de sus palabras. La situación que debía sobrellevar en ese entorno imposible llevaba haciendo mella en todo su cuerpo y en su espíritu durante décadas. El hombre que les estaba abriendo el alma estaba totalmente consternado ante una realidad diaria cruel e inevitable.

—Ya les he explicado demasiado. El resto ya lo verán con sus propios ojos.

Dicho esto, mosén Medardo se dio media vuelta. Justo antes de volver a entrar en su iglesia, sin embargo, se detuvo y añadió unas últimas frases.

—Esta noche pueden dormir aquí dentro si es su voluntad; estarán ustedes calientes y tengo algo de comida en la sacristía. Pan y queso, pero más vale eso que nada.

—¿Y qué pasa con Gabi? –le preguntó Mario.

El mosén no le respondió y, de hecho, ignoró totalmente la pregunta, tras lo cual entró en el edificio y cerró la puerta tras de sí. Era el momento de apagar las lámparas de aceite que iluminaban la iglesia durante las misas, pero decidió dejarlas encendidas por si acaso. Sabía que aceptarían su ofrecimiento.

Leo y Mario se tomaron unos segundos en reflexionar sobre las explicaciones que acababan de oír; resultaba tan sumamente increíble que costaba darle crédito. Brujas... eso parecía algo de un pasado muy remoto...

Por otra parte, todo parecía ir encajando lentamente en sus mentes como un puzzle de piezas interminables: las tormentas absolutamente anómalas y repentinas que parecían formarse a partir de la nada en cielos sin nubes, los arañazos desesperados en la pared de la escalera, el extraño comportamiento de Antona, los zapatos acumulados en un rincón... y la grieta repleta de huesos.

A pesar de las evidencias y aparte de los pensamientos que compartía con Mario, Leo se resistía a creer que Orosia, ese ser dulce y sensual que le había cautivado, pudiera formar parte de esa historia. No, seguramente ella estaba totalmente al margen. Ella no podía ser una bruja.

Aceptaron de buen grado el ofrecimiento de mosén Medardo; teniendo en cuenta lo que acababa de explicarles, dormir en un banco de madera de la iglesia parecía inmensamente mejor que pasar la noche en la alcoba del piso superior de casa Marieta o en cualquier otro lugar del pueblo, pues el resto de sus habitantes parecían inofensivos pero distaban leguas de ser hospitalarios.

Tenían el convencimiento de que Gabi estaría bien, al menos de momento; por otra parte, no había absolutamente nada que pudiesen hacer por él entonces, y aventurarse en volver a atravesar el dintel de la puerta de esa casa maldita era arriesgarse a cualquier cosa. En cualquier caso, esa noche también se prometía larga y noctámbula.

Tras entrar en la antigua iglesia de San Vicente por primera vez, la primera cosa que les sorprendió fue su perfecto estado de conservación. Era evidente que, si bien su exterior había sufrido los estragos del tiempo y de las severas inclemencias meteorológicas propias del lugar, su interior parecía haberse detenido en el momento en que sus muros fueron cargados piedra a piedra, sus capiteles esculpidos uno a uno y sus frescos pintados pincelada a pincelada.

Las paredes conservaban casi de manera íntegra todas sus pinturas, ricas y coloristas, lo cual les resultó sorprendente; sabían que tal riqueza pictórica ya no se conservaba en ningún otro lugar, a no ser por fragmentos de pinturas románicas que yacían a resguardo del tiempo en algún museo. Las paredes interiores de San Vicente estaban pintadas en su totalidad tal y como lo habían estado en el momento en que la iglesia románica fue construida; divididas en tres franjas horizontales, escenas de la Biblia se repetían por doquier presididas por un Pantocrátor de cara severa, anormalmente alargada y del todo simétrica. Figuras hieráticas envueltas por un entorno ausente de perspectiva miraban a Mario y Leo tan fijamente que, por un breve lapso de tiempo, se sintieron abrumados por el rojo puro, el ocre vivo, el verde, el añil... por aquel abanico de mil colores planos e intensos y por aquellas siluetas perfiladas por un grueso trazo negro que les daba una fuerza especial. Sabían que estaban ante una joya artística, pero el sentimiento de admiración duró apenas unos instantes tras los cuales su realidad les hizo recordar que aquella no era una estancia de placer.

En el ábside, a los pies del Pantocrátor, una hermosa talla en madera de San Vicente Mártir les recordó de manera innegable dónde se encontraban y a quién estaba dedicado el lugar. Con un cuervo sobre el hombro y una pesada muela de molino a sus pies como testimonio de su martirio, su mirada parecía dejar claro que la iglesia le pertenecía. Y, frente al santo, se hallaba un enorme altar de piedra cuya base estaba decorada con pequeñas columnas y arcos de medio punto; las dimensiones exageradas del altar eran claramente desproporcionadas teniendo en cuenta el reducido espacio donde se hallaba. Finalmente, a un lado, había una gran cruz de madera que, por supuesto, no podía faltar en tal lugar.

Recorrieron rápidamente con la mirada las paredes laterales de la nave central, donde los contrafuertes marcaban el espacio para apenas dos capillas a cada lado, las cuales tenían asimismo las paredes ricamente pintadas y estaban llenas de velas encendidas frente a diversas figuras del santoral. De repente, al mirar con más detenimiento el espacio que había entre la entrada y el primer contrafuerte, se dieron cuenta de que aquello no era una capilla, de que los frescos distaban mucho de mostrar escenas bíblicas, y de que ningún cirio estaba allí encendido.

Por otra parte, era fácil adivinar que aquellas pinturas no eran exclusivamente románicas, sino que mostraban añadidos posteriores, de diferentes épocas y exhibiendo una curiosa variedad de estilos.

En la parte central de la pared, la pintura mostraba sin lugar a duda una enorme hoguera de llamas rugientes; sobre la gran pira de madera perfectamente cortada y apilada para la ocasión se estaba consumiendo una mujer anciana vestida de negro cuyos ojos imploraban a los cielos. Las nubes de color negro que lo cubrían en su totalidad indicaban sin duda alguna que una tormenta estaba a punto de descargar sobre el lugar. Junto a la hoguera, un cura agitaba un hisopo empapado en agua bendita ante la mirada indiferente de varias personas que parecían charlar alegremente.

La franja superior de pinturas, pues en ese espacio éstas estaban distribuidas igualmente en tres franjas, mostraba a una mujer elevando a un varón recién nacido hacia el firmamento, mientras otra mujer sostenía un cuchillo y el resto miraba al suelo con expresión de remordimiento. Los

ojos de la mujer estaban tan encendidos que eclipsaban el color de las llamas de la pintura inferior.

La franja de abajo, finalmente, consistía en una serie de escenas cotidianas como el cultivo de plantas o la preparación de algún caldo o potaje frente a la lumbre. En otros momentos de sus vidas, aquello no hubiese representado más que un repertorio de momentos de la vida cotidiana en un entorno rural como aquel; dadas las circunstancias, sin embargo, se las miraron con recelo y más detenimiento del normal.

Frente a aquellos frescos desconcertantes, una pequeña mesa antigua que parecía haber sido restaurada en varias ocasiones exhibía una disparidad de objetos que a ellos les parecieron totalmente ajenos a aquel lugar sagrado y que no hicieron más que confirmarles que la creencia en la existencia de brujas era algo común en Treume. Así, junto a un par de pezuñas secas de jabalí, se acumulaban unas cuantas patas de pollo, cuatro o cinco tenazas abiertas y una serie de amuletos que no acabaron de entender, formados principalmente por figurillas y hierbas secas.

La voz conocida e inesperada de mosén Medardo les sorprendió a sus espaldas, pues no le habían oído acercarse:

—Las gentes de este pueblo son temerosas de Dios, pero también son conocedores de la existencia de Lucifer y de sus seguidores. Todo eso que ven ahí... eso es para prevenirse de las brujas; lo suelen traer los vecinos de vez en cuando, aunque saben que su poder frente a ellas es... casi nulo. De todos modos, no se debe menospreciar la fuerza de la fe. Y en Treume, tanto las creencias cristianas como paganas abundan, como ya habrán notado.

—¿Y esas pinturas? El bebé, la hoguera... ¿Qué sentido tienen? —aprovechó Mario para preguntarle.

—Uno de los hechos más trágicos que ha sucedido en el pueblo.

Leo y Mario esperaron unos segundos en silencio a que el mosén prosiguiera con su relato, pero no lo hizo.

—¿Es una bruja, verdad, la que sostiene al bebé? —preguntó Mario.

—Todas las mujeres que aparecen en estas pinturas lo son, aunque de diferentes momentos de nuestra historia. Brujas. O hechiceras, adivinas... llámenlas como quieran. Todas ellas adoran al Diablo por igual y son malvadas por igual, a pesar de las variadas apariencias que puedan tener y los disfraces que puedan vestir —le respondió mosén Medardo.

—¿Y qué pasó con el bebé? —inquirió Mario.

—Ah, el bebé... esa alma inocente... perdida para siempre. Verán, desde tiempos inmemoriales, las mujeres de casa Marieta solo habían parido hembras. Hembras y más hembras que heredaban su condición... su peculiar manera de ser y de vivir. Eran brujas, pero antiguamente también sanaban, proporcionaban todo tipo de pócimas a sus vecinos y ayudaban en los partos. Las mujeres de casa Marieta eran brujas de puertas adentro, pero buenas vecinas de Treume. Hasta que... bueno... en el año del Señor de 1620 pasó algo... que determinaría un giro abrupto en su camino.

Llegado a ese punto, el hombre se tomó un instante para recuperar el aliento y meditar; cada vez que relataba la historia, su corazón se encogía un poco más bajo el pecho oculto por la

sotana.

—Ese año un tremendo alud destruyó gran parte de Treume, que quedó casi arrasado. Las mujeres de casa Marieta quedaron atrapadas en la iglesia, y justamente entonces una de ellas dio a luz. Era la primera vez que un varón nacía del vientre de una mujer de la saga... y por ello... lo interpretaron como una señal; creyeron que era por la llegada de ese niño que la mala fortuna había llegado a ellas de esa manera y decidieron que no podían permitir que tal hecho se repitiera en generaciones venideras. Gestaron la idea, aunque le mantuvieron con vida con la leche de su madre. Ellas estaban... estaban desconcertadas y no sabían muy bien qué hacer con él. Y allí atrapadas... durante días gritaron esperando que alguien las rescatara y durante días pasaron hambre... hasta que el Maligno les inspiró la solución para salvar sus vidas.

Mosén Medardo se detuvo en medio de un silencio que podía cortarse. Se estaba quedando sin aliento de tanto hablar; ya no era un mozo, y los años pesaban.

—Y entonces... aquí mismo, en nuestra amada iglesia, agarraron un cuchillo y acabaron con la vida de ese ser frágil e inocente que les había traído el infortunio, y que finalmente... sirvió para salvarlas a todas de morir de inanición.

A Leo le entró una arcada al imaginar la escena. Gabi se quedó atónito, sin apenas pestañear. Costaba tanto creerlo...

—... y así lo devoraron poco a poco, racionando su carne cruda, blanda y sebosa. Y todas ellas, todas, sobrevivieron. Desde ese momento, no permiten que ningún varón salido de sus extrañas llegue a ver la luz del sol... Tal es su maldad y la que inculcan de madres a hijas, y a las hijas de sus hijas, y así hasta que Treume siga existiendo.

Mario y Leo se miraron y no les fue necesario mediar palabra para saber lo que ambos estaban pensando sobre el parto de Antona.

—¡¡Dios mío!! Pero... ¿por qué todos ustedes se lo permiten?? ¡Esto es de locos! ¿¿En qué siglo viven en este maldito pueblo?? —preguntó Mario irritado mientras agarraba al mosén con vigor por el brazo izquierdo, sacudiéndole con violencia.

El mosén miró esa mano fuerte sobre su antebrazo, pero no intentó librarse de él. Simplemente, aceptó la rabia de ese forastero.

—¿Quieren saber por qué? Miedo. Treume tiene miedo —respondió el hombre.

Mario soltó al cura, que se adentró en silencio y cabizbajo en el portal de su casa adosada a la iglesia.

XI

Antona lo preparó todo concienzudamente ante la mirada atenta de Dulza cuyos ojos infantiles, desde su rincón iluminado por la luz crepuscular que entraba por la ventana, no se perdían detalle; sus pupilas seguían cada movimiento, ir y venir de las manos de su madre intentando retener en su cerebro cada elemento que utilizaba, aspirando a captar la totalidad del proceso desde su esencia a sus múltiples detalles con un sentimiento entremezclado de rechazo y de curiosidad irrefrenable.

La elaboración no era compleja; al fin y al cabo, había preparado decenas de veces antes esa misma pócima. Con qué fervor recolectaba siempre las hierbas afrodisíacas el día antes y seleccionaba de los botes de la estantería de la cocina las que utilizaría secas; con qué mimo depositaba cada vez la mezcla de hojas en la gran olla de cobre que reservaba solo para ocasiones especiales... con qué paciencia revolvía invariablemente la decocción con su cuchara de madera de boj, una y otra y otra vez, hasta arrancar ese primer hervor, cohibido primero y exultante después... Era un ritual repetido en tantas ocasiones desde que su madre le cedió esa responsabilidad muchos años atrás...

Como siempre, esta vez había empleado ninfas, unas cuantas orquídeas silvestres y lunarias, todas en igual proporción. A continuación, sin perder tiempo, había añadido la cantidad justa de adormidera, alucinógena y afrodisíaca a la vez, y finalmente había terminado su caldo con un poco de beleño, que no solía faltar en una gran parte de sus preparaciones.

Unas cuantas plantas de beleño crecían ufanas en un rincón de su patio, junto al precario y medio derruido muro de piedra invadido por líquenes y musgo, bien protegido de ojos desconocedores de ese incommensurable tesoro de la madre naturaleza; debía resguardarse de miradas que solo verían en él su desagradable tallo veloso, sus feas hojas oscuras y sus frutos de olor casi nauseabundo. Junto con la mandrágora que crecía junto al riachuelo, el beleño era uno de sus grandes tesoros, al cual mimaba como si se tratara de un miembro más de la familia y casi una de sus hijas, cortando con minuciosidad cada hoja seca apenas empezaba a amarillear y proporcionándole la cantidad justa de agua, sol, estiércol de caballo y a veces también de gallina. Ningún miramiento estaba de más. Al fin y al cabo, el poder del beleño superaba con creces al del resto de plantas que cultivaba o recolectaba, pues, tal y como había aprendido de su madre y ésta de la suya, y así desde los inicios de casa Marieta en un tiempo que ya nadie recordaba, podía destinarse a un sinnúmero de objetivos dispares, desde la elaboración de filtros amorosos hasta la intoxicación de algún desafortunado utilizando dosis elevadas. La simple inhalación del humo de sus semillas era suficiente para provocar una sensación embriagadora que hacía flotar los pies y elevar el cuerpo por los aires como si de una hoja mecida por el viento se tratara. Cuando alguien experimentaba dolor, era el beleño lo que conseguía mitigarlo y, cuando la agonía se hacía insoportable, el estado de inconsciencia que lograba inducir era la panacea para una muerte indolora; en cuántas ocasiones habían acudido a Antona los vecinos de Treume, dejando atrás sus temores atávicos a las brujas, ante el sufrimiento irremediable de un tránsito demasiado penoso. Cuántas veces había aplicado sus hojas frescas sobre tumores y úlceras, y cuántas otras las había dado a fumar, secas, a algún habitante del pueblo para aliviar sus dolencias de pecho. En

ocasiones, Treume parecía olvidar quiénes eran realmente las mujeres de la saga y obviaba su naturaleza. En esas ocasiones, el interés superaba con creces al miedo.

Eran tantos los usos de la planta que incluso a menudo Antona y Orosia usaban sus hojas para teñir la lana, a la cual dotaba del hermoso tono aceitunado que a ellas tanto les gustaba.

En esta ocasión, era por sus potentes efectos afrodisíacos por lo que Antona la había escogido una vez más como ingrediente principal, aunque no menospreciaba el resto de añadidos, cada cual con su peculiar y vital aportación al resultado final, como cada nota y acorde de una composición musical perfecta. Si fallaba en sus propósitos, el fracaso sería parte del infortunio que a veces se presentaba de improviso; ella, por su parte, nada más podía hacer.

Sentada en el banco de la cocina frente a la lumbre, se quedó mirando embelesada cómo las llamas hacían danzar las hierbas dentro del caldero en medio de un desenfreno de burbujas hirvientes que las hacían ascender, caer, agitarse sin cesar, embrollarse y mezclarse entre ellas mientras liberaban en el líquido elemento sus potentes jugos.

Una vez la poción hubo hervido el tiempo que ella sabía suficiente, añadió diez clavos de olor y tres largas ramas de canela y revolvió de nuevo con la cuchara, tras lo cual se dirigió a la estantería cubierta de mugre, de donde agarró un rallador y un mortero de piedra que ocupaba ese mismo lugar desde que ella tenía uso de razón. Sobre la mesa de la cocina y sumamente concentrada en lo que estaba haciendo, cogió tres pedazos de nuez moscada y los ralló con cuidado antes de verterlos dentro del caldero. A continuación, molió un poco de pimienta de cayena seca; se acercó tanto al mortero que el polvo la hizo concatenar varios estornudos estrepitosos, lo que pareció molestarle sobremanera. Tras frotarse la nariz vigorosamente con la manga del vestido, repitió la misma operación que con la nuez moscada, vertiendo con cuidado la sustancia rojiza dentro de su caldo afrodisíaco. Finalmente, espolvoreó por encima una pizca de tomillo seco, que al instante se ablandó, se deshizo y se fundió con el resto hasta hacerse invisible.

Pasado apenas un minuto, Antona retiró la pesada olla del fuego sosteniéndola con su delantal doblado para no quemarse y la colocó sobre una piedra plana que estaba dispuesta para la ocasión a un lado de la lumbre.

Tras dejar escapar un suspiro de satisfacción, esperó allí de pie a que la mezcla reposara durante cinco minutos, sin moverse, sin tan siquiera pestañear, sin impacientarse. Recordó por un momento a aquel chico delgado y melencólico de extraños andares desgarrados, fumador continuado de hierbas exóticas, al que ofreció su caldo casi treinta años atrás; era su primera vez y se excedió con el beleño. De su muerte que a nadie le importó aprendió dos cosas: la primera de ellas, que debía ser mucho más cuidadosa con las medidas y, la segunda y mucho más trascendente, que en sus manos estaban la vida y la muerte en igual medida.

Al cabo de cinco minutos exactos que calculó sin reloj se dio media vuelta y alargó el brazo hasta alcanzar un pequeño cucharón metálico que estaba colgado de un gancho oxidado de la pared. Acto seguido hizo un repaso visual por todas las tazas y platos hondos que había en la cocina hasta dar con el que estaba buscando, el cuenco de cerámica roja con estrellas pintadas de azul. Era el utensilio más nuevo de la cocina, sin muescas ni fisuras, y parecía haber sido usado en contadas ocasiones. A pesar de ello y, dado su estado de suciedad, lo limpió con el delantal repetidamente hasta que el resultado le satisfizo.

Se dirigió de nuevo hacia la lumbre y, con el cucharón, llenó el recipiente hasta la mitad con el caldo que había preparado. Con sumo cuidado y un semblante que no había perdido su gravedad desde que empezara a preparar la poción, colocó el cuenco sobre un plato de loza y acabó de llenarlo con su aromática ratafia de nueces y unas tres cucharadas de su mejor miel, la de romero. Lo agitó enérgicamente con una cuchara y, a continuación, volvió a guardar la botella de ratafia y cerró con diligencia el bote de miel para evitar que entraran dentro inesperados insectos golosos. Con el líquido aún humeante, el olor profundo y dulzón a la vez le saturó los orificios nasales y la hizo inspirar varias veces con profundidad hasta que toda ella se empachó de sus mil y un matices. Siempre le había fascinado el delicioso aroma de la poción de la siembra.

Todo estaba listo. Con un poco de suerte y la mediación de la benévola naturaleza que solía estar de su parte, la simiente de ese forastero de tierras lejanas germinaría en ella esa misma noche para dejar que su fruto creciera apaciblemente hasta madurar. Con un poco más de suerte y algún que otro conjuro a la luz de la luna en presencia de sus dos hijas, el fruto resultante sería una hembra que ayudaría a perpetuar la saga hasta tiempos venideros. Fuese el futuro propicio o no para la brujería, tenían que hacer los posibles y los imposibles, dentro de sus limitaciones humanas y con la ayuda de sus artes singulares, para que la saga siguiese perviviendo y ejerciendo su poder hasta el lejano fin de los días. Y, con la ayuda del Maléfico, incluso más allá.

Antona llamó dos veces a la puerta con los nudillos e inmediatamente la abrió sin tener en ningún momento la intención de esperar permiso desde el interior de la alcoba. Esa era su casa y él no era más que el ineludible camino hacia la consecución de sus planes, pero no debían obviarse los buenos modales.

Encontró a Gabi adentrándose en el estado de ensoñación que solía preceder a una larga noche, con la cama sumamente revuelta, el pelo despeinado y un inconfundible olor a sudor que impregnaba su cuerpo, las sábanas y se extendía por el aire. A la luz de las velas se sentó a su lado sobre el colchón con cuidado de no mover demasiado la bandeja que sostenía con sus manos. Aún bajo los efectos de los sedantes y los alucinógenos, él apenas levantó los párpados para echarle una fugaz mirada, tras lo cual se giró ligeramente hacia el lado opuesto.

El sol inquieto, acariciando con sus últimos rayos el horizonte escarpado, tenía ya prisa por eclipsarse tras las cumbres y dar paso por fin a la más absoluta oscuridad.

—Buenas noches, varón forastero —le dijo ella con una expresión distante pero amable que a él le puso la piel de gallina a pesar de que ya la había oído antes—. Le he traído un caldo que le reconfortará el cuerpo y el espíritu y le hará pasar mejor la noche que se avecina, sin duda una de las más frías del año.

—No tengo hambre —replicó él con desgana.

—Le hará bien, créame. Si llena su estómago con algo vigorizante y caliente, su recuperación será más pronta. Con nuestros cuidados y con la ayuda del Señor, mañana se encontrará usted mucho mejor.

Gabi se reincorporó levemente hasta quedarse tumbado de lado, apoyado sobre el antebrazo. Se quedó mirando fijamente a esa mujer turbadora que le había parecido indescifrable desde el primer momento en que la vio en la plaza del pueblo; era tan difícil adivinar qué pensamientos moraban en su mente... Como si ella hubiese percibido el intenso escrutinio al que

estaba siendo sometida, al instante esbozó una media sonrisa extraña y de imposible interpretación y le acercó el cuenco humeante a los labios. Los efluvios que ascendían del caldo calaron de inmediato en las glándulas olfativas de Gabi, que se vieron de repente abarrotadas por un sinfín de aromas de tonos diferentes, desde el picante sutil al dulce empalagoso, pero en cualquier caso, absolutamente agradables y apetecibles. Aspiró hondo hasta que sus pulmones se llenaron por completo y retuvo el aroma durante todo el tiempo que pudo antes de liberarlo. El estímulo olfativo pasó de sus glándulas a su cerebro en décimas de segundo, provocando en él el deseo imperioso de llevárselo a los labios y saciarse de él.

Sin quitar los ojos de Antona ni un momento, Gabi se reincorporó y agarró el bol con ambas manos. Tras una breve mueca al comprobar cómo quemaba el recipiente, tomó un primer sorbo de esa sopa que le estaba tentando con descaro. Le supo a nada y a todo a la vez y, mientras engullía, procesó el regusto que dejó en su paladar en búsqueda de ingredientes identificables: licor, miel sin duda, tal vez alguna hierba aromática... y la inconfundible canela.

Siguió sorbiendo y sorbiendo como si llevara semanas en ayunas, llenando su boca lujuriosamente de sabores deliciosos e impregnando su mente de infinitas sensaciones gustativas que nunca antes había experimentado. Cuando llegó al final, levantó más el bol para sorber con fruición las últimas gotas que quedaban hasta no dejar ni una y se lo devolvió a Antona sin mediar palabra.

—Que tenga usted sueños placenteros —añadió ella con parsimonia justo antes de levantarse y dirigirse hacia la puerta, la cual cerró con cuidado.

Aún con el sabor del caldo aferrado a su garganta, Gabi se preguntó de nuevo si esta vez la mujer volvería a cerrar esa puerta con llave. Aguzó el oído, pero no le pareció notar el ruido de la pesada llave al revolverse dentro de la cerradura. De todos modos, sus pensamientos empezaban a alborotarse y entrar en un descontrol tal que la cuestión de la cerradura pasó a ocultarse en el rincón más oscuro de su mente. Se acomodó mejor en la cama, cerró fuertemente los ojos y sucumbió a aquella avalancha de sensaciones frenéticas que se estaban adueñando de todo su ser muy lentamente pero de manera inexorable. Tuvo la completa certeza de que el caldo de Antona había tenido algo que ver, pero era tal su poder que pareció no importarle y se rindió al trance. ¿Y qué si le habían hecho beber alguna bebida extraña? Eso tampoco le mataría... Era demasiado tarde para lamentaciones... ¿Qué podía hacer ya, más que izar la bandera blanca de la plena rendición?

Sin ninguna intención de darle más vueltas y careciendo de voluntad para hacerlo, Gabi se elevó ligero e incorpóreo entre los abetos, rozando sus ramas más altas con las puntas de los dedos, hasta ver distantes los negros tejados de pizarra de Treume y los bosques exuberantes, para llegar finalmente a la altura de las águilas. Pletórico como nunca, danzó eufóricamente al son del viento glaciarse mientras su cuerpo bullía en una fiebre irracional.

—Madre, por favor, se lo ruego, déjeme hacerlo a mí esta vez —rogó Orosia a su madre al pie de las escaleras que llevaban a la alcoba donde se encontraba Gabi.

—¿¿Tú?? Aún eres una aprendiz, demasiado ignorante y desde luego muy poco experimentada. ¡Aparta! —le respondió Antona con rotundidad.

—Sé hacerlo. Sé que puedo hacerlo —replicó la muchacha con un tono grave.

—Tú aún no eres nadie en la saga, solamente una aprendiz de bruja que cree saberlo todo, pero los entresijos de nuestras artes todavía distan unas cuantas leguas de tu limitado conocimiento. Lo haré yo, como siempre.

—Pero...

—El momento llegará para ti —añadió la madre con un tono severo.

—¡No es justo, madre! ¡No me deja hacer nada! ¡Todas las cosas importantes las hace usted, mientras que yo... yo solo sirvo para recolectar hierbajos, para hacer de señuelo! ¡¡No sirvo para nada!! —replicó Orosia, cuya ira iba claramente en aumento.

—Eres muy útil —dijo su madre poniendo un énfasis especial en cada una de las palabras, que espació en el tiempo ligeramente más de lo normal.

—¿¿Útil?? Solo sirvo para hacer lo que a usted no le place, madre... para bañarme desnuda frente a ellos y encandilarles por si son necesarios... para... ¡para arrojar a los bebés varones al glaciar! ¿Por qué no lo hace usted misma, madre? Algún día...

—Algún día, ¿qué, Orosia? Dime, ¿¿qué pasará algún día?? —inquirió la madre en una pregunta retórica para la cual sabía que su hija no tenía respuesta. Sabía cuánto ansiaba Orosia ocupar su lugar... usurparlo tal vez... y algún día lo haría. Eso también lo sabían ambas con absoluta certeza aunque ninguna de las dos deseaba expresarlo de manera manifiesta.

—Algún día...

—Sí, algún día, pero hoy tus entrañas aún son las de una aprendiz. Deberás esperar pacientemente a tu iniciación.

—Pero ya no quiero demorarlo más, madre. ¡Estoy harta de esperar! Iniciación, iniciación... lleva usted dos años demorando la decisión. ¡¡Tengo derecho a decidir por mí misma!! —añadió la hija encolerizada.

—Tu momento llegará, lo sabes con certeza, pero deberás esperar hasta que yo lo diga. No hay nada más que hablar —sentenció Antona de manera tan contundente y con una mirada tan dura que su hija entendió la inutilidad de extenderse en réplicas que no la llevarían a ninguna parte.

Además, ya había contrariado suficiente a madre por esta vez y sabía hasta qué extremo podía resultarle perjudicial incitarla en exceso.

Mientras veía como su madre ascendía uno a uno los peldaños que conducían hasta el varón forastero, los ojos de Orosia se llenaron de odio. Sintió un impulso irrefrenable de dar una lección a esa mujer que la estaba anulando y no le permitía ocupar su lugar. Era su madre, pero el amor entre ellas había dejado de existir el mismo día en que la parió. No era el amor lo que unía a las mujeres de casa Marieta.

—¡¡Padre no hubiese consentido nunca que nos tratara así!! —le gritó de repente desde el pie de las escaleras.

Ella detuvo su ascenso y se quedó inmóvil, indecisa por un momento sobre cómo reaccionar ante tal comentario por parte de su hija. Se contuvo y apretó las mandíbulas fuertemente una contra otra hasta que sus dientes rechinaron. Era solo una niña.

—Pero padre ya no está aquí —le dijo Antona secamente y sin girarse antes de seguir con su ascensión al piso superior.

Al fin y al cabo, él era solo un recuerdo que acabaría disolviéndose en el tiempo en la mente de Orosia, y apenas un nombre carente de rostro en la de Dulza. Ninguna de las dos dudaba de que, si padre estuviese allí, todo sería diferente. Aunque, si padre estuviese aún con ellas, los forasteros de hecho ya no serían necesarios.

Orosia se dio media vuelta y se dirigió a la cocina donde, para mantenerla entretenida, su madre le había encomendado unas cuantas tareas como desgranar las habas de la cesta de mimbre, moler unas cuantas semillas, preparar un poco de requesón con la leche de las cabras...

Al verla entrar cabizbaja, Dulza la miró desde su rincón, pero ninguna de las dos dijo ni una palabra.

—Ven, pequeña Dulza, ayúdame —dijo Orosia ya más calmada.

Y la niña dejó la muñeca de palos de madera en el suelo, se levantó y se colocó al lado de su hermana, de pie junto a la mesa de la cocina que le llegaba a la altura del pecho. Con sus dedos menudos, empezó a desgranar una a una las habas, sacándolas con delicadeza y depositándolas en un plato hondo después. Se comió un par de ellas, pues le gustaban crudas y crujientes, y siguió con su labor en absoluto silencio. Madre nunca le permitía comer habas crudas.

Antona se plantó frente a la puerta de la alcoba y se quedó inmóvil. Con las palmas de las manos hacia arriba y los ojos cerrados, rezó una oración susurrando para propiciar que su propósito finalizara con el resultado esperado. Al terminar, se santiguó realizando la señal de la cruz en el orden inverso.

Abrió la puerta y se quedó mirando a Gabi, que yacía apenas medio consciente sobre la cama, con sus ojos medio entreabiertos vagando por algún lugar indeterminado del techo. Apenas nada le diferenciaba de todos cuantos habían pasado antes por allí; más altos, más bajos, más limpios o más malolientes, todos habían acabado bebiendo la poción de la siembra y sirviendo a sus propósitos. La vulgaridad de esos varones del mundo exterior le asqueaba siempre de igual manera, pero no había otro modo y no había otra mujer en casa Marieta capaz de llevarlos a buen término con éxito. Le desagradaba la labor hasta extremos repulsivos, pero el momento era ineludible para perpetuar la saga.

Se le acercó en sigilo y le observó de cabeza a pies con detenimiento para asegurarse de que sus condiciones eran las óptimas. Sin que él se diera cuenta, posó su mano sobre la frente bañada en sudor y comprobó que su temperatura era anormalmente elevada. Sus pupilas dilatadas en extremo y su corazón acelerado que parecía latir el doble de rápido de lo normal indicaban que el caldo había causado el efecto deseado una vez más. Todos eran tan iguales y tan predecibles, y sus naturalezas humanas tan simples y primarias...

Una vez realizadas las comprobaciones de rutina, procedió a quitarle la ropa concienzudamente, lo cual siempre realizaba siguiendo un mismo orden que ella consideraba lógico. Ese primer paso solía costarle bastante teniendo en cuenta que, una vez el caldo había potenciado su hombría, los varones nunca estaban en condiciones de poner mucho de su parte; así, le quitó primero la sudadera polar de tacto suave y mullido, la fina camiseta de algodón, y después los sucios calcetines de lana, el pantalón y, finalmente, la ropa interior térmica que

llevaba puesta, tras lo que pudo verificar con sumo agrado que los potentes efectos afrodisíacos del beleño así como del resto de componentes de su poción habían surgido plenamente su efecto.

Se arremangó el delantal y el tupido vestido de lana que llevaba y, sin dudarle, subió sobre la cama, cuya madera reseca y añeja crujió levemente. Tuvo que hacer equilibrios para no caer al moverse sobre aquel colchón desigual y lleno de protuberancias, pero finalmente encontró el lugar donde colocarse, con un pie a cada lado del forastero y mirándole de frente. Aguantándose la ropa con ambas manos, no perdió ni un segundo y se sentó a horcajadas sobre su cadera. De inmediato notó como el ardor inducido por aquel desconocido la llenaba y empezó a oscilar de arriba abajo con un ritmo imperfecto y absolutamente carente de pasión, sentimiento, lujuria.

Siguió con desgana su danza mientras él, todavía volando sobre Treume, flirteaba con las águilas. Y siguió y siguió a la vez que su calor interior también se incrementaba. Por su frente empezó a deslizarse un casi imperceptible hilo de sudor y, en una tentativa infructuosa de evadirse, imaginó que era su escoba quien la elevaba por los aires.

Afortunadamente, solo unos minutos de intentos serían necesarios, pues tales eran los poderes del caldo de la siembra.

En la cocina, Orosia y Dulza compartían un mutismo incómodo y tupido, lleno de pensamientos, de vacilaciones, de reproches. Sabían que a la saga le urgían más hembras que sustentaran los cimientos de casa Marieta; algún día, todas ellas extenderían sus ramas y la harían crecer, escalando por los centenarios muros de piedra, rebasando con creces los límites de su hogar; algún día en tiempos venideros, como decía madre, el poder de la saga sería aún mayor y reconquistaría el esplendor que tuvo antaño y que la hizo admirada y temida. Y eso sería gracias a ellas, pues en ellas yacía el regalo de la fertilidad, mediante la cual ofrendarían al Maligno a sus hembras, criaturas singulares y dotadas de poderes tan puros que no eran fáciles de hallar en otro lugar.

Algún día, sin ningún género de duda, madre yacería sobre el lecho moribunda y ellas tomarían las riendas.

Al oír el crujido lejano pero diáfano de la cama que le impactó en los oídos desde la planta superior, Orosia cesó en sus tareas y levantó la cabeza hacia arriba, atenta, colérica al pensar que su hora ya debería haber llegado hacía tiempo y aborrecía la demora impuesta arbitrariamente por madre.

Miró a su hermana, que seguía laborando con los ojos fijos en las habas sin oír nada más que el chascar de cada vaina entre sus dedos, y prosiguió ella también.

Un segundo crujido de madera reseca, y un tercero más fuerte atravesaron de nuevo el tímpano de Orosia para clavarse en su cerebro. Cómo odiaba a madre en esos momentos.

Los crujidos desde el piso superior siguieron, descompasados, hasta alcanzar finalmente un ritmo de metrónomo, monótono y constante.

Dio un golpe seco y resolutorio con las palmas de ambas manos sobre la mesa y echó una mirada rápida a Dulza, que seguía imbuida en su mundo de vainas por desgranar como si cada una de ellas ocultara un tesoro; con cada tesoro que hallaba encerrado en el vegetal, su mundo construía paredes más altas que la recluían en un interior hermético sin ruidos, ni crujidos, ni preocupaciones.

Orosia conocía a su hermana. No era momento para explicaciones que, por otra parte, se auguraban demasiado extensas para ese momento preciso. Y ella no deseaba perder ni un minuto más.

Cruzó el dintel de la puerta de la cocina, agarró su abrigo y una gorra de lana hecha a mano que se encasquetó a la velocidad del rayo y cerró la pesada puerta de madera tras de sí de manera tan sonora que temblaron los botes de la cocina que se acumulaban en fila en las sucias estanterías mientras Dulza, ensimismada, seguía extraviada en el reino de las habas.

Antona levantó la cabeza al oír la puerta de la calle cerrarse de manera tan estrepitosa. Intuía lo que estaba pasando por la mente de su hija; nadie la conocía como ella y nadie más sabía de qué era capaz Orosia. De todos modos, incluso adivinando cuáles eran sus propósitos, no se podía permitir interrumpir su empresa en ese preciso momento.

En un par de días, la prueba de los ajos que su madre le había enseñado determinaría si la simiente había germinado en ella o si debería intentarlo de nuevo. Ansiaba que terminara su labor y ansiaba que llegara la plenitud de la noche, momento en que colocaría el diente de ajo bajo su almohada y cerraría los ojos a esperar la venida de los sueños. Si todo había salido como esperaba, a la mañana siguiente su aliento no tendría ningún gusto extraño, lo que significaría que, dentro nueve meses exactos, otra hembra engrosaría sus filas.

Mientras tanto, durante los meses de espera, su máxima ocupación sería mantenerle a él con vida por si acaso. Podía ser que saliera otro varón lloroso de sus entrañas y, en ese caso, todo debería volver a empezar: más caldo de la siembra, el mismo varón o cualquier otro... o tal vez podría utilizar al forastero prendado de su hija... eso no debería suponer ningún problema.

Más tarde o más pronto, aquellos tres varones forasteros reposarían eternamente en la quietud del glaciario, pero no hacía falta apresurarse. Por si acaso.

XII

El 1 de noviembre de 1627, día de Todos los Santos, cumplió dieciséis años Catalina, hija de Sancho y Johana de casa Marieta.

Habían transcurrido siete años desde los hechos acontecidos durante la avalancha que todo lo había cambiado. Desde entonces habían pasado veintiocho estaciones, catorce solsticios y muchas pesadillas a medianoche. Con el tiempo, los hechos se le habían ido desdibujando pero no olvidando del todo y, a pesar de que entonces era solo una niña, algunas imágenes pervivirían para siempre en su memoria.

Pero ahora ya era una mujer, y eso no era cualquier cosa en el seno de la saga. Una mujer cuyo cuerpo con prisas por florecer no se tomaba la molestia de disimularlo. Una mujer más en casa Marieta que había cumplido dieciséis años, ni uno más ni uno menos.

Había estado esperando ansiosamente ese día, no porque sería considerada ya una hembra casi casadera, ni tampoco por el rosario nuevo que le había prometido su tía Guaranda, sino porque había soñado mil veces en su ceremonia de iniciación tras la cual aspiraba a convertirse en una bruja digna de la saga. El paso de los últimos meses de espera le había parecido especialmente lento, y las últimas semanas las había vivido con sumo nerviosismo. Pero ahora sí, por fin. Había llegado el momento; ya solo los días de trámite y preparativos la separaban de ello. Pronto sería la gran bruja Catalina; tan solo la ceremonia la separaba de su futuro. Estaba tan cerca... casi podía tocarlo con la punta de los dedos. Una bruja. Una gran bruja. La más excelsa de las brujas. Sabía que podía llegar a serlo y, más allá de desearlo con todas sus fuerzas, confiaba firmemente en que algún día lo sería y se la recordaría como tal en tiempos venideros, cuando sus huesos ya no fuesen más que polvo mecido por el viento; todos le rendirían pleitesía, sus nietos y los nietos de sus nietos conocerían su nombre y lo pronunciarían con respeto y admiración, y sus aportaciones a las artes ocultas rebasarían las fronteras de su Treume natal e incluso se propagarían como un eco ensordecedor que no cesaría hasta traspasar las fronteras de la comarca y llegar a Zaragoza, Teruel, Navarra, el sur de Francia...

Tal y como marcaba la tradición, debía esperar al mes siguiente, a las doce de la noche del día de Nochebuena; esa era la fecha en que las ceremonias de iniciación de todas las aprendices de la zona y de más allá tenían lugar. La espera de trámite, sin embargo, pasó pronto, pues la mantuvieron ocupada a todas horas con extensas indicaciones geográficas por parte de su padre, de su tía, de su madre... más y más explicaciones en que las dos mujeres le narraron al detalle sus ritos de iniciación respectivos, muchos ciclos lunares atrás... y, entre tantas palabras que ya sabía de memoria, se encargaron entre todos de los preparativos necesarios. Hasta que el tan ansiado momento de la partida finalmente llegó.

Aún de noche, Johana le envolvió víveres para el camino en un pequeño fardo de tela que ella guardó con cuidado: unos trozos de costilla de cerdo en aceite, un chusco de pan, algunos

frutos secos y tres huevos duros con la cáscara. No le haría falta acarrear agua, pues la ruta transcurría casi en su integridad siguiendo el curso natural de un par de ríos, excepto en su tramo central. Tía Guaranda, por su parte, le dio un ungüento a base de hojas de beleño, árnica y grasa animal que ella personalmente le había preparado por si se lastimaba durante el trayecto; nunca se sabía lo que podía acontecer.

Su madre le palpó con cuidado el bolsillo del delantal para cerciorarse de que el amuleto de protección que le había entregado la noche anterior se mantenía en su sitio. Allí, bajo sus varias capas de abrigo que la engordaban hasta darle la apariencia de un ser amorfo, el amuleto confeccionado con un ramillete de muérdago y hierba de San Juan estaría bien protegido y ampararía a la niña a la hora de llevar a buen término su importante ceremonia.

En el otro bolsillo, el mapa que su padre había dibujado con tinta de hollín y vinagre sobre una piel curtida estaba a salvo de las inclemencias del tiempo. Era sencillo llegar a Plan con cuatro explicaciones sucintas, pero el bueno de Sancho aún veía a Catalina como la niña desvalida que saltaba sobre su regazo frente a la lumbre los días de lluvia. Ninguna ayuda paterna estaba de más.

—Cuando llegues a Chía, niña, ve a casa de tus amadas tías, justo a la entrada del pueblo. Estarán aguardando tu venida. Allí podrás pasar la noche caliente y resguardada de las tinieblas, al amparo de lobos y otras alimañas, y te darán de comer buenas viandas. ¡Son buenas cocineras, tus tías! —le dijo su padre mientras la agarraba por los hombros y la zarandeaba enérgicamente con cada palabra.

—Sí, sí, padre —respondió ella, ansiosa por emprender su camino.

—¿Tienes los ojos del gato? —le preguntó tía Guaranda para asegurarse.

—¡Claro, tía! ¿Cómo iba a dejarme lo más importante?

Se apretó mejor las varias capas de ropa, pues esa madrugada estaba helando y los tejados de las casas del pueblo eran una procesión de carámbanos enormes. Encima se colocó una gruesa y maloliente piel de cordero a modo de capa y, para finalizar, se cubrió la cabeza con una gorra de piel vuelta medio raída que había pertenecido a su madre en sus años de pubertad, cuando ella misma había pasado por su período de aprendizaje.

La Peña de la Bruja de Plan, donde tendría lugar la iniciación, estaba en el corazón del valle de Chistau, a dos jornadas de viaje siempre y cuando se llevase un buen ritmo; ella no tenía la corpulencia de los varones y no estaba muy avezada a marchar durante largas distancias, por lo que sabía que no podía perder más tiempo. Por otra parte, estaba ansiosa por ser un miembro de la saga con todas sus consecuencias, obligaciones y derechos, ansiosa por pertenecer a ella plenamente y no como una aprendiz, y por tomar parte en el trueque de conocimientos para empaparse de ellos como la tierra porosa bajo la lluvia.

Su madre cerró la puerta tras ella con un “Buen viaje, y honra a nuestra familia”, un gesto de despedida con la mano izquierda y una sonrisa atenuada por la normal preocupación y que apenas fue visible a esas horas en que el sol todavía no había empezado a despuntar.

A partir de ese momento, Catalina sabía que estaba sola frente a los elementos y el azar; según la usanza de la familia, la aprendiz debía recorrer en solitario el largo trecho que separaba Treume y Plan, y aprender a hacer frente de la mejor manera a todas aquellas contrariedades que

pudiese hallar en su recorrido iniciático. Al fin y al cabo, una futura bruja no podía amedrentarse fácilmente ante nada y debía hacer uso de sus conocimientos en beneficio propio si la coyuntura lo requería.

Catalina giró la cabeza para echar una rápida pero intensa última ojeada a su hogar. Cuando regresara a casa Marieta, nada sería lo mismo y la niña que había partido esa mañana de diciembre sería un vano recuerdo del pasado.

Transcurridas dos horas desde que abandonara Treume, divisó las primeras casas de Benasque, con *chamineras* humeantes como en su pueblo e iguales carámbanos de hielo colgando amenazadores de los inclinados tejados de pizarra. Era el lugar más alejado de su aldea que creía haber visitado nunca. Sin embargo, al ver la silueta de las iglesias de Santa María la Mayor y de San Martín recordó vagamente que ya las había visto de pequeña en una ocasión en que su padre la había llevado allí al mercado, solo que ahora sus dimensiones no le parecieron ni de lejos tan descomunales y pensó que su modesta iglesia cuyas campanas parecían cantar risueñamente en lugar de repicar no tenía nada que envidiarles.

Cruzó el pueblo sin perderse detalle de las casas, los comercios, los carros, los pajares... la posada le llamó especialmente la atención. Unas casas y unos cuantos patios con gallinas y cabras más allá, la botica le pareció un lugar mágico, pues desde su vitrina se veía su interior absolutamente atestado de botes de cristal y porcelana con contenidos misteriosos y que despertaron su imaginación. Sabía de la existencia de la botica porque el cura del pueblo había bajado a por remedio para algún vecino en diversas ocasiones, pero nunca había imaginado que el lugar estuviese tan repleto de utensilios desconocidos para ella, como los grandes alambiques de cobre o algunos más pequeños de cristal, inquietantes y extraños. En la penumbra de la botica, el apothecario, que en Benasque también solía ejercer de especiero, estaba moliendo unas bayas negruzcas en su enorme mortero de mármol blanco. La curiosidad de la niña aumentó hasta límites tentadores, pero tampoco se detuvo esta vez a mirar con más detenimiento.

Al pasar por delante del herrero, que estaba trabajando a pecho descubierto a pesar del frío cortante, devolvió el saludo a un par de ancianos que la miraron sorprendidos y siguió andando. Casi a la salida del pueblo, se vio obligada a pararse ante los ávidos intentos de conversación de una mujer entrada en carnes que barría la calle frente a su casa; a la pregunta de “¿Y tú de quién eres?”, ella respondió apresurada “Soy Catalina de casa Marieta, de Treume” y ni se paró para esperar la siguiente frase. La mujer se santiguó en cuanto oyó su respuesta, musitó algo en voz baja y no la perdió de vista hasta que su diminuta figura se fundió con el horizonte en dirección a Eriste.

Su paso por este pueblo y por Sahún fueron igual de rápidos, sin explicaciones a los vecinos que sentían curiosidad por saber quién era esa niña que deambulaba sola por las montañas sin dirección por ellos conocida. Algún cuchicheo tras su paso, algún breve saludo devuelto con clara apatía por su parte y alguna mirada preguntona fueron todo el rastro que dejó tras de sí.

Eriste, igual que Sahún y Benasque, estaban plagados de *chamineras* rematadas por *espantabrujas* variopintos; aquí era una figura humana, allí una bola, más allá la pequeña estatua pétreo de un gato... por doquier era evidente el recelo que despertaban las criaturas de su clase. También le fue imposible, desde que saliera de Treume, ignorar las tenazas abiertas colgadas

sobre las puertas de madera de boj; apenas había encontrado un par de casas por el momento que careciesen de éstas. Si bien pensó que el sentimiento de animadversión entre los habitantes del valle y ella era recíproco, no les culpó; después de todo, las creencias de todos ellos sobre brujas estaban tan arraigadas como las suyas propias en las artes mágicas. Sabía que a aquellas figuras colocadas sobre las *chamineras* se les suponía la capacidad de evitar la entrada de maleficios y del mal de ojo en los hogares, si bien ni ella ni ningún miembro de casa Marieta lo compartían, por supuesto. También era conocedora de lo que las tenazas significaban, pues al fin y al cabo había crecido con ello; los vecinos de Treume también solían colocarlas cuando la noche caía, colgadas en sus puertas y abiertas haciendo la señal de la cruz para alejar a las personas como ella. Su padre también le explicó en una ocasión que, antes de acostarse y tras apagar el fuego de la lumbre, muchos de ellos dibujaban una cruz sobre las cenizas aún calientes. Ninguna precaución estaba de más para evitar que una bruja entrara volando con su escoba a través del tiro de la chimenea o para alejar un encantamiento que podía resultar fatal. Qué ingenuas y necias le parecían a veces las gentes que la rodeaban...

Al pasar frente a la última casa de Sahún se fijó en el llamador de la puerta. Al principio no reconoció de qué se trataba, hasta que de repente cayó en la cuenta. Para su sorpresa, tenía éste una clara forma de miembro viril que la desconcertó sobremanera; en su pueblo, todos los símbolos para ahuyentar a las de su especie solían ser figuras vegetales como bellotas o tréboles, pero no aquello... Notó como la sangre ascendía de inmediato hasta sus mejillas heladas para agolparse en ellas y se sonrojó, tras lo cual aceleró el paso, incómoda, hasta perderse en la lejanía.

Con el río Ésera medio helado haciéndole compañía, se sentó sobre una gran roca bajo un pino a descansar un poco y a masticar con inapetencia un trozo de pan. Tenía más afán por llegar a su destino que hambre, por lo que apenas dio dos bocados. Un nudo en el estómago le impidió comer nada más aunque sabía que debía hacerlo y, sin pensarlo dos veces, decidió prescindir del alimento y seguir andando.

Volvió a envolver las provisiones y las guardó con cuidado. Se levantó y acarició el amuleto con la mano; sí, se mantenía en su sitio. Antes de reanudar su viaje, Catalina oteó a lo lejos, tras de sí, y sintió cierta desazón al darse cuenta de que ningún paisaje le resultaba ya conocido.

A las cinco de la tarde empezó a anochecer, principalmente debido a que las altas montañas de la zona habían empezado ya a ocultar el sol, bajo sobre el horizonte. Debía darse prisa, o las tinieblas la alcanzarían antes de llegar a Chía.

Al poco rato, las primeras estrellas empezaron a despuntar con decisión en el cielo nítido sobre su cabeza mientras una soberbia luna llena brotaba en todo su esplendor por el este tras las crestas de las montañas más altas. Alzó los ojos hacia ese espectáculo de la naturaleza que tanto amaba contemplar y halló sin ningún problema la constelación de Orión, con su forma inconfundible de mariposa que revolotea por el firmamento. De un extremo a otro, cruzando el orbe celeste, el blancuzco y brillante Camino de Santiago la fascinó también como siempre lo hacía. No pensó en los lobos, en los salteadores de caminos ni en los muchos peligros de los cuales su padre la había advertido; bajo su techo estrellado, se sentía absolutamente a salvo.

Había pasado tantas y tantas noches siguiendo atentamente el dedo índice de su madre mientras le señalaba las mil y una estrellas con sus nombres, sus constelaciones dibujando formas imaginarias, sus historias reales y sus relatos inventados...

Dejó que una luna deslumbrante la guiara y siguió andando, dejando atrás los planos del valle de Sositania para empezar a ascender por el camino que llevaba a Chía. Para llegar al valle de Chistau, debería esperar hasta la jornada siguiente.

—¡Por la Gloria de Dios bendito! ¡Venid a ver esto! ¡La pequeña Catalina ha venido a visitarnos!

Muchos pasos más tarde, bajo el resplandor de la luna llena y sin apenas darse cuenta, de la primera casa humeante de Chía una mujer salía corriendo hacia ella y la abrazaba con tanto vigor que la niña apenas podía respirar.

A ella se unió otra mujer igual de entusiasmada y, tras ella, dos hombres corpulentos, barbudos y con un penetrante olor a sudor que nadie más que ella parecía percibir. Finalmente, siete u ocho niños gritones de desigual estatura se unieron a la piña que se agolpaba a su alrededor como si su visita fuera el acontecimiento más esperado en la localidad durante siglos. Y, teniendo en cuenta la quietud que imperaba por doquier, tal vez lo fuera.

Observó mejor a los niños y se sorprendió al advertir su estado de suciedad, con mocos secos colgando bajo sus narices menudas y las ropas embarradas y con chorretones de comida grasienta sobre el pecho y la barriga. Le vino a la mente el refrán que solía repetir tía Guaranda: “De tales tierras, tales nabos; de padres cochinos, hijos marranos”, y tuvo que hacer un gran esfuerzo por aguantarse la risa.

Una vez dentro de la casa, las tías y su familia resultaron ser gente gratamente afable, mucho más dicharachera y dada a la risa que los habitantes de casa Marieta. Todos ellos estaban sucios y se mostraban despreocupados con todo, pero nunca en la vida había oído ella tales carcajadas de felicidad, salvo cuando éstas eran inducidas por algún brebaje de su madre. Le sorprendió la facilidad con que la sonrisa elevaba la comisura de los labios de sus parientes ante cualquier situación fuera de lo habitual y también la suma gentileza con que se trataban los unos a los otros, con la excepción del hijo mayor, de unos quince años, que permanecía sentado en un rincón oscilando de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante rítmicamente, sin mediar palabra, sin apenas pestañear y sin sonreír. Al contrario que sus hermanos, las ropas de ese ser de mirada inerte estaban impolutas, posiblemente porque nunca se movía de allí o salía al exterior, lo cual se evidenciaba igualmente en su tez extremadamente blanca, casi traslúcida.

—Es el bueno de Ramiro, no te preocupes, un ser puro e inocente. Dios nuestro Señor, con su misericordia infinita, le reserva la felicidad para el otro mundo, no para éste —le explicó la mayor de sus dos tías—. El cura dice que está embrujado... ¡Tonterías! Tú y yo sabemos que eso no es posible, ¿verdad, Catalina? Yo creo que es porque se me resbaló y dio de bruces con el suelo nada más parirle. Estaba bañado en sangre... yo era primeriza y tuve que hacer frente sola a todas las labores de parto... Verás, es que la comadrona estaba acompañando a su marido en sus últimas horas ya que estaba en cama agonizando por la peste. Así que, nada más abandonar mis entrañas,

cayó al suelo con un ruido breve y húmedo; al momento paró de llorar... y así ha seguido hasta ahora, ausente y en un total mutismo.

—Pero... —dijo Catalina con apenas un hilo de voz y cara de angustia.

—Tranquila, mi niña, no te aflijas por él. Ramiro no sabe que no es feliz. Si nunca ha conocido la dicha, ¿cómo va a echarla de menos? —concluyó la tía zanjando la cuestión.

Aquella noche, la niña cenó como hacía tiempo que no cenaba y, desde el puchero de nabo, col, morcilla y panceta, pasando por la oreja de cerdo con judías, hasta el trozo de queso de cabra que acabó de colmar el último milímetro vacío de sus intestinos, no dejó de sonreír.

La acomodaron en la planta baja de la casa, que estaba reservada a las bestias puesto que en la planta superior no cabía ni una ánima más y no quedaban camas por compartir; así, en el rincón más alejado de la puerta de la entrada, al lado de la mula, dispusieron una manta sobre la paja y le dieron otra para cubrirse. Allí, junto al animal, se mantendría caliente y estaría cómoda. Con el cansancio acumulado y la panza llena, Catalina se durmió en cuanto cerró los ojos, pero la suya no resultó de ninguna manera una noche apacible, pues diversas pesadillas la despertaron nerviosa y sobresaltada: una manada de lobos de ojos inflamados y fauces hambrientas, los niños de Treume que nunca habían querido ni tan siquiera dirigirle la palabra... pero, entre todas ellas, la pesadilla que llevaba reiterándose durante años y en la cual repasaba una y otra vez la avalancha de 1620 y el sabor mantecoso y dulzón a recién nacido que a veces aún parecía conservar en su paladar.

Se despertó con el canto del gallo, anhelante de nuevo por llegar cuanto antes a Plan. Se rascó las piernas, que le picaban, aunque por mucho que rascara y rascara la comezón no parecía disminuir sino acrecentarse, y después los brazos, que acabaron rojos y casi en piel viva tras pasar por sus uñas mal cortadas y sucias. Se palpó la cara, que parecía estar hirviendo, y se dio cuenta de que sus párpados estaban levemente hinchados.

Se rascó febrilmente todo el cuerpo e incluso bajo la ropa, en las axilas y en sus partes pudendas, e interpretó finalmente que estaba por completo cubierta por centenares de picaduras de chinche, tras lo cual respiró hondo, se serenó y sacó el ungüento de su tía que había menospreciado hasta entonces. Se quitó toda la ropa, se alejó de la paja y, tiritando de frío hasta rechinarle los dientes, untó una a una sus picaduras con infinita paciencia.

Se alegró de abandonar Chía, que le había dejado un sabor agridulce, se acomodó bien sobre el cuerpo la piel de cordero y miró hacia delante, donde el puerto de Sahún la estaba esperando a lo lejos repleto de nieve.

En el fondo agradeció el frío que mantenía todo su pequeño cuerpo aterido y en un estado de leve entumecimiento, pues de esa manera el efecto de las picaduras de las chinches le resultaba menos notorio.

Ascendió y ascendió con el ánimo renovado por aquel sendero primero pedregoso y pronto con una capa de nieve que espesó por segundos hasta llegarle a la altura de las rodillas. A su derecha, la perenne presencia de la cascada de Barbarizia era una masa helada que caía lánguidamente sobre el valle a sus pies, dejando pasar apenas un hilo de agua en estado líquido que se escapaba del Ibón Chicot de Barbarizia, ya cerca de las cumbres más altas.

Llegó un momento en que la vegetación empezó a escasear debido a la altitud y enseguida también los árboles desaparecieron, dando paso a unos parajes imberbes y desangelados bien distintos de los bosques frondosos y plagados de mil plantas que ella conocía. Por un momento se sintió sola y desvalida en medio de aquella grandiosidad que la desbordaba, pero el pensamiento se esfumó con la rapidez del rayo.

Unas horas y un nuevo trozo de pan medio seco después, llegaba a la parte más alta del puerto, lo que significaba que a partir de entonces el camino se suavizaba. Andar sobre la nieve, sobre la cual se hundía una y otra vez, era extenuante, pero a partir de ese punto su ruta discurriría apaciblemente entre tupidos bosques menos nevados hasta llegar a Plan, donde su ansiada peña la estaba esperando.

Frente a ella, ligeramente a la izquierda en dirección al otro valle, le fue fácil ver las casas del pueblo de Chistau y, como telón de fondo, las escarpadas montañas en la lejanía: el Monte Perdido, el pico Añisclo, La Munia...

El camino desde lo alto del puerto hasta Plan, mucho más abajo, serpenteaba sin cesar, se retorció arbitrariamente y adoptaba caprichosos virajes sin sentido aparente pero que eran necesarios para salvar los continuos desniveles. Descendió con relativa alegría, saboreando el bello paisaje que ya su padre le había descrito con todo detalle y donde el verde más puro de los altísimos abetos se entremezclaba formando un potaje perfecto con el blanco immaculado de la nieve.

Tuvo que detenerse en varias ocasiones, insegura de la dirección a seguir, pues el sendero se hallaba borrado en algún segmento debido sobre todo a la incesante erosión de la lluvia, el viento y la nieve que hacían desvanecer continuamente su trazado.

Tras unas cuantas horas en que las fuerzas empezaron a flaquearle, una pequeña columna de humo en la distancia hizo que su corazón diera un salto y sus pasos se aceleraran hasta casi correr. Ante sus ojos, las primeras casas de Plan y el campanario de la iglesia románica de San Esteban asomaban con claridad.

Como Catalina deseaba estar presentable ante tan importante acontecimiento en su vida, decidió perder unos minutos y acercarse hasta el Cinqueta, que discurría junto al pueblo atravesando el camino, y cuyas aguas cristalinas estaban medio heladas. Pese al frío que hacía, se quitó la parte superior de su indumentaria y se lavó bien la cara, las axilas, los brazos y las manos. Le sentó bien el frescor del agua sobre las picaduras de chinches, que mostraban ya mejor aspecto debido al ungüento. A continuación, se volvió a vestir apresuradamente y se peinó el pelo con los dedos todo lo bien que pudo.

Cruzó el río, se quedó plantada a la entrada de Plan y examinó con detenimiento los alrededores buscando ávidamente el perfil de la Peña de la Bruja que su padre le había dibujado con carbón sobre el muro del patio para que pudiese reconocerla con facilidad. Puesto que no podía ir y preguntar a los vecinos del pueblo y no tenía ninguna intención de que su presencia resultara notoria en exceso, empezó un barrido visual de derecha a izquierda, analizando cada roca, colina y montaña de los alrededores hasta que, finalmente, se le ocurrió darse la vuelta y, justo a la derecha del camino por donde había venido, a las afueras, logró finalmente identificar sin ninguna duda su silueta. Ésta estaba formada, de hecho, por dos grandes lenguas de roca, una

mayor que la otra, separadas del resto y que se izaban desde el suelo junto a la montaña, a la que estaban unidas tan solo por la parte posterior. De un bonito color grisáceo cuyo tono se hallaba precisamente en el punto medio entre el gris claro y el oscuro, la peña apenas albergaba vegetación, con la excepción de algún matorral que se aferraba con dificultad a los pocos salientes. Se la quedó mirando con detenimiento y le recordó dos ubres de cabra invertidas.

Tras esta constatación, empezó a avanzar hacia ella con cuidado, pues el terreno estaba plagado de ortigas; tras su largo recorrido desde que saliera de Treume, la breve distancia que la separaba de su destino final le pareció a Catalina un brinco de saltamontes.

La Nochebuena se acercaba, las tinieblas estaban ya cayendo sobre el valle de Chistau, y allí estaba ella, en el lugar preciso, en el día del año exacto, sin saber qué hacer. Las campanas de la iglesia de Plan habían tocado las siete de la tarde, por lo que la espera hasta la medianoche sería larga. Nerviosa en extremo, buscó un lugar llano y no muy alejado para sentarse y comer un poco; le hacía falta reponer fuerzas. Esta vez sí devoró la costilla de cerdo acompañada con pan, uno de los huevos duros y un buen puñado de frutos secos. Se limpió la boca con la manga y apoyó la espalda en el tronco del abeto que tenía detrás.

Sin saber qué más hacer, sacó de entre sus ropas el pequeño saco de tela atado con un cordel que contenía los ojos del gato negro envueltos en un paño. Recordó con qué facilidad le había sacado los ojos ella misma dos días antes, y cómo había llorado su hermana más pequeña al ver al pobre animal sobre la mesa de la cocina, con las cuencas oculares vacías y su pequeña cabeza peluda bañada en sangre.

A continuación, mientras el tedio empezaba a adueñarse poco a poco de ella, se reclinó mejor hasta acabar prácticamente tumbada en el suelo; se tapó bien con la piel de cordero, agarró fuertemente el saco de tela con la mano derecha y, a pesar de su impaciencia y del frío, cerró los ojos y se puso a esperar que las horas pasaran y llegara el momento.

Antes de sucumbir al sueño y acabar durmiéndose en contra de su voluntad, creyó oír una lechuza en las ramas que el árbol extendía sobre su cabeza.

—Despierta Catalina. Regresa de tu ensoñación, dulce Catalina. Te estaba esperando.

La mujer que acababa de desvelarla de manera tan afable no le parecía una adoradora del Diablo de ninguna de las maneras. De semblante risueño y exquisitas facciones entre el pelo perfectamente liso que enmarcaba su cara, no se asemejaba a lo que ella había imaginado a partir de los relatos de su madre y su tía; las brujas del conventículo de Plan no podían ser tan cándidas y encantadoras. Por otra parte, pensó, las mujeres de casa Marieta tampoco se ajustaban a lo que el resto de humanos buscaba identificar en una bruja: sin verrugas en la nariz, sin símbolos maléficos en lugares no visibles de su cuerpo, sin amuletos luciferinos colgados del cuello... Sí, la mujer podía perfectamente ser una de ellas.

—¿Te extrañas de mi apariencia? Nuestro exterior es tan solo un atuendo con que engalanar nuestra alma, mi dulce niña, y a mi... ¡a mi me ha tocado el traje de los domingos! —dijo la mujer mostrando una amplia sonrisa.

—¿Estás sola? —le preguntó Catalina.

—Sí. No nos es menester nadie más.

La bruja agarró a la niña de las manos y la hizo avanzar unos metros hasta situarla justo al pie de la peña, que se erguía orgullosa sobre su cabeza. A continuación, encendió un amplio círculo de gruesas velas rojas a su alrededor cuya llama empezó a bailar al ritmo de la gélida brisa, dando al lugar una apariencia extraña y fantasmagórica. El búho cantó de nuevo.

Una vez hubo terminado con la última de las velas, trazó en su interior un círculo en el suelo con unos polvos blanquecinos hechos a partir de hueso humano molido que sacó de una bolsa de cuero y que fue esparciendo con la mano con gran concentración. Catalina no se perdía detalle y estaba en un estado de expectación tal que el roce del aleteo de un mosquito hubiese bastado para hacerle dar un brinco. Justo cuando la mujer acababa de trazar el último palmo de círculo, la iglesia del pueblo tocó pausadamente las doce de la noche, y el eco de sus campanas rebotó de una montaña a otra hasta acabar fundiéndose con el vacío de la noche.

La mujer entonces alargó su mano derecha con la palma hacia arriba; ese movimiento bastó para que Catalina lo entendiera, le diera la suya y siguiera su sutil invitación hasta el interior del círculo. Con la otra mano se arremangó las vestimentas para no rozar el polvo blanco al entrar, y penetró en el trazado mientras la mujer permanecía fuera.

Acto seguido, la bruja inspiró todo el aire que pudo y, elevando los brazos hacia el firmamento, exclamó con todas sus fuerzas:

“¡Mi amado Señor de los avernos, aquí os traigo humildemente una nueva vasalla! Aceptadla y acogedla para hacerla comulgar con vuestra infinita sabiduría, para el bien o para el mal, hasta el fin de sus días en que el pelo se le desprenda y sus carnes se pudran bajo una lápida”.

A continuación, el silencio lo invadió todo de nuevo.

Llegado ese momento, Catalina sabía que el resto del ceremonial era cosa suya. Suspiró, notando como el frío de esa Nochebuena calaba en su interior sofocado y, con máxima concentración, extrajo el saco de tela y lo abrió. Sacó los ojos del gato negro del paño que los envolvía y que había adquirido un tono parduzco debido a la sangre seca. Mirando a la mujer en búsqueda de una señal de beneplácito que no llegó, los depositó en el suelo frente ella, mientras el murmullo de un Credo rezado al revés como exigía la ocasión se fue elevando en intensidad:

“Néma.

.anrete adiv al y
enrac al ed nóiccerruser al
,sodacep sol ed nódreple
,sotnas sol ed nóinumoc al
,acilótaC aiselgl atnas al
,otnaS utirípse le ne oerC
.sotreum sol a y soviv sol a
ragzuj a rinev ed ah illa edseD
.osoredopodot erdaP,

soiD ed ahcered al a odatnes átse y
 soleic sol a óibus
 ,sotreum sol ertne ed óticuser aid recet la
 ,sonreifni sol a óidnecsed
 ,odatlupes y otreum
 ,odacificurc uef
 ,otaliP oicnoP ed redop le ojab óicedap
 ,negriv aíraM atnaS ed óican
 ,otnaS utirípsE led aicarg
 y abro rop odibecnoc euf euq
 ,roñeS ortseuN
 ,ojih ocinú us ,otsircuseJ ne oerC
 .arreit al ed y oleic led rodaerc
 ,osoredopodot erdap ,soiD ne oerC”

Cuando la mujer hubo terminado, escupió tres veces en el suelo, hizo la señal de la cruz en el orden inverso y alargó la mano de nuevo a Catalina para invitarla a salir del círculo.

—¿¿Y ya está?? —preguntó la niña, sorprendida.

—¿Y qué más querías? —preguntó la mujer, igualmente sorprendida por la pregunta—. A partir de ahora, ya no eres una aprendiz sino una bruja de pleno derecho; hechicera, *ponzoñera* experta en venenos, sanadora de todo tipo de males del cuerpo humano, santiguadora, *fetillera*... lo que tú desees y lo que tu naturaleza peculiar te permita. Eres libre de utilizar tus poderes para el bien o para el mal; puedes ser recordada como una bruja benévola, o como una pesadilla que desvele a varones y hembras por igual en leguas a la redonda; tú dispones qué camino debes emprender. Pero intenta honrar siempre a casa Marieta, dulce Catalina, y evita ser expuesta... tanto como debes evitar las cruces junto a los caminos.

—¿Volveremos a vernos?

—No lo dudes. Será en el solsticio de primavera, en las eras de Tolosa, el mejor aquelarre, a mi entender. Allí conocerás a otras mujeres como nosotras y también a algún que otro brujo; encontrarte con otros seres de tu clase que no sean de tu familia seguro que te complacerá.

—¿¿Yo... voy a ir a un aquelarre?? —preguntó sorprendida.

—Tú... y yo... todas nosotras...

—Pero... ¿qué haremos allí?

La mujer se la quedó mirando antes de responder. Aquella criatura tenía todavía tanto por aprender...

—Pues... verás... en primer lugar, y como parte obligada e invariable del ritual, empezaremos con el *osculum infame*; el Diablo, ser con patas de cabra y cuernos de carnero, lo

recibirá como señal inequívoca de respeto y adoración.

—¿... y eso qué es? No lo he oído nunca...

—Un beso al Diablo, niña, pero no en la boca precisamente...

—¿En la mano, entonces? —preguntó esperando obtener una respuesta afirmativa.

—No...

—... entonces... ¿en la mejilla? —preguntó de nuevo, vacilante.

—¡En el culo, pequeña Catalina! ¡¡En el culo ni más ni menos!! —respondió la mujer justo antes de estallar en una sonora carcajada ante la explícita mueca de asco que la niña no pudo reprimir.

—Pero...

—No te preocupes —le dijo con una sonrisa tranquilizadora—, la primera vez límitate a hacer lo mismo que los demás; de todos modos, una bruja como tú sabrá cómo debe actuar en todo momento. Ya que deseas saberlo, te seguiré explicando... Tras mostrar nuestros respetos a nuestro Señor y Amo del Averno, comeremos succulentos manjares hasta devolver y beberemos vino con miel y especias en las cantidades que gustemos, dulce niña. Después... después danzaremos al son de los tambores, al ritmo de la música más frenética y desenfrenada que habrás oído en toda tu vida, hasta que el ritmo de tu corazón se acelerará, tus entrañas y las del resto de brujos y brujas vibrarán al unísono, y ya nada más que ese momento y ese lugar existirán para ti. Una vez finalizadas las danzas y, para culminar nuestro aquelarre, untaremos nuestro estómago y nuestros pulsos con un ungüento de polvos de sapo y amanita y nos elevaremos por los cielos con nuestras escobas, poseídos por la embriaguez de nuestro poder y sedientos de engrosar nuestra sabiduría con todos los conocimientos del universo. Volaremos sobre valles vírgenes, cascadas no vistas por ojo humano, sobre las nieves glaciares que nunca se derriten... y sobre las villas más recónditas, donde los aldeanos nos señalarán con el dedo y colocarán en sus puertas tenazas abiertas en forma de cruz. Y te sentirás poseedora de un poderío sin fin, dulce Catalina... y tu alma estará plena y dichosa como nunca antes. Finalmente, nuestro Señor Satanás, gozoso de tenerte a ti como nueva bruja que engrosará nuestras filas, te tomará salvajemente y cabalgará sobre ti durante horas sin fin hasta que te duela la entrepierna, hasta que los rayos del sol quemem tu cara y te desvelen de tu éxtasis.

Ante tal abrumadora perspectiva, Catalina se despidió de la mujer con tan solo un gesto de la mano y emprendió su largo camino de vuelta. Realmente, ahora sí tenía el convencimiento de que nada en absoluto volvería a ser como antes.

XIII

Orosia flexionó los nudillos, ateridos por el frío, y llamó con cuidado a la puerta de la casa de mosén Medardo. La casa no era nada del otro mundo y estaba en igual estado de deterioro que el resto del pueblo, pero la suya, a diferencia de las demás, estaba construida con ladrillo en lugar de piedra y parecía no ser tan antigua. Sus contraventanas no encajaban, pero tampoco se caían a trozos; sus paredes seguían aceptablemente rectas y sin apenas grietas, y su chimenea permanecía en pie.

No era de extrañar. Después de todo, era la casa más nueva del pueblo, la única de hecho que se había construido desde hacía siglos. La antigua casa de la rectoría había sido destruida por un incendio de causas inciertas al igual que la anterior, cuyas vigas de madera colapsaron repentinamente dejando al cura de esos tiempos moribundo y atrapado en vida. Y al igual que la anterior a ésta, cuyas paredes se habían derrumbado de forma súbita sobre su único habitante, plegándose como el papel en cuestión de segundos... como la primera casa que se construyó allí, junto a la iglesia, al mismo tiempo que a ésta se le colocaba la primera de sus dos campanas; esa primera casa de siglos atrás desapareció tras un corrimiento de tierra que la borró del mapa de manera tan fulminante como a su morador, que tres días más tarde encontraría asimismo su muerte bajo el peso de la campana.

Los vecinos nunca opinaban al respecto y nunca lo habían hecho, y siempre invariablemente atribuían la desgracia a la mala suerte, a la naturaleza, al destino... Otro mosén muerto... qué mala suerte... pero si Nuestro Señor lo había querido así...

Mirando siempre hacia otro lado, su ignorancia llevaba siglos coexistiendo hipócritamente con el temor más exacerbado, por lo que nadie osaba hablar del tema si bien todos sabían que eran ellas las culpables. Ante sus ojos que se cerraban en el momento justo, sin querer aceptarlo, generaciones y generaciones de hembras de casa Marieta habían estado maquinando la manera más efectiva de destruir a esos representantes de Dios en la tierra. Eran ellas. Siempre ellas.

Al no obtener respuesta, la muchacha llamó a la puerta nuevamente, esta vez con un poco más de énfasis. No era su intención ser oída por los dos forasteros que, aun sin haberlos visto, intuía que se estaban resguardando en el interior de la iglesia.

Por un momento le pasó la imagen de Leo por la cabeza pero rápidamente fue barrida por la visión de lo que le esperaba a éste en un futuro inmediato o lejano. Solía no importarle lo que les pasara a ellos, pero en esta ocasión la perspectiva de los cuerpos chocando contra el fondo del glaciar la incomodó ligeramente, lo cual aún la incomodó más, pues sabía que no debía encariñarse con esos seres venidos de más allá de su valle. Alguien así nunca encajaría en su mundo, al igual que ella acabaría marchitándose en el suyo, donde tenía la certeza de que sus artes y su naturaleza especial nunca serían comprendidas y toleradas. Ella no había escogido ser así; ella nunca podría decidir abandonar la brujería, pues ésta no era una opción personal que podía adoptarse o despreciarse a antojo; la brujería era parte de ella como las uñas o el hígado. Orosia había nacido bruja y moriría bruja, como todas las mujeres de casa Marieta, pues ese don se

llevaba en la sangre y no podía ignorarse por voluntad propia. Sin la presencia omnipresente de su don, ella no comprendía la vida.

Consciente de quién era y qué tipo de vida le había reservado el destino, apartó a Leo de sus pensamientos.

El mosén tardó unos cuantos minutos en bajar y finalmente abrió la puerta mientras se acababa de arreglar la sotana, pues ya estaba a punto de acostarse. Le gustaba ir a dormir cuando las tinieblas caían sobre Treume y levantarse pronto, incluso antes de que el alba empezara a iluminarlo todo con las primeras luces indecisas de la mañana. Era en esos momentos cuando su espíritu hallaba el sosiego que a veces escaseaba durante el día, cuando ellas aún dormían, cuando era simplemente un hombre que daba la bienvenida a un nuevo día. Un hombre y nada más.

—Niña... pero... ¿qué haces tú aquí a estas horas? —le preguntó mosén Medardo con un tono que no podía disimular el recelo.

Era solo una niña camino de ser mujer pero él sabía de sobras que no debía menospreciar su naturaleza; Orosia era tan poderosa como su madre y parecía tener el doble de maldad y de odio en su interior. Su naturaleza le transpiraba por cada poro de la piel; él tenía una total certeza sobre ello, pues llevaba observando sus actos desde que había nacido.

—Debo hablar con usted. ¡Ahora!

A él le resultó extraño el tono de Orosia; en ninguna ocasión ni en ninguno de sus frecuentes enfrentamientos dialécticos la había oído hablar con tal rotundidad, y sus ojos nunca antes le habían parecido tan encendidos. No le gustaba aquella mirada que, bajo la imagen de un ser angelical y puro, dejaba ver su verdadero ser.

—Tengo que hablar con usted ahora mismo. Vayamos a las afueras del pueblo —insistió Orosia.

—Pero no son horas... y con este frío...

—¡Sí son horas! —respondió ella de manera tajante.

El hombre cerró la puerta tras de sí y empezó a seguir a la muchacha, que ya había emprendido su camino, apresurada.

Cuando ambos llegaron a la explanada del esconjuradero, tras la cual se extendía el precipicio que se abocaba sobre el riachuelo, ella se detuvo en seco y se dio la vuelta, quedándose a una distancia de él que al cura le pareció incómoda e inapropiada, por lo que dio un par de pasos hacia atrás.

—Debe ayudarme —dijo Orosia con rotundidad.

—¿Ayudarte yo, niña? Vosotras nunca necesitáis de mi ayuda, ya os bastáis vosotras solas... ¿¿en qué debería yo ayudarte??

—A acabar con madre —respondió con absoluta naturalidad.

—Estás desequilibrada, niña. ¿Te encuentras bien? —le preguntó él con la mejor de sus intenciones pues sabía que, de no ser por haber sido criada por Antona, esa muchacha sería una

persona normal, feliz, y a su edad aún poseedora de cierta inocencia infantil.

Orosia se le quedó mirando como si quisiera atravesar su cráneo y diseccionar su cerebro en busca de alguna manera de conseguir que acatará sus mandatos.

Se acercó de nuevo y él otra vez dio un paso hacia atrás.

—Madre está descontrolada. Tengo miedo de que acabe haciendo daño a alguien más que los varones forasteros.

Al oír hablar de ellos, el cura hizo una mueca de tristeza con la boca. Se le arremolinaron en la mente decenas de caras de desconocidos cuyo paso por Treume había sido como las aguas del río que fluyen marrones y espesas tras una tormenta; se enturbian hasta hacerse pastosas, fluyen velozmente barridas por el justo desnivel, desaparecen tras las últimas rocas que la vista alcanza a ver, y ya no existen. Al cabo de un par de días, las aguas del río vuelven a ser las de siempre, absolutamente cristalinas, como si la tormenta que todo se lo llevó por delante nunca hubiese tenido lugar.

Esa era una guerra que había perdido mucho tiempo atrás, cuando los numerosos intentos en vano por acabar con las prácticas de Antona le habían convencido de que su lucha debía circunscribirse a otras batallas que aún se estaban combatiendo y no malgastar sus energías en imposibles.

—No te creo, Orosia, y no me fío de ti. ¿Qué es lo que quieres realmente? Tú eres como ella, como todas... falsas, engañosas... no me cuentes...

—Madre se está apartando demasiado de nuestra senda —interrumpió la muchacha.

—¿Qué senda, la vuestra o la del resto de personas buenas y temerosas de Dios que hay en este pueblo? Vuestra senda no es la mía... Lo mejor que podríais hacer sería iros de aquí y dejarnos vivir, y dejarme vivir...

—¿Dejarle vivir? ¿Para qué? —le preguntó ella con un descaro sorprendente, mirándole fijamente a los ojos y acercando de nuevo su cuerpo al del mosén, que de nuevo dio un paso en dirección al precipicio.

—Orosia, vete a casa... —le rogó el cura, que empezaba a perder las pocas fuerzas que le quedaban tras tantos años de lucha infructuosa.

—¡¡No!! Usted me sobra —le respondió con frialdad y aumentado una vez más su proximidad corporal. Era consciente de cómo su excesiva cercanía ponía nerviosa a los hombres.

—¡Ya basta, niña! —gritó mosén Medardo, que se sorprendió a sí mismo al ver cómo había alzado tanto su tono de voz, por lo general suave y pausada.

Orosia le siguió mirando fijamente, notando cómo el nerviosismo del hombre iba en aumento, cómo empezaba a perder los nervios y a darse cuenta de que la situación se estaba descontrolando por su parte. Se siguió acercando más y más a la vez que él retrocedía un paso, y otro, y otro, y el precipicio cada vez estaba más y más cerca.

—Si no fuera por usted, el poder de nuestra saga sería pleno; dominaríamos el pueblo incluso más que ahora, y el valle... incluso los valles vecinos... sin límites. Estoy harta de sus

intentos por pararnos los pies, de sus estúpidos ritos en ese viejo esconjuradero que se cae a pedazos... ¡harta de todo! –dijo Orosia en un tono de voz más próximo al grito que al habla.

—Eso... no pasará... nunca. Vendrá otro mosén para controlarlos... –dijo él con un hilo de voz.

—No lo creo. A nadie le importa. Al fin y al cabo, nadie sabe que este pueblo existe, no sale ni en los mapas. Sin usted, a nadie le importará qué pasa con mi madre... ella no lo acepta, pero mi poder es más grande que el suyo. Nadie el Treume la echará de menos, nadie se preocupará por saber dónde está, ni tan solo por saber si sigue viva o no. ¿Quién se preocupará por madre? ¡Nadie! ¡Acabaré con ella!

—No lo harás, niña. Iré a las autoridades más cercanas y...

—¡¡No irá a ninguna parte!! Se esfumará, tendrá un accidente, un ataque al corazón... como ella. Nadie sabrá exactamente cómo, pero ambos morirán... y ningún cura oficiará su entierro. Les devoraran las alimañas y alimentarán a los gusanos antes de acabar siendo polvo. En poco tiempo, no quedará ni su recuerdo.

—¡Orosia, cállate ya y regresa a casa! –gritó el mosén de nuevo.

—Primero debo hacer algo –concluyó ella con una lentitud inquietante.

La muchacha siguió acercándose al hombre poco a poco, disfrutando con fruición cada paso que él retrocedía, masticándolo poco a poco y saboreándolo, experimentando un poder que madre nunca le dejaba utilizar. Orosia parecía una muchacha pura y salvaje, pero era perfectamente conocedora de las armas que tenía como mujer y, sobre todo, de las que disponía dada su naturaleza. Con o sin iniciación, con madre o sin ella, ella ya era una bruja.

Se retiró el pelo de la cara con ambas manos dejando todas sus hermosas facciones al descubierto, con su piel aterciopelada y sus ojos enormes, su nariz perfecta, sus labios sensuales. Y la piel de su cuello, blanca como la nieve y tan fina como el mármol, igualmente perfecta.

Por un instante, el mosén se la quedó mirando como si nunca antes la hubiese mirado realmente de verdad. Era tan hermosa... y estaba tan cerca...

Se preguntó cómo el Creador era capaz de crear tal belleza para acabar entregándola a Satanás. Dios era capaz de crear la perfección hecha mujer, el ser más puro y a la vez más tentador, el ser con apariencia más angelical y a la vez con alma más demoníaca... le resultaba imposible entender cuáles eran los propósitos de Dios al permitir su existencia. De todos modos, los designios de nuestro Señor no estaban hechos para ser entendidos por la ignorante mente humana, sino para ser seguidos con amor y fe, sin divagaciones, sin dudas.

Inspiró y, por primera vez en su vida, al mosén le llegó el inconfundible y arrebatador olor a mujer que desprendía el cuerpo de Orosia. Su calor le llenó el cuerpo de hombre y le revolvió algo por dentro que no sabía que poseía.

Pasaron unos momentos de silencio llenos de aromas, de pensamientos nunca antes pensados, de miradas más explícitas que las palabras.

Ya al borde del precipicio, mosén Medardo miró al vacío sobre su hombro y suspiró, empezando a aceptar con amargura y desesperanza que ese sería su destino final. Ellas siempre ganaban por mucho que él se esforzara; lo único que solía conseguir era poner trabas más o menos

importantes en su camino.

—¿Y ahora qué, niña? ¿Vas a matarme, como a tu padre? —preguntó él con el valor de quien ya sabe que lo tiene todo perdido.

Los ojos de Orosia parecieron encenderse aún más mientras respondía, encolerizada, elevando aún más su tono de voz y separando cada sílaba para que su respuesta fuera inconfundible:

—Yo no maté a mi padre.

—Tú y tu madre, criaturas malignas. ¿Acaso tantas pociones te han desgastado la memoria?

—Se murió... se murió y punto. ¡Nunca había tenido buena salud! —respondió con ira.

—Su salud era perfecta... hasta ese día en que le encontraron muerto en medio del bosque.

—Se le paró en corazón... nada más —respondió ella con una media sonrisa irónica.

—¿Y qué le diste para que su corazón se parara, Orosia? —le preguntó él, que llevaba años deseando formularle esa pregunta a ella o a su madre.

—Tú, viejo cura inútil, ridículo adorador de santos patéticos y de crucifijos irrisorios... ¡no sabes nada!

—Pues entonces... ¡explícamelo! —respondió mosén Medardo echando una nueva ojeada sobre el precipicio.

Orosia se tomó unos instantes para pensar qué hacer. En el fondo, la posibilidad de desplegar su maldad ante el cura y mostrársela de forma manifiesta y, sobre todo, el hecho de ver el dolor reflejado en su cara, le proporcionaba un inmenso placer. Por otra parte, ya poco importaba que el pobre hombre conociera la verdad. Su destino estaba escrito. ¿Qué importaba si arrastraba con él ese secreto al fondo del precipicio?

—Yo misma preparé la poción, curita irrisorio. Con cuidado y precisión... para no errar, siguiendo con exactitud los pasos que madre me iba indicando.

—¿Para qué, muchacha? ¿¿Para qué?? ¿Para condenar tu alma al infierno?

—Cuando nació Dulza, todo empezó a cambiar. Padre adoraba a esa niña diminuta, fea y arrugada. Más que a mí... bastante más que a mí. Y él no quería que ella fuese como yo o como madre.

—Eso ya lo sabía. Me lo dijo un par de veces. Bisorio era un buen hombre... pero a la larga, convivir con tu madre y con sus artes se le hizo insoportable. También me habló de su intención de sacarnos a tu hermana y a ti de aquí... y llevaros lejos de vuestra madre. No hubiese sido demasiado tarde para ti, niña.

—Pero yo no me quería ir.

Orosia hizo una pausa y se acercó un paso más al mosén, que no osó mirar hacia atrás de nuevo ni moverse en lo más mínimo. Sus pies apenas tenían ya sustento bajo ellos y era consciente de que en cualquier momento el borde de tierra podía ceder de manera irremediable.

Las tinieblas ya casi habían acabado de caer y la oscuridad había llegado de manera inexorable hasta el pueblo, el valle, las montañas.

Tras mirar ella misma hacia el vacío oscuro que se extendía frente a ellos como una garganta de lobo hambriento, Orosia prosiguió con sus explicaciones con parsimonia.

—... por eso le preparé yo misma las viandas para el viaje: la comida, la bebida...

—Nadie os vio partir esa noche... ni la misma Antona —añadió él.

—Nadie. Pero padre no tuvo en cuenta mis deseos. Así que llegamos al claro del bosque y paramos a descansar y a comer un poco. Dejé a mi hermana en el suelo... y bebí vino de la bota. Y ya está. Cuatro temblores que duraron poco, algún grito de ayuda... Y su expresión cuando me vio a su lado, sin hacer nada por él, gozando del espectáculo de su muerte... ¡Nunca olvidaré su expresión! Y ese fue su fin. Sin dolor prolongado... sin apenas darse cuenta de que la muerte le estaba poseyendo.

—Orosia... ¿¿cómo pudiste??

—Su muerte fue apacible y necesaria para la pervivencia de la saga. El Maligno así lo quería... Nosotras nos limitamos a seguir su voluntad. ¡¡Su vida no tenía sentido!!

—¡Pero era tu padre! ¡¡Por Dios bendito!!

—Mi padre sobraba —dijo ella de manera tajante, gélida, rotunda.

Orosia alargó su cuello y se inclinó sobre él, en el límite del contacto físico pero sin rozarle en lo más mínimo. La sensación de calor corporal de hembra que le invadía se intensificó sobre la cara del hombre, que recibió esta nueva oleada de feminidad como una bofetada. Entonces, con extrema lentitud intencionada, la muchacha se desabrochó el primer botón del abrigo y el segundo, que le quedaba a la altura del pecho. Se bajó un poco el jersey que llevaba debajo y dejó el escote de piel fina y blanca al descubierto ante un mosén que optó, sencillamente, por cerrar los ojos mientras su voz interior empezaba a rezar un Padrenuestro de desesperación.

La muchacha se le quedó mirando. Cómo le irritaba esa pose invariable de hombre digno, defensor a ultranza de unos principios absurdos, incapaz de sucumbir a ninguna tentación humana. Lo que más le irritaba, sin embargo, era la sensación de que el rumbo de los acontecimientos se desviara de lo que ella deseaba, aunque fuera solo ligeramente. Detestaba no salirse con la suya de manera precisa y que sus planes sufrieran variaciones, por mínimas que éstas fueran.

Se quedó allí, acechándole, abalanzada sobre él como un animal que saliva cuando está a punto de devorar a su presa, observando cómo las pupilas del hombre se movían frenéticas bajo sus párpados.

Y la muchacha permaneció así, inmóvil, durante minutos interminables, hasta que la larga sucesión de oraciones concatenadas cesó y mosén Medardo, aceptando que el fin había llegado, abrió los ojos.

En el mismo instante, los labios de Orosia se abrieron, succulentos y tibios como las fresas silvestres maduras bajo el sol, y se acercaron a los suyos.

El mosén abrió los brazos en cruz, cerró los ojos de nuevo y, amortajado de lamentaciones y frustración, se dejó caer al precipicio.

Mientras la totalidad de la vida de mosén Medardo pasaba por delante de sus ojos comprimida en una fracción de segundo, Antona apartaba las sábanas y las mantas de su cama y depositaba una cabeza de ajos en la mesita de noche. Casa Marieta se preparaba para dormir.

Todavía un poco cansada por el esfuerzo de la siembra, se frotó las rodillas, que tenía ligeramente doloridas. Se quitó los zapatos pero nada más; la noche sería fría, sin duda.

Cogió la cabeza de ajos y separó cinco de ellos, los cuales colocó con cuidado bajo la almohada, justamente en la parte central.

Con un soplido seco, apagó la vela que estaba desnuda encima de la mesita; un hilo traslúcido de cera derretida resbaló hasta posarse perezosamente encima de la madera y acumularse a la que llevaba años allí.

Bostezó y se acostó sobre su cama con olor a ajo y aroma a sábanas infrecuentemente cambiadas.

A la mañana siguiente, la prueba infalible le diría si su empresa había tenido éxito y en sus entrañas había empezado a crecer la simiente.

Cansada, esa noche soñó como hacía tiempo que no soñaba. El día había sido largo e intenso.

En su sueño, una pesada cruz de madera negra caía al vacío hasta llegar al fondo, frío y negro como el corazón de la noche, para partirse acto seguido en mil pedazos y convertirse en polvo que el viento repentino con olor a mandrágora esparció.

Por fin.

XIV

La muñeca de palos de madera de Dulza era su mejor y su única amiga. A veces le daba la impresión de que Orosia la quería un poco y sentía algo de afección por ella, principalmente cuando, en contadas ocasiones, dedicaba algunos minutos a jugar con ella a esconderse por las calles del pueblo o por el bosque, a tirar pedradas a los gatos, a pintar dibujos con el carbón de la lumbre... Una vez, incluso, le explicó un cuento antes de ir a dormir, pero esa vez fue única y ya nunca se repitió. También la ayudaba con paciencia a aprender las artes y a practicar todo aquello que le enseñaba madre; algunas veces Orosia la llevaba con ella a recoger la mandrágora, lo cual la hacía sentir realmente especial. Sin embargo, últimamente Dulza se pasaba jornadas enteras sola ante la desidia de su hermana, que se había vuelto más huraña y taciturna. Ya no recordaba la última vez que la había visto sonreír y temía que, con el tiempo, acabara siendo un calco de madre.

Colocó bien a su muñeca sobre la almohada asegurándose de que la sábana y las dos mantas la cubrieran del todo: sus escuálidos brazos y piernas de varilla de boj, su vestido de trapo de cocina cosido con vastos pespuntos que ocultaba un cuerpo relleno de piedras, su cara dibujada con lápiz sobre la madera tallada... Su boca era inexpresiva, y sus ojos abiertos de par en par y rodeados de largos trazos a modo de pestañas tenían una expresión peculiar que rozaba la sorpresa. Su pelo de paja se había caído hacía tiempo, dejando paso a una calvicie áspera y sucia.

Antes de soplar la vela para dar paso una vez más a las tinieblas de la noche, se observó las manos, desaseadas como siempre. Las uñas demasiado largas tenían negrura incrustada en su interior; madre era muy estricta, pero eludía abiertamente ciertos aspectos del cuidado de sus hijas, siguiendo el mismo patrón de su madre, su abuela, su tatarabuela... La higiene no se contaba entre sus prioridades, pero sí lo estaba aprender a dominar cosas tan primordiales para las criaturas de su clase como, por ejemplo, el uso de hierbas medicinales o el dominio de conjuros diversos. El resto se encuadraba dentro de las pequeñas cosas insignificantes del día a día, con las cuales las mujeres de casa Marieta no perdían su preciado tiempo.

Por ese motivo, Dulza era conocida como la niña que prácticamente siempre tenía piojos que jugaban al escondite entre su melena, y a cuyas correrías felices entre su pelo densamente habitado ella ya se había habituado. De vez en cuando, Orosia se lo lavaba y se lo impregnaba con vinagre de manera malhumorada, pues no le gustaba nada el tufó que le quedaba en las manos después; eso mataba a los bichos, según decía ella, aunque al poco regresaban aún más exultantes que antes de su expulsión capilar.

Se quedó con la mirada fija en la uña del dedo gordo de la mano derecha, abarrotada de esa sustancia repugnante y, sin pensarlo dos veces, destapó a su muñeca y le quebró el extremo de la pierna izquierda retorciéndola entre sus dos dedos hasta oír el seco crujido. Con la punta de la madera astillada, empezó a limpiar todo aquello de manera obsesiva hasta que un fino hilo de sangre empezó a brotar bajo el borde de la uña. Entonces arrojó la varilla de madera rota sobre su mesita de noche e introdujo el dedo en su boca, succionando la sangre salada hasta que esta cesó en su fluir.

Dulza sopló la vela una única vez, ni demasiado fuerte ni demasiado flojo, simplemente con la fuerza justa para extinguirla, y se acostó junto a su muñeca tullida.

Mientras tanto, sobre los vetustos bancos de madera carcomida de San Vicente, las siguientes horas se presentaban de nuevo muy largas para Leo y Mario; deberían afrontar, sin ninguna duda, otra nueva noche de vigilia en que ya sabían de antemano que, entre la inmensa preocupación por Gabi y el peligro en el que sabían que se encontraban sus propias vidas, no lograrían conciliar el sueño en absoluto.

Mario, incapaz de dormir allí, se sentó a observar de nuevo aquel lugar que ya empezaba a conocer tan bien. En un extremo del banco de delante, en la primera fila, un montón de pequeños e insignificantes libritos de tapas negras raídas se hacinaban con desgana retando a la gravedad. Se levantó, avanzó entre los dos bancos sorteando el largo reclinatorio y agarró el que remataba el montón; apenas cogerlo, dos hojas se desprendieron de su interior y cayeron planeando livianamente hasta acabar en el suelo, de donde las recogió para devolverlas a su sitio. “Sancta Missa. Missale Romanum”, leyó en la primera página entre hermosas filigranas y la imagen de Jesucristo. Se trataba de un misal en latín; por su estado de deterioro, le fue fácil deducir que llevaba siendo usado durante más de un lustro, tal vez incluso dos. ¿En qué maldita clase de pueblo se seguían oficiando misas en latín?

Ojeó unas cuantas de sus páginas, repletas de rezos en esa lengua muerta y de vidas ilustradas de santos, mártires y beatos a modo de apéndice en su parte final; nunca antes había visto un libro de esas características, pero pensó que debía ser como el misal que utilizaba su abuela de pequeña, en el pueblo. Esa mujer de pelo blanco y sonrisa azucarada que ya había desaparecido de su vida solía explicarle historias de su aldea, de la siega, de las misas dominicales a primera hora, de cómo su abuelo le dio el primer beso bajo un olivo... En sus años de vejez, los recuerdos distantes de la abuela parecían hacerse cada vez más y más próximos en el tiempo al ser narrados, y a él le agradaba tanto, oírla rememorar esos momentos... Nunca la interrumpía, y la abuela podía seguir relatando y relatando su vida durante horas. Cuántas tardes de verano había pasado de niño en ese regazo mullido y con olor a ropa tendida, saboreando sus recuerdos que afloraban sin cesar. Qué feliz era entonces; todo eso parecía ahora tan extraviado en tiempos pretéritos...

Dejando a un lado el pasado y cayendo de bruces en la cruda realidad, volvió a dejar el misal en su lugar con cuidado para no romperlo.

Necesitaban trazar un plan, pero ese plan no pasaba por dormir en casa Marieta rodeados de desequilibradas peligrosas. En ese lugar anacrónico y demencial, mosén Medardo parecía la única persona razonable dentro de aquella insania colectiva, aunque tampoco lograban entender por qué motivo toleraba todo aquello.

La conversación entre Mario y Leo fue escueta. Poco les costó ponerse de acuerdo. Por otra parte, no tenían ánimos para charlar sobre nada más; no era momento para parloteos intrascendentes. Una vez tomada la decisión, ambos se hundieron en el categórico silencio del lugar, que era tan absoluto que casi les permitía oír su respiración y el fluir de su sangre por las venas.

Decidieron esperar a que empezara a salir el sol y partir en busca de auxilio; a pesar de los

malos augurios del cura, esperaban tener éxito esta vez. Según sus cálculos, no tardarían más de dos horas en alcanzar de nuevo la civilización y podrían volver con ayuda; habían estado deliberando sobre cuál sería la mejor ruta para no extraviarse de nuevo, y la empresa no parecía complicada. A lo sumo, darían algún rodeo innecesario o se acabarían perdiendo otra vez, eso sí no les sorprendía otra nueva ventisca inesperada; en cualquier caso, la carretera más cercana no podía estar muy alejada.

Pasadas las doce de la noche, un gruñir de pesada puerta con bisagras oxidadas interrumpió el silencio de sus pensamientos.

Los ojos de Leo se abrieron de par en par complacidos al ver aparecer a Orosia, con su mirada deslumbrante, con su melena cayendo libre bajo la escasa luz que iluminaba la iglesia. No sabía cómo la muchacha lograba tal efecto sobre él, pero algo en su interior daba un vuelco cada vez que la veía.

La mirada de Mario, sin embargo, expresaba más que recelo; había algo en ella que no le gustaba en absoluto, y mucho menos después de lo que el mosén les había explicado. Orosia... una hembra más de casa Marieta... una más de la saga sobre la cual él les había advertido... No, no podía ser tan perfecta como aparentaba. ¿Cómo iba a estar al margen de esa locura? Y mucho menos teniendo en cuenta que se había criado en esa casa maldita de uñas incrustadas a lo largo de las escaleras y donde se encerraba a los huéspedes bajo llave por la noche. No, Mario no se fiaba de ella y por eso recibió su repentina visita con total desconfianza.

—¿A qué has venido, Orosia? ¿Sabe tu madre que estás aquí? —le preguntó Mario directamente.

—He venido a ayudarles, varones forasteros. Ustedes aún no lo saben, pero puedo asegurarles que se hallan en serio peligro —respondió ella bajando la mirada hacia el suelo y con la más dulce de las voces.

—¿¿Ayudarnos a qué?? —inquirió él con una gravedad tensa.

—Pues... ayudarles... a escapar, por supuesto. A escapar de madre. Si se quedan ustedes aquí... no les permitirá salir del pueblo con vida. Les distraerá y dejará que el tiempo fluya pero, una vez esté segura de tener lo que desea, acabará con ustedes y... ni un alma podrá hacer nada. Yo tampoco —les dijo con un tono suave y que sonaba realmente convincente.

—Pero... el cura nos contó algunas cosas sobre Antona... Entonces... —dijo Leo perplejo.

—Son ciertas —le interrumpió ella, adivinando sus pensamientos.

—¿Y tú eres igual que tu madre? —inquirió Mario con un atrevimiento que no supo disimular.

—¿Usted quiere decir...? —preguntó ella.

—Sí, niña, te estoy preguntando si tú también eres una bruja, como tu madre —interrumpió ahora Mario.

Leo se le quedó mirando inmóvil, desconcertado, sorprendido por la insolencia de su amigo al hablar a aquella criatura inocente de esa manera. Se sintió incómodo por el desarrollo de la conversación, pero su curiosidad innata le impidió interrumpirles.

—Es... difícil ser normal cuando se habita en casa Marieta. Madre es muy poderosa; Dulza y yo no podemos contradecirla.

Llegada a este punto, Orosia se tomó una breve pausa y grandes lagrimones empezaron a deslizarse por sus mejillas. A ellos se unieron sollozos profundos y una terrible expresión de pena, de dolor acumulado durante tiempo que parecía ahora aflorar todo a la vez.

Leo se la quedó mirando con lástima sincera; le hubiese gustado tanto, poderla abrazar y consolarla... pero eso no podía ser. No era el momento y sabía que, posiblemente, nunca lo sería.

Orosia se calmó y se tomó unos momentos para recuperar el ritmo natural de su respiración antes de seguir hablando.

—Sí... ya sé que a ustedes... les debe sonar extraño, pero madre es eso que ya han adivinado, una bruja; siempre lo ha sido desde que nació. La abuela... la abuela la parió bruja y así será hasta el fin de sus días. Les sorprendería saber hasta qué punto es capaz de... de dominar a las personas... y a los elementos también. Puede invocar terribles tormentas... y puede lograr todo tipo de cosas con sus muchas pócimas y sus hechizos.

—El cura tenía razón... —dijo Leo en voz baja más para sí mismo que para tomar parte en la conversación.

—Perdona, Orosia, pero a pesar de lo que nos explicó el mosén, cuesta creer lo que dices aunque... esa tormenta que salió de la nada... —dijo Mario, pensativo, con los ojos entrecerrados.

—¿¿De verdad creen que salió de la nada?? No menosprecien ustedes a madre... es peligrosa como la serpiente que observa a un topo bajo una roca hasta hallar el punto exacto donde hincar sus afilados colmillos, y entonces... en fin. De hecho... está escrito que acabará con ustedes en cuanto no le sean menester.

Dicho esto, un nuevo de aluvión de lágrimas volvió a resbalar por sus mejillas, para detenerse por un momento en su mentón y caer finalmente goteando sobre su ropa.

—Vale, vale, supongamos que lo que el cura y tú nos habéis explicado es verdad... ¿qué pintamos nosotros en esta historia? —preguntó Leo, que había descendido de sus ensoñaciones.

—¿No se lo ha explicado el bueno de mosén Medardo? Es una buena persona, honesta y virtuosa, el mosén... pueden confiar ustedes en él —dijo la muchacha muy pausadamente, aún con gotas saladas colgando de su barbilla.

—Sigue hablando —la urgió Leo.

—Madre dice que la saga debe seguir creciendo; como nuestro amado padre descansa en paz, necesita varones que le proporcionen lo que ella quiere.

—¿Lo que ella quiere? ¡¡Vamos!! ¿¿Quieres que me crea... que tu madre pretende acostarse con uno de nosotros?? ¡¡Jajaja!! —gritó Mario entre sonoras carcajadas. Definitivamente, de todo lo que había oído, eso era lo más descabellado.

—¿¿Acostarse?? ¿Quiere decir usted fornicar, verdad? Sí, pero contra su voluntad, por supuesto —dijo al instante Orosia con un semblante tan serio que casi la creyeron.

—Vamos, muchacha, explícanoslo... ¿¿cómo es eso posible?? —preguntó Mario, incrédulo.

—Ya les he dicho que el poder de madre es grande. No debe ser menospreciado. Escapa a la comprensión de unas personas ajenas a nuestra realidad, de otro mundo... como ustedes. Ayer por la noche mi madre le dio a beber el caldo de la siembra a su amigo. Si todo salió bien, su semilla está ya creciendo en el interior de madre... y su amigo ya no será necesario.

Al hablar de los hechos de la noche anterior, Orosia tuvo que hacer un gran esfuerzo por evitar expresar su resentimiento. Madre, siempre madre, siempre lo tenía que hacer todo ella... Estaba tan harta, de no ser nadie, en casa Marieta... No podía decidir, ni ser fecundada, ni disponer a su placer de la vida de las personas...

Recuperando su cara de aflicción y bondad, siguió hablando.

—Le mantendrá entre los vivos durante nueve meses... y a ustedes también. Posiblemente pasarán ese tiempo encerrados en la alcoba, bajo llave. No lo duden, no vale la pena. Madre hallará la manera de encerrarles allí. Durante ese tiempo, les permitirá seguir respirando... sobreviviendo como ratones en una ratonera. Si, por desgracia que Dios no quiera, nace un varón, les seguirá conservando con vida y todo volverá a empezar: más caldo de la siembra... otra noche de intentos con cualquiera de ustedes... y nueve meses más.

—Y... ¿si nace una niña? —preguntó Leo vacilante.

—Tendrá lo que quería y ustedes ya no serán necesarios para los propósitos de madre. Acabarán en el fondo del glaciar, como todos los demás —sentenció la muchacha como si lo que acaba de relatar fuera lo más normal del mundo.

—Orosia... —dijo Leo vacilante—, ¿qué pasó con el bebé? Nosotros le oímos llorar, pero tu madre dijo...

—Como ya les he dicho, no pueden nacer varones del vientre de una hembra de casa Marieta. El bebé... madre hizo que se desvaneciera en el viento, como ha hecho con los otros. Siempre hace lo mismo... pero yo no sé los detalles de eso. Era un varón, y por eso el embarazo fue inútil para ella... tanto tiempo desperdiciado... y ahora madre volverá a intentarlo —respondió la muchacha.

Tras la explicación, inverosímil pero a la vez aplastantemente lógica, el silencio invadió una vez más el interior de San Vicente. De nuevo, como había sucedido ya con las explicaciones del mosén, nuevas piezas se añadían al puzzle inconcluso en el cual ellos eran la imagen impresa que debía componerse. Ese glaciar relleno de muerte cobraba sentido, al igual que las paredes de las escaleras de casa Marieta, arañadas, y esas fuerzas de la naturaleza que parecían actuar en su contra y con vida propia.

Mario nunca en la vida había sido una persona supersticiosa, al igual que Leo. Sin embargo, todo encajaba tan bien...

—Bueno, supongamos que te creemos... de hecho, no tenemos otra opción —dijo Mario intentando serenarse—. ¿Qué podemos hacer por Gabi?

—Nada... nada en absoluto. Es su destino. Madre le mantendrá con vida hasta ver qué hay entre la entropierna del recién nacido —respondió ella.

—Orosia, ¡¡sácanos de aquí!! —dijo Mario con decisión.

No hicieron falta más palabras. Orosia abrió sigilosamente la puerta en el preciso momento

en que un búho lanzaba su lamento a la noche y ofreció un candil de aceite a Mario, que lo miró con perplejidad porque nunca antes había sostenido en sus manos tal objeto.

La muchacha se dirigió hacia el exterior de la iglesia y ellos la siguieron en silencio; era tan increíble todo aquello que, por un momento, a Leo le pareció formar parte de un sueño macabro que se acabaría al despertar en su cama sedosa de sábanas de raso.

En lugar de bajar por las escaleras de la gran roca negra hasta la plaza y cruzar el pueblo, lo que era sin duda demasiado temerario, Orosia les hizo bordear la parte posterior de la iglesia y cruzar el pequeño cementerio donde las numerosas lápidas se apiñaban en un caos total. Aunque bastante incómodos de estar en ese lugar a esas horas, sus ojos sucumbieron a la curiosidad de observar mejor las inscripciones en esas losas decrepitas; era extraño, pero la mayoría de ellas eran notablemente antiguas, como si el cementerio no se hubiese renovado desde hacía siglos.

Cuando saltaron el muro de la parte posterior para salir del camposanto, ambos amigos no pudieron evitar sentir un gran alivio.

Orosia les llevó a través de un bosque inmenso que no era visible desde el pueblo, tan tupido y repleto de gigantescos helechos que avanzar a través de él se hacía dificultoso. Entre el suelo tapizado por sus enormes hojas, de aquí y de allí se alzaban troncos de abetos rodeados completamente por hiedra invasora que trepaba hasta sus copas en un efusivo abrazo. De no ser por el candil, les hubiese resultado imposible moverse entre la espesura, pues era tal la densidad de ramas y follaje que apenas alguna diminuta porción de cielo oscuro podía adivinarse sobre sus cabezas.

A pesar del frío que hacía salir vaho de sus narices con cada exhalación, el olor a humedad y a verdor era extremadamente placentero.

A los pocos pasos, para sorpresa de ambos, de la nada pareció salir un estrecho sendero tapizado de piedras resbaladizas que, a pesar de todo, les hizo más cómodo avanzar. Sin duda ella conocía cada rincón del lugar, y así era, pues esos habían sido sus lugares de juegos infantiles entre ardillas, ranas y mariposas.

—Por cierto, ya no me acordaba —dijo Orosia interrumpiendo su marcha de forma repentina—. Les he traído pomada para que no les pique ningún insecto. Este bosque está infectado de mosquitos enormes, y sus picaduras suelen acabar en feas infecciones que tardan semanas en curarse.

Sacó de entre sus ropajes de otros tiempos una pequeña tela doblada de color crudo y bordes deshilachados que abrió con cuidado. En su interior, una pasta grasienta y pestilente convidaba a todo menos a embadurnarse con ella la piel que no estaba cubierta por la ropa. Le echaron un vistazo fugaz bajo la luz del candil. A Leo le recordó la textura de la mantequilla rancia, y a Mario la grasa de caballo con la que protegía sus botas de piel.

—¿¿Qué importa si ahora nos pican cuatro mosquitos?? Además, ¡con este frío no hay insecto que sobreviva, niña! —dijo Mario, irritado por esa estúpida interrupción en su marcha.

—Está bien... como quieran —respondió ella sin insistir.

A continuación se giró hacia Leo y, con el pelo cubriéndole media cara, le obsequió una sonrisa tímida sazónada con la mirada más dulce que él había visto nunca. A él le gustaba tanto, la

luz chispeante que emanaba de esos ojos gigantescos...

—Pues yo sí me untaré con eso —respondió él mientras, al rebozar sus dedos en el ungüento, rozaba ligeramente la palma de la mano de la muchacha en la oscuridad.

Orosia bajó la mirada y un rubor intenso apreciable incluso a la luz del candil se encaramó a sus mejillas.

Leo se untó la cara y la nunca con meticulosidad y sin quitarle los ojos de encima. Pasó esa sustancia oleaginosa poco a poco por sus pómulos, por las aletas de su nariz, por su frente hasta el nacimiento del cabello... y también por detrás de sus orejas y por todo el cuello, haciendo especial hincapié en la nuez. Finalmente, se restregó las manos para esparcirla por ellas sin olvidar ni uno solo de los nudillos, hasta que hubo cubierto con la pasta todas las partes de su piel que quedaban expuestas al exterior. Se olió las manos y arrugó la nariz en señal de disgusto debido al fuerte olor, pero cesó rápidamente al descubrir en Orosia una leve expresión de aprobación.

Prosiguieron la marcha durante horas entre bosques y senderos más o menos escarpados hasta que el sol empezó a intuirse por el este; con los primeros rayos de luz, les fue fácil ver que acababan de llegar a un pequeño valle donde los abetos cedían protagonismo a una mayor variedad de árboles propios de la zona. Entonces ella les propuso sentarse un momento a descansar y a beber un poco en una fuente cercana de la cual emanaba un fino hilo de agua que caía graciosamente entre las piedras y se perdía al cabo de unos metros.

—Nos hallamos ya fuera del alcance de madre, varones forasteros. Pueden estar ustedes tranquilos. Aquí estamos totalmente solos —les dijo ella.

Cada vez que hablaba, Mario sentía como un escalofrío le recorría el cuerpo. Era tan extraña como su madre, tan fría y con una mente tan impenetrable como Antona. Había algo en ella que le hacía estar constantemente en guardia, y llevaba largas horas dándole vueltas en su cabeza a una misma pregunta: ¿Por qué motivo se había ofrecido a ayudarles? ¿Acaso ella misma quería marchar de Treume? Sí, tal vez ese era el motivo, lo cual tampoco tendría nada de extraño... Condenada a seguir los pasos aberrantes de su madre y en un entorno asfixiante, quizás había decidido huir y empezar una nueva vida... Tal vez, pero, incluso así, Mario veía algo disonante en Orosia.

La observó, sentado sobre la hierba, mientras ella cogía agua con la palma de la mano y se la llevaba a los labios; en todo momento la muchacha parecía ser consciente de que él la estaba mirando, como si estuviera siempre actuando, nunca relajándose ni siendo espontánea.

Y así la siguió observando cuando, sumamente concentrada, se adentró en el bosque y agarró una piedra redondeada del suelo del tamaño de una piña. A continuación avanzó tres pasos, que su mente pareció calcular de manera exacta, y se plantó frente a un árbol. Por algún motivo que él no conseguía adivinar, parecía que algo la apremiaba a detenerse frente a ese árbol y no ante otro, como si se tratara de una marca precisa y de finalidad concreta trazada sobre un mapa invisible. Orosia lanzó una mirada extraña a Leo, que estaba bebiendo de la fuente. No era rubor lo que mostraban en ese momento sus ojos, ni bondad, ni compasión. Por un momento, Mario vio en ella la misma mirada gélida de su madre.

En medio de una carcajada inesperada que les sorprendió y que no era propia de ese lugar

ni ese momento, la muchacha arrojó la piedra con toda la fuerza y precisión de la que era capaz hacia un punto concreto que solo ella conocía. Ella, y solo ella. No podía fallar. Eso era casi imposible. Había realizado muchas otras veces ese mismo movimiento.

Ante los ojos de ambos que seguían extrañados su trayectoria, la piedra impactó de pleno en un panal de avispas, que hizo un ruido amortiguado y osciló levemente sin llegar a desprenderse de la rama. Sin tan siquiera moverse ni un milímetro, ella siguió riendo enloquecidamente en su trance mientras Mario y Leo se miraban el uno al otro, sorprendidos, al oír ese estruendoso batir de alas que se acercaba. Empezaron a correr, pero el zumbido llegó antes de que dieran el segundo paso.

Y la risa perturbada de Orosia retumbó y retumbó, rebotando su eco como un bucle incesante en las montañas cercanas mientras esa masa negruzca, voladora y zumbante, la pasaba de largo a ella, pasaba de largo a Mario y se dirigía directamente hacia Leo atraída por ese olor tan atrayente. Fuese invierno o verano, el ungüento que madre le había enseñado a preparar para atraer a las avispas nunca fallaba. Nunca.

La primera picadura de ese bicho negro y amarillo en la nuca fue correspondida por Leo con un manotazo que lo dejó completamente espachurrado sobre su piel. La segunda también. A continuación, uno de ellos se introdujo velozmente dentro de su oreja y picó con ferocidad sobre uno de los pliegues internos. Casi al mismo tiempo, otra avispa le atacó en el lagrimal, y así muchas otras a la vez, hasta que sus dos manos no bastaron para ahuyentarlas. Dio vueltas y vueltas sobre sí mismo moviendo las manos y los brazos como las aspas de un molino enloquecido, avanzando y retrocediendo sin ningún control, protegiéndose la cara a la vez que intentaba matar sin éxito a esas avispas asesinas.

Mario intentó repetidamente y sin éxito ayudarle cubriéndole con su chaqueta, ahuyentando a las avispas con sus manos, tirando de él para apartarle de la legión voraz, pero nada consiguió aparte de unas cuantas picaduras en sus propias carnes. Era esa cosa... esa maldita cosa que Orosia le había dado para untarse... Las avispas pasaban de largo de él; su piel apenas les interesaba. La de su amigo, por lo contrario, parecía despertar su hambre más feroz.

—¡¡Leo!! ¡¡Joder, corre!! ¡¡No te quedes ahí!! ¡¡No te quedes ahí!!—gritaba Mario sin cesar y sin saber qué más hacer. Nunca en su vida había visto tal agresividad y tal devoción por una presa en unos insectos.

Y así siguieron picando y picando sin pausa y sin atisbos de tener intención de finalizar bajo la golosa mirada de Orosia, que se deleitaba con cada nueva picadura.

Mientras Leo libraba su batalla particular, su cerebro se resistía a aceptar que su muerte iba a ser de esa manera y se debatía entre el terror y la sensación desconcertante de que esos insectos no deberían estar allí.

Cuando los mordiscos aumentaron sin piedad y se multiplicaron, extendiéndose por todo su cuerpo y barrenando incluso su ropa, Leo sucumbió al dolor y se desplomó hasta caer al suelo, agitándose febrilmente, inútilmente. En vano siguió batiendo sus manos y moviendo los brazos. De nada sirvió, al igual que sus intentos por tumbarse con la cara hacia el suelo y cubrirse la cabeza. Esos monstruos voladores se colaban por cada resquicio de piel que hallaban entre la ropa.

Intentó, en una última y desesperada maniobra por salvar su vida, ponerse en pie de nuevo

y huir de allí, pero apenas pudo apoyar las manos en el suelo e incorporarse ligeramente antes de caer al suelo inerte.

Al cabo de apenas tres minutos, el cuerpo inconsciente de Leo yacía en el suelo junto a la fuente, completamente hinchado y deformado hasta el punto de hacerle irreconocible, con miles de avispas que guerreaban violentamente entre ellas por hacerse con un bocado de ese animal tan delicioso y cuyo sabor las hacía enloquecer. Se arremolinaban sobre su pecho, se infiltraban pisándose las unas a las otras entre la abertura de las mangas, penetraban por su nariz y sus oídos en un frenesí del cual nada parecía aplacarlas. Y allí se quedaron, cubriendo todo su cuerpo sin excepción, devorándole lentamente.

Mario, en la distancia, no pudo hacer más que observar cómo su amigo desaparecía bajo la capa de insectos de manera irremediable.

—¿¿Pero qué has hecho, hija de perra?? ¿¿Qué has hecho?? —le gritó a una Orosia pletórica y sonriente que ni se inmutó en lo más mínimo—. ¡¡Estás loca!! ¡¡Loca!! ¡¡Loca como tu madre!!

Y empezó a correr para salvar su vida, furioso, aterrado, pero sobre todo enfadado con él mismo por haberla creído. Siguió corriendo a través de los helechos, tropezando una y otra vez, mientras las ramas de aquel bosque maldito le golpeaban la cara hasta hacerle sangrar, pero no podía pararse hasta estar lejos de allí. Quién sabía de qué más sería ella capaz.

De pie en medio de aquel bosque, con los ojos extasiados ante la visión de ese varón bobo e ignorante cubierto de aquellos seres tan hermosos, Orosia seguía riendo en su delirio de satisfacción. Y así siguió durante largos minutos, tal vez durante horas en que el eco no dejó ni por un solo segundo de repetir sus carcajadas y sus gritos enloquecidos.

—¡¡Mira, madre!! ¡¡Mírame!! ¡¡Mira de lo que sido capaz!! ¿Creías que solo tú podías decidir sobre la vida y la muerte? ¡¡Pues yo también puedo!!

Se sintió tan bien, tan satisfecha de ser ella misma... Era feliz. Completamente feliz. Por fin decidía, por fin actuaba. A partir de ese momento, madre se daría cuenta de quién era y la respetaría.

—¡¡Madre, esta vez lo he hecho yo!!

XV

Una puerta que se cerraba en una casa vecina trajo de vuelta a Antona desde el mundo de los durmientes, donde había estado levitando a lo largo y ancho sobre el glaciar, con el frío viento cortándole la cara y el palo de su escoba fuertemente apretado entre las piernas. Se veía todo tan majestuoso, desde allá arriba... pero eso ella ya lo sabía, pues el glaciar había formado siempre parte de su vida tanto en sueño como en vigilia; lo había andado paso a paso, explorado, recorrido palmo a palmo, sobrevolado desde lo alto y a ras de suelo, observado y vivido. Era un lugar tan bello... y siempre lo seguiría siendo; eso era una realidad tan cierta para ella como la pervivencia de la saga a lo largo de las generaciones venideras. El glaciar siempre seguiría siendo como ella lo conocía, majestuoso, sobre todo cuando el primer rayo del sol hacía su aparición como una espada, atravesando la oscuridad y transmutándolo todo, haciendo al negro cobrar vida y al hielo adquirir cada color del espectro del arco iris hasta que su brillo se iba incrementando y se convertía en cegador con cada rayo que se unía al anterior. Así había sido siempre y así fue en su vuelo nocturno.

Le supo mal regresar.

Abrió los ojos sin demora, pues tenía que hacer miles de cosas que repasó rápidamente en su mente: encargarse de los animales, destilar un poco de licor, preparar compota de calabaza... De ordeñar esas cabras tozudas se encargaría Dulza, como siempre, y de preparar el puchero tal vez Orosia. Eso, si esta última regresaba por fin.

Madre sabía bien dónde estaba su hija. Ella lo sabía todo y no había pensamiento de ella que se escapara a su control. Pero esta vez, a diferencia de los frustrados intentos anteriores de su hija mayor por aumentar su peso en la saga, madre no había querido intervenir. Esta vez no. No es que aceptara el hecho de que la chiquilla ya se hacía mayor y debía ocupar su justo lugar en casa Marieta. No, no era eso. Tenía curiosidad por saber qué haría ella con esos varones forasteros, por saber qué camino tomaría ese juego maléfico en que ambas estaban metidas. Si se desviaba demasiado, sin duda madre tomaría las riendas.

Tragó saliva. Su saliva tenía el mismo sabor amargo y pastoso de cada mañana, sin ninguna variación perceptible. Su boca cuyos dientes nunca habían sido cepillados tenía numerosas caries y piezas desaparecidas, algunas medio rotas y otras horadadas; ella misma se las arrancaba cuando dolían demasiado. Sabiendo qué tomar para paliar el dolor por completo y detener la hemorragia, eso era fácil; solo requería unas tenazas y un poco de maña. Con tantas bacterias campando a sus anchas, su aliento era, simplemente, fétido. De todos modos, nunca nadie se le acercaba lo suficiente como para percibirlo.

Para su satisfacción, no apreció en esas babas malolientes ni rastro de sabor a ajos aunque éstos habían permanecido toda la noche bajo su almohada. Recorrió con la lengua todos los recodos de su boca, la pasó por la superficie de sus dientes y tragó saliva de nuevo, absolutamente concentrada.

El resultado de la prueba de los ajos estaba más que clara, y ésta no fallaba nunca.

Ahora solamente debería esperar nueve meses, esperar hasta que sus entrañas se abrieran de nuevo y separar la entrierna de la criatura para descubrir si la fortuna estaba de su parte en esta nueva tentativa. Esta vez confiaba en no ver otro pequeño y ridículo colgajo, flojo y repugnante.

Se levantó y se peinó con las manos. La ropa ya la llevaba puesta de la noche anterior.

A continuación subió las escaleras hasta la alcoba de aquel hombre de otro mundo. La abrió y le vio inmóvil dentro de su cama, con la cabeza y un brazo sobresaliendo por debajo de la colcha y colgando por el borde del colchón. Gabi abrió un ojo en su delirio alucinógeno y se la quedó mirando, demasiado ido para articular palabra.

Antona, ignorándole, depositó un plato con espesa sopa humeante sobre la mesilla. Se sacó del bolsillo del delantal una cuchara pringosa y la limpió con éste; a continuación, la dejó junto al plato y se dio media vuelta. Cerró de nuevo la puerta con llave y pasó el ruidoso cerrojo.

Nueve meses alimentándole pasarían rápido; al cabo de unas semanas entre alucinaciones y gritos, se acabaría acostumbrando a su encierro. Se volvería loco, se quedaría sin voz de tanto pedir ayuda... como les pasaba a todos. Eso, cuando no estuviese bajo los efectos de sus comidas, las cuales se asemejaban más a pócimas que a alimentos. Y, en el caso de que se negara a comerlas, ella simplemente le dejaría morir de inanición... difícil disyuntiva. Lo normal. Habría algún intento de huida por su parte, de eso no le cabía la menor duda, pero con sus artes conseguiría sin problema tenerle bajo control, como solía suceder. En raras ocasiones habían conseguido escapar, y aun entonces no habían pasado del dintel de la puerta de la calle, nunca más allá. Y en cuanto a los vecinos... estaban ya acostumbrados a algún que otro ruido procedente de casa Marieta. Simplemente, cerrarían las contraventanas y lo ignorarían como siempre hacían. En Treume, nadie nunca quería oír nada.

Los otros dos varones no suponían un problema: si Orosia había acabado con ambos, cosa de la que estaba prácticamente segura, ellos ya no debían preocuparle. De no ser así, debería utilizar sus poderes de nuevo para atraerlos al pueblo y encerrarlos como al otro; una crecida repentina del río, tal vez... la mordedura de una serpiente... o una nueva tormenta, recurso cansino pero eficaz.

Cuando bajó al patio junto a la casa, Dulza ya estaba ordeñando a las cabras con sus diminutas manitas, apretando con todas sus fuerzas esas ubres sucias que siempre se le resistían y que le daban asco. Entre el ruido de chorrillos de leche al caer en el cubo metálico, sus intestinos vacíos sonaron. Tenía mucha hambre, pero madre no la dejaba desayunar hasta que había acabado sus tareas; decía que así las llevaría a cabo con más brío y no se volvería una holgazana. Y, en cierto modo, tenía razón.

Cruzaron una mirada matutina y obviaron darse los buenos días.

La noche anterior, Orosia se había quedado dormida en el suelo húmedo del bosque, junto a la fuente, agotada de tantas carcajadas desequilibradas. Poco le importó que sus ropas se empaparan con el hilillo de agua que se escapaba entre las rocas. Ni las bestias que pudiesen

atacarla atraídas por su olor, ni el frío intenso. Tal era su estado de delirio que durmió plácidamente como en una nube hasta que la despertó el revolotear de un pequeño pájaro que se posó junto a ella. Abrió esos ojos enormes y se lo quedó mirando, pensando en cómo esa criatura pura no la temía. Solo los humanos eran capaces de discernir entre sus semejantes quién ocultaba en su alma el bien o el mal, apreciando los matices de bondad y el infinitamente amplio abanico de personalidades. Para un pájaro como ese, que tenía como únicas prioridades vitales la alimentación, la reproducción y la supervivencia, ella no era más que otro animal, de mayores medidas y de costumbres extrañas pero sin idiosincrasia, sin moral, sin intenciones.

Ahora debía regresar a casa. Enojar a madre ya no le importaba. Después de haber sido capaz de decidir por ella misma y quitarle la vida a ese forastero, madre debería sin duda respetarla. De eso estaba segura. Madre la tendría en cuenta de una vez por todas. Por otra parte, ya ningún mosén mediaría entre ellas, ni entre la saga y los habitantes del pueblo, ni entre Dios y el Diablo. Ahora, de una vez por todas, ella sería lo que realmente deseaba ser y tenía la plena capacidad para ser: una bruja.

Tras lo que para Orosia representó un agradable pero apresurado paseo, llegó al pueblo siguiendo la misma ruta por donde había salido la noche anterior y cruzó el cementerio sin molestarse en no pisar las lápidas. A continuación, pasó junto a la iglesia y bajó los escalones labrados en la gran roca negra para disponerse a cruzar la plaza. Estaba impaciente por llegar a casa.

—¿Adónde vas? ¿Y por qué tienes la ropa mojada, niña? Dime... ¿es que la bruja de tu madre no tiende la ropa a secar antes de vestiros? —le preguntó a gritos desde una entrada una voz poco amistosa.

Era Nunila, la mujer de mirada terriblemente triste de casa Pascuala de Pui. En otros tiempos alegre y vital, con los años se había ido apagando su risa y se habían ido muriendo sus esperanzas de concebir. Su marido la había amado tanto... pero la perspectiva de no tener un heredero había acabado también con el amor. Con sus muertes en un horizonte no demasiado lejano, casa Pascuala de Pui, con sus hechos y sus recuerdos, desaparecería en el olvido.

En ocasiones incontables Pascuala había acudido a Antona en busca de algún remedio que le regalase la fertilidad, pero nada había servido. Ni la cola de caballo, ni el muérdago, ni los granos de mostaza, ni las agujas de pino... y tampoco ninguna de las diversas formas de potenciarla, desde los ungüentos, pasando por los jabones artesanos hasta los brebajes diversos o los aceites para untar su piel. Llegó a dudar de que esa bruja tuviese realmente algún poder, pero lo seguía intentando una y otra vez de manera desesperada hasta que, un buen día, asumió que Nuestro Señor lo deseaba de tal manera.

—¿De dónde vienes, Orosia? Seguro que de no hacer nada bueno... —preguntó la mujer.

La muchacha se la quedó mirando. Odiaba a esa mujer tanto como al resto de la gente del pueblo, tan ignorantes, tan mansos como corderos, tan necios... ninguno de ellos era diferente, y todos parecían pensar y moverse al unísono al cobijo del buen mosén. Pero ahora las cosas cambiarían.

Se dirigió hacia la mujer a grandes y veloces zancadas hasta detenerse justamente frente a ella. Desconcertada, Pascuala apenas se movió. Acto seguido, la muchacha alargó el brazo y le puso la palma de la mano abierta sobre la frente helada y arrugada. La mujer la miró extrañada sin atreverse a preguntar, pues Orosia le inspiraba tanto temor como su madre. Ya la había visto antes con ella, hilvanando tormentas; conocía sobradamente sus artes y sus conocimientos. No se debía menospreciar a esa chiquilla con mirada dulce, pues no era ni una chiquilla, ni mucho menos dulce. No osó moverse y retuvo la respiración.

Entonces, con un movimiento seco y veloz, con todas las fuerzas de las que era capaz, Orosia la empujó hacia la tosca pared de roca de la casa. No hizo falta más. Los ojos de Pascuala se detuvieron en el tiempo mientras su cráneo se aplastaba, un reguero de sangre empezaba a chorrear desde su nuca pared abajo, y su cuerpo se desplomaba al suelo, donde quedó plegada como un títere que cae tras cortarle los hilos, en una postura imposible y contorneada de rojo.

Se la quedó mirando y, de nuevo, le sorprendió lo fácil que era acabar con la existencia de una persona, lo que incrementó su sentimiento de poder. Había costado tan poco como aplastar una sandía, como quebrar la rama de un árbol... Tenía claro que podía con todo. Claro como el agua del riachuelo donde se bañaba desnuda ante las miradas ajenas. Podía con todo.

Sin preocuparse más de ese cuerpo que quedaba allí en el suelo a modo de desecho, prosiguió su camino. Estaba ansiosa por ver la expresión en la cara de su madre al verla aparecer.

Empezó a bajar la pendiente de la calle principal con pasos agigantados, pues no podía esperar ni un segundo más. Tal era su afán por darse prisa que, en una mala pisada por esas piedras húmedas, resbaló hasta dar de bruces con el suelo. Su pierna dolorida empezó a sangrar, pero no le importó ni se molestó en mirar la herida. Tampoco le importaron los gritos desesperados del marido de Pascuala de Pui que resonaban desde la plaza que acababa de dejar atrás. Ni siquiera se dio la vuelta.

Cuando llegó frente a la puerta de casa Marieta se quedó un momento observando el lugar; había tanta historia tras esas paredes... una saga que había ido creciendo, remando contra corriente, temiendo por su supervivencia en numerosas ocasiones, en plena hegemonía en otras... Había oído tantas historias de las muchas mujeres que habían morado en la casa en generaciones anteriores... A sus antepasados siempre les había gustado sobremanera narrar a las más jóvenes cómo había sido todo en otros tiempos, y también revivir gestas diversas, éxitos, aventuras... Aunque, por supuesto, las narraciones de esa y de otras épocas junto a la lumbre también habían estado plagadas de mucho dolor y teñidas de sangre; la persecución, el sufrimiento, las hogueras... todo ello formaba igualmente parte de su historia familiar.

Ahora, ella quería formar parte de esa historia y encumbrarse en lo más alto.

De una patada apartó al gato, que justamente estaba saliendo por la gatera. El pobre felino maulló de manera aguda por el dolor producido en sus pequeñas costillas y huyó apresuradamente calle abajo. Sin sentir pena por él, abrió la puerta. Frente a Orosia, la mirada impenetrable de madre la estaba esperando. Sin moverse ni pestañear. Solo mirando. Desde el fondo de la entrada, la puerta entreabierta de la cocina dejaba ver los ojos de Dulza, que no quería perderse detalle; algún día ella sería mayor como su hermana y también debería buscar su lugar en la saga.

Entonces, sin darle apenas tiempo a reaccionar, madre agarró a Orosia por los pelos con

ambas manos y la estiró violentamente hacia el interior de la casa. La agarraba tan fuerte que la hija incluso podía sentir cómo los cabellos se iban descarnando de la piel uno a uno. Tan fuerte que toda la cabeza le dolía, y ese dolor se extendía cuello abajo, invadiendo su nuca, toda su espalda y su tronco.

La muchacha no tuvo más remedio que avanzar en la dirección hacia la cual madre la estaba estirando y se sintió como las mulas cuando eran llevadas a la fuerza por donde ellas no querían. Y odió ese enorme sentimiento de humillación. Mientras era conducida de este modo hacia el interior, agarró las manos de madre con las suyas y la arañó con todas sus fuerzas; notó como sus uñas, afiladas y mal cortadas, rasgaban su piel blanda y delicada y llegaban hasta el hueso, donde se detuvieron ya repletas de sangre. Ni así madre la soltó, sino que su rabia se acrecentó y siguió tirándola por los pelos aún con más saña.

Orosia podía haber empezado su ataque y entrar en una confrontación física directa con madre, pero sabía que aún se hallaba en los prolegómenos y quedaba mucha guerra por librar. En el fondo, gozaba con la situación; deseaba saborear cada segundo de la batalla antes de la lucha final, pues sabía que la victoria estaba sin duda alguna en su mano.

Dulza optó por apartarse de en medio y se sentó en su rincón de la cocina, donde se sabía a salvo, desde donde todo lo veía desde la distancia pero nada la salpicaba.

Una vez hubieron entrado en la cocina, Orosia intentó agarrarse al dintel con las manos y hacer palanca con los pies. Resistió unos segundos en tensión en esa postura inaguantable, pero de nuevo madre pudo más y tuvo que ceder ante ese dolor insoportable.

Llegadas a este punto, cuando madre se empezaba a mostrar confiada, la muchacha decidió pasar al ataque. A pesar de la férrea confianza en sí misma, no tenía claro hacia dónde se dirigía todo aquello... madre no había articulado una palabra desde que la había visto... ¿acaso quería acabar con ella? No, eso lo dudaba mucho, pues debía asegurarse una sucesora si a ella le pasaba algo, y su hermana era aún muy pequeña. ¿Tenía intención de condenarla a un encierro como a todos los varones forasteros? ¿Encerrarla junto a él en la alcoba del segundo piso, tal vez? No, tampoco era una hipótesis plausible.

Súbitamente, levantando la pierna todo lo que pudo, Orosia clavó una patada descomunal a madre en el bajo vientre que al instante hizo que la soltara y cayera hacia atrás sobre la vieja mesa de madera. Una pata de ésta se quebró y la mesa cedió, desvencijada, ante el peso de madre, que quedó tumbada boca arriba sobre ésta. Orosia aprovechó para darle otra patada, esta vez en el pecho, pero erró en su intento porque madre ya se estaba reincorporando, rápida, con reflejos perfectos, como un animal en plena lucha por la supervivencia.

Dulza, desde su rincón, se tapó los ojos con las manos.

Madre e hija se quedaron la una frente a la otra, conscientes de que aquello no había terminado; de hecho, no había hecho más que empezar, pues sus fuerzas eran similares físicamente y también lo era su determinación por salir vencedoras de ese duelo del que solo una podía alzarse con la victoria final. Ambas creían en su fuerza y ambas se creían vencedoras y capaces de derrotar a la otra de manera rotunda. Lucharían por su lugar costara lo que costara. Las mujeres de casa Marieta no estaban hechas para amilanarse, pedir perdón y aceptar las imposiciones.

—¡¡Madre, acéptelo, yo soy más fuerte!! —gritó Orosia con los ojos encendidos—. ¡Ya es

hora de que me deje ocupar mi lugar por las buenas o por las malas!

—¡Niña ignorante! —respondió madre clavándole sus ojos gélidos.

—¡¡Ya no soy una niña, eso lo sabe usted bien!! ¿Es que no quiere ver la realidad? —añadió Orosia.

Madre se quedó callada. Esa chiquilla cuyo cuerpo había crecido rápido como una calabaza la estaba irritando hasta rozar su límite de tolerancia.

—Tú, niña, aún no eres nada en esta saga. ¡Menos que una garrapata! ¡Menos que una mísera cucaracha que revuelve entre el estiércol! No eres nada. Nada. ¡¡Nada!! ¡¡¡Nada!!!

Sin duda, madre sabía cómo sacar a su hija de sus casillas.

Tras lanzar un gruñido, Orosia se lanzó sobre madre y le clavó las uñas afiladas en la cuenca de los ojos, donde intentó retorcerlas con saña. Madre la apartó de ella con un fuerte empujón, aunque su hija ya había conseguido que su visión se emborronara por unos segundos durante los cuales madre tambaleó y tuvo que apoyar su espalda contra la pared.

La dureza de la gruesa pared de piedra contra la que se golpeó se le incrustó en la columna, que extendió el dolor a lo largo y ancho de su tronco.

Sin dudar, madre se abalanzó sobre su hija. Eso ya era demasiado por parte de esa niña. De un rápido zarpado que parecía más propio de un felino que de un ser humano, le agarró la melena de nuevo ante los vanos intentos de Orosia de deshacerse de ella y que solo causaron a madre unos leves rasguños.

Antona la estiró de nuevo y la hija cayó al suelo arrastrada de espaldas por su mata de pelo, la cual se agarraba con ambas manos para intentar paliar el dolor. Agarraba las manos de madre, que seguía tirando de ella, la pellizcaba con todas sus fuerzas, la arañaba, pero no acababa de conseguir ponerse de pie. A cada intento, la potencia del tirón aumentaba.

Al pasar a rastras bajo el dintel de la puerta de la cocina, la muchacha oteó de reojo una paella de hierro abandonada y mugrienta a la que se asió como si todo dependiera de ella. Y empezó a golpear con ella a madre en las manos y brazos hasta hacerlos enrojecer.

Falcando los pies contra la primera de las escaleras que conducían a los pisos superiores, Orosia consiguió finalmente ponerse de pie para seguir golpeando, con más saña que antes, a esa madre a la que odiaba con cada poro de su piel, con su alma, con su cerebro, con su cuerpo.

La paella dio a madre en toda la cara y su nariz rota empezó a sangrar, llenando su vestido de un reguero rojo que iba en aumento.

Tras lanzar un grito a la vez que hacía acopio de nuevas fuerzas, madre dio dos raudos pasos, agarró el primer cuchillo que encontró a su alcance y lo blandió desafiante hacia su hija. El largo y medio oxidado filo pasó a escasos centímetros de su mejilla, pero logró evitarlo con unos reflejos inmejorables.

Y así, con una paella y un cuchillo enorme en las manos, las dos mujeres de casa Marieta se quedaron unos segundos mirándose, clavándose mutuamente las pupilas coléricas. Sabían que ya no había vuelta atrás; no había lugar para un empate, para un diálogo, un pacto. Cualquier otra salida era, simplemente, una falacia. El trono solo poseía una silla. Una de las dos sobraba y esa era una verdad incontestable que ambas conocían.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo sin mediar ni una palabra, Orosia y Antona se lanzaron la una sobre la otra blandiendo sus armas improvisadas. El cuchillo de madre cercenó el brazo de su hija, que se cortó como la mantequilla para dejar una gran herida sangrante al descubierto. La paella que ésta sujetaba apuntó a la cabeza, pero erró y golpeó a Antona en el hombro con un impacto seco y que le hizo, al igual que su hija, lanzar casi en el mismo momento un grito de dolor. Nunca hasta entonces había notado que la chiquilla tuviese tanta fuerza; era evidente que hacía tiempo que había dejado de ser una niña, pero esa potencia y a la vez esa determinación ciertamente la sorprendieron.

Una nueva acometida con la paella fue esquivada por madre con habilidad y ambas se encontraron cuerpo a cuerpo, chocando como dos bestias que no han calculado su potencia al atacar. Y así cayeron de espaldas, juntas, hacia un lado de la lumbre, donde se desplomaron levantando una enorme nube de cenizas color platino que de inmediato invadió la cocina.

En sus intentos por deshacerse de su hija, Antona rodó hacia su izquierda, hacia donde las llamas bailaban una danza rojo intenso y el puchero seguía su ebullición frenética ajeno a la batalla que se libraba junto a él.

De repente, su pelo prendió al entrar en contacto con el fuego. Lanzó un chillido y rápidamente se apartó y extinguió la combustión con la mano mientras el cuchillo se perdía entre las dunas de cenizas que cubrían el suelo de la lumbre.

El revolcón de ambas sobre las cenizas fue inmediato y duró largos minutos de giros, de posturas tensas de una sobre la otra, bajo la otra al segundo siguiente, enganchándose mutuamente e intentando a la vez liberarse, mientras las cenizas las cubrían ya casi por completo desde la cara hasta el pelo, pasando por los ropajes.

Antona tenía agarrada a su hija por la garganta mientras su pierna derecha rodeaba su cadera; Orosia, a su vez, intentaba de lado retorcerle el cuello hasta oír un crujido que no acababa de llegar, y sus rodillas flexionadas intentaban hacer hueco entre el cuerpo de madre y el suyo para deshacerse de ella. Otro intento, todavía más fuerte, de ahogarse y desnucarse mutuamente, y otro viraje pesado y difícil sobre sus ejes para acabar quedando en la misma posición pero con sus cuerpos invertidos; quien abajo estaba, luego estaba arriba, y así se fueron alternando las tornas durante largo tiempo sin que ninguna de las dos consiguiera su objetivo.

Y todo bajo la mirada distante de Dulza, que ya hacía rato que había empezado a ponerse nerviosa y a entonar letanías de manera inconsciente.

Entonces, de la garganta prieta de Orosia se escapó un gemido tan fuerte y desesperado que su hermana pequeña se encogió en su rincón, se tapó los oídos con más fuerza y subió el volumen de la cancioncilla que entonaba.

El gemido se repitió tres veces más hasta que le faltó el aire, que apenas podía ya atravesar su garganta, comprimida sin piedad por esas manos fuertes e implacables.

Viendo que se estaba ahogando, haciendo uso de las últimas fuerzas que aún conservaba, presionó de nuevo las rodillas contra el estómago de madre en un último intento por separarla de ella. Eso no podía terminar así; no consentiría que esa mujer que siempre le había oprimido la existencia le oprimiese el paso del aire hasta ahogarla y acabar definitivamente con ella.

Un empujón más, con el último aliento que quedaba en su interior, y madre aflojó esas manos odiosas lo suficiente para que lograra escaparse. De todos modos, nunca conseguiría

partirle el pescuezo de esa manera; debería esforzarse más en encontrar otra forma de acabar con ella.

Ya liberada, Orosia tomó en una milésima de segundo todo el aire que sus pulmones fueron capaces de albergar mientras veía cómo su enemiga se reincorporaba, dolorida, preparándose para una nueva embestida.

Notó que el aire que la llenó era denso, rancio, impregnado de ceniza y con aroma a sangre salada de las muchas heridas que seguían brotando lenta e incesantemente. Las partículas de ceniza la hicieron toser de manera inevitable varias veces ante su desesperación, pues madre aprovechó el instante para tomar ventaja.

Así, de repente, el tercer tosido fue acompañado de la totalidad del líquido hirviente del caldero sobre toda su cara. Madre había sido muy rápida. Y muy hábil.

Orosia lanzó un largo alarido de dolor mientras se retorció por los suelos y su cara se llenaba de ampollas por momentos a la vez que, mirándola, madre dejaba escapar una carcajada de placer. Placer puro, intenso y absoluto.

Mientras las manos de la hija intentaban en vano cubrir ese dolor insoportable, madre se complacía en observar fijamente cómo ese bonito rostro desaparecía bajo el caldo hirviente y los trozos de panceta, morcilla, col y patata humeantes se aferraban a su pelo y a su piel dándole un aspecto casi irrisorio.

Pero poco duraron las risas de madre. No podía perder el tiempo. Así, como si su instinto se hubiese despertado de nuevo a la velocidad de un fogonazo, apartó los ojos de su hija y se giró como una bestia en plena caza para recoger de un zarpazo el caldero vacío del suelo. Lanzando un grito que hizo estremecer a Dulza, lo alzó y golpeó con él la parte superior de la cabeza de su hija. Y lo hizo con todas las fuerzas de que fue capaz, con total contundencia y con crueldad absoluta. Cuánto deseaba aniquilar a Orosia de una vez por todas; esa maldita chiquilla ya le estaba causando demasiados problemas.

La respiración de la muchacha se interrumpió. Su pecho dejó de subir y bajar. El tránsito del aire rancio se detuvo en sus fosas nasales. Por unos instantes, su cerebro no pudo procesar tanto dolor y sucumbió a la anestesia de la inconsciencia.

Pero madre sabía que la lucha no terminaba allí. No podía ser tan fácil. Deseaba incluso prolongar esa guerra entre las dos para saborear así mucho más su victoria final. Porque sabía que solo podía sobrevivir una. Y esa una no era esa chiquilla que, en su inmensa ignorancia, todo pretendía saberlo. No, el orden del universo no funcionaba así; los más fuertes siempre sobrevivían a los débiles.

Sin pensarlo dos veces, Antona le propinó una patada seca a su hija en toda la espalda, en la zona lumbar, tan solo para asegurarse de que, como ella esperaba, siguiese con vida. Todavía necesitaba verla sufrir más, caer sin poder levantarse, suplicar ante ella por su existencia. No, pensándolo mejor, sabía que su hija nunca suplicaría ante ella.

En medio de aquella locura, Dulza se apartó el pelo de la cara sin parar de canturrear en voz baja y se fregó los ojos vigorosamente; había estado tan absorta en su mundo que apenas había notado hasta entonces que los tenía llenos de la ceniza esparcida por el aire de toda la cocina. Pestañeó un par de veces y, viendo que seguían igual de irritados y su maniobra era inútil, se

olvidó de ellos.

Acto seguido apoyó su diminuta mano derecha en el suelo para ayudarse, después hincó una rodilla en el suelo mugriento y se levantó pesadamente, como si la dura infancia que llevaba sobre los hombros le pesara como toda una vida.

Sin mirar de nuevo a las dos fieras en pleno combate, se dirigió hacia la puerta de la cocina y la cerró sin hacer ruido tras de sí. No quería que madre se percatara de su marcha. Por si acaso.

Tras ponerse el abrigo, cogió una piel de cordero que colgaba de un gancho y se envolvió bien en ella; al ser tan menuda, la cubría totalmente de cabeza a pies, y todavía daba para una segunda vuelta.

Abrió la puerta de la calle, inspiró con fuerza el aire frío y la cerró de nuevo con sumo sigilo. Inspiró de nuevo, ahora más profundamente y con cierto alivio. No pasaba a menudo, que tuviese la libertad para salir de casa Marieta a voluntad; madre controlaba cada uno de sus movimientos y, por tanto, cada ir y venir al bosque, al río y a cualquier otro lugar debía obedecer a algún propósito definido de antemano por ella. La improvisación y la libertad eran dos conceptos que no entraban en su rutina diaria.

Todavía absorta en su irrealidad, anduvo hasta el final de su calle y después de la siguiente, donde levantó la cabeza con una total inexpresividad al ver la silueta del esconjuradero. Mientras miraba aquella construcción que siempre le había parecido extraña, inspiró de nuevo con fuerza para sorberse los mocos, tarea que acabó de rematar con un par de refriegas de manga bajo su nariz goteante.

Pasó de largo sin prisas y arrastrando los pies sobre la tierra húmeda y bordeó el pueblo hasta llegar a un descampado. Había dado un rodeo que madre nunca le dejaba dar, pero a ella siempre le había gustado mucho más pasar por allí, bordeando el precipicio con el sonido del río a sus pies.

Tenía muy claro cómo iba a acabar todo aquello. Tan claro como el agua que brotaba de la fuente a la entrada de Treume.

XVI

Tras la patada asestada brutalmente a una Orosia que yacía inconsciente, Antona se la quedó mirando con suma atención intentando reconocer en ella alguna señal que le indicara que aún quedaba vida bajo esos pellejos ensangrentados. Tal vez una exigua inspiración, algún ligero movimiento instintivo, un estremecimiento apenas perceptible, el sutil deambular de las pupilas bajo los párpados... pero nada sucedió.

Hasta que de repente, ante los ojos inquisitivos de madre, la muchacha volvió en sí y aspiró una súbita y mayúscula bocanada de aire que hinchó plenamente sus pulmones y la restituyó al mundo de los vivientes. A pesar del dolor anquilosante que casi la paralizaba, de que la cabeza le estallaba y tenía la melena grotescamente empapada en sangre; a pesar de que cada movimiento le suponía una atroz agonía, en cuanto sus ojos se abrieron lanzó una mirada de abominación a madre que le dejó claro que sacaría fuerzas de donde pudiese con tal de verla reducida a la nada.

Y allí, observándose, las dos se prepararon para el siguiente combate de esa guerra despiadada pero ineludible. Madre, de pie, jadeando por el cansancio; Orosia, medio incorporada en el suelo inmundo y cenizoso, respirando con dificultad. Era tan solo una breve pausa antes del ataque final.

Ya no había vuelta atrás.

—Déjalo correr, niña... acepta tu derrota. Será menos lastimoso de esta manera... ¿para qué has de perpetuar tus angustias, si sabes que no vas a poder conmigo? —le dijo madre escupiendo las palabras con una lentitud deliberada y casi exagerada, sin quitarle ojo en ningún momento, acechando, vigilante ante cualquier mínima maniobra de su hija. Después, el silencio gris invadió la pesada atmósfera de la cocina de casa Marieta.

Y entonces, exprimiendo sus fuerzas hasta la última gota de donde apenas quedaba aliento, Orosia embistió como un carnero sobre las piernas de madre, que cayó hacia atrás hasta golpearse el hombro contra el duro borde de piedra afilada de la lumbré.

Un nuevo alarido, otro flamante reguero de sangre que al instante perdió su brillo para enturbiarse con el polvillo gris claro que todo lo abrazaba. En el fondo, aquel embiste había sorprendido a Antona gratamente. No esperaba menos de su hija; la lucha en la que ella triunfaría se prometía virulenta hasta el final, y su victoria sería sin duda holgadamente merecida. Ya que la confrontación fatal era inevitable, al menos tendría el inmenso placer de haber subyugado a una digna contrincante que, como ella, estaba rebosante de rencor, de fortaleza, de ímpetu.

En el claro del bosque, Dulza se recolocó la piel de cordero sobre su cuerpo delicado y, con las piernas ligeramente abiertas y el cuello extendido hacia los cielos, alzó los ojos para observar el infinito. Por un momento, a su aire, bajo la piel mullida y pestilente pero cálida, se sintió a gusto con ella misma. Miró al cielo de nuevo; tan solo un par de majestuosas águilas

sobrevolaba el azul sobre ella luciendo sus hermosas alas, observando con altanería y detenimiento la tierra bajo sus pies en busca de una presa, en absoluta libertad y en perfecta simbiosis con el entorno.

Las aves rapaces pronto se escabulleron tras las cimas cercanas totalmente ajenas a ese cuerpo menudo que las observaba. Cómo le hubiese agradado unirse a ellas y no regresar más a ese maldito pueblo. Maldito pueblo y malditas gentes... maldita casa y, por supuesto, maldita existencia. A pesar de su corta edad, no recordaba cómo reía, desconocía qué se sentía siendo arropada por unos brazos amorosos... ignoraba cómo sonaba una canción de cuna entonada por unos labios que no fueran los suyos. Y en ese caso, las canciones solían consistir en una retahíla de frases inconexas y repetitivas que ella misma inventaba. Nunca caricias, nunca un beso en la frente antes de ir a dormir; nunca madre había actuado como tal.

Alzó los brazos y los estiró todo lo que pudo y, entonces, los extendió aún más y más hasta que los músculos y los tendones le empezaron a doler.

Cerró los ojos firmemente y rememoró cómo madre lo hacía, y así sus diminutos dedos que se asemejaban a pequeñas ramas de arbusto empezaron a tirar de las nubes invisibles hacia ella, muy poco a poco pero sin detenerse ni un segundo, una y otra vez, una y otra vez...

Imaginó los pequeños cúmulos formándose sobre su cabeza mientras seguía con su labor. Algo dentro de ella le decía a gritos que era perfectamente capaz de hacerlo. Solo era cuestión de tiempo, y ella poseía todo el del mundo.

Las afiladas puntas de sus pequeños dedos con uñas inmundas se continuaron juntando, apretando y tirando, enclenques y aun así tan firmes y seguras como las de un adulto.

Por un momento perdió la concentración. En su mente se apiñaron, de una manera absolutamente involuntaria, mil momentos que hubiese deseado borrar hacía tiempo: las burlas de los otros niños... esas miradas recelosas que le dedicaba el mosén... el día en que se extravió en el bosque y madre no salió a buscarla para que así aprendiera a estar más atenta... Permaneció dos días perdida, comiendo setas crudas y bebiendo agua del riachuelo, hasta que Casimiro casualmente tropezó con ella y la trajo de vuelta. Y las palizas y los azotes de madre, claro, y sus ojos inclementes clavándose sobre sus pupilas a medio crecer cuando ésta consideraba que no estaba realizando sus quehaceres exactamente del modo adecuado...

Como no se podía permitir distracciones en ese momento capital, sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos. Recolocó los brazos, que habían ido descendiendo y tornándose lánguidos de manera inconsciente, y abrió más los ojos para mirar al cielo. Como ya sabía, seguía siendo de un azul impecable.

Recordó a madre entonando como en un trance su invocación e hizo memoria para rescatar sus palabras. No le costó mucho; las había oído tantas veces antes... De todos modos, algo enraizado en sus entrañas le dictaba qué vocablos usar, qué modulación exacta aplicarles... lo sabía y punto. Ese don lo llevaba en su interior desde el día de su nacimiento. Con o sin las enseñanzas de madre, la pequeña Dulza sabía perfectamente qué hacer para que todas las nubes del universo acudieran a ella hasta oscurecer al completo la porción de orbe celeste sobre Treume. No sabía cómo lo había adquirido, pero sabía que poseía ese conocimiento. Cuando se era una criatura singular como lo era ella, esas cosas se sabían.

Que la brisa me acaricie... venid a mí...

Que el pedrisco me fustigue... venid a mí...
Que el azul se tiña de blanco... venid a mí...
Satanás, mi dueño y amo, ampárame...
Que las boirinas te dancen... venid a mí...
Cielos negros y borrascas... venid a mí...
De los gascones al Castejón... venid a mí...
Del Hospital a San Juan de Plan... venid a mí...
Venid con premura, venid junto a mí...
Que el azul sea negro y llore el gris...

Y así Dulza siguió y siguió con su mezcolanza de frases rememoradas, de frases improvisadas, de frases que simplemente, afloraban desde la profundidad de su garganta de niña escoltadas por sus movimientos incesantes.

Cielos negros y boirinas... venid a mí...
Que el azul sea negro y llore el gris...

Y mientras su férrea voluntad avituallaba sus poderes, el encarnizado duelo entre madre y su hermana continuaba.

Una gota de agua gélida que se posó con premura en la frente de Dulza le hizo abrir de repente los ojos, que de inmediato elevó hacia arriba para descubrir, con agrado, que sobre ella un rebaño de nubes azabache ya empezaba a interpretar macabras danzas. Le resultaban tan conocidos, esos remolinos atolondrados y esas volteretas grandilocuentes de los nubarrones...

No se sorprendió mucho al ver qué estaba consiguiendo, pues ya sabía que para ella, Dulza de casa Marieta, modelar la más espeluznante de las ventiscas era inherente a su condición.

Cerró los ojos de nuevo. Ese cielo ciertamente era sobrecogedor y a cualquier otra persona la habría amedrentado pero, incluso así, consideró que su logro no era suficiente. No, debía esforzarse todavía más, mucho más. Ella no iba a engendrar una simple y llana tormenta. No. La ventisca por ella creada se recordaría durante siglos, pues reduciría a su detestable pueblo a un amasijo de rocas y barro.

Alargó los brazos con más fuerza y prosiguió, hilvanando nubes y más nubes, a cual más negra y amenazadora que la anterior, tejiendo la borrasca más perfecta que nunca antes se había visto.

Estiró e hilvanó, estiró de nuevo con grandes esfuerzos, como si sus tejemanajes fueran tangibles, como si realmente las nubes estuviesen conectadas con la punta de sus dedos de algún modo.

Tiró y tiró sin cesar hacia ella incluso cuando a esa gota huérfana se unieron muchas más, e incluso cuando el estertor de los truenos acalló las letanías terribles que se escapaban de su garganta recitadas con voz paradójicamente angelical. Incluso entonces, cuando tuvo que seguir repitiéndolas a gritos para oírse a sí misma, no cesó en su labor.

El estallido de un rayo a unos pocos metros puso punto y final a su empresa. Echó una mirada fugaz al abeto humeante que se desplomó pesadamente sobre el suelo reducido a un esqueleto chamuscado y observó la siniestra y densa cúpula que cubría Treume de norte a sur y de este a oeste. Mecida con frenesí por el viento en aumento que apenas le permitía mantenerse en pie y acompañada por los truenos que le cantaban una nana lúgubre, se sintió tremendamente orgullosa de lo que había conseguido. Por primera vez en su vida, Dulza sonrió de felicidad, y fue una sonrisa absolutamente amplia, gozosa, sin remordimientos ni reproches ajenos.

Ahora debía apresurarse en marchar de allí y dirigirse al valle de al lado, donde sin duda estaría a salvo de la furia de su imponente creación.

En la cocina de casa Marieta, Antonia y Orosia seguían revolcándose la una sobre la otra en una lucha de fieras salvajes por la supremacía. Con fuerzas prácticamente iguales y exacta determinación por resultar vencedoras absolutas, tan pronto era la una la que estaba encima ahogando a la otra como se encontraba de nuevo debajo de ese peso, en el suelo, viéndose agarrada, golpeada, presa, estrangulada, machacada.

El revolcón incesante durante el cual no se separaron ni un segundo las llevó de un extremo al otro de la cocina, topando con violencia contra las paredes en su ir y venir, chocando contra lo que quedaba de la mesa, golpeándose por turnos contra el marco de la puerta. Y así, revueltas en posturas intrincadas, llegaron frente a las escaleras que conducían a los pisos superiores.

De repente, madre recuperó su posición y volvió a encontrarse encima; entonces, sin perder ni una décima de segundo, agarró con ambas manos a Orosia por la cabeza e intentó golpearla con poco éxito contra el primero de los peldaños. Solo consiguió aturdirla ligeramente, tras lo cual su hija se deshizo de ella con un giro sobre ella misma. Y así quedaron de nuevo, arrodilladas frente a frente, con sus numerosas heridas tiñendo copiosamente de rojo su piel y sus ropajes, con la respiración entrecortada y sus miradas fijas llenas de un odio supino.

Justo entonces, el trueno más fuerte y duradero que habían oído en sus vidas las apartó de su guerra particular y ambas se miraron extrañadas, tras lo cual Antona se arrastró hacia el dintel de la puerta de la cocina para mirar en su interior.

—¡¡No!! ¡¡¡Dulza!!! —exclamó Antona al instante al percatarse de que la niña ya no estaba en su rincón. A ella, que nunca nada le pasaba desapercibido y que tenía un control total sobre sus dos hijas, de manera imperdonable se le había escapado ese detalle. Y sabía a qué se debían esos truenos.

Sin tiempo para acudir al claro del bosque para parar los pies a esa niña insensata y estúpida, se abalanzó de nuevo sobre Orosia al mismo tiempo que un nuevo trueno, aún más intenso que el anterior, hizo retumbar los cimientos y los gruesos muros de piedra de la casa. Al instante el granizo, formando bolas del tamaño de una castaña, empezó a desplomarse sobre la totalidad del pueblo y a romper los cristales de las ventanas.

Treume entero se convirtió en una sinfonía caótica de cristales rotos y de gruesas losas de pizarra de tejado quebrándose y abalanzándose sobre las calles por doquier.

En un primer momento, los vecinos salieron asustados ante aquellos truenos nunca antes oídos y que parecían salidos del mismísimo averno. Era extraño... esta vez mosén Medardo no

había hecho sonar las campanas para reunirlos en el viejo esconjuradero... En cualquier caso, ya era demasiado tarde ya que, en cuanto el cielo empezó a granizar, su única opción fue encerrarse dentro de los edificios. Era de locos intentar salir.

El tremendo granizo siguió cayendo y cayendo acompañado de rachas de la más intensa de las lluvias; al poco tiempo, el tamaño de las bolas heladas ya era equiparable al de las patatas. En diez minutos, bombas que parecían coles empezaron a destrozar también todo aquello que era de madera. Las puertas centenarias, los dinteles, las antiguas y carcomidas contraventanas que se quebraban como el papel... incluso los pequeños muros de piedra de los huertos. Sobre los tejados, aquellas *chamineras* con figuras destinadas a ahuyentar a las brujas desaparecieron, destrozadas, para deslizarse tejado abajo hasta el suelo de las calles.

Una vez la pizarra que recubría todos los tejados dejó de existir, el pedrisco empezó a destrozar el revestimiento interior y a continuación, sin piedad, las vigas de madera de todas las plantas superiores sin excepción, tras lo cual el agua comenzó a colarse con avidez por la totalidad de las casas, deslizándose sigilosa pero a marchas forzadas escaleras abajo. Y ninguna construcción del pueblo pudo escapar de este destino, pues todas ellas estaban construidas de la misma manera y se encontraban en un estado similar de deterioro.

Se empezaron a oír gritos en la calle principal. Casi al mismo tiempo, eclipsado por el estruendo de la tormenta, también se oyó griterío procedente de otras moradas, de otras calles. Los vecinos eran conscientes de que sus casas estaban siendo destruidas. La mayoría de ellos se apresuraron a la planta baja para guarecerse del pedrisco que atacaba desde el cielo; cuando vieron, creyéndose a salvo, que el agua les cubría los pies, les entró el pánico. ¿Hacia dónde más podrían huir, si atravesar lo que quedaba de la puerta de la calle suponía una muerte segura?

En los alrededores, la piedra y la lluvia sin pausa despedazaron por completo los huertos, los muros, el cartel de bienvenida a Treume... incluso la fuente perdió su entidad. Más allá, el tortuoso sendero que conducía hasta el glaciar se desdibujó totalmente y quedó oculto bajo los árboles y las múltiples ramas caídas.

Lo que antes era el riachuelo confinado entre un barranco se convirtió en un fuerte torrente que todo lo arrastraba y cuyo nivel subía a cada segundo hasta el punto de llegar prácticamente a la altura del pueblo.

Parecía que solo la gran roca negra que sustentaba la iglesia seguía allí impertérrita, aún más brillante e imponente bajo el agua, majestuosa como siempre y ajena a los pedruscos que vomitaba el cielo.

La iglesia hacía rato que había visto su silueta desdibujarse; sin cruz, sin campanas, con el techo medio derruido por la potencia de los descomunales misiles celestiales, parecía tener los minutos contados tras tantos siglos de resistencia incondicional.

A Nunila, de casa Pascuala de Pui, la situación la desbordó al darse cuenta de que estaba atrapada dentro de una ratonera que se llenaba de agua por segundos y que, poco a poco, se iba colapsando. Tras unos breves momentos en que no era capaz de controlar su respiración descompasada y creía ahogarse, logró calmarse ligeramente y recuperar el ritmo del aire que entraba y salía de sus pulmones. Inspiró y expiró una y otra vez, repetidamente, hasta que tomó una determinación. No se paró a pensar que tal vez el granizo no podría con las gruesas paredes de su

hogar y, desesperada y con la respiración aún entrecortada, decidió huir de allí ante los gritos de su marido por impedirlo. En vano intentó él sujetarla por el brazo; la mujer se le resbaló y salió apresurada bajo ese cielo violento. Nunila se cubrió la cabeza de pelo blanco con un viejo abrigo de lana lleno de pelusas y emprendió la marcha a grandes zancadas con sus piernas larguiruchas y combadas.

Apenas hubo dado tres pasos, una enorme bola de hielo la golpeó con brutalidad en la mitad de la frente. Exactamente en el centro, ni un centímetro hacia la derecha ni un centímetro hacia la izquierda. Nunila se quedó inmóvil, de pie, con la respiración retenida en su pecho y la mirada miope perdida en la lejanía. Al cabo de tres segundos cayó hacia atrás pesadamente y ya no se volvió a levantar. En diez segundos, su cuerpo se empezó a cubrir de gélidos pedruscos y allí quedó, marchita para siempre bajo el cielo del pueblo. Su marido cerró la puerta tras de sí y se dejó caer de rodillas al suelo inundado, sollozando desconsolado. Aunque ya conocía de sobras el sufrimiento, era la primera vez que lloraba. Los hombres de Treume nunca en la vida derramaban lágrimas.

La primera de las gigantescas bolas de pedrisco que atravesó lo poco que quedaba del tejado de casa Marieta impactó a Gabi en una pierna. Un alarido de dolor quedó enmudecido por el ruido del pedrisco al golpearlo todo mientras intentaba a duras penas arrastrarse hasta la salida. Se incorporó agarrándose al pomo e intentó abrir esa maldita puerta firmemente cerrada desde fuera. Intentó olvidar el dolor que, a pesar de los brebajes, le producían sus piernas entablilladas; tenía que abrir esa puerta fuera como fuera. Pero era tan resistente, tan hermética... No parecía ceder ni un milímetro, aunque él siguió tirando, empujando, golpeando con los puños, arañando... Cualquier intento por romper las bisagras también resultó inútil, hasta que se rindió y se dejó resbalar hasta el suelo, derrotado.

Todo, absolutamente todo, parecía frágil y quebradizo; todo se descomponía a su alrededor y sobre él, empezando por las placas de pizarra y acabando por el cañizo, las vigas, el cabecero de la cama... Esa maldita puerta, sin embargo, parecía la lápida de una tumba fuertemente sellada.

La segunda bola le golpeó en la clavícula, que se salió de su lugar y le dejó aún más encogido en el suelo. No duró mucho su dolor, pues una tercera pieza de granizo le cayó sobre la cabeza, poniendo al instante el punto final a su vida. Un reguero de sangre se deslizó sobre su cuerpo y llegó al suelo, donde se mezcló con el agua de la lluvia, que al poco tiempo acabó diluyendo el líquido rojo como si nunca hubiera existido.

Las montañas y las laderas alrededor del pueblo se empaparon de agua como los poros de una esponja y pronto la tierra ya no pudo absorber ni media gota más; el agua fluyó entonces libremente por las calles, por la plaza, por cada rincón entre las casas. Se infiltró por cada grieta, oquedad, resquicio diminuto entre piedra y piedra.

Al mismo tiempo, la tierra se ablandó y el barro se convirtió en un líquido pardo de textura extraña. Entonces, las laderas de la montaña que flanqueaba Treume más allá de la iglesia y del pequeño bosque empezaron a cobrar vida.

Primero fueron los abetos quienes advirtieron que la superficie que les sustentaba se estaba deslizando; los animales que aún sobrevivían en sus madrigueras no inundadas se atrevieron, con desigual suerte, a huir despavoridos de aquel lugar. Acto seguido, las rocas empezaron a

deslizarse y, poco a poco, la ladera entera inició su lento deambular hacia abajo, hacia el pueblo, sin interrupción pero con una parsimonia tal que el movimiento resultaba apenas perceptible.

Y así, de uno en uno y a cámara lenta, todos los árboles quedaron ocultos por la avalancha, doblándose primero en un ejercicio de elasticidad supina pero sucumbiendo después hasta que ni sus altas copas resultaron ya visibles.

Mientras, en casa Marieta, las dos alimañas ya medio moribundas se seguían revolcando en la planta baja, empapadas en esa agua helada que se calaba en los huesos y anquilosaba sus alientos.

Las primeras rocas y fango de la lengua que se deslizaba por la ladera arrasaron el cementerio como una mano que lanza una caricia mortal, y la anarquía de lápidas desordenadas quedó cubierta por una espesa capa viscosa que se iba haciendo más y más gruesa con el avance de la avalancha. Pronto esa parte de las afueras de Treume resultó ya irreconocible, metamorfoseada la montaña en una masa informe que reptaba en sigilo.

Llegó hasta la parte posterior de la Iglesia y trepó por sus muros, avanzando hacia delante, más y más, entre los chasquidos de los árboles lejanos que se iban quebrando y el tremendo ruido causado por el choque de rocas enormes arrancadas de cuajo e integradas en la masa todopoderosa.

Los vecinos, pese al estruendo, permanecieron en sus casas. Sus moradas llevaban lidiando con todo exitosamente durante siglos; eran seguras, allí nada podría pasarles... un poco de agua tal vez... las entradas cubiertas de barro... en pocos días lo habrían reparado todo, tejados incluidos, como ya habían hecho en ocasiones anteriores. Pero esta ocasión no era como las anteriores.

En cuestión de minutos, la totalidad de la puerta de la iglesia quedó enterrada bajo el lodo mientras aquella lluvia demencial no paraba de azotarlo todo; pronto ya solo quedó el trozo de campanario que el granizo había respetado y que ahora sobresalía extrañamente de entre el fango que ya lo dominaba todo por doquier. La avalancha de barro, rocas y árboles arrancados se siguió deslizando por la gran roca, que vio disiparse su brillantez y su arrogancia hasta desvanecerse por completo bajo la superficie fangosa. Y continuó de manera inexorable hasta colmar la única plaza del pueblo como un recipiente rebosante, penetrando también en sigilo dentro de las casas que la rodeaban, por cada oquedad y cada ranura, por cada ventana de portones rotos y por cada grieta centenaria. El horno de pan que siempre había estado allí desapareció íntegramente, como había desaparecido instantes antes la casa de ese cura que ya no vería su morada engullida por el barro.

Y siguió avanzando.

Algunos vecinos, viendo o intuyendo lo que se les venía encima, se atrevieron a salir e intentar huir bajo el pedrisco que no cesaba.

Los gemelos Gonzalbo y Antón, simétricos y simbióticos, salieron los dos con sillas sobre la cabeza creyéndose más listos que el destino. Al llegar a la primera esquina, la vetusta madera de las sillas ya estaba resquebrajada por los impactos de los pedruscos de hielo; apenas cien metros más allá, solo dos pedazos de madera quedaban protegiendo sus cabezas.

Para cuando la avalancha llamó a la puerta de casa Marieta, ambos yacían ya en la calle

principal de Treume, destrozados y sangrantes, velados por el granizo, esperando ambos en idénticas posturas ser enterrados por el lodo.

A pesar de estar cubierta en sangre, con varias costillas y diversos huesos rotos; a pesar de dolerle cada parte de su cuerpo y tener apenas fuerzas para seguir luchando por su supremacía, Antona no había dejado de ser consciente ni por un segundo de todo lo que estaba aconteciendo sobre los cielos de su pueblo desde aquel primer trueno que le hizo revolver los intestinos. Entre los alaridos de Orosia y sus propios gemidos, había diferenciado de manera inconfundible aquellos truenos del todo anormales. El vello de su piel sanguinolenta, empapada por el agua filtrada de la lluvia, se había estremecido con el crujir de los árboles bajo la marea de lodo; sus finos sentidos no habían pasado por alto el denso olor a barro, el sordo ruido de la tierra corriéndose ladera abajo... las paredes de los edificios al derrumbarse... los muros al caer. Sabía que todo a su alrededor yacía sepultado bajo una gruesa manta de piedras y tierra empapada, bajo una amalgama parduzca de muerte y de naturaleza desenfrenada. Sabía que era cuestión de tiempo; más tarde o más temprano, les llegaría la hora.

Cuando la avalancha acarició ruidosamente lo que quedaba de su puerta con intención de entrar, supo que esa hora había llegado.

Orosia, por su parte, apenas había temblado levemente con el retumbar de los truenos, como una hoja mecida por un breve instante de suave brisa; ajena por completo a la danza irrefrenable del lodo, solo tenía una única preocupación en la mente. El resto era del todo trivial. Una única preocupación, un único objetivo que guiaba sus pasos en ese momento: acabar con madre. Tiritando de frío y sin ninguna parte del cuerpo indemne, sus fríos ojos solo anhelaban ver cómo los de madre se cerraban para no abrirse más, ocluidos, sellados, cegados para siempre, devorados por gusanos hambrientos hasta convertirse en oquedades nauseabundas. Sin embargo, estaba resultando mucho más dura de lo que pensaba; madre siempre había sido nervuda y fuerte en extremo, pero su aguante la estaba sorprendiendo. Cómo deseaba apretar del todo sus manos alrededor de ese cuello, sentirlo ceder y crujir y ver cómo su tez se volvía violácea mientras los ojos parecían salir de sus órbitas... cómo deseaba verla inspirar inútilmente por última vez y expulsar al aire frío y húmedo un último aliento. Pero sus manos apenas tenían energía para apretar más, ni sus piernas para empujarla, ni su apaleado cuerpo para abalanzarse sobre ella.

Ambas sin fuerzas para seguir pero ambas con igual determinación. Ambas flirteando ya con el más allá pero luchando aún por la victoria absoluta. Hasta en la muerte las dos mujeres de casa Marieta parecían ser idénticas.

La presión de la avalancha de lodo y rocas era tal que la vapuleada puerta de la entrada empezó a quebrarse acompañada por sonoros crujidos a la vez que el estampido de las piedras al rozar y rasgar la madera centenaria iba en aumento. Las fieras cesaron en su duelo durante un segundo y se miraron fijamente. Esa mirada profunda expresó de manera implícita muchas cosas; dejó patente que ambas eran del todo conscientes de que si no intentaban huir de allí sucumbirían sepultadas bajo los muros desplomados de su propia casa. También puso de manifiesto que, a pesar de esa realidad incontestable, ninguna de las dos iba a cesar en su empeño.

De nuevo, mientras la puerta cedía y el abrazo letal penetraba hacia ellas, Orosia se arrojó de nuevo con todas sus fuerzas sobre madre. Y así siguieron ascendiendo inútilmente los peldaños de uno en uno, a duras penas, revolcándose enzarzadas en un nudo imposible, en una batalla que

estaba pronosticada desde el mismo día en que Orosia llegó al mundo. Ese día, en cuanto madre la vio salir de sus entrañas y notó cómo esa criatura sanguinolenta la miraba con desvergüenza, supo que le traería problemas y que, con el tiempo, casa Marieta solo tendría lugar para una de las dos.

Con cada palmo que el lodo ascendía, ellas subían, a trompicones, un nuevo peldaño. Y otro, y otro, entre golpes, empujones, cabezazos, intentos de acabar la una con la otra de todas las maneras posibles, cada vez con menos vigor y cada vez con menos éxito.

Para entonces, medio Treume yacía ya bajo esa sustancia implacable cuyo reino se estaba extendiendo por doquier y sin indultar ningún rincón. La mayor parte de los vecinos, encerrados en sus casas, habían intentado evitar la avalancha subiendo a las plantas superiores, ya sin tejado, para acabar pereciendo al derrumbarse alrededor de ellos y bajo sus pies sus moradas centenarias, de muros gastados y vigas podridas y carcomidas. Algún otro había intentado salir a la calle, donde el espeso río letal le había arrastrado hasta hacerle desaparecer bajo su superficie entre gritos y ademanes inútiles. Otros habían hallado la muerte de manera fulminante tras una contundente caricia de alguna inesperada bola de granizo.

El ya anciano matrimonio de casa Lallena, al ver su casa sitiada por la avalancha y contemplar con sus sollozantes ojos arrugados cómo las de sus vecinos iban desapareciendo de una en una de su vista, se apresuró a rebuscar el mejor de sus vinos de entre las numerosas botellas que poblaban el estante superior de la alacena ya medio embarrada. Él sacó el tapón de corcho sin prisas con los pocos dientes que le quedaban y, con lágrimas vertiéndose sobre sus mejillas y resbalando como el rocío por su larga y enmarañada barba blanca, llenó hasta el borde el vaso que, temblorosa y casi convulsa, sostenía su esposa. A continuación llenó el suyo propio. Se miraron y se dieron el más dulce de los besos y, sin demora, bebieron hasta la última gota. A ella el primer trago le hizo arder la garganta, pero no se detuvo. Después, más vino hasta el borde. Y más, y más, hasta que la botella se vació del todo. Entonces se dirigieron hacia las escaleras, se sentaron en los últimos peldaños de la planta baja y se abrazaron, embotados y mareados, ebrios y apesadumbrados, a esperar el destino.

Antona y Orosia sobrepasaron la primera planta, llena de agua por todas partes como la cocina y la entrada, y llegaron a la segunda. La puerta tras la cual yacía Gabi estaba semiabierta, agrietada y con las bisagras dobladas. La empujaron hasta que cedió con facilidad y apartaron el cuerpo muerto con los pies y sin miramientos; acto seguido penetraron en la estancia, donde el techo de vigas corroídas por los insectos y por los lustros había cedido al ataque de ese granizo descomunal. Por un segundo elevaron los ojos a los cielos, aún negros y vomitando pedrisco y lluvia sin cesar. Madre se sintió desconcertada cuando un ligero sentimiento de orgullo la invadió al ver la creación de Dulza. Esa niña endeble y de mente siempre ausente al final la había sorprendido de manera grata.

Entre el tejado derrumbado y los restos de lo que antes había habido allí, esparcidos por doquier como en un naufragio, ambas se miraron antes de volver al ataque. Con apenas vitalidad para dar un paso o levantar los brazos, Orosia cogió con dificultad un trozo de viga de madera del suelo. Era un trozo de no más de medio metro, afilado en su extremo más delgado y que estaba empapado en agua, por lo que su peso le pareció exagerado; miles de pequeños agujeros de carcoma centenaria minaban todo el interior de ese pedazo de madera creando infinidad de surcos, túneles intrincados que entraban y salían, que se retorcían e interrumpían a lo largo y ancho de cada milímetro. La madera estaba ligeramente blanda y algo hinchada, pero incluso así su punta

afilada aún conservaba la consistencia suficiente para sus propósitos. Se apresuró en clavárselo a madre en el estómago todo lo fuerte que pudo, asíéndolo y empujando con ambas manos, haciendo fuerza con todo su cuerpo para hundirlo dentro de ella.

Y la madera la atravesó, rasgando en silencio y no sin dificultad su piel y sus carnes hasta quedar allí, sobresaliendo extrañamente de su barriga, inmóvil e incrustada, sostenida aún por Orosia.

Madre no cayó en el mismo momento, sino que permaneció en pie, con las pupilas fijas en las de su hija, hasta que su cuerpo comenzó a sufrir violentas contracciones y de su boca entreabierta brotó un río de sangre espesa y oscura.

Sin dejar de mirar a la mujer que la estaba derrotando y con una expresión de abominación y fracaso íntimamente entremezclados, cayó sobre sus rodillas y se desplomó finalmente de espaldas, hecho que Orosia aprovechó para dar un nuevo empuje al trozo de viga, por si acaso. Llegado ese punto, no se podía permitir el no asegurarse de acabar por completo con ella. Tenía que ver cómo dejaba de respirar, sentir cómo su hálito pútrido ya no se escapaba más de entre sus dientes infectos; tenía que notar con el tacto de sus dedos que el exasperante pulso bajo su mandíbula se detenía para siempre.

Empujó de nuevo esa estaca improvisada todo lo que pudo, hincándola con dificultad más y más dentro de ella, penetrando hasta casi atravesarla. El esfuerzo la dejó todavía más exhausta, y se sorprendió al notar lo prietas que eran las carnes de madre. Se clavó varias astillas que no se molestó en sacar y sus manos empezaron a sangrar, aunque esas eran ya heridas sin importancia comparadas con todas la que su cuerpo llevaba encima.

Pesadamente y sin prisa, sus rodillas de piel hecha girones se colocaron junto a madre, que yacía con los ojos todavía abiertos, ahora ya inexpresivos, clavados en el techo. Bajo la lluvia que seguía cayendo, el lodo rodeando casa Marieta y el granizo golpeándola, se quedó mirando a esa mujer que durante toda su vida había sido para ella un ser extraño y lejano. Madre. Madre que la había engendrado y parido, nada más. Una madre que el único regalo que le había ofrecido en la vida había sido permitirle vivir.

Por un momento pensó en que ella misma tal vez tendría descendencia en tiempos venideros. Al fin y al cabo, estaba en su mano, y únicamente en su mano, la posibilidad de perpetuar la saga. Supuso que su hermana Dulza había perecido ya engullida por la avalancha pero, aunque le dio cierta pena, en el fondo poco le importó; era tan solo una pérdida más en su camino, triste pero imprescindible e inevitable.

Demasiado exhausta para moverse ni un centímetro, retomó sus divagaciones sobre la maternidad. Pensó también que ella misma, con mucha seguridad, también sería incapaz de amar a sus hijas y acabaría repitiendo de manera irremediable el mismo patrón de comportamiento que había mamado durante tantos y tantos años.

No. No. No. Negó con la cabeza una y otra vez. No. Ella no deseaba ser como madre. Si una cosa tenía clara era que no quería ser un calco de esa mujer demente y obsesiva, gélida y manipuladora. Ella se convertiría en una bruja renombrada; sus poderes serían tema de conversación más allá de las fronteras, los inocentes niños la temerían y el resto de brujas la reverenciaría pero nunca, bajo ningún concepto, sería como madre.

Una gran bola de pedrisco le golpeó la cadera, pero ni eso fue suficiente para abstraerla de sus circunloquios febriles. El destino sería grandioso para ella. Sin madre, todo sería

extremadamente simple. Sin obstáculos, sin reproches, sin manipulaciones... el camino no era cómodo, pero sí era llano y recto hasta llegar al final. Sin madre, el futuro se le dibujaba diáfano, prometedor y, lo mejor de todo, tangible.

De repente, un crujido bajo sus pies la devolvió a sus heridas, a su agotamiento... la trajo de vuelta a su isla rodeada de lodo que se estaba hundiendo poco a poco en un mar pastoso y letal.

Otro crujido, y el suelo bajo sus pies cedió. El corazón le dio un vuelco y se sintió caer, sin nada a su alrededor donde asirse. En vano alargó una y otra vez sus brazos en busca de algo firme, de manera desesperada y en todas direcciones, pero solo halló la nada.

Y no le dio tiempo a nada más, ni tan siquiera a gritar, pues en décimas de segundo un trago de barro usurpó el lugar de la ansiada bocanada de aire en su garganta, que se contrajo varias veces en vano. El fango frío la abrazó con su amor letal y los restos de su casa la acariciaron hasta lacerarle el cuerpo. Los restos de las vigas le cortaron la piel, las rocas de los muros le golpearon todas las partes del cuerpo en su lento descender... sus extremidades quedaron aprisionadas por toda esa materia inerte y sintió literalmente el peso de toneladas de historia desplomadas sobre su cabeza. Por un momento creyó que su cráneo no resistiría tal presión, pero sus intentos estériles por no permitir que el barro la ahogara le hicieron olvidarse de ello. Notó algo blando bajo su pie derecho... madre tal vez... o quizás el colchón... ¿a quién le importaba ya?

Mientras la falta de oxígeno se empezaba a hacer notar en su cuerpo, Orosia se hundió más y más entre los despojos de casa Marieta, que en ese preciso instante dejó definitivamente de existir.

XVII

Lejos de aquella vorágine de barro y muerte, Mario seguía avanzando hacia la salvación mientras su mente no dejaba de formular preguntas, algunas de las cuales nunca hallarían respuesta. Por qué ellos... por qué Treume permanecía anclado en la superchería de siglos atrás, por qué el cura no atajaba todo eso de una vez, por qué ninguno de los vecinos había intentado huir...

Mientras las respuestas que él tanto necesitaba de manera perentoria se resistían a hacer acto de presencia, esas malditas abejas asesinas seguían revoloteando en su mente frenéticamente, sin control y sin pausa, provocándole un estado de angustia que rozaba el histerismo y que le incitaba a rascar y rascar continuamente diferentes partes de su cuerpo aun sabiendo que su piel estaba del todo carente de picaduras. No tenía ningún sentido, pero el dominio de su raciocinio sobre su mente estaba demostrando no ser tan poderoso como él siempre había supuesto. Sumamente nervioso, se propinó un manotazo en todo el moflete derecho que le dejó la piel enrojecida y al instante se avergonzó de su acción impulsiva. “Venga, Mario, cálmate de una vez, que aquí no hay ni una abeja”. Y en tal estado permaneció un largo rato mientras andaba, haciendo esfuerzos por controlar sus manos, sus pensamientos desmandados y las dispares y múltiples sensaciones cutáneas engañosas que su cerebro seguía sin saber cómo procesar.

Tras la atroz muerte absolutamente intencionada de Leo en el bosque, le pareció tan extraño, que Orosia no corriera tras él para acabar también con su vida de alguna manera cruel e inhumana... Después de todo, ya no le cabía ninguna duda de que la muchacha estaba desequilibrada, imbuida en su enrarecido universo mental de pócimas y hechizos, adorando con fervor a un Diablo que había desaparecido hacía siglos a los ojos del resto del mundo... También le pareció extraño que esta vez ningún fenómeno inusitado interrumpiera su camino; ninguna tormenta aparecida de la nada, ninguna avalancha... Algo no le encajaba. Si él conocía la existencia de esas locas de casa Marieta que llevaban practicando la brujería desde tiempos ancestrales, si sabía que habían acabado con la vida de muchos otros antes de la llegada de él y sus amigos a Treume... si conocía también el secreto macabro que la grieta del glaciar escondía en sus adentros... ¿por qué motivo ahora simplemente le permitían escapar?

No dudaba de que a ese pueblo de moradores desquiciados no habían llegado por casualidad; a esas alturas, era innegable que habían sido atraídos hacia él por Antona, tal vez por Orosia; cuál de las dos había sido la causante de su extraño extravío era algo que no le importaba. Tenía claro que ambas eran perversas por igual y que no podía fiarse de ninguna de ellas.

Definitivamente, algo no le cuadraba en esa parte de la historia cuyos engranajes no dejaban de patinar y patinar. Antona nunca le permitiría abandonar el lugar y llegar a la civilización; poner en peligro la supervivencia de la saga era algo que ella impediría por todos los medios.

Siguió andando, ahora todavía con más celeridad, pues empezaba a llover con gotas diminutas, casi imperceptibles. Y, una vez más, miró sobre su cabeza aterrorizado, solo que esta

vez no acechaban nubes negras formando gárgolas diabólicas. Ésta parecía una lluvia normal procedente de un cielo ligeramente grisáceo, aunque no por ello quería confiarse. No podía hacerlo, pues tenía claro que los designios de Antona eran inescrutables.

Giró la cabeza sin detenerse para echar una ojeada fugaz al punto de las montañas donde estaba Treume, oculto del mundo y ajeno a los tiempos que corrían. No le sorprendió mucho descubrir que sobre el pueblo, claramente delimitados por la parte posterior del cementerio y por el cartel que anunciaba la llegada al lugar, tremendos nubarrones oscuros danzaban bailes pavorosos que le resultaron familiares. No le resultó difícil adivinar que algo estaba sucediendo y temió por la vida de su amigo, custodiado por esas locas y atrapado en ese lugar que parecía que iba a ser engullido por una tormenta colosal de un momento a otro.

Por suerte, él ya no estaba allí.

Aunque el cansancio que sentía no dejaba de ir en aumento, aceleró más el paso. Según sus cálculos, no podía estar lejos de una pista forestal. Esta vez estaba convencido de que no estaba equivocado; aunque la tecnología seguía sin estar de su parte, la posición del sol y las pocas referencias que tenía del lugar no podían ser erróneas.

Entre paso y paso pensó en qué demonios le explicaría a la primera persona que encontrara. La verdad desnuda era difícil de digerir, por no decir imposible. No, no podría explicarle toda la verdad. Tal vez solamente relataría la muerte de Leo... Sí, así sería mejor. Ya habría tiempo después de hacer una visita a Treume con las autoridades; y al glaciario, por supuesto.

Aun siendo sabedor de los retorcidos planes de Antona para mantener con vida a Gabi hasta ver si había parido a un varón o una hembra, casi tenía el convencimiento de que habrían acabado con su amigo para cuando él regresara. De todos modos, nunca se sabía; tal vez aún no sería demasiado tarde.

Y siguió pensando y andando, pensando y andando mientras su mente bullía con mil imágenes, recuerdos incómodos, las expresiones de esas gentes tremendamente pesarasas y hurañas... ese cura que era indefinible... el ambiente sepulcral y anacrónico... tres mujeres chaladas que se creían brujas...

Alguien debía hacer algo por parar esa enajenación colectiva, por encerrar de una vez a esas lunáticas tras unas rejas y bajo llave a la vez que traer de vuelta a los habitantes del pueblo al mundo real. Todos ellos debían ser rescatados de su ostracismo demencial.

Los planes de esa mujer indescifrable, fría y cruel le parecían tan irreales que aún le costaba creer que pudieran ser ciertos, a pesar de las numerosas pruebas y a pesar de las revelaciones de mosén Medardo. Se resistía a digerirlo completamente a pesar de todo. La realidad era demasiado salvaje para asimilarla con velocidad.

Y así, mientras su esperanza iba *in crescendo* con cada nuevo paso que daba, siguió alejándose de su pesadilla.

Los padres de Leo le pasaron por la cabeza como una aparición intempestiva, con sus posados plácidos, siempre amables. ¿Cómo les diría que su hijo había muerto? Un accidente en el glaciario tal vez sería para ellos más digerible. Sin embargo, una muerte premeditada, tan planeada y estudiada casi de memoria, sería complicada de explicar. Tal vez nunca lo entenderían. Recordó la última vez que vio a la madre de Leo, ofreciéndole una bebida refrescante en el porche de su

casa en el campo, con su pelo blanco y permanentado enmarcado por dos limoneros cuyas ramas colgaban con dificultad por el peso de sus frutos enormes. ¿Cómo podría decirle que ya nunca más vería a su Leo?

Y entonces apareció ella. Maite. Su Maite de pelo infinito y ojos dulces del color del azúcar moreno. Era extraño, desde su llegada a Treume apenas había pensado en ella salvo en momentos contados. Y ahora, de repente y sin motivo aparente, el recuerdo de su abrazo cálido y sus besos, aunque a veces distantes, le envolvió como un torbellino, con una total y absoluta intensidad. Y en menos de una décima de segundo supo que, cuando por fin regresara a casa, ya nada excepto ella importaría. Nunca, bajo ningún concepto, se separaría de su lado, hasta echar raíces en el suelo que ella pisaba y ver como el pelo de sus cabezas se sembraba de canas plateadas, su cara de surcos serenos y su vida de hermosos recuerdos compartidos. Todo iba a cambiar. Nunca la haría sentir insignificante de nuevo.

Le gustó la sensación de esperanza y optimismo que estaba experimentando; hacía meses, tal vez años, que no se sentía de esa manera, y se dejó seducir por sus pensamientos en los que Maite reinaba, pues nunca antes había sentido tanta urgencia por estar a su lado.

Introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta para comprobar que su teléfono móvil seguía allí, aunque de sobras sabía que en aquel punto de los Pirineos la cobertura brillaba por su ausencia. No obstante, lo sacó para comprobarlo una vez más; ya no recordaba las numerosas veces que lo había intentado desde que se habían extraviado durante el vendaval.

Miró la pantalla esperando ver que, en ese lugar, el móvil era como tener un microondas sin electricidad.

Pero no, esta vez, para su sorpresa, tres líneas en la parte superior izquierda de la pantalla indicaban claramente que su móvil estaba operativo de nuevo.

No se lo podía creer... ¿porqué no lo habría comprobado antes?

Con dedos vacilantes empezó a marcar, uno a uno, el número de Maite: 6...6...8...7... y otro, y otro... Se detuvo y dudó antes de marcar el último. ¿Qué le diría?

Marcó el 5 y pulsó, en medio de un suspiro, la tecla verde de llamada.

Tras cuatro beeps, la voz de Maite sonó de manera inconfundible.

—¡Mario! ¡¡Joder!! ¿Dónde te habías metido?

Se quedó callado en un mutismo absoluto, buscando una respuesta que sabía que debía hallar con premura. El tono de voz de Maite no sonaba precisamente conciliador aunque, por supuesto, no podía culparla por ello. ¿Qué podía decirle? ¿Qué debía decirle?

—¡¡Mario!! ¿¿Me oyes??

Y por fin de su interior brotó una frase que lo resumió todo, escueta y en su punto justo meditada.

—Maite... quiero envejecer a tu lado.

Dicho esto, Mario apretó con decisión el botón de colgar. No era ese el momento adecuado para explicaciones, para respuestas a preguntas o réplicas a reproches. Ya tendrían tiempo de

hablar largo y tendido.

Se quedó contemplando la pantalla, cuya foto de fondo mostraba a esa mujer fantástica que parecía derivar hacia algún punto ajeno a él pero a la cual no iba a dejar escapar.

Tan absorto estaba en su mundo que apenas se había dado cuenta. Allí, tan solo a un escaso par de kilómetros valle abajo, sobresaliendo con descaro de entre la frondosidad de la vegetación, la polvareda de un vehículo todo terreno que avanzaba con velocidad se levantaba de manera inconfundible.

Se echó a correr, seguro de que desde su posición actual no podrían verle. No podía dejar escapar la oportunidad aunque, de todos modos, ahora ya sabía hacia qué dirección se hallaba el mundo de las personas normales. Cómo ansiaba estar de vuelta en la civilización. Cómo anhelaba el abrazo de Maite.

Recordó de nuevo a sus amigos y apretó fuertemente las mandíbulas mientras sus pies corrían. Él nunca lloraba pero, desbordado por la impotencia de no haberles podido ayudar, esta vez le estaba resultando especialmente difícil. Aceleró su carrera mirando más a la lejanía que bajo sus pies, donde las numerosas piedras y las ramas de pinos y abetos caídas por la última tormenta le hacían la marcha complicada e irregular, y le obligaban continuamente a esquivarlas e incluso a saltar en ocasiones. Por suerte, estaba en buena forma, aunque en un descuido tropezó con una gran rama que estaba en medio del camino y cayó de frente parando el golpe con sus manos. Se levantó sin perder ni un segundo, con el pantalón rasgado y la rodilla sangrante, aunque eso entonces era lo de menos. A continuación, aceleró aún más hasta que su correr se convirtió en volar.

Por poco. Pese a aparentar ser simplemente una niña pequeña, Dulza sabía de sobras que había escapado de la muerte por muy poco.

Sobre la gran roca en lo alto del valle, con el lodazal que sepultaba a Treume a sus pies, se quedó mirando sorprendida el resultado de su obra. Apenas nada sobresalía de entre aquella masa marrón; de no saber que su pueblo yacía allí debajo, hubiese sido prácticamente imposible imaginarlo. Intentó sin éxito adivinar el lugar donde había estado casa Marieta pero solamente la iglesia se intuía levemente; el resto de construcciones apenas eran apreciables y se habían convertido en sutiles montículos en la explanada embarrada. La visión no era exactamente como ella esperaba, pero se sintió orgullosa de su logro y afortunada de no estar allí sepultada como todos los otros.

Una agradable sensación de alivio recorrió su cuerpo. Sí, había escapado por poco... tal vez por un golpe de buena suerte, tal vez por un destino propicio. O tal vez por su pericia, impropia de su edad, para huir en el momento preciso, ni un segundo antes ni un segundo después. Fuese como fuese, el motivo era lo de menos; el caso era que ella estaba viva y madre no. Y Orosia tampoco. Era plenamente consciente de que estaba sola en este mundo, aunque ese detalle no le importaba en absoluto; en el fondo, sentía un cierto alivio, pues ya nunca más se vería sometida a los mandatos incoherentes y absurdos de esa mujer que no la dejaba ser quien debía ser. Estaba harta de acatar las órdenes de madre y ser más insignificante en casa Marieta que las gallinas ponedoras. Entre esas paredes solamente era una niña pequeña. Solamente. Pero madre nunca le había permitido ni tan siquiera ser una niña normal, de las que ella veía de lejos jugar a

mil y un juegos diferentes, correr por las calles alocadamente, tirar al río piedras de canto para ver si rebotaban en la superficie... Madre nunca le había dejado ser una niña cándida y dulce, y eso le dolía. Esa mujer aborrecible le había concedido la vida pero le había sustraído la infancia, una infancia que ya no regresaría; era demasiado tarde para ella, que ya no conservaba ni un atisbo de inocencia que le hiciese tener deseos de jugar con el resto de niñas de su edad. Ante sus ojos, a fuerza de vivir y asumir una realidad tan diferente, el resto de todas sus potenciales compañeras de juegos sin excepción se le antojaban simplonas, tan vacías como una olla de puchero sin contenido, tediosamente superficiales.

Su vida y las suyas siempre habían sido tan diametralmente opuestas... Mientras ellas compartían sus muñecas, Dulza acompañaba a Orosia a recolectar mandrágoras; mientras entonaban canciones sobre dragones y princesas, ella había aprendido conjuros, memorizado el contenido de numerosas pócimas, molido los ingredientes de los ungüentos que madre o su hermana preparaban. No habían habido muñecas en su vida excepto las que ella misma había confeccionado; no habían existido para ella nanas ni canciones, a no ser las que sus propios labios entonaban tras recomponer los fragmentos que iba capturando al vuelo por aquí y por allí.

Con este giro en su vida, sus días como niña pequeña que solo era útil para ayudar en los quehaceres domésticos habían concluido por fin. Por suerte, las burlas incesantes e hirientes de los otros críos de Treume también habían pasado a ser parte de un pasado hiriente. Ya no permitiría a nadie mofarse de ella.

Ahora había llegado el momento de emprender una nueva vida, de hallar un nuevo hogar en algún lugar con gentes extrañas, aunque no dudaba de que lo acabaría encontrando y ocupando su puesto en su seno. Seguro que pronto, prácticamente en cuestión de horas, alguien acogería a esa niña que habían encontrado desamparada, perdida y desorientada entre las montañas, sin recuerdos y sin memoria. Eran tan blandos y manipulables, los seres humanos... Tan diferentes de las criaturas singulares como ella... Seguro que alguien se apiadaría de esa figura menuda y llorona; al fin y al cabo, a los ojos de todos era una mera chiquilla desvalida a la que nadie parecía echar de menos... Supondrían que sus padres habían fallecido... tal vez incluso toda su familia al completo, malogrados para siempre por alguna razón desconocida y olvidados eternamente por su mente infantil traumatizada. Pobre criatura.

Sí, esa sabiduría anacrónica e impropia de su edad intuía de sobras que un diluvio de lágrimas hábilmente falseadas y una crónica desgarradora de cómo había logrado sobrevivir al frío atroz y a las alimañas provocarían un impacto inmediato y a la vez fulminante sobre quien la escuchara.

Y la niña a la que nunca jamás nadie reclamó crecería segura como cualquier otra, resguardada de suspicacias pero sin olvidar nunca que ella no era como las demás. Se educaría entre lazos rosa hasta convertirse en mujer, pero nunca, nunca en la vida, olvidaría quién era y cuál era su cometido. Por mucho que le costara preservar y perfeccionar sus artes en silencio y a escondidas, bajo la luz de las velas y con las contraventanas de su alcoba herméticamente cerradas, su destino estaba manuscrito y rubricado desde su nacimiento y no iba a permitir a nadie alterar su curso.

Pasarían los años, eso era solo cuestión de paciencia. Y un buen día descubriría una mancha en su ropa interior y ya no sería niña nunca más. Entonces, y solo entonces, llegaría el momento de iniciarse y emprender su camino en solitario. Su propio camino. Por muchos sacrificios que le costara, conseguiría hacerlo; no importaba a quién tendría que patear, ni cuantos

muros derruir, ni cuantas voluntades subyugar; ella podía hacerlo. Ella debía hacerlo.

Con los años, erigiría una nueva casa Marieta mucho más robusta y sólida que la anterior, solo que esta vez no se llamaría como tal, sino casa Dulza. Su casa. Creada por ella según sus designios desde los cimientos hasta las vigas del tejado y desde los consistentes muros de piedra hasta las inconsistentes cenizas de la lumbre. Su morada, donde podría pulir y madurar su don hasta alcanzar su máximo esplendor. Y todas las criaturas especiales como ella de la comarca, de más allá e incluso del sur de Francia oirían hablar de sus poderes. Y las nuevas caras que la rodearían la mirarían con temor, y a los niños les narrarían historias de las cuales ella sería la protagonista. La admirarían y la temerían por igual, pues la magia era admiración y temor desde que había empezado a existir en el comienzo de los tiempos.

Y así siguió soñando en alcanzar lo que ya casi rozaba con la punta de esos dedos flacuchos, como antes lo habían soñado Orosia y su propia madre, y su abuela, su bisabuela, su tatarabuela... posiblemente la mayor parte de las hembras de casa Marieta... y Guaranda, Johana, Catalina... y tantas, tantas otras cuyos nombres ni tan solo había escuchado.

Solo una cosa la apenaba y amargaba ese final que se vislumbraba tan radiante para ella. Orosia había desaparecido de su vida. Orosia, que a veces parecía que le sonreía y con quien en ocasiones parecía intercambiar ligeros atisbos de cariño yacía bajo los inmensos bloques del que había sido su hogar junto con su muñeca de palos. Pero ahora ya ni tan solo esos amagos de afecto regresarían, pues ya no tenía hermana. Y todo, por culpa de la descomunal tormenta que había engendrado ella poco antes.

Cayó de rodillas al suelo y se llevó las manos a la cara para ocultar sus sollozos. Nunca nadie la había visto llorar. Tampoco nunca antes había experimentado ese sentimiento de tristeza por la muerte de alguien.

Tras unos pocos minutos llorando desconsolada, de repente su mente reaccionó con celeridad y tomó una decisión: no, nunca más, nunca más lloraría por nadie, pues no deseaba sentir apego por otro ser humano para luego sufrir una eventual pérdida. Debía adoptar una posición dominante en su entorno, estuviera donde estuviera, y no se podía permitir debilidades a pesar de ser todavía una niña. Ella nunca sufriría por dolencias del alma, pues era demasiado fuerte e insensible para eso. No admitiría bajo ningún concepto que el pesar, la clemencia o el remordimiento echaran raíces en su interior.

Se levantó con decisión, pues el momento que había estado esperando durante mucho tiempo estaba cada vez más y más cerca.

No podía dirigirse a cualquier pueblo sin más... su plan no era aleatorio, sino diáfano y perfectamente trazado.

La villa de Plan estaba muy lejos pero no demasiado para llegar a pie; eso lo sabía de sobras. Simularía que se había extraviado por las montañas tras perder a su familia bajo extrañas circunstancias... días y días vagando por parajes recónditos sin un rumbo fijo, sin apenas comida... pobre niña.

Recordaba perfectamente las explicaciones de madre, los relatos junto a la lumbre de aquellas doncellas de tiempos atrás en busca de su ritual de iniciación a la sombra de la Peña de la Bruja, así como un viejo dibujo de la ubicación del pueblo que le quedó grabado en la mente desde el día en que lo vio. Sabría llegar sin problema. Tantas y tantas mujeres de casa Marieta

habían realizado ese mismo recorrido antes...

Le vino a la mente el refrán que madre repetía siempre que se hablaba del pueblo:

“Chistén está en un alto,
y San Juan en una cuesta;
dichoso valle de Plan,
cuantos suspiros me cuestas”

Le costara suspiros o no, las pequeñas casas de piedra y la gran roca todopoderosa de Plan la estaban esperando.

Allí crecería en el seno de una familia... no importaba cuál; una familia cualquiera le serviría, con miembros memos y vulgares, que no fueran demasiado avispados ni tampoco lerdos en exceso. Allí crecería la pobre niña huérfana de origen desconocido hasta que, un día que entonces se le antojaba aún muy lejano, esa peña que todos desdeñaban contemplaría gozosa su ceremonia de iniciación. Y entonces todo cambiaría para ella.

Bajó de la roca donde seguía observando el resultado del corrimiento de tierras que había sepultado a Treume y empezó a andar, atravesando el pequeño valle y adentrándose en la espesura de la vegetación. Junto a los abetos gigantes, envueltos en hiedra y tapizados de musgo, su cuerpo se veía tremendamente frágil y desvalido; su pose y sus andares decididos, en cambio, daban a entender de manera contundente que a ella nada la amedrentaba. Dulza era pequeña en tamaño pero grande en determinación. Y así siguió andando con pasos decididos durante largas horas.

Saliéndose del bosque y adentrándose en la primera senda que le indicaba que por allí habían pasado forasteros recientemente, enfiló el camino en dirección a Benasque. En el fondo, sentía curiosidad por ver caras diferentes de las que la habían rodeado toda su vida; otras gentes, otros ropajes, otras maneras de vivir... ¿quedarían brujas en el mundo exterior? Sí, estaba convencida de que sí, pues su mente no podía concebir un mundo plano, carente de artes mágicas. La magia acompañaba a los hombres desde que llevaron a cabo el primer ritual para hacer llover; ¿cómo iba a desaparecer nunca? Seguro que ella no era la única. Tenían que quedar criaturas peculiares como ella, capaces de invocar tormentas, matar o sanar a voluntad, dominar los elementos, extraer lo necesario de la madre naturaleza... Las buscaría y, costara lo que costara, las acabaría encontrando. Escudriñaría bajo las piedras junto a los escorpiones o en los nidos de víboras si era necesario.

De repente, algo extraño que no le encajaba le llamó la atención y miró bajo sus pies. Tan imbuida estaba en su propio mundo que no se había dado ni cuenta. El camino de tierra y piedras por el que había estado andando se había convertido en una superficie negra como el carbón, dura y resistente. Qué extraño camino... nunca antes había visto algo similar. Se paró e intentó clavar la punta del pie en esa cosa, pero no consiguió hacerle ni un rasguño. Volvió a intentarlo de nuevo, ahora con más fuerza, pero lo único que consiguió fue lastimarse los dedos. Aquello era tan desconocido para ella... Madre nunca le había hablado de eso...

Se agachó para tocarlo y pasó sus dedos varias veces por encima del alquitrán, primero con suavidad y después con toda la mano abierta, apoyando la palma firmemente para sentir su

textura, su dureza, su temperatura; fuera lo que fuera, era áspero y bastante uniforme, como si estuviese hecho de una sola pieza, y tanto su aspecto como su tacto le desagradaron. Le recordó ligeramente al caucho aunque, de hecho, no se asemejaba del todo a ningún otro material que ella conociese. Recelosa pero curiosa en extremo, se colocó de rodillas, puso el trasero en pompa, agachó la cabeza y situó su respingona y pequeña nariz a un escaso centímetro de aquella superficie. Ansiosa, sin perder ni un segundo, Dulza inhaló profundamente para captar su olor, pero lo que penetró por sus glándulas olfativas distó mucho de lo que se esperaba, pues su tufo nauseabundo le provocó una arcada que casi le hizo vomitar. Concluyó con disgusto que esa tufarada no podía emanar de ningún elemento que se hallara como tal en la naturaleza; nada, absolutamente nada, desprendía ese olor fétido.

A pesar del cúmulo de sensaciones adversas que le provocaba, se maravilló una vez más de esa creación desconcertante. Tal vez, reafirmando lo que ella ya entreveía, sí había personas singulares con capacidades para realizar prodigios como ese más allá de Treume. Fuera quien fuera quien lo hubiera engendrado, sin duda debía tener un gran poder y una gran sabiduría, pues el camino negro se dilataba hasta donde su vista alcanzaba, y bien seguro permanecería allí impertérrito a pesar de las ventiscas, el pedrisco o las nevadas.

Aquella revelación inesperada dejó a Dulza pensativa durante unos momentos. Tal vez el mundo exterior iba a sorprenderla más gratamente de lo que esperaba.

Ya nuevamente de pie sobre aquella capa de lo que fuera, se giró en seco al creer oír un ruido extraño en la lejanía. Se mantuvo inmóvil y se concentró en los sonidos que le llegaban, separándolo del piar de los pájaros y el discurrir del agua lejana, hasta diferenciarlo por fin con absoluta nitidez. Parecía, en la distancia, el rugir de cien fieras a la vez, pero sonaba tan compacto y acompasado que al instante descalificó su teoría. Al comprobar que el volumen de esa algarabía iba en aumento hasta resultarle insufrible, decidió esconderse tras unos matorrales. En ese preciso punto del camino, para su desgracia, tampoco había muchos más sitios donde guarecerse de eso, fuese lo que fuese.

El rugido se intensificó más y más hasta que la obligó a taparse los oídos fuertemente con las manos. No resultándole suficiente, Dulza optó por cubrirse la cabeza entera con la piel de cordero y presionarla por encima de sus orejas, si bien el ruido ensordecedor siguió llegando cada vez más alto hasta ella.

A esas alturas, estaba claro que esa cosa de naturaleza desconocida se estaba aproximando. Por un momento temió por su vida... ¿Sería peligrosa? Con semejante rugir desenfrenado, su talante no podía ser precisamente manso e inofensivo...

Y entonces la vio.

Deslizándose a una velocidad vertiginosa sobre ese enigmático camino de color negro, una gran caja metálica con cuatro ruedas raras mucho más pequeñas que las de los carros pasó fugazmente frente a ella.

Tal era su velocidad que apenas pudo percibir los detalles a pesar de que sus ojos sorprendidos se mantuvieron abiertos de par en par. En apenas cinco segundos, ya había desaparecido de su vista. ¿Qué demonios era eso? ¿Se trataba de otro engendro creado por un ser humano?

Dejó a un lado las variopintas conjeturas y se centró en lo que había visto de un modo

objetivo. No era una fiera, eso le había quedado sobradamente claro. Era una cosa. Una cosa que parecía hecha del mismo material que las ollas, si bien estaba recubierta de un gris brillante y liso como la superficie de un lago. No tuvo tiempo de distinguirlo con nitidez, pero le pareció entrever que su interior estaba hueco. Lo que sí apreció claramente fue que expulsaba gran cantidad de humo por la parte posterior, lo cual le provocó un ligero ataque de tos. Nunca antes en la vida había olido un humo tan extremadamente denso y repugnante... ¿Qué se estaría quemando en su interior? ¿Y qué criatura especial habría engendrado tal artefacto? ¿Y cuál sería su finalidad?

Descolocada del todo, precisó de unos instantes para recuperar la serenidad y centrarse de nuevo en sus planes. Ya tendría tiempo más adelante para averiguar qué era lo que había visto.

Tras la extraña visión, salió de su escondite y cayó en la cuenta de que no debía dejarse ver hasta llegar a Plan o a sus inmediaciones, por lo que optó por desviarse de ese extraño camino principal. Pensándolo bien, desconocía si los alrededores le deparaban más sorpresas tan desconcertantes como esa o incluso peores. No sabía a ciencia cierta qué podía encontrar por ahí; de hecho, no tenía ni la menor idea. Siempre había creído que el resto del mundo se regía por los mismos patrones que su Treume natal, pero ya empezaba a intuir que no era así y que tal vez la realidad exterior distaba mucho de los relatos de madre.

Por otra parte, no quería acabar siendo acogida por cualquier familia de Benasque o de Chía, sin ir más lejos; eso sería un imprevisto que no se podía permitir. Hasta estar cerca de su objetivo, nadie, bajo ningún concepto, debía verla.

Así pues, oculta de las gentes y de posibles peligros desconocidos, Dulza anduvo entre árboles y matorrales durante un buen rato hasta que se halló junto al río, lo cual resultó propicio para sus planes; al fin y al cabo, se suponía que acababa de escapar de algún hecho violento y terrible... No podían hallarla limpia, intacta y sin un rasguño en su piel tierna y delicada.

Se agachó junto al agua y empezó a remover la tierra de la ribera hasta obtener una buena cantidad de barro. A continuación, se sacó la piel de cordero y la pasó un par de veces por encima, lo justo para ensuciarla sin llegar a mojar su interior. La dejó a un lado, sobre una gran piedra, y prosiguió pringando de barro sus viejos zapatos y sus piernas delgaduchas. Llenó de esa sustancia marrón la palma de su mano derecha y se la llevó a la cara, donde la esparció ligeramente por la frente; el contacto con el barro frío y pringoso le resultó sumamente desagradable y le provocó un escalofrío que no la hizo detenerse. Finalmente, llenó de nuevo de barro el cuenco de la mano y se la pasó por un par de mechones de su pelo.

Una vez hubo finalizado, se levantó y recolocó sobre su cuerpo la piel de cordero. Le vino a la mente el extraño artefacto... qué cosa más extraña... seguro que mosén Medardo hubiese tenido una explicación racional para eso. O tal vez no...

Terminada la parte fácil, suspiró antes de proseguir con su plan.

Se acercó hasta los arbustos más cercanos y quebró una de las ramas, que se rompió dejando a la vista sus puntas afiladas. Se la quedó mirando durante unos instantes y, sin pensarlo dos veces, la pasó con fuerza por el dorso de su mano izquierda hasta que la sangre empezó a brotar del profundo arañazo. A continuación, repitió la operación varias veces mientras apretaba fuertemente los dientes para reprimir un grito de dolor.

Una vez el resultado de sus heridas la satisfizo, observó la rama de cerca; sus extremos estaban rojos pero seguían afilados. Poco a poco, la acercó a su mejilla y se detuvo. Por un

momento, le faltó el valor y, a un centímetro de su piel, se permitió dudar un instante.

No, ella no podía ser tan débil. De ninguna de las maneras.

Apretó con fuerza el extremo más afilado de la rama contra su piel y la deslizó desde la barbilla hasta la parte superior del pómulo notando como sus carnes se abrían. A continuación, se llevó la otra mano a la cara para palpar el alcance de la herida, que le dolía intensamente; las puntas de los dedos se llenaron de sangre y, recorriendo el arañazo de un extremo al otro, notaron que era más que visible, enorme y profundo. Posiblemente la cicatriz la acompañaría durante el resto de sus días, si bien ese detalle era para ella del todo intrascendente.

Arrojó el palo al agua todo lo lejos que pudo para ver cómo la corriente lo arrastraba flotando río abajo y, aunque las heridas que ella misma se acababa de infligir le dolían, se dio por satisfecha.

Retomó la marcha y, para su sorpresa, un ruido desvergonzado de intestinos retorcidos y furiosos que no esperaba la sorprendió. Ya no recordaba cuándo había comido por última vez, y se dio cuenta de repente de que tenía un hambre acuciante que no había percibido hasta ese preciso momento.

La pequeña Dulza pensó que esta vez se había equivocado; con las manos medio embarradas y sucias de sangre, le resultaría incómodo comer a gusto, por lo que se acercó de nuevo al río y se las lavó. Las uñas, desigualmente largas y mal cortadas, llevaban mugre desde hacía ya tiempo bajo su superficie, y por ello no se preocupó de si seguían negras o no; de hecho, no recordaba haberlas tenido limpias nunca en la vida, ni siquiera cuando era mucho más pequeña. Madre no perdía su tiempo en pormenores banales como ese; tenía siempre asuntos más importantes de los que ocuparse.

Una vez consideró que había lavado sus manos suficientemente, se enojó con ella misma por no haber planificado bien sus acciones; debía ser más astuta de aquí en adelante. Toda acción tenía una consecuencia, todo error se pagaba de una manera u otra, incluso la más leve inexactitud; absolutamente todo tenía que ajustarse a un método, a un orden meticuloso, a un plan trazado hasta el más ínfimo detalle. Su plan. El azar era un capricho del destino cuya existencia ella no podía tolerar.

Infiltró su mano izquierda bajo la piel de cordero y dentro del bolsillo del raído abrigo de lana que pocos años antes había pertenecido a Orosia y extrajo un pequeño paquete envuelto con un trozo de trapo de cocina que estaba repleto de grasa y manchas dispares. Allí estaba, un poco aplastada pero aún de una sola pieza, su vianda predilecta. Eso sí lo había planificado bien antes de marcharse de casa Marieta.

El primer bocado de *empanadico* relleno de calabaza y endulzado con miel le supo a gloria, y saboreó con parsimonia y los ojos cerrados cada pequeño mordisco. Eso tal vez sí lo echaría en falta... nadie como las mujeres de casa Marieta, desde los inicios de la saga, era capaz de elaborar *empanadicos* tan deliciosos.

Una vez lo hubo devorado hasta la última migaja, lamió con fruición la miel que se había estado escurriendo por sus pequeños y delgaduchos dedos, en los pliegues entre ellos y en la palma de la mano. Se pasó la lengua varias veces por los labios, relamiendo una y otra vez el sabor dulzón, y terminó secándose las babas con el pedazo de trapo de cocina, que después plegó y volvió a guardar en el bolsillo del abrigo.

Se tomó un par de minutos más para descansar de su caminata mientras observaba el discurrir del agua, que siempre la había hipnotizado de manera invariable.

Cuando creyó que la pausa ya estaba resultando excesiva, hundió de nuevo las manos en el barro, las pasó de nuevo ligeramente por su cara haciendo hincapié en su frente, se levantó y emprendió, risueña y con gran brío, la marcha hacia su resplandeciente porvenir.

Mario sonrió al ver ese coche todo terreno rojo de gama alta avanzar hacia él. Sin dudarle, se colocó en medio del camino haciendo señales con la mano para que su conductor, un hombre orondo de mediana edad con gorra verde con visera, se detuviera al verlo. Obviamente lo hizo al instante y con un fuerte y súbito frenazo que hizo derrapar las ruedas traseras, pues al girar el recodo se encontró, frente a frente, con un Mario desaliñado y salido de la nada cuya cara sucia y descompuesta emanaba una inmensa alegría y a la vez una terrible angustia.

Plantado a apenas dos palmos del guardabarros del vehículo, mirando fijamente a su conductor, de repente la cara de Mario se iluminó y estalló en una súbita y sonora carcajada de felicidad.

Al llegar a una zona ligeramente elevada y despejada de árboles, Dulza se detuvo y se dio la vuelta. El barro que llevaba encima se había empezado a secar y resquebrajar, y numerosos trozos diminutos cayeron al suelo. Más allá de la frondosidad de los bosques y de un par de pequeños promontorios, los despojos de Treume ya no eran visibles desde donde estaba situada. Y allí, olvidados e ignorados por el resto de los mortales, seguirían eternamente hasta el día del Juicio Final, como un recordatorio de lo que algún día fue y de lo que ya no sería.

A pesar de su corta edad, pensó en que no dejaba de ser asombroso cómo, a pesar de la tremenda tragedia que acababa de suceder a unos pocos kilómetros de allí, ese episodio había pasado completamente desapercibido para el resto del mundo, que seguía con su mecánica diaria, ignorante y feliz. Otra puesta de sol había llegado perezosamente mientras aquellos que habían sido sus vecinos yacían reventados bajo enormes bloques de piedra; las avechillas entonaban deleitosas melodías mientras en los valles que rodeaban Treume aún retumbaba el eco de los agónicos gritos de terror; el sol se desperezaría despreocupado a la mañana siguiente mientras la capa de lodo que ocultaría el pueblo para siempre empezaba a endurecerse y a formar su coraza. Todo, lejos de su pueblo aniquilado, seguía de manera idéntica al día anterior y al día posterior. Como si nada hubiese sucedido.

Pasó por su mente la posibilidad de que tal vez ese varón forastero que había escapado regresara al pueblo con ayuda; al pueblo, o al lodazal que lo había ocupado. Para entonces, ella ya estaría muy lejos. ¿A quién le importaba ya ese desconocido y lo que pudiese mostrar al resto del mundo? No perdería ni un segundo, no malgastaría ni un ápice de sus fuerzas en terminar con él; no merecía la pena.

Sus piernas cortas y débiles aceleraron el paso; no se podía entretener, pues las tinieblas estaban cayendo con celeridad y los árboles empezaban a esbozar sombras fantasmagóricas por doquier, aunque eso no era algo que a ella pudiese atemorizarla en lo más mínimo.

No, no era por la llegada de la noche por lo que intensificó el ritmo de su marcha; Plan y la Peña de la Bruja la estaban esperando y el camino que le quedaba por recorrer era sumamente largo.

Miró hacia delante; a su izquierda se adivinaba ya el puerto de Sahún, empinado y desafiante en la semipenumbra. Debería cruzarlo eludiendo ser vista, por lo que se apresuró en buscar visualmente una vía por la cual ascender rodeada de vegetación y que no la obligara a atravesar campo abierto. De todos modos, sería fácil resultar imperceptible teniendo en cuenta la escasa visibilidad que pronto se tornaría en oscuridad casi absoluta. Por otra parte, tampoco es que el lugar pareciera ser muy transitado... ¿Con quién podría cruzarse? ¿Algún pastor que regresaba a su hogar? ¿Algún lugareño al que se le había echado la noche encima? ¿Algún viajero que ya se aproximaba ufano al final de su travesía del puerto?

Tomó un respiro y estiró los brazos para desentumecerlos; le dolían enormemente tras el esfuerzo realizado invocando su tormenta, aunque sabía de sobras que se le pasaría en un par de días. De no ser así, sabía también qué hierbas recolectar y qué unguento preparar para acelerar el alivio a su dolor.

Sin detenerse, la pequeña Dulza se apartó de la cara el pelo alborotado y con pegotes de barro seco, y sus labios agrietados empezaron a canturrear mientras sus comisuras se elevaban tímidamente hacia arriba:

El pay, la may,
el que fa sopas
y el que se las come todas,
y este golín-golán,
per estar chico,
no l'en dan.
El pay, la...

De repente se quedó clavada en el suelo con la última palabra aún presa en su garganta y los labios entreabiertos. Entrecerró ambos ojos en un intento infructuoso de adivinar qué era esa figura informe que tenía delante y que parecía deslizarse lentamente hacia ella; tan sutil era su desplazamiento que la hizo dudar de si realmente se estaba acercando o de si era su mente quien le estaba jugando una mala pasada.

La observó mejor en toda su extensión y se le aceleró el corazón hasta parecer estallar, pues la silueta oscura no se asemejaba a una persona, sino más bien a un monigote de barro burdamente creado. Con la poca luz que quedaba ya del día era tan difícil, ver con claridad...

Pasaron unas cuantas conjeturas por su mente mientras no osaba ni tan siquiera a pestañear: tal vez un gigantesco hormiguero... el tronco engañoso de un árbol... alguna bestia hambrienta que la estaba observando... No, seguramente la explicación era infinitamente más pueril, si bien en esos momentos ella era del todo incapaz de hallarla.

Confusa, dudó por un segundo entre echarse a correr en dirección contraria o avanzar hacia esa cosa indeterminada y comprobar qué demonios era. Si era una bestia, ésta la perseguiría con

toda probabilidad, por lo que decidió que salir corriendo no era una buena opción. Se mordió el labio nerviosamente y sin darse cuenta mientras su mente seguía pensando febrilmente qué hacer y mientras, sin moverse ni un milímetro, no le sacaba el ojo de encima a esa figura.

Ella era Dulza, y algún día sería la bruja más renombrada del norte de España y el sur de Francia; no era propio de ella asustarse de un fantasma.

Movió un pie para dar un primer paso y, al mismo tiempo, la figura avanzó velozmente tres metros hacia ella, en silencio pero con una rapidez pasmosa. No, no se iba a dar media vuelta y salir corriendo. Ella no iba a hacer eso.

Tomó aire varias veces y dio un nuevo paso hacia delante, minúsculo e indeciso, y de nuevo la silueta avanzó velozmente hacia ella hasta situarse a apenas unos metros de su cuerpo menudo.

Entonces, y solo entonces, la sangre de la pequeña Dulza se heló en sus venas, sus arterias, sus capilares... su respiración dejó de fluir totalmente, retenida con brusquedad en sus pulmones, al oír esas palabras sumamente lentas, pastosas, fétidas, que apenas llegaron de manera audible a sus pequeños oídos.

—¿A dónde crees que vas, dulce hermanita?

CONTACTO

Gracias, querido lector, por haber llegado hasta el final de la historia. Espero sinceramente que hayas disfrutado tanto leyéndola como yo disfruté escribiéndola.

Es difícil ser una autora independiente sin el apoyo de una editorial. Por este motivo, te agradecería que compartieras esta obra con quien desees; nunca está de más un poco de promoción.

Si deseas hacer algún comentario o, simplemente, ponerte en contacto conmigo, aquí van mi dirección de correo electrónico y mi página de Facebook. Me encantará tener noticias tuyas.

Correo electrónico: nuria_welcome@yahoo.es

Facebook: www.facebook.es/nuria.munozai

Gracias por tu colaboración.

Un cordial saludo,

Nuria Muñoz Aige

AGRADECIMIENTOS

Mi más sincero agradecimiento a Ramón Roig por sus críticas alentadoras y sus originales aportaciones al contenido de esta novela, a mi padre Juan Muñoz por su colaboración en la revisión y a mis hijos Ferran y Paula, que han soportado estoicamente durante meses mi abducción literaria tras la pantalla del ordenador.

Gracias, en general, a todas aquellas personas que han creído en mí y en el potencial de esta historia. Y a las musas, las tardes caniculares, la crema de cacao, la bañera con espuma, las sonrisas perennes...